

Revista

LA BIBLIOTECA

Cuarta época | Mayo 2017 | Publicación digital | ISSN 2545-8116



Biblioteca Nacional
Mariano Moreno

1 | Violencia

Revista

LA BIBLIOTECA

Cuarta época

Publicación digital de la
Biblioteca Nacional Mariano Moreno

Año 1. Nº 1 | Mayo 2017
ISSN 2545-8116

Presidente de la Nación

Mauricio Macri

Ministro de Cultura

Pablo Avelluto

BIBLIOTECA NACIONAL

Director

Alberto Manguel

Subdirectora

Elsa Barber

Directora General de Coordinación Bibliotecológica

Elsa Rapetti

Director General de Coordinación Administrativa

Marcos Padilla

Director General de Acción Cultural

Ezequiel Martínez

REVISTA LA BIBLIOTECA

Editor responsable

Alberto Manguel

Jefe Departamento de Publicaciones

Sebastián Scolnik

Edición general

Departamento de Publicaciones

Jefe Departamento de Producción

Martín Blanco

Jefa Departamento de Diseño

Luisina Andrejerek

Diseño editorial

Alejandro Truant

Contacto:

4807.6778 | publicaciones@bn.gov.ar

Biblioteca Nacional Mariano Moreno
Agüero 2502 (C1425EID)
Ciudad Autónoma de Buenos Aires
República Argentina

Sumario

- 3 | **Editorial.** La violencia. *Alberto Manguel*
- 5 | **Escribir en la violencia del mundo.** *Boualem Sansal*
- 13 | **La conexión francesa.** *Azar Nafisi*
- 22 | **Rana / Caracoles.** *Sam Meekings*
- 23 | **Soliloquio del Rey Leopoldo.** *Mark Twain*
- 41 | **Alteridad.** *María Negroni*
- 42 | **La violencia es la ocupación.** *Gideon Levy*
- 53 | **Prólogo del informe “Nunca más” del año 1984.** *Ernesto Sabato*
- 58 | **Aprendiendo a hacer un ud en Nazaret.** *Ruth Padel*
- 61 | **Entras en mí.** *Margaret Atwood*
- 62 | **Pedacito de cielo.** Enfrentar el trauma del abuso sexual. *Barry Lopez*
- 74 | **Torridge.** *William Trevor*
- 87 | **Aritmética simple.** *Virginia Moriconi*
- 97 | **De paraísos e infiernos** (un acercamiento al mundo de Ananké Asseff). *Valeria González*
- 102 | **La condesa sangrienta.** *Alejandra Pizarnik*
- 111 | **La sierra.** *H. A. Murena*
- 115 | **Metonimia, o la venganza del engañado** (Drama en tres cuadros). *Rachel de Queiroz*
- 119 | **El tío Facundo.** *Isidoro Blaisten*
- 124 | **No hay serpientes en Irlanda.** *Frederick Forsyth*
- 138 | **Felicidad / Solo en casa.** *Javier Rodríguez Marcos*
- 139 | **Literatura rusa.** *Edgardo Cozarinsky*
- 150 | **La voluntad salvaje.** *Marina Tsvetáieva*
- 151 | **La rata.** *Elena Shvartz*
- 152 | **El vínculo roto.** *Mercedes Campiglia*
- 161 | **Sin título.** *Domenico Brancale*
- 162 | **De nombres, consignas y combates.** *Matías Soich*
- 166 | **A sala de hombres por no tener el documento.** *Alma Fernández*
- 170 | **La violencia simbólica del dinero.** Incursiones literarias y sociológicas. *Ariel Wilkis*
- 176 | **Popol-Vuh** (Fragmento). *Anónimo*

La violencia

*Rumsfeld: “Me ha gustado lo que ha dicho antes.
Una guerra contra el terrorismo.*

Está muy bien. Es vago”.

Cheney: “Sí, está muy bien”.

Rumsfeld: “Así podemos hacer lo que queramos”.

David Hare, Stuff Happens, 2006

Nuestras primeras sociedades se fundaron con armas de defensa y de conquista. El lema inscripto en el escudo chileno vale para Roma y también para Bagdad: “Por la razón o por la fuerza”. Sin embargo, un acto de violencia no ocurre nunca en un entorno neutro. Quitarle la vida a un ser humano es siempre terrible, destruir un libro o una ciudad es siempre atroz, pero, caso por caso, juzgamos esos actos de acuerdo al contexto en el que han ocurrido, y los aprobamos o condenamos con explicaciones y razonamientos más o menos convincentes. Las cruzadas fueron para los árabes una sangrienta invasión; para los pueblos originarios de América, la conquista española fue un genocidio sistemático. Los franceses todavía se preguntan por qué los ingleses dieron a una de sus mayores estaciones ferroviarias el nombre de una derrota.

Cuando Nelson Mandela murió el 5 de diciembre de 2013, políticos de todo el mundo alabaron al hombre que había terminado con el *apartheid* en Sudáfrica y que había impulsado una ley moral compartida por todos. Sin embargo, un puñado de parlamentarios conservadores británicos recordaron que Margaret Thatcher había descrito el Congreso Nacional Africano de Mandela como una “organización terrorista típica” que quería establecer “una dictadura negra de estilo comunista” y se negaron a lamentar su fallecimiento, argumentando que Mandela había sido un terrorista que había lanzado bombas a motocicletas en marcha. Frente a una sociedad intrínsecamente injusta, Mandela había recurrido a la violencia como la única solución que, según él, le quedaba. También Cristo, frente a la injusticia de su tiempo, había declarado: “No vengo a traer la paz sino la espada”.

La violencia en nuestro mundo es cotidiana y constante. Existe en todo ámbito y toda época. Violencia de guerra, de invasión y de resistencia, en la familia y en el trabajo, en la escuela y en los centros médicos, en el lenguaje y en los gestos: las torturas aprobadas por el Estado, las rebeliones armadas, el vasallaje de adultos y niños, los atentados suicidas, las agresiones sexuales, las riñas de gallos, las corridas de toros, la explotación de obreros y campesinos, la violencia de género, el *bullying*, la censura, la quema de libros, la destrucción de imágenes... La lista es ecléctica y numerosa. Casi todas las actividades humanas, aun las más dóciles, pueden contaminarse de violencia. “La obstetricia”, escribe con ironía Herman Melville en el

capítulo 78 de *Moby Dick*, “debería ser enseñada en el mismo curso que la esgrima, el boxeo, la equitación y el remo”.

¿Por qué persiste la violencia a pesar de los incontables argumentos en su contra? Los economistas nos explican que, en las sociedades más poderosas, la industria de las armas es la más productiva, y que para alimentarla necesitamos guerras. Pero quizás haya razones para explicar nuestras violencias más allá de las que nos ofrece el mercado. Alessandro Baricco, en su ensayo sobre *La Ilíada*, dice esto: “Para ser franco, tengo que decir que *La Ilíada* es una historia de guerra; que lo es sin prudencia ni medias tintas; y que fue compuesta para cantar a una humanidad combatiente, y para hacerlo de un modo tan memorable que durara eternamente, y para llegar hasta el último hijo de los hijos, cantando sin término la solemne belleza y la irremediable emoción que antaño fuera la guerra y que siempre será. En el colegio tal vez lo expliquen de otra manera. Pero la esencia es esa: *La Ilíada* es un monumento a la guerra”. Es decir, un monumento a la violencia, a nuestro amor por la violencia. Por supuesto, una y otra vez, declaramos que los actos violentos nos aterran y nos repugnan; pocas veces confesamos que nos atraen. Los combates de gladiadores, los sangrientos videojuegos, el sadomasoquismo, el boxeo, las series policíacas de investigación forense, hasta los dibujos animados con sus brutales golpes y palizas son prueba de esta nefasta pasión. Baricco sugiere que, para sobreponernos a ella, debemos encontrar algo, quizás un amor más fuerte, menos suicida. Cuando nuestra especie empezó su evolución hacia el *homo sapiens*, desarrolló el poder de la imaginación para permitirnos tener una experiencia del mundo sin necesidad de recorrerlo materialmente, traduciendo en imágenes y palabras nuestros temores y nuestros deseos, permitiéndonos el diálogo con el otro, para conocerlo y entenderlo, y para dejar de verlo como el necesario enemigo. ¿Cómo hacer para que prevalezca la curiosidad sobre la agresión, la palabra sobre el golpe, la razón sobre la fuerza? Esa pregunta, gran parte de la humanidad se la está haciendo desde los inicios de nuestras historias, sin encontrar una respuesta convincente y, lo que es más grave, eficaz. No obstante, persistimos en la búsqueda.

Este primer número de *La Biblioteca*, compuesto por textos muy diversos, inaugura su cuarta época. La revista fue fundada en 1896 por Paul Groussac, antiguo director de la Biblioteca Nacional. Doce décadas después, buscamos mantener algo de su impronta: ser sensibles a los dilemas de nuestro tiempo con un estilo propio y en un nuevo formato digital que, esperamos, nos permitirá alcanzar un público mayor. Así, con nuevas y antiguas temáticas, y a través de voces contemporáneas y también de otras épocas, lo ofrecemos hoy al anónimo lector.

Alberto Manguel
Director de la Biblioteca Nacional Mariano Moreno

Escribir en la violencia del mundo

Boualem Sansal

Arraigada en el drama de Argelia, la obra del escritor ofrece una lúcida reflexión acerca del papel de la literatura como eso que permite dar sentido a un mundo absurdo y hostil. Frente a la religión que propone un relato profético y dogmático, es necesario remontarse hacia los orígenes mismos de las mitologías para descubrir las fuentes del odio, la violencia y la subordinación a una deidad terrible, y allí buscar palabras adecuadas para imaginar nuevos relatos para nuestra realidad.

I

El problema fundamental se plantea en estos términos: ¿cómo vivir y alcanzar nuestra aspiración al absoluto, a la felicidad, a la paz, conociendo la hostilidad ontológica del mundo, conociendo la infinita fragilidad de la humanidad y la inmensa e incurable ignorancia del hombre?

¿Cómo vivir y construir algo en una vida tan implacablemente limitada por la insignificancia, la ignorancia y la muerte?, ¿cuando al desaliento de uno se añade el embrutecimiento del otro para arrastrarnos al miedo abisal de la destrucción? Tales son las abrumadoras fuerzas que nos rodean, nos habitan y nos aplastan.

Sin ese pequeño grano de inteligencia que nos permite hacer adiciones, habríamos sucumbido en los albores de nuestra aparición sobre la Tierra. Nuestra especie claramente no era viable. Demasiado frágil, demasiado mal adaptada a la lucha por la supervivencia. La naturaleza y los depredadores no habrían tardado en diezmannos. No le debemos nuestra salvación más que a eso que debemos llamar milagro. Un día, bajo un cielo probablemente indiferente, hubo una explosión de alguna cosa, y un poco de inteligencia entró en nuestro cerebro obtuso. Y *fiat lux!* El hombre había nacido y todo el resto seguiría.

¿A quién, a qué atribuir ese milagro: a los dioses, a Dios, a los extraterrestres, al azar? ¿Para qué y por qué esta gracia tocó al hombre solo, con exclusión de cualquier otra criatura? No lo sabemos, y está bien

que no lo sepamos jamás. El misterio debe permanecer si queremos seguir siendo humanos y continuar creyéndonos poseedores de un destino que trasciende nuestra animalidad. Esa es la condición de nuestra supervivencia.

Hoy sabemos demasiadas cosas; lo falso mezclado con lo verdadero para satisfacernos con esta hipótesis. La tendencia es pensar que todo es virtual. El universo y sus multitudes, de las cuales nosotros mismos seríamos hologramas, no existen más que en la “consciencia” helada de una computadora cósmica nacida del caos del mundo. Si todo surgió en el *Big Bang*, hasta el escurridizo espacio-tiempo, también podía venir al mundo un dios o una supercomputadora. El infinito es el lugar de la certeza, la suma de todas las casualidades, todas las especulaciones, todas las creencias... y también todas las manifestaciones, porque si el infinito no hace realidad lo imposible, ¿para qué serviría?

No, realmente era imposible vivir en semejante desorden. Demasiadas cosas desconocidas, demasiadas fuerzas incontrolables, demasiado de todo. La entropía del mundo no le da tregua a nadie, los mismos dioses no podían soportar tantas pruebas y terminaron por retirarse. El descanso era imposible en la Tierra. El hombre, ese animal virulento, se propagó como las hormigas en verano. La dureza de la vida no detiene la proliferación, pero el número redundante en perjuicio de la calidad de vida, y esta siente con rapidez el terrible bullicio y la descomposición cadavérica.

Entonces, mientras que el fin del hombre era evidente, sucede el verdadero milagro. Más que la invención de herramientas y el dominio del fuego, que dieron al hombre un respiro y le hicieron divisar el arte de la guerra, este milagro es el surgimiento de la literatura, arte sublime de la transfiguración.

Al comprender que no podría vivir en ese mundo ni tampoco escapar de él, el hombre tuvo que hallar el medio de verlo de otro modo, y a través de esa mirada penetrante y persuasiva, transfigurarlos y transfigurarse a sí mismo. Tal será su mundo, su Edén, su tierra prometida. Tan hermética como fuera posible, creada por él y para él, podría proclamarse allí soberano eterno.

Deslumbrado por su idea, se puso a escribir inmensas novelas transfiguradoras que resultaron las más grandes, las más sublimes, jamás igualadas hasta nuestros días. Relatos de origen¹ que, por el poder de las palabras, la magia de su disposición y el carisma estremecedor de sus personajes, iban a inventar un mundo donde el hombre podría existir, prosperar y prepararse un Más Allá paradisíaco. Entramos así en el tiempo litúrgico de la ficción, de los dioses guardianes del orden, de los ángeles mensajeros, los pueblos elegidos y las civilizaciones novelescas.

Estas fueron el *Kitêba Cilwe* de los yazidistas —o libro de las revelaciones—, el primero de todos, luego el *Bhagavad-Gita* y los *Vedas* de los indios, la *Torah* de los judíos, la *Biblia* de los cristianos, el *Corán* de los musulmanes, el *Popol Vuh* de los mayas, ficciones grandiosas que tenían por objetivo transfigurar el mundo real, imperfecto y peligroso, en un complaciente mundo virtual que modifica la consciencia del hombre, a fin de que este pueda ver sus sueños convertidos en promesas y sus promesas, en recompensas.

La vida, la sociedad, las religiones, las civilizaciones y todo lo demás, son productos literarios, efectos de la transfiguración del mundo por la magia de las palabras. Esta es una verdad primera: lo que tiene sentido no es el mundo en sí mismo, sino el mundo en palabras, el mundo en nosotros. Poder colosal: además de fabricar sueños y ambiciones que exceden lo humano, la literatura ofrecía los medios de hacerlos realidad.

A semejanza de Prometeo, que se apoderó del fuego sagrado de los dioses para dárselo a los hombres, las personas ambiciosas concibieron el deseo de apoderarse del poder que da la ficción para crear su propia visión del mundo, y ofrecérsela a la humanidad agradecida. Hubo ideólogos que se dirigieron a las multitudes y escritores que hablaron a los oídos de los individuos. El éxito fue abrumador, las revoluciones explotaron en los cuatro puntos del planeta. Eso, que durante millones de años fue prerrogativa de los profetas y de los grandes sacerdotes, devino asunto de quien lo quisiera. Iluminando el mundo con resplandores nuevos, la Ilustración de las masas fue la apoteosis de esta marcha contra la supremacía del templo y de la tradición.

La literatura profana procede de ahí, imitando a la literatura sagrada, tomando prestados sus secretos para después emanciparse de ella. Con la libertad de expresión que desde un principio reivindicó y conquistó en distintos lugares del mundo, la literatura es democratizada en su consumo y en su producción. En el mundo se volvió diversa; la Verdad, esa extraña y eterna soledad, podía usar otra ropa que el antiguo uniforme, el hábito sacerdotal, e incluso salir desnuda, los cabellos al viento. Es un poco Babel: cada uno debe hacer esfuerzos por entender su lengua y reconocer a los suyos.

Es notable, dicho sea de paso, la forma en la que ahora los grandes escritores, llegados al crepúsculo de su vida y la cumbre de su arte, tienen aires de profetas, parecen sufridos pero felices de haber entregado al mundo una palabra mágica.

1. Cada vez que aparece la expresión "*récit(s) de commencement*" se traducirá como "relato(s) de origen", comprendiendo que el autor hace referencia a ese género literario que no solo se interroga acerca de la cuestión del comienzo, sino que surge, al interior de un texto religioso mayor, como despliegue de esa misma interrogación. Cfr. Gilbert, P. *Bible, mythes et récits de commencement*, Paris, Seuil, 1986. [N. de la T.]



Boualem Sansal (1949)

Nació en Argelia y desarrolló su carrera literaria tardíamente. Fue públicamente censurado por sus críticas al régimen islamista. Recibió numerosas distinciones por su primer libro, *El juramento de los bárbaros* (1999). Actualmente reside en Argelia y organiza seminarios literarios alrededor de Europa. La conferencia que publicamos aquí fue dictada por el autor en septiembre de 2016, a propósito de los Encuentros internacionales de literatura de Ginebra.

II

La otra pregunta angustiante es: ¿a dónde va la literatura, y, en consecuencia, a dónde va el mundo? Es necesario comprender el sentido de la cuestión. Cuando solo la religión producía la visión que los hombres debían tener del mundo y de su lugar en él, la literatura profana no tenía más que un rol de apoyo, de acompañamiento a la enseñanza religiosa, contándole a la buena gente historias edificantes inspiradas en las Santas Escrituras. Esta literatura produjo obras maestras, hay que recordarlo, algunas han exaltado a tal punto ciertos valores canónicos que crearon modos de vida específicos. Las novelas de la Mesa Redonda fueron parte de la imagen de la cultura caballeresca y cortés que durante siglos le ha dado forma a la Europa medieval. El hombre es coraje y devoción —decía esta literatura—, la mujer, belleza y castidad. Y así, el mundo será pureza y perfección, como el Grial, como Dios.

Cuando la religión fue eliminada y Nietzsche anunció que “Dios ha muerto”, la humanidad se encontró repentinamente

perdida en el desierto. Le faltaban las palabras y las imágenes para guiarse, para construir un nuevo mundo y decidir el lugar de cada cual en ese esquema.

Hoy todavía estamos en esa situación, el espíritu no está tranquilo en absoluto. La mundialización, que vemos como el advenimiento de un super dios —o del superhombre esperado por el mismo Nietzsche que asesinó a Dios y a todas las religiones—, no sería en verdad más que una forma brillante de enriquecerse robándole a los pobres.

En todas partes se nos dice que la literatura está en una encrucijada. Cuáles son los caminos, no lo sabemos. A miles de sitios del mundo ni siquiera ha arribado, o fue desterrada, forzada a la clandestinidad o esclavizada. En otros lugares, se busca a sí misma y se lamenta.

Se diría que la situación no es demasiado brillante. La literatura profana ya no sabe pensar el mundo, ni en su profundidad, ni en su misterio y su magia. No recoge más que rumores. ¿Cómo podría cambiar el mundo, transfigurarlos, sublimarlos? ¿Cambiará al hombre si las palabras no

son más que palabras, si la magia no es otra cosa que polvo sintético? Le falta un entorno simbólico y sinfónico potente en el cual inscribirse, condición que le daría a sus palabras la fuerza y el eco de un ideal audible desde un extremo al otro del mundo. Se trata de eso, de la alquimia, la fecundación, el milagro, la revelación. La vida aparece solo cuando el espíritu encuentra una materia sublime, capaz de recibirlo, o cuando la materia, magnificada por el arte, sabe atraer al espíritu libre y darle su gravedad.

Y aquí estamos, numerosos, humildes y apasionados, buscando el camino al grial. Les preguntamos a los antiguos y a los modernos, tomamos de unos y de otros, multiplicamos las experiencias, inventaríamos los géneros y las formas, esperamos el milagro.

Sin embargo, en la literatura es como en la natación: esperar no sirve para nada, hay que arrojar al agua para saber qué va a ocurrir.

En verdad, nadie lo hace por sí mismo, uno u otro deben tomarlo por sorpresa y empujarlo. Una vez entre las olas, es el miedo el que decide; cuanto mayor sea este, más rápido moriremos o aprenderemos a nadar. Pero por lo general no sabemos nada, no buscamos nada, el espíritu de renuncia también nos habita. A lo largo del tiempo y de las pruebas, nos dejamos convencer de que las cosas se hacen por sí mismas, obedeciendo a fatalidades o a tropismos complejos, tan íntimos que solo podemos sospecharlos trabajando bajo la superficie de las cosas.

Cada uno tiene una historia que escribir, la suya propia. Todo comienza por ahí y es lo más difícil, como cada cual puede comprobar, y como yo personalmente tuve que vivirlo.

III

Llego en este punto a mi propio trabajo, a mi manera de escribir el mundo, a falta de poder pensarlo. Debo, en principio, describir el contexto en el cual surgió y en el que se despliega mi obra literaria.

Como ustedes saben, mi país, la Argelia donde nací y donde vivo, conoció desde su independencia, en julio de 1962, una interminable y agotadora dictadura. Hoy es una de las más viejas del mundo y de las más terriblemente eficaces. Su fuerza proviene de haber sido construida sobre un relato de origen casi religioso. Estamos de inmediato en lo sagrado. Con ese relato, enseñado como una revelación desde la primera infancia, luego comentado, recitado, salmodiado, actualizado y enriquecido hora tras hora, a lo largo de toda la vida, recordándole a la gente buena que sus dirigentes son profetas de la mejor rama, enviados por Alá en persona para liberarlos del yugo colonial impío y conducirlos victoriosamente al verdadero paraíso. Compuesto de musulmanes fieles y de ciudadanos astutos, el pueblo no les niega ninguna sumisión e incluso los llena de aplausos. El resto del tiempo, lo consagra a tratar de ganarse el pan de cada día, cosa felizmente fácil, aquí uno se alimenta de nada, Argelia rebosa de petróleo, que provee de todo.

Uno no lo creería, pero quebrar un pueblo es cosa fácil. Incluso demasiado fácil cuando intervienen la religión, el petróleo y la represión. Privado a tal punto de libertad, el pueblo se hunde dulcemente en la ignorancia y la apatía. Se encuentra hipnotizado, no entiende más que la voz del maestro. Medio siglo de este régimen es un remedio fatal. No se vuelve a la vida después de una muerte tan larga. Deberán pasar muchas generaciones para que un día la vida reflorézca. No es cuestión, por cierto, de una sola primavera.

De un mundo semejante se huye, siempre que sea posible. “Mejor morir en otra parte que vivir aquí” es el lamento desgarrador que escuchamos entre los jóvenes que supieron resistirse a la hipnosis y que el aparato de vigilancia no ha detectado y eliminado todavía. Para ellos es un sufrimiento ver a su país y a su pobre vida abismarse en la apatía. ¿Saben cómo se llaman a sí mismos esos jóvenes? “Somos los *hittistes*, la gente de los muros. Todos los días que Dios nos concede, nos adosamos a las paredes de nuestros barrios y miramos

Boualem Sansal

Le serment des barbares



a la gente pasar”. En árabe, “muro” se dice “hit”, y de ahí viene *hittiste*.²

En este contexto, la literatura no puede construir nada. En primer lugar, debe deconstruir, denunciar la alienación en la cual el pueblo está atrapado, gritando fuego para que los prisioneros se asusten y reac-

2. La actual política internacional y los recientes levantamientos en Túnez impulsaron el resurgimiento del término *muristes* (“muristas”), traducción del árabe “*hittistes*”. La palabra francesa “*hittistes*” tiene exactamente el mismo significado, ya que *hitt* significa “pared” en dialecto argelino. Empleado desde hace algunos años por los argelinos francófonos, el término hace referencia a los jóvenes que hacen paro, al no encontrar espacio dentro de su propia casa o actividad específica que desarrollar en la sociedad. Estos jóvenes, que en su mayoría no tienen más de veinte años y cuya cifra es sumamente significativa, permanecen día tras día ociosos contra los muros, los postes, a la salida de los medios de transporte públicos, o en torno a un fuego improvisado en las veredas de sus pueblos o ciudades. Los *hittistes* argelinos son aquellos que se involucran en el *hittisme*, es decir, quienes buscan visibilizar su situación a través esta resistencia pacífica que consiste en levantarse cada mañana para ocupar su lugar en la pared y mantenerse durante horas sin hacer otra cosa más que ver vivir a los demás, como si su cuerpo solo tuviera una parte funcional: los ojos. [N. de la T.]

ción, dar algunas ideas para escapar de la atracción de la muerte y recobrar el camino de la vida. Esta literatura ha sido llamada “literatura de urgencia”. Según la crítica argelina, mi primera novela, *Le serment des barbares* [El juramento de los bárbaros, Madrid, Alianza, 2011], escrita en el apogeo de la guerra civil, entre 1996 y 1998, y publicada en septiembre de 1999, habría inaugurado el género. Pienso que ese libro hubiera sido mejor comprendido si se hubiera visto que buscaba en la urgencia del momento las causas lejanas y profundas que sembraron el odio y la ceguera en el país. La guerra es un epifenómeno; el verdadero negocio, el odio, es una cultura, la Historia larga, la pesada estructura de un pensamiento enfermo. Es preciso remontarse en el tiempo y buscar con paciencia su origen. En alguna parte, una infiltración maléfica envenenó el curso natural de la vida. La literatura por inventar es eso que destruye la fuente y descontamina las aguas, ella tendrá palabras que dinamiten y palabras que desinfecten.

Como muchos de mis compatriotas, en el corazón de esta terrible guerra civil me encontré sumido en un abismo de preguntas. ¿De dónde vienen este odio y esta barbarie? ¿Qué Dios los permite? He oído que son hijos de la dictadura y del ahogo de la sociedad, de la miseria, del desempleo y la corrupción endémicos, de frustraciones de todo tipo, de los ardides del imperialismo y el neocolonialismo. Los males que fabrican al islamista, al bárbaro, al asesino loco. Antes de profundizar la reflexión, estas explicaciones, difundidas en el país y en Europa, me parecían peligrosamente insuficientes. ¿Cómo prescribir el remedio correcto sin un diagnóstico exhaustivo? Había que interrogar otras categorías, la cultura, la religión, la larga historia, códigos identitarios, la organización tribal, feudal y patriarcal de la sociedad; su poder gravitacional es mucho más fuerte que la presión de las causas inmediatas. ¿Por qué hoy todavía está prohibido cuestionarlas? ¿Tenemos miedo de procesar a la cultura, la religión, la identidad, la historia? ¿Los pueblos están tan imbuidos de sus creencias, que son capaces de negar las enfermedades que les causan

con tal de no verse obligados a atribuirles su paternidad, y tener entonces que criticarlas o abandonarlas?

El odio tiene predilección por algunos territorios. De entre ellos, dos le están consagrados: la mujer, la pecadora, y el extranjero, el impío. Extraordinario combustible del odio, ofrecen a las masas excelentes ocasiones para el delirio con toda la tranquilidad de su alma. La religión no permite la duda en estos dominios, castigarlos es una obligación legal.

Mis novelas siguientes *L'enfant fou de l'arbre creux* [*El niño loco del árbol hueco*], *Dis-moi le paradis* [*Indícame el paraíso*], *Harraga* [*Harraga*]³ y *Rue Darwin* [*Calle Darwin*] publicados en 2000, 2003, 2006, y 2013, cuestionan estos temas y muestran cómo en Argelia son explotados y cómo la bilis del odio a la mujer y al extranjero corroe la sociedad en lo profundo.

Publicados en Francia, estos libros pudieron iluminar al lector europeo, aportarle algunas claves para comprender la patología infernal que destruía a Argelia. Pero no pudieron, sin embargo, lograr que tomaran consciencia de que el mal trabajaba en todo el mundo árabe-musulmán y de que muy pronto se afianzará en Europa. Ese objetivo se alcanzará más tarde con *Le village de l'allemand ou le journal des frères Schiller* [*La aldea del alemán*, Barcelona, El Aleph, 2008] y, sobre todo, con la novela *2084, la fin du monde* [*2084, el fin del mundo*]. La primera establece un paralelo entre el islamismo y el nazismo a partir de una observación minuciosa de ciertos suburbios franceses

3. "*Harraga*" deriva de la raíz de la palabra dariya (árabe magrebí) *hara qa*, que significa "quemar". Ligado al problema de la inmigración ilegal, el término alude a la idea implícita en el verbo "quemar". "Partir" es reinterpretado como "quemar": quemar el pasado, las fronteras y los documentos, para no poder ser deportados con facilidad. Quemar la vida, si hace falta, con tal de alcanzar la orilla norte del Mediterráneo. Como resulta prácticamente imposible completar con éxito los procedimientos que permiten obtener una visa, personas de diversas edades y perfiles, desde menores hasta ancianos, desde analfabetos hasta licenciados, provenientes de Mauritania, Marruecos, Argelia, Túnez, Libia, y todo el Magreb, deciden arriesgarse saltando esta burocracia. En Melilla (ciudad autónoma española situada en el norte de África) existe una asociación independiente del mismo nombre, *Harraga*, que denuncia la violencia contra los menores extranjeros no acompañados en situación de calle y defiende sus derechos. [N. de la T.]

que cayeron en el radicalismo islamista y también hace referencia a los hechos históricos, conocidos pero ocultados, de la Segunda Guerra Mundial. La segunda, al describir un mundo futuro gobernado por una teocracia de tipo islamista, muestra que las ideologías totalitarias tienen por ambición natural extenderse sobre la totalidad del mundo. Un valor proclamado universal engendra forzosamente una voluntad de expansión y de dominio planetarios. Y esta voluntad no apunta nada más que al espacio y las cosas, sino que abarca la totalidad del campo simbólico. La universalidad proclamada del islam ha conducido a sus dirigentes a remontar el islam al origen mismo de la humanidad. Los profetas, desde Jesús hasta Adán, pasando por Abraham, Moisés y Noé, son, por lo tanto, profetas del islam. No vinieron a traer el judaísmo y el cristianismo como fines en sí sino que los trajeron con el objeto de preparar a la humanidad para acoger a Mahoma y recibir de él el islam, por medio del cual se cumplirá el plan divino.

Estos son los temas abordados en mis libros. Escritos en Argelia, narran historias argelinas, pero con la sugerencia de que el lector las lea como relatos de su país y de su tiempo.

IV

Si hablamos de literatura, sin duda es necesario decir algunas palabras acerca de los escritores y de los lectores. Son partes articuladas de una misma pieza.

En relación a la comprensión del mundo esperada de la literatura, se puede arriesgar que no existen más que escritores comprometidos, ya que, lo hemos señalado, el mundo no tiene significación en sí, y tal vez tampoco existencia real. No existe más que en la mirada de los hombres, solo a partir del momento en que estos encuentran la palabra idónea para nombrarlo y desde que la insertan en un discurso significativo. Al nombrar, los escritores asumen su responsabilidad delante de los hombres. De la misma manera, podríamos decir que el escritor no existe más que si al menos un hombre lee algún libro suyo y halla en él el sentido que buscaba, el sentido que probablemente tenía

sin poder pronunciarlo. Es una cadena de reconocimientos que demuestra la verdad, cada eslabón da testimonio del que le precede y del que le sigue.

La literatura es, hoy más que nunca, cosa de los lectores. Antes, un libro podía leerse durante décadas después de su aparición. Trascendía la época que lo había visto nacer. Podía también ser leído por personas que vivían en contextos por completo distintos, y darles acceso al mismo sentido profundo, inmutable, universal. Era una época de tiempos largos, las cosas no cambiaban de un siglo para el otro.

La literatura moderna se construye sobre un ritmo corto. El mundo se encuentra en una ruptura de sentido, es decir, de larga perspectiva. La actualidad es su única medida. Todo se hace en el día, en el mes, en el año como mucho. Formateados por la cultura consumista, que irriga el pensamiento moderno, lectores, escritores y editores, contribuyen a su manera a la reducción del tiempo y de nuestra visión del mundo. Desde este punto de vista, el único libro verdadero es el diario de todos los días.

Para concluir:

¿La literatura ayuda a pensar el mundo? ¿Puede cambiarlo? Vimos que la literatura religiosa era capaz de hacerlo, en un breve período. Antiguamente, cuando el tiempo era largo, la literatura religiosa proporcionó un diagnóstico del mundo y un proyecto de transformación a los cuales las personas se adhirieron como quien entra en un cuento, e inmediatamente el mundo cambió. Solo hizo falta un siglo para que el cristianismo y el islam se instalen, transformen el mundo y lo gobiernen según principios que rompían por completo con los anteriores.

Vemos que todavía hoy continúa haciéndolo. El islamismo, que podemos considerar como una religión nueva, derivada del islam, consiguió propagar con comodidad sus dogmas y transformar las sociedades una tras otra. Ese poder de muerte lo extrae de la potencia de sus verbos y también de su culto bárbaro de la sangre y de la muerte, que ejerce una fascinación

certera sobre las poblaciones desorientadas. En este momento está escribiendo su relato de origen.

Ni la ciencia, ni la filosofía, ni la política, pueden rivalizar con la literatura. Estas prácticas no producen sentido. La literatura observa situaciones puntuales y coyunturales y provee las explicaciones técnicas de la mejor manera posible.

La literatura se encuentra frente a un desafío inmenso, existencial. Más que nunca, mientras flota sobre nuestras cabezas un manto de muerte, ella debe responder a la búsqueda de sentido, de amor, de libertad y de respeto en la cual la humanidad quiere comprometerse y vivir. No tiene otras funciones.

Traducción de Evelyn Galiazo.



Cerca del cabo Donato, 1969-70.

La conexión francesa

Azar Nafisi

La universalidad pretendida por la literatura debe ser aceptada por los lectores que pueden sentirse reflejados o conmovidos por una obra, un personaje o una historia. Por eso, pese a la dureza de regímenes políticos, dogmas religiosos o prejuicios nacionalistas, existe un campo común —el de las letras— que nos permite viajar por las diversas geografías de la utópica e inagotable “República de la Imaginación”.

• Recuerdan al zorro? No cualquier zorro, este es uno sabio, el revelador, el que revela la verdad al Principito, quien lo revela al piloto, quien nos lo revela a nosotros, los lectores. Cuando le dice adiós a su amigo, el zorro le dice al Principito: “he aquí mi secreto. Es muy simple: no se ve bien sino con el corazón. Lo esencial es invisible a los ojos”. Cuando escuché por primera vez, cuando era niña, a mi padre leerme *El Principito* en una habitación amplia y soleada en Teherán, no me daba cuenta de que ese cuento junto con *Shahnameh*, *El Libro de los Reyes*, *Pinocho*, *Mullah Nasredinn*, los relatos de Alicia, *el Mago de Oz* y el *Patito Feo* entre otros cuentos, se convertirían en uno de los pilares principales de mi República de la Imaginación.

La forma democrática de mi padre para iniciarme en estos cuentos determinó mi actitud hacia las obras de la imaginación como espacios universales que trascienden las fronteras de la geografía, la lengua, la identidad étnica, el género, la raza, la nacionalidad e incluso la clase social. Supe que a pesar de que este zorro y su Principito eran productos de la mente y el corazón de un francés, y aunque el libro fue escrito en un idioma desconocido para mí, en una época anterior a que yo naciera y en un lugar que nunca había visto, el hecho de escuchar y luego leerlo convertiría a esa historia también en mi historia, ese Principito y el zorro me pertenecían a mí como a Sherezade y sus mil y una noches le pertenecían a los franceses, a los norteamericanos, a los británicos, a los turcos, a los alemanes y a

todo el resto de los lectores quienes a través de la lectura los amarán y “domesticarán” de la manera que el Principito aprendió a domesticar al zorro. Y esta es la razón por la cual hoy yo, nacida en Irán y viviendo en Norteamérica, comparto con los lectores franceses el regalo de los cuentos norteamericanos. Los cuentos son similares a las flores de invernadero, necesitan la mirada diferente y curiosa de otros, de lectores de todos los orígenes, de todas las edades y lugares para reinterpretar y así brindarles un nuevo nombre y una nueva vida, de lo contrario serán olvidados, simplemente se desvanecerán y morirán. Es por eso que este libro no es solo una celebración de obras y escritores, sino también de lectura y lectores, no es solo acerca de la realidad y la ficción norteamericana, sino también acerca de los espacios universales compartidos por nosotros como seres humanos tanto en la realidad como en la ficción.

Así es como yo, una pequeña niña de un lugar llamado Irán llegó a conocer y a amar Francia, ¡a través de un Principito y un zorro! Había conocido zorros antes, de hecho mi padre me presentó al animal en una fábula de La Fontaine. En esta historia, como la mayoría de los cuentos, el zorro es astuto e inteligente y engaña a un simple cuervo por su comida. Luego, mientras estaba en la prisión del Shah, mi padre tradujo las fábulas de La Fontaine completas con sus hermosas ilustraciones que él mismo, un pintor amateur, dibujó copiándolas del original. En esa y la mayoría de las otras ilustraciones, el zorro era hermoso con una

espléndida cola tupida y ojos grandes. El zorro del Principito no era lindo, su cola tupida más bien parecía una escoba dada vuelta, no era bella y sus ojos eran tan estrechos que apenas se podían ver, de hecho no parecía un zorro. Me parecía casi maravilloso que un zorro distinto a cualquier otro hubiera cambiado para siempre mi actitud frente al animal; empecé a verlo de otro modo. Desde esta perspectiva, la astucia del zorro no se debía a la maldad sino a la necesidad de sobrevivir. A pesar de que sentía pena por las gallinas (que no me impedía comerlas), el zorro las cazaba para poder mantenerse vivo, a diferencia de los seres humanos que no solo matan y comen a las gallinas, sino que cazan zorros por diversión y deporte.

Poco a poco llegué a comprender por qué esos cautivantes ojos grandes, siempre desbordados de ansiedad y miedo, parecían estar en alerta a la espera de una amenaza invisible pero real. En ese entonces, no tenía idea de la razón por la que me sentía atraída por el cuento del Principito, no sabía que me estaba enseñando a adquirir lo que es esencial para las más grandes obras de la imaginación: la palpitación mágica del corazón que nos define como seres humanos y nos conecta unos a otros, dándonos una razón para vivir, una manera de sobrevivir, y junto a todo eso, comprender no solo el valor de la felicidad y del amor, sino también su estrecha cercanía con el dolor y la pérdida, comprender el precio que pagamos cuando nos atrevemos a hacer la elección de vivir y amar sinceramente. Sin saberlo, yo estaba experimentando la sensación de una profunda angustia mezclada con la alegría de la creación que es la fuente de toda belleza. A medida que comencé a leer más libros, descubrí que el secreto del zorro era compartido por los más grandes escritores, poetas, músicos, artistas, pensadores a través de los tiempos. Muchos de ellos lo habían expresado de distintas formas y lenguas, como en las líneas del gran escritor persa, Rumi, que había escrito siglos antes en una tierra lejana y en una lengua diferente:

“Abre los ojos del corazón, mira tu alma,

Todo lo que es invisible se hará en visible para ti”.

Junto a mis visitas a la imaginaria Francia a través de libros, también había oído bastante sobre la Francia real y su influencia en la formación de ideas y cultura en el Irán moderno. Irán era y aún es cosmopolita. Antes de partir para Inglaterra a los trece años ya había leído una variedad de libros de diferentes países, principalmente Rusia, Inglaterra, Norteamérica, Italia y Francia, los que además de la literatura persa estaban entre los fundadores de mi República de la Imaginación. Pero Francia tenía un espacio único en los corazones y mentes de varios miembros del clan Nafisi, especialmente de mis padres. Me encontraba rodeada por el mito de nuestra estrecha cercanía con lo francés debido a la forma en que los franceses se autodefinían a través de su literatura, a través de sus Voltaire, Racine y Mallarmé. Al mirar atrás, me sorprende un poco que cuando por fin visité Francia, su realidad no perdió el brillo en el resplandor de esta mitología seductora.



Azar Nafisi con su madre.

Pero fue el vínculo de mi familia con la literatura y las afinidades cercanas con la lengua francesa y la literatura lo que más me afectó. Lo que seguía vivo, lo que eclipsaba todos los cuentos reales e inventados sobre Francia y su magia era el secreto que el zorro me había revelado como lo había hecho con millones de otros lectores. Eso fue antes de experimentarlo de distintas maneras, por medio de películas y luego arte y filosofía, eso fue antes de las historias de mi padre sobre la influencia de Francia sobre la Revolución constitucional de Irán

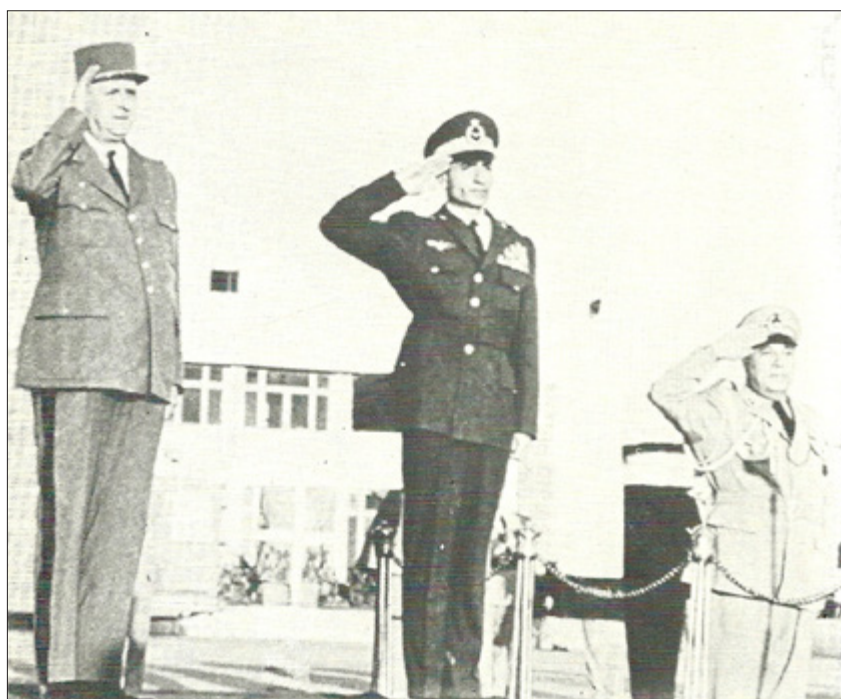
franceses); ¡así fue que en un momento en la lengua persa todo el mundo occidental podría ser resumido en Francia!

No puedo permitirme olvidar que el primo de mi padre, el venerable y distinguido erudito Saeed Nafisi, fue el primero en escribir el diccionario francés persa, el mismo Saeed Nafisi quien había traducido *La Ilíada* y *La Odisea* junto con Pablo y Virginia. Me dio una copia de ese libro cuando yo tenía once años, pero no me deslumbró y lo leí más por deber moral que por placer. No solo Saeed Nafisi sino varios otros que habían fundado

las normas de la cultura moderna de Irán, habían estudiado en Francia; quizás el más memorable de ellos es Sadegh Hedayat, el padre de la novela moderna en Irán, quien fue más valorado en su vida por los eruditos franceses que por sus propios compatriotas intelectuales y cuyo homenaje a su amada París fue por desgracia y paradójicamente, suicidarse en esa ciudad y ser sepultado en Père-Lachaise.

Cuando el general De Gaulle visitó

Irán, mi padre le dio la bienvenida como alcalde de Teherán, con un discurso que citaba escritores franceses como Victor Hugo y Montaigne. El general estaba tan contento que le ofreció a mi padre una Legión de Honor y la *Paris Match* lo honró con una foto en la página central con el general, mi padre admirándolo, como maravillado con la altura y gigante estatura del hombre mayor. Décadas más tarde, cuando después de la Revolución islámica mi padre publicó sus memorias, fue esa foto la que adornó la tapa de su libro. Cuando inmediatamente después de la visita del General mi padre fue enviado a prisión por sus enemigos



Visita de Charles de Gaulle a Irán, 1963.

en el comienzo del último siglo y el hecho de que el eslogan principal de los revolucionarios iraníes había sido “Libertad, igualdad, fraternidad”. Eso fue antes de empezar a contar todas las palabras francesas que habían ingresado en la lengua persa, transformándolas en propias, palabras que iban desde objetos diarios hasta moda y conceptos abstractos: *television, radio, automobile, merci, monde, mode, alamode, démodé, chic, gentile, compliment, modern, modernité, existentialisme*. La palabra “Farang”, un término genérico usado para describir a los países occidentales, tuvo origen en el término “Frank” (que significa

políticos, pasó sus días escribiendo poesía, aprendiendo ruso, repasando sus pinturas y traduciendo entre otros, las fábulas de La Fontaine, los poemas de Victor Hugo y el poema de Paul Elouard, *Libertad*. Cada vez que vuelvo a imaginar los días de mi padre en la biblioteca de la prisión al lado de la morgue, recuerdo las últimas dos estrofas (mis favoritas) de aquel poema:

*En la ausencia sin deseos
En la soledad desnuda
En las gradas de la muerte, escribo tu
nombre
Y en el poder de una palabra
Vuelve a comenzar mi vida
Nací para conocerte
Para nombrarte
Libertad.*

Los testimonios casi desenfrenados de mi familia hacia la literatura y cultura francesas y su conocimiento casi me intimidaban, sobre todo mi madre, que nunca se cansaba de presumir que había sido la mejor alumna de su clase en la mejor escuela de Irán para mujeres, Jean d'Arc, dirigida por monjas francesas. Ella contaba que en su primera visita a París para ver a su hermano Ali que estaba estudiando medicina, el francés con quien mi madre se encontró allí la felicitó por su impecable acento. Cuando yo estudiaba francés en el colegio e intentaba practicarlo frente a ella, con altivez, me decía “por favor, por favor, con ese acento no”. Ahora culpo a mi mezquino conocimiento de francés, no a mi propia pereza sino a los reproches de mi madre, y por supuesto, al propio deseo irracional de los franceses por la perfección en todos los aspectos y modos de vida desde la comida hasta la lengua, no dejando alternativa a una extranjera, como yo, ¡más que sentirse intimidada!

Al hacer memoria, fueron esos asuntos del corazón con la literatura francesa los que llenan esta habitación soleada y amplia, no en Teherán sino en Washington DC, en este día soleado y ventoso de Washington. Casi puedo dividir cada etapa de mi crecimiento

intelectual con los libros franceses que me acompañan. En el ojo de mi mente, veo pilas de libros que pertenecen a distintos períodos de mi vida, como viejos pero no olvidados amigos. Tenía alrededor de doce años y estaba sentada contra la pared frente a una gran ventana que se desparrramaba por el sol y sumergida en la lectura de las últimas páginas de *Papá Goriot*. Lo había elegido después de mi fascinación por *El lirio en el valle* de Balzac, un libro que ahora apenas recuerdo. Tenía la puerta bien cerrada para tratar de ignorar los enojados llamados de mi madre diciéndome que fuera a almorzar. Cuando sus llamados se volvieron gritos, me recluía más en mi duelo por el viejo Goriot, las lágrimas me empapaban el rostro. Era la misma habitación donde había llorado por el tío Tom y por Sydney Carton en *Historia de dos ciudades* y por la frágil y joven Anna Frank.

Las edades de once, doce y trece fueron años fértiles debido a la abundancia de lágrimas, además de lectura voraz. Sin darme cuenta, estaba acumulando emociones, sentimientos, ideas, hibernando, recolectando alimento para los tiempos difíciles. Leí indiscriminadamente y con ansiedad a Turgenev, Austen, Stendhal, Tolstói, Chéjov, Dickens, Hugo, Flaubert, Moravia, descubriendo y valorando su presencia en los rincones solitarios de mi mundo. Yo era el fantasma del mundo real al seguir a los personajes, al identificarme con ellos, al desearle la muerte a Anastasia y a Delfina, al esconderme en el ático con Anna Frank, al entrar en mi período romántico, no con Walter Scott sino con Victor Hugo y las hermanas Brontë, al morir con Catherine, al quedar ciega junto a Rochester, al seguir a Jean Valjean por las calles abandonadas y peligrosas de París, al morir con Esmeralda, al recordar hasta el día de hoy los sentimientos de Quasimodo, no solo por esa hermosa niña sino por sus campanas: “Las amaba, las acariciaba, les hablaba, las comprendía”. Es por líneas como estas que amamos a Hugo o Tolstói y no por sus sermones. Pero de algún modo, ni *Los Miserables* ni *El jorobado de Notre Dame* sino *El hombre que ríe* captó más mi atención, ¿sería por su título extraño y tentador, que

llevaba consigo la ironía que le daba forma a la tragedia grotesca del libro? Aprendí a llorar de una manera nueva y descubrí que el corazón no solo se rompe en la vida real, sino también en la ficción mientras pasa el espejo de Stendhal por el camino. Eran los años en los que el corazón estaba siendo “entrenado” y “domesticado”, para utilizar los términos del zorro, sin que yo tuviera consciencia de eso, domesticado a través de la ficción, preparado para lo que vendría luego en la vida. Ahora sé cómo analizar y ser objetiva, cómo expresar mis reacciones frente a estas obras, pero cuánto daría por volver a llorar así, por sentir una vez más después de leer un gran libro, la angustia profunda e inocente mezclada con la satisfacción y alegría irremplazables e irre-

cuperables de haber experimentado algo hermoso y raro y capaz de expresarse solo con lágrimas.

Después de los quince, durante muchos años fui abrumada por el entusiasmo y la arrogancia que viene con el descubrimiento de ideas, aun cuando esas ideas le pertenecen a otros. Era la época de Sartre, Camus, Beauvoir, Bergson, Anouilh, Ionesco, Barthes, Queneau (*Ejercicios de estilo*), la Nouvelle Vague en el cine, y los teóricos del movimiento Nouveau Roman, Robbe-Grillet y Nathalie Sarraute, Marguerite Duras y Claude Simon. Y el entusiasmo de descubrir un escritor francés de misterio, único y del nivel de los mejores en lengua inglesa, Simenon. Y luego estaba Proust, siempre separado del resto, quien aún desaparece y aparece como alguna joya rara en un sueño, rozando la piel, tan tentador, tan independiente, tan concreto y lleno de imágenes y tan impreciso como la misma memoria.

Poco a poco comencé a diferenciar a los zorros de los semi zorros y a estos de los no zorros. Algunos escritores como los de la Nouveau Roman eran los ingeniosos, los seguros, fríos y brillantes como este frío día brillante en Washington, una suerte de luz congelada. Pero como los asuntos amorosos brillantes y profundos, ellos retroceden con más facilidad a un segundo plano, las viejas fotografías amadas y las imágenes paulatinamente se desvanecen con el tiempo y adquieren una nueva belleza propia. *El extranjero* de Camus fue el primer libro que leí en francés y me quedé con la “gran indiferencia del mundo” que Meursault había sentido en esa última noche estrellada en su vida y aún lo llevo conmigo. Pero además, descubrí el sinsentido de las últimas palabras de Sartre en *A puerta cerrada* al exclamar “¡el infierno son los otros!”. Creo que fue Nabokov quien dijo, aunque se puede haber dicho simplemente, “el infierno es uno mismo”. Leí casi todos los libros de Camus y de Sartre pero el sentimiento fue una profundización de mi reacción a esos dos libros. Sartre era un creativo, no un escritor, y sus ideas, con el tiempo, a la vez que siguieron siendo brillantes, perdieron su resplandor. Camus fue el que



Azar Nafisi (1955)

Escritora y académica iraní. Reside en Estados Unidos hace más de veinte años, desde donde desarrolla su actividad crítica y docente. Recibió importantes premios internacionales y fue traducida a más de treinta lenguas por su libro *Reading Lolita in Tehran: A Memoir in Books*. Es profesora invitada de la John Hopkins University de Washington DC.

El presente ensayo se publicó por primera vez en el periódico *The Guardian* en julio de 2016, cuya versión extendida fue cedida por la autora para su traducción y edición en este número.

pertenecía a mi sociedad secreta de los zorros imaginarios. Camus fue un zorro que permaneció y permanecerá, ahora lo sé porque cuando leo a Kamel Daoud me lo recuerda, otro lobo en gestación.

Sí, por supuesto que la historia se repite y no solo dos veces. Así sucedió puntualmente en la República Islámica de Irán y la tragedia fue representada más bien como una parodia. Un ejemplo fue cuando los guardianes de la moral de la cultura hicieron sus acusaciones inmorales contra la inmoralidad de tantas obras de arte y de literatura maravillosas, incluso *Madame Bovary*. Como en el caso de Francia en 1856, el veneno dirigido contra la representación de la “innoble realidad” de Flaubert no solo fue pronunciado por los funcionarios de censura y del régimen, sino también por los virtuosos y los fariseos entre el público general y los intelectuales de elite. Me divertí cuando di una charla pública sobre *Madame Bovary* en una maravillosa editorial, y esa charla encendió un debate feroz y retóricamente violento sobre las mujeres, el adulterio y la moralidad. Por lo menos, el encuentro fortaleció incluso mi deseo no solo de enseñar *Madame Bovary*, sino además de enfocarme en el tema de la moralidad y el arte al agregar un libro más, que incluso considero uno de los mejores trabajos sobre las relaciones íntimas y precarias entre la ficción y la realidad, así como el lector y el narrador; hablo del incomparable *Jacques el fatalista* de Diderot.

Incluso era más peligroso enseñar *Jacques el fatalista* que *Madame Bovary*. Al menos, Emma Bovary tenía la “decencia”, para los ojos de los virtuosos, de suicidarse y en cierto modo pagar por sus pecados; pero este otro libro era alegremente, abiertamente y descaradamente irrespetuoso y obsceno. Así es que tuve el placer de hacer una trampa. Como los libros que yo enseñaba no podían encontrarse en las librerías, el primer día de clases entregué fotocopias. A la semana siguiente, le dije a la clase que lamentablemente había descubierto algunas escenas y discursos obscenos en el libro y que no se nos permitía leerlo, por lo tanto, dije que deberían traer las copias a la

semana siguiente y solo les iba a dar la clase de las partes relevantes del libro. Con esto me había asegurado de que todos los estudiantes se apuraran a hacer copias de su propio libro antes de devolverme las fotocopias y leerían de manera rápida y metódica todo el libro ¡de principio a fin!

Lo que en verdad quería hacer era leerles el fragmento del narrador que acumula insultos y obscenidades contra los “hipócritas malignos”, quienes los acusan de obscenidad, cuando les dice “pueden coger como mandriles en celo pero permítanme decir ‘coger’. Les regalo el acto. Permítanme la palabra. Dicen con toda tranquilidad palabras como ‘matar,’ ‘robar,’ ‘traicionar’ todo el tiempo, y, en cambio solo se atreven a decir coger en voz baja”. Continúa defendiendo el acto sexual como “tan natural, tan justo y tan necesario”. No podía arriesgar tanto mi suerte al leerles el fragmento, pero tomé mucho tiempo para explicar otra cita del libro que viene justo después de ese fragmento. Es donde el narrador explica: “Para mí, la libertad de su estilo es casi garantía de la pureza de su moral. Me refiero a Montaigne. *Lasciva est nobis pagina, vita proba*”.

Adoro el uso de la palabra “casi” en el fragmento de arriba. A partir de allí, no solo podría hablar de Jacques, cuyo único rival podría ser Sterne y su *Tristram Shandy*, sino también sobre por qué *Madame Bovary* era tan moral mientras que los críticos de Flaubert eran inmorales al intentar mutilar la ficción del mismo modo que disfrutaban de mutilar la realidad. Cuando Flaubert afirmó que él era Madame Bovary, se refería a que logró meterse en su piel, identificarse con ella hasta el punto en el cual, para darle vida, tuvo que convertirse en Emma; ese era su estilo. Pero no tuvo tanto éxito para lograr su objetivo; nosotros, los lectores, al atravesar la misma experiencia mediante un proceso de curiosidad y empatía, también podemos convertirnos en Emma y no solo en ella sino en Charles, en Homais y en cada uno de los personajes de ese libro.

No aprobamos las actitudes de Emma ni las de Charles, pero los comprendemos y en cierto modo, en las profundidades de nuestros seres románticos, quizás podamos sentir

empatía. El pecado que cometen es como el de Gatsby, están abrumados y obsesionados con su propia ficción, su propio deseo de romance al punto que reemplazan la realidad con sus propias ficciones al extremo de que Emma no puede ver las necesidades de su marido e hijos ni el nefasto futuro que está generando para ellos y para ella misma; y Charles está enceguecido por su deseo por Emma al arriesgar todo, incluso la salud y la vida de sus pacientes por ella.

En mi opinión, por supuesto, existió cierta redención en Emma y más incluso en Charles; esta es una novela que nos recuerda no la empatía sino su ausencia, no de amor sino la ausencia de este también. Aún sentimos pena por Emma y Charles porque arriesgaron todo lo que tenían incluyendo sus vidas por un falso sueño. Pero el personaje peligroso es el que sobrevive, el que consigue los beneficios, el que no tiene sueños ni escrúpulos al alimentar inocentemente la codicia y la miseria de la gente, el que recibe todo y no da nada a cambio. Homais. Y como lectores, también debemos hacer la pregunta, qué asombroso es que Flaubert nos predijo como somos en la actualidad, con nuestro falso sentido tanto de la realidad como de la cultura, con nuestros *reality shows*, con nuestras palabras que están vacías, nuestros sueños que son ilusiones y ese modo de pensar mercenario que no siente nada más que el éxito del dinero y de lo material, el que ni siquiera se preocupa por *Madame Bovary* o la cuestión moral porque a nadie realmente le interesa. ¿Qué pasa si hoy nosotros somos más bien como Homais que como otro personaje?

“¿Quién es Tocqueville?” me preguntó una chica rubia de ojos celestes en un seminario para graduados que dicté en la School for Advanced International Studies en Johns Hopkins University. Era el primer año que había migrado a Norteamérica y que daba clases. Estaba sorprendida de que una estudiante graduada en relaciones internacionales de una de las mejores universidades norteamericanas no conociera a Tocqueville, cuando algunos de mis estu-

diantes de Irán lo habrían conocido. Fue uno de esos momentos que se quedaron conmigo, porque no solo era el hecho de no conocer a un gran pensador, sino de no conocer a Norteamérica, su historia y cultura, su fundación, su relación con el mundo. Entonces comencé a pensar en escribir este libro, ya que a través de los años esta clase de episodios terribles se fueron acumulando, de modo que ya no me sorprendían, pero sí me entristecían y me enojaban tanto como el disparatado costo de la educación para el público norteamericano general, como la caída de la calidad de las escuelas y universidades, como la mentalidad empresarial dominante sobre cualquier otra, como los chicos que no eran hijos de ricos y eran cada vez más y más privados de la música, la ficción y el arte en las escuelas, mientras se alentaba a los estudiantes a pensar en la educación como la puerta de entrada a una vocación más que la satisfacción de una pasión, de los potenciales y del talento que además nos deberían ayudar a encontrar el trabajo adecuado. En las notas que tomé en un encuentro emotivo sobre la guerra de Irak, había anotado alguna sugerencia de un congresista que en respuesta a la oposición francesa a la guerra contra Irak propuso dar un nombre nuevo a las *French fries* por *Freedom fries*¹. Yo había agregado que algunas personas en verdad estaban haciendo boicot al vino francés. Entre paréntesis, había escrito: un triple insulto sobre las *French fries*, los franceses y la libertad, en ese orden. Mi agenda en esos días desbordaba de notas furiosas que más adelante hasta a mí me resultaba difícil descifrar. Al lado del nombre Tocqueville, había escrito el nombre de Lafayette y “Estatua de la libertad” y agregado “qué inteligentes (¿y compasivos??) fueron los franceses en regalarnos la Estatua de la libertad. Ahora y para siempre la idea de Norteamérica como el hogar de la libertad brillará con los colores de Francia”. En una fecha y época

1. Juego de palabras entre *French fries*, cuya traducción literal es “papas fritas a la francesa”, y *Freedom fries*, es decir “papas libres”. *French fries* es la comida que nosotros denominamos simplemente papas fritas. [N. de la T.]

posterior, en otro cuaderno había mencionado el libro de Stacy Schiff *Una gran improvisación: Franklin, Francia y el nacimiento de América*. “¿Cómo podía ser que algún norteamericano no se sienta orgulloso de la deslumbrante actuación de Franklin en la corte francesa cuando aseguró el apoyo para Norteamérica y la admiración de algunos miembros de la más sofisticada élite en Europa?” Me había acordado de todos esos artistas y escritores que habían ido a Francia para inspirarse, para iluminarse a partir de la Francia de Stein, de la Francia

aquella ciudad que era la más sofisticada y culta en el mundo, sino que se abrirían y ofrecerían al mundo una nueva perspectiva del propio mundo en París y en sus propios países nuevos. Tan curiosos eran al querer saber, tan clarividentes para intuir sobre la extranjera tierra fértil donde ellos podrían verse a sí mismos e incluso ver mejor a su país. Yo había escrito sobre la manera en que Francia les había correspondido y había reinventado a Norteamérica al hacerla ver lo que no había podido ver sobre sí. Había tomado algunos apuntes: Poe/Baudelaire, Woody Allen, los hermanos Marx, las películas norteamericanas del Lejano Oeste, todos aquellos aspectos de la cultura norteamericana que habían sido inmortalizados por los franceses.

“¡La conexión francesa! ¡Siempre en búsqueda de la conexión francesa!”. Mi marido la había llamado así, mientras yo trataba de explicarle sobre las complicadas conexiones históricas y culturales entre los franceses y mis dos amados hogares: Irán y Estados Unidos.

La última vez que conecté a Francia con el zorro fue después de la masacre en las oficinas de *Charlie Hebdo*, cuando salió el primer número de la revista. La imagen del profeta Mahoma con lágrimas en los ojos y la leyenda “*Tout est pardonné*”² tuvo un efecto en mí más allá de las palabras. También quería llorar, no solo por esas preciosas vidas que se habían perdido, sino también por compasión, la profunda consecuencia de esa imagen. En *Charlie Hebdo* no habían correspondido a la furia violenta de los asesinos dentro de la mejor tradición del arte, nos habían llevado a todos a su campo, al campo que desafía la crueldad y la violencia al rechazar el hecho de ser cruel y violento, más bien resistiendo convirtiéndose en lo contrario a lo que son, rechazando el hecho de volverse la imagen de su enemigo. ¿Cómo es que la imagen del profeta y la leyenda me hicieron pensar en la ternura del Islam de mi abuela, cuando ella



de Hemingway, de la Francia de James. Y luego allí estaba Baldwin cuyo París, a diferencia del de los otros, no era una ciudad de arte y luz, sino un París abandonado, triste y desolado con monotonía de llovizna y secretos no revelados, amargura de odio y odio a uno mismo, el París de lo marginal y del aislamiento, de los inmigrantes, de los homosexuales. El personaje principal de Baldwin está iluminado, además se descubre así mismo y a otros, pero con absoluta desesperación, sin alegría. Tan generosos habían sido estos autores, tan seguros de sí mismos al saber que no perderían su seguridad por su presencia en

2. “Todo está perdonado”. [N. de la T.]

perdonaba con facilidad aparente, nunca se quejaba e incluso siempre permanecía firme a su creencia, a su fe, a su sentido de la tolerancia? Así es como ella nos “domesticó” a nosotros, los que fuimos sus hijos y nietos caprichosos y revoltosos, quienes nos rebelábamos contra sus creencias y su fe. Esa imagen de Mahoma no era la de una figura de venganza ni de miedo, sino más bien una figura que había sido humanizada, convertida en humano nuevamente a pesar de la violencia y el enojo de amigos y seguidores irresponsables, más cruel para él que poderoso para sus enemigos.

Hoy ya está lejano, ese pasado y largo día soleado en Teherán, que solo vive en mi memoria, como mi padre, como las sombrías calles de mi niñez, como la sala de cine donde vi por primera vez *Les Enfants de paradis*³ junto con *The big sleep*⁴ y otros clásicos, como la sensación de seguridad y calidez en mi habitación hace tiempo desaparecida en Teherán donde lloraba por el viejo Goriot y Sydney Carton que también se fueron, incluso las montañas de Teherán están ahora —la mayoría de los días— escondidas debajo de la niebla de la contaminación. Pero lo que sobrevivió es el corazón y la imaginación que primero creó al zorro. En mi República de la Imaginación están todos vivos, los amados y los olvidados, Rudabeh, Vis, Esmeralda, Sherezade, Elizabeth Bennet, Pim, Huck Finn, Emma Bovary, Natasha y Pierre, Catherine y Heathcliff, Anna Karenina, todos de tiempos y orígenes muy distintos, todos juntos en esta República, inmortal y subversiva. Ahora, en estos tiempos violentos y crueles, solo en mi memoria y en mi portátil mundo de la imaginación cobran vida mis dos hogares, Norteamérica e Irán en un mismo espacio junto con todos los otros adorados hogares portátiles a lo largo y a lo ancho del mundo, donde Francia, hace tiempo, se consolidaba gracias al zorro.

El piloto, el escritor que escribió el cuento *El Principito*, murió hace bastante; pero el

piloto de la ficción que contó el cuento está tan vivo hoy como lo estaba hace décadas junto con el Principito, el Zorro, la Rosa, incluso la serpiente, y las estrellas que ríen, las estrellas que suenan como cascabeles que llenan las claras noches con las voces del corazón. En el ojo de mi mente, las estrellas se hacen más brillantes y su música más clara en un sentido más real dando la señal de que están aquí para quedarse no solo para los lectores franceses, sino para los lectores de todo el mundo, para los lectores que tienen los ojos para ver, los oídos para escuchar y el coraje para imaginar.

22 de febrero de 2016.

Traducción de Solana Schwartzman.

3. *Los niños del paraíso* (1945), película dirigida por Marcel Carné y guión de Jacques Prévert. [N. de la T.]

4. Película dirigida por Howard Hawks (1946). En Argentina se tituló *Al borde del abismo*. [N. de la T.]

Sam Meekings

Rana

La primera incisión la muestra boca arriba
como hinchada de vino, jadeando, emitiendo
gases o fantasmas: piensa en esos grumos
y arrugas que nacen sobre la leche rancia.

Luego, la capa mucosa y arropada
bajo las pálidas vainas de su camuflaje:
descúbrelas de prisa, desnuda el tibio enredo
de elásticas bandas en su gomoso abrazo.

El manual nos cuenta que la rana lleva
una doble vida: entre el agua y la tierra,
entre el distante allá y el aquí destemplado.

Mira los gordos carretes de fango palpitante
y este punto preciso bajo el mentón: la voz
que el universo oyó primero hecha de sal
[y sombra.



Sam Meekings

Poeta, novelista y profesor. Nacido en Inglaterra, se trasladó a China al finalizar sus estudios en la Universidad de Oxford, donde trabajó como editor y profesor. Publicó dos novelas sobre la China contemporánea, *Under Fishbone Clouds* y *The Book of Crows*, y un volumen de poesía. Recibió el premio de la Sociedad de Autores; ha sido publicado en todo el mundo y elogiado en *The New York Times* y la *Scottish Review of Books*.

Caracoles

Así debe haber empezado: con truenos,
pandereta fantasma desollando las nubes,
dejando caer la lluvia como piedras.

Nunca olvides que este es el mar en pie,
erguido, levitando: esta vez
es a través de tí que nada,

revolviendo los charcos como risas.
Y dada la señal, llegan los caracoles,
Desparramados como cascos de balas

de una guerra que nada ni nadie recuerda.
Testas cornudas surgen de pronto
de lomos moteados, decididas

a deslizarse como tinta por el parque,
dejando trazas de plata por la noche.
Y la lluvia los sigue apedreando,

Olvidando que los ha desnudado
Y ofrecido como dulces
Hace un instante apenas. La lluvia

es olvido transformado en peso,
obeso, cargado: pronto lo sabrán,
y se asirán rebeldes a la tierra,

como un niño al pecho de su madre.
Así debe haber empezado: con ansias
e informes metereológicos

y caracoles como guijarros,
aprendiendo que todo, todo
tendrá que esperar hasta mañana.

Traducciones de Alberto Manguel.

Soliloquio del Rey Leopoldo

Mark Twain

A principios del siglo XX, el escritor estadounidense Mark Twain conoció al escritor británico Edmund Dene Morel, quien se ocupó dedicadamente a denunciar las atrocidades perpetradas en el Congo por el rey Leopoldo II de Bélgica. Twain asumió ese compromiso como propio, y en 1905 publicó el célebre “Soliloquio del Rey Leopoldo”, monólogo teatral satírico en el que el monarca belga enumera los crímenes cometidos en el Estado Libre del Congo.

“Soy yo”

“Leopoldo II es el amo absoluto de toda la actividad interna y externa del Estado Independiente del Congo. Ha establecido a su antojo la organización de la justicia, del ejército, de los regímenes industriales y comerciales. Podría decir, y con mayor precisión que Luis XIV, ‘el Estado soy yo’”. Félicien Cattier, Universidad Libre de Bruselas. “Repitamos al igual que muchos otros lo que se ha convertido en un lugar común, que el éxito de la empresa africana es obra de una única voluntad rectora, ajena a las trabas de la vacilación de políticos pusilánimes, llevada a cabo bajo su única responsabilidad: inteligente, reflexiva, consciente de los peligros y las ventajas, previendo con admirable clarividencia los grandes resultados de un futuro cercano”. Alfred Poskine, en *Bilans Congolais*.

1

[Arroja los panfletos que ha estado leyendo. Se pasa nerviosamente los dedos por la frondosa barba; golpea la mesa con los puños; suelta de

vez en cuando bruscas andanadas de expresiones non sanctas, ladeando contritamente la cabeza entre andanada, y andanada y besa el crucifijo Luis XI que le cuelga del cuello, acompañando los besos con disculpas masculadas; al rato se levanta, con el rostro enrojecido y sudoroso, y camina por la estancia, gesticulando.]

2

¡¡—!! ¡¡—!! ¡Si los tuviera agarrados del cuello! (*Besa apresuradamente el crucifijo y masculla.*) En estos veinte años he gastado muchos millones para mantener callada la prensa de los dos hemisferios, y siguen produciéndose filtraciones. He gastado muchos millones más en religión y arte, ¿y qué consigo a cambio? Nada. Ni un cumplido. Esas generosidades se pasan por alto de modo deliberado en lo que se publica. ¡En lo que se publica solo recibo calumnias, calumnias y más calumnias, y calumnias sobre calumnias! Aceptemos que sean verdad, ¿y qué? Son calumnias de todos modos cuando se pronuncian contra un rey.

3

¡Canallas, lo cuentan todo! Absolutamente todo: cómo me dediqué a peregrinar entre las potencias bañado en lágrimas, con la boca llena de Biblia y la piel rezumando piedad por todos los poros, y les imploré que me asignaran en fideicomiso el vasto,

rico y populoso Estado Libre del Congo en tanto que agente suyo, de tal manera que pudiera erradicar la esclavitud y detener las incursiones esclavistas, así como alzar a esos veinticinco millones de dóciles e inofensivos negros desde las tinieblas hasta la luz, la luz de nuestro bendito Redentor, la luz que emana de su santa Palabra, la luz que convierte en gloriosa a nuestra noble civilización... alzarlos, secarles las lágrimas y llenar sus magullados corazones de alegría y gratitud... alzarlos y hacerles comprender que ya no eran unos seres marginados ni abandonados, sino nuestros hermanos en Cristo; cómo los Estados Unidos y trece grandes Estados europeos lloraron de compasión conmigo y se dejaron convencer; cómo sus representantes se reunieron en un congreso en Berlín y me nombraron jefe supremo y superintendente del Estado del Congo, y redactaron mis poderes y limitaciones, salvaguardando cuidadosamente de todo daño y perjuicio las personas, las libertades y las propiedades de los nativos, prohibiendo el tráfico de whisky y de armas, proporcionando tribunales de justicia, permitiendo el comercio libre y sin trabas a los tratantes y comerciantes de todos los países, y acogiendo y protegiendo a los misioneros de todos los credos y confesiones. Han contado cómo planeé y preparé mi administración y elegí a un ejército de funcionarios —“compinches” y “conseguidores” míos, “belgas repulsivos” todos ellos—, e icé mi bandera, engañé a un presidente de los Estados Unidos y logré que fuera el primero en reconocerla y saludarla. Está bien, que me calumnien si quieren; es para mí una profunda satisfacción recordar que fui un poco más listo que ese país que se cree tan listo. Sí, ya lo creo que embauqué a un yanqui, como suelen decir. ¿Una bandera pirata? Que la llamen así, tal vez lo sea. De todos modos, fueron los primeros en saludarla.

4

¡Entrometidos misioneros estadounidenses!
¡Deslenguados cónsules británicos! ¡Chis-

mosos y abyectos burócratas belgas! Cotorras aburridas que siempre están hablando, siempre contando cosas. Han contado cómo he gobernado el Estado del Congo durante veinte años, no como fideicomisario de las potencias, como agente, subordinado, supervisor, sino como soberano, soberano de un fértil dominio cuatro veces más grande que el Imperio alemán, como soberano absoluto, inviolable, por encima de toda ley; pisoteando el Acta del Congo redactada en Berlín; excluyendo a todos los comerciantes extranjeros salvo a mí mismo; restringiendo a mí mismo el comercio por medio de concesionarios que son criaturas y cómplices míos; apoderándome del Estado y reteniéndolo como propiedad personal, con todos sus enormes beneficios como botín privado, mío y solo mío, reclamando y reteniendo sus millones de habitantes como propiedad privada, siervos y esclavos míos; mío su trabajo, con o sin salario; míos, no suyos, los alimentos que cosechan; míos, solo míos, el caucho, el marfil y todas las demás riquezas del país, reunidas para mí por hombres, mujeres y niños bajo la coacción del látigo y la bala, el fuego, el hambre, la mutilación y la horca.

5

¡Menudo incordio! ¡Si es que no se han callado nada! Han revelado estos y otros detalles que por vergüenza deberían haber mantenido en silencio puesto que denunciaban a un rey, una figura sagrada y exenta de reproche por el derecho que confiere haber sido elegida y nombrada para su elevado cargo por Dios mismo; un rey cuyas acciones no pueden criticarse sin incurrir en blasfemia, porque Dios las ha observado desde el principio y no ha manifestado insatisfacción ante ellas, ni tampoco desaprobación, ni las ha impedido ni interrumpido en modo alguno. Por esta señal reconozco su aprobación de mis actos; su cordial y grata aprobación, estoy seguro de poder afirmarlo. Bendecido, coronado y beatificado con esta gran recompensa, esta recompensa dorada, esta recompensa inefablemente valiosa, ¿por qué habría de preocuparme

de las maldiciones y las injurias de los hombres? (*Presa de un arrebató repentino.*) Que se abrasen por toda la eternidad en... (*Respira hondo y besa con efusión el crucifijo; murmura con tristeza: "Al final me condenaré con este hablar irreflexivo".*)

6

¡Sí, estos charlatanes siguen contándolo todo! Cuentan cómo fijo impuestos asfixiantes a los nativos, impuestos que son un auténtico robo... impuestos que deben satisfacer recolectando caucho en condiciones muy duras y que cada vez se endurecen más, cultivando y suministrando provisiones de forma gratuita... y como resulta que no cumplen con sus tareas debido al hambre, la enfermedad, la desesperación y el incesante y agotador trabajo sin descanso y huyen a la selva para escapar del castigo, al final mis soldados negros, reclutados en tribus hostiles, instigados y dirigidos por mis belgas, los persiguen, les dan caza, los asesinan brutalmente y queman sus poblados... tras reservarse para ellos a algunas de las muchachas. Lo cuentan todo: cómo aniquilo por todos los medios posibles a una nación de criaturas desamparadas en beneficio de mi propio bolsillo. Pero nunca dicen, aunque lo saben, que al mismo tiempo y todo el tiempo he obrado en nombre de la religión, y que les he enviado misioneros (de la "tendencia adecuada", dicen) para enseñarles lo equivocado de sus costumbres y acercarlos a Él, que es todo misericordia y amor, y que es el infatigable guardián y amigo de todos los que sufren. Solo cuentan lo que me perjudica, no lo que me favorece.

7

Cuentan cómo Inglaterra me exigió una comisión de investigación sobre las atrocidades del Congo y cómo la nombré con el fin de silenciar a ese entrometido país y a su desagradable Asociación para la Reforma del Congo, formada por condes, obispos, John Morleys, eminencias universitarias y

otros sujetos más interesados en los asuntos ajenos que en los propios. ¿Les cerró eso la boca? No, les sirvió para señalar que era una comisión formada en su totalidad por mis "carniceros del Congo", "los mismos hombres cuyos actos debían investigarse". Dijeron que era como nombrar una comisión de lobos para investigar los estragos en un redil de ovejas. ¡Nada satisface a un maldito inglés!¹

8

¿Y muestran esos criticones la debida deferencia hacia mi carácter personal? No mostrarían menos si fuera plebeyo, campesino o mecánico. Recuerdan al mundo que desde el principio mi casa ha sido una combinación de capilla y burdel, con ambas actividades desarrollándose a tiempo completo; que cometí con mi reina y mis hijas crueldades a las que añadí vergüenza y humillaciones diarias; que, cuando mi reina yacía en el feliz refugio de su ataúd, y una de mis hijas me imploró de rodillas que le dejara ver por última vez el rostro de su madre, yo me negué; y que hace tres años, insatisfecho con el botín robado a toda una nación extranjera, le robé sus bienes a mi propia hija y, todo un espectáculo para el mundo civilizado, comparecí ante un tribunal por intermediación de un representante para defender ese acto y completar el delito. Es como digo: son parciales e injustos; resu-

1. Esta visita tuvo un resultado más afortunado del esperado. Un miembro de la Comisión era un alto funcionario del Congo, otro un funcionario del gobierno en Bélgica, el tercero un jurista suizo. Se temía que el trabajo de la Comisión fuera tan veraz como las innumerables "investigaciones", como se las llamaba, de los funcionarios locales. Sin embargo, parece ser que la Comisión se encontró con una enorme avalancha de testimonios espantosos. Un testigo presente en la audiencia pública escribe: "Unos hombres de piedra se conmovieron con las historias que salen a la luz con las averiguaciones de la Comisión sobre la espantosa historia de la recogida del caucho". Es evidente que los comisionados quedaron conmovidos. Sobre su informe y la incidencia que tuvo en el problema internacional constituido por la situación reconocida en el Estado del Congo, se dicen algunas palabras en las páginas suplementarias de este opúsculo. La Comisión ordenó ciertas reformas en la sección visitada, pero, según las últimas noticias, tras su partida la situación no tardó en ser peor que antes de su llegada. [M. T.]

citan y ponen de nuevo en circulación cosas como esas o cualquier otra que me denigre, pero no mencionan ningún acto mío que me favorezca. He gastado en arte más dinero que cualquier otro monarca de mi época, y ellos lo saben. ¿Hablan de ello, lo cuentan? No, no lo hacen. Prefieren convertir lo que llaman “horribles estadísticas” en ofensivas ilustraciones dignas de un jardín de infancia cuyo propósito es estremecer a los sensibleros y predisponerlos en mi contra. Señalan que “si la sangre inocente derramada en el Estado del Congo por el rey

manos, el espeluznante estrépito se oiría a una distancia de...”. ¡Maldita sea, ya me canso! Y milagros parecidos realizan con el dinero que he destilado de esa sangre y que me he embolsado. Lo amontonan hasta formar pirámides egipcias; tapizan con él Sáhara enteros; lo extienden por todo el cielo y entonces su sombra deja la tierra en penumbra. Y las lágrimas que he causado, los corazones que he roto, ¡nada los convence para que se ocupen de sus cosas! (*Pausa meditativa.*) Bueno... no importa, ¡a los yanquis sí que conseguí engañarlos! (*Lee con sonrisa burlona la orden presidencial de reconocimiento cursada el 22 de abril de 1884.*)



Rey Leopoldo II de Bélgica.

Leopoldo se vertiera en cubos y los cubos se colocaran uno al lado de otro, la fila se extendería tres mil kilómetros; que, si los esqueletos de sus diez millones de víctimas del hambre y los asesinatos pudieran levantarse y desfilar en fila india, tardarían siete meses y cuatro días en pasar por delante de un lugar; que, reunidos todos juntos, cubrirían más superficie que la que ocupa Saint Louis, con Exposición Universal incluida; que, si pudieran aplaudir al unísono con sus óseas

“... el gobierno de los Estados Unidos anuncia su simpatía y aprobación en relación con los propósitos humanos y benévolutos de (mi plan para el Congo), y ordenará a los funcionarios de los Estados Unidos, tanto en tierra como en mar, que reconozcan su bandera como la bandera de un gobierno amigo”.

9

Seguro que a los yanquis ahora les gustaría desdeírse, pero van a descubrir que mis agentes no están en los Estados Unidos en vano. De todos modos, no hay peligro, ni los países ni los gobiernos pueden permitirse el lujo de admitir un error. (*Con una sonrisa de satisfacción empieza a leer el Informe del reverendo W. M. Morrison, misionero estadounidense en el Estado Libre del Congo.*)

“Ofrezco a continuación algunos de los múltiples incidentes atroces de los que he podido ser observador directo; revelan el sistema organizado de saqueos y atropellos perpetrado y mantenido hoy por el rey Leopoldo de Bélgica en este desdichado país. Digo rey Leopoldo porque él y solo él es hoy responsable, pues es el soberano absoluto.

Él mismo se hace llamar así. Cuando nuestro gobierno estableció los cimientos del Estado Libre del Congo en 1884 reconociendo su bandera, poco pensaba que esa empresa, presentada bajo la apariencia de la filantropía, era en realidad la del rey Leopoldo de Bélgica, uno de los gobernantes más astutos, despiadados y desalmados que jamás se haya sentado en un trono. Eso al margen de su conocida corrupción moral, que ha hecho que su nombre y su familia estén en boca de todos en dos continentes. Sin duda, nuestro gobierno no habría reconocido esa bandera de haber sabido que era en realidad el rey Leopoldo quien pedía a nivel individual el reconocimiento; de haber sabido que estaba estableciendo en el corazón de África una monarquía absoluta; de haber sabido que, tras abolir con un elevado coste de sangre y dinero la esclavitud africana en nuestro país, establecía una forma aun peor de esclavitud en la propia África”.

10

(Con alegría maliciosa.) Sí, desde luego, fui un poco más listo que los yanquis. Eso les duele; les fastidia. ¡Son incapaces de superarlo! Y les hace cargar además con otra deshonra, y de mayor gravedad; porque nunca podrán borrar de su memoria el reprochable hecho de que su vanidosa república, autoproclamada campeona y promotora de las libertades del mundo, es la única democracia de la historia que ha prestado su poder e influencia ¡para instaurar una monarquía absoluta!

11

(Contemplando con mirada hostil una imponente pila de panfletos.) ¡Al cuerno con

estos entrometidos misioneros! Escriben estas cosas a toneladas. Parece que están siempre merodeando, siempre espionando, siempre observando los acontecimientos; y todo lo que ven lo escriben. Están siempre rondando de un lugar a otro; los nativos los consideran sus únicos amigos; acuden a ellos con sus penas; les muestran las cicatrices y heridas causadas por mi policía militar; alzan los muñones de sus brazos y se lamentan porque les han cortado las manos como castigo por no entregar suficiente caucho y como prueba presentada después ante mis oficiales de la correcta y efectiva aplicación del castigo establecido. Uno de esos misioneros vio ochenta y una de esas manos puestas a secar sobre un fuego con objeto de enviarlas a mis oficiales y, por supuesto, va y lo pone por escrito y luego lo publica. ¡No paran de viajar, no paran de espionar! Y nada les parece demasiado trivial para no publicarlo. *(Elige un panfleto. Lee un pasaje del informe de un Viaje hecho en julio, agosto y septiembre de 1903 por el reverendo A. E. Scrivener, misionero británico.)*

“Enseguida empezamos a hablar y, sin estímulo alguno por mi parte, los nativos iniciaron los relatos a los cuales ya estaba tan acostumbrado. Vivían en paz y tranquilidad cuando por el lago llegaron los hombres blancos con todo tipo de peticiones de que hicieran esto y lo otro, y pensaron que eso era esclavitud. Así que intentaron echarlos de su tierra, pero fue inútil. Los fusiles los superaron. Así que se rindieron y decidieron sobre llevar lo mejor posible aquellas nuevas circunstancias. Primero llegó la orden de construir casas para los soldados, y eso se hizo sin una queja. Luego tuvieron que alimentar a los soldados y a todos los hombres y mujeres que iban con ellos, su séquito de acompañantes. A continuación, les pidieron que fueran a buscar caucho. Hacer algo así era una novedad para ellos. Había

caucho en la selva a varios días de distancia de su poblado, pero les resultó novedoso que tuviera valor alguno. Les ofrecieron una pequeña recompensa, y todos se lanzaron en busca del caucho. ‘Qué blancos tan raros, que nos dan telas y collares a cambio de la savia de una planta silvestre’. Se alegraron de lo que consideraron su buena fortuna. Sin embargo, la recompensa no tardó en verse reducida hasta que al final les dijeron que fueran a buscar el caucho a cambio de nada. Intentaron poner objeciones; pero, para su gran sorpresa, los soldados mataron a algunos aldeanos, y al resto se les dijo, con multitud de maldiciones y golpes, que partieran en el acto o habría más muertos. Aterrorizados, empezaron a preparar las provisiones para las dos semanas de ausencia del poblado que comportaba la recolecta del caucho. A los soldados les pareció que tardábamos mucho en partir. ‘¿Cómo? ¿No os habéis ido todavía?’. ¡Bang, bang, bang! Y así cayeron muertos uno y luego otro, en medio de esposas y compañeros. Hubo un griterío espantoso y un intento de preparar a los muertos para el entierro, pero no nos dejaron. Tenéis que salir todos de inmediato para la selva. ¿Sin comida? Sí, sin comida. Y así partieron los pobres desgraciados sin ni siquiera llevar consigo las cajas de yescas para hacer fuego. Muchos murieron en la selva por culpa del hambre y la intemperie, y muchos más por culpa de los fusiles de los feroces soldados a cargo de la plaza. A pesar de todos sus esfuerzos, la cantidad recolectada disminuyó, y hubo muchos más muertos. Me mostraron el lugar

y me indicaron la localización de los asentamientos de los antiguos grandes jefes. La población de hace siete años, por ejemplo, era, según un cálculo metódico, de dos mil personas en la plaza y alrededor de ella en un radio de unos quinientos metros. En total, no sumarán hoy doscientas, y tanto es su pesar y su melancolía que el número disminuye rápidamente.

Nos quedamos allí el lunes todo el día y mantuvimos muchas conversaciones con los lugareños. El domingo, algunos boys me habían comentado haber visto algunos huesos, así que el lunes pedí que me los enseñaran. Entre la hierba, a pocos metros de la casa donde me alojaba, había una gran cantidad de cráneos, huesos y, en algunos casos, esqueletos humanos completos. Conté treinta y seis cráneos y vi muchos otros conjuntos de huesos en los que faltaba el cráneo. Llamé a uno de los hombres y le pregunté qué significaba aquello. ‘Cuando empezaron las negociaciones acerca del caucho —dijo—, los soldados mataron a tantos que nos cansamos de enterrarlos y muchas veces ni siquiera nos dejaron hacerlo, así que los arrastramos hasta aquí los cuerpos y los dejamos en la hierba. Hay cientos por todas partes, si desea verlos’. Sin embargo, ya había visto más que suficiente y tenía el estómago revuelto a causa de todas las historias que contaban hombres y mujeres de la espantosa experiencia por la que habían tenido que pasar. Las atrocidades búlgaras deben considerarse como la afabilidad misma en comparación con lo perpetrado aquí. No sé cómo esas personas aceptaron someterse, y aún hoy

me asombro ante lo que considero su paciencia. Que algunas lograran escapar es un pequeño motivo para la gratitud. Permanecí en el lugar dos días y lo que más me impresionó fue la recolecta del caucho. Vi llegar largas filas de hombres, como en Bongo, con sus cestitas bajo el brazo, vi que les pagaban una lechera llena de sal y los dos metros de percal arrojados a los jefes; vi su temblorosa timidez y, en realidad, muchas cosas que ponían de manifiesto el estado de terrorismo que existe y la auténtica esclavitud a la que está sometida esa gente”.

12

Este es su estilo; espían todo el tiempo y luego corren a publicar cualquier estúpida insignificancia. Y el cónsul británico, Casement, es igual que ellos. Se apodera de un diario redactado por uno de mis funcionarios y tiene tan poca delicadeza y elegancia que, aunque se trata de un diario privado y destinado solo a la lectura de su propietario, se dedica a publicar fragmentos. (*Lee un pasaje del diario.*)

“Cada vez que el cabo sale a por caucho, le dan cartuchos. Tiene que devolver todos los no usados y por cada uno usado debe entregar una mano derecha. P. me dijo que a veces gastan un cartucho cazando algún animal y que entonces le cortan la mano a un hombre vivo. En cuanto a la escala en que se lleva a cabo dicha práctica, me informó de que en seis meses el Estado había gastado en el río Mambogo seis mil cartuchos, lo que significa seis mil personas asesinadas o mutiladas. Significa más de seis mil personas porque la gente me cuenta una y otra vez que los

soldados matan a los niños con la culata de los fusiles”.

13

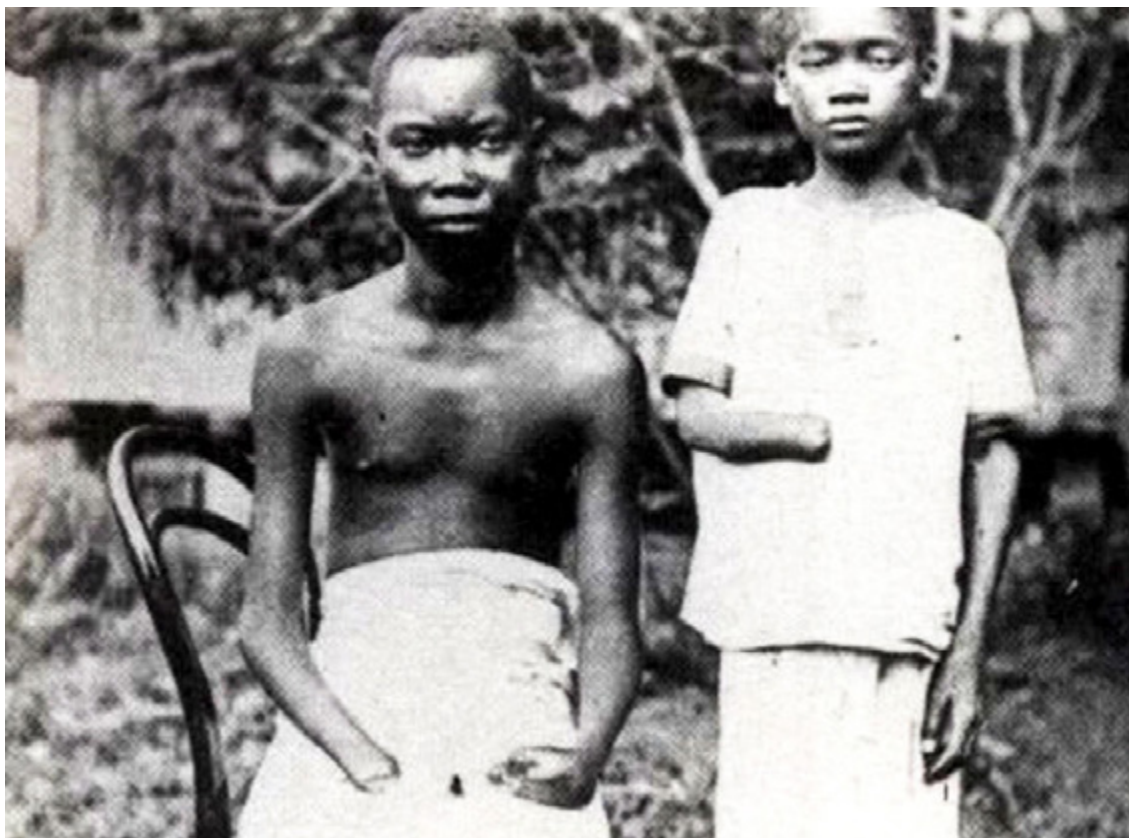
Cuando el sutil cónsul cree que el silencio es más eficaz que sus palabras, no duda en emplearlo. Aquí deja que cada uno llegue a la conclusión de que un millar de asesinatos y mutilaciones al mes es una cifra elevada para una región tan pequeña como la concesión del río Mambogo, cuyas dimensiones indica tácitamente al adjuntar a su informe un mapa del vastísimo Estado del Congo en el que no aparece algo tan pequeño como ese río. Ese silencio pretende decir: “Si son mil al mes en ese pequeño rincón, ¡imagínad la cantidad en todo el enorme Estado!”. Un caballero no debería rebajarse a tales bajezas.

14

Y ahora lo de las mutilaciones. No es posible arrinconar a un crítico del Congo y mantenerlo arrinconado; hace un regate y enseguida vuelve desde otra dirección. Están llenos de mañas escurridizas. Cuando las mutilaciones (amputaciones de manos, castración de hombres, etcétera) empezaron a causar revuelo en Europa, se nos ocurrió la idea de excusarlas con una réplica que creíamos que los confundiría de una vez por todas sobre ese tema y los dejaría sin saber qué más decir: atribuimos descaradamente la costumbre a los nativos y dijimos que nosotros no la habíamos inventado, sino que solo la seguíamos. ¿Los confundió eso? ¿Les cerró la boca? Ni por una hora. Hicieron un regate y volvieron de nuevo contra nosotros con la observación de que “si un rey cristiano percibe una salvífera diferencia moral entre inventar sanguinarias barbaridades e imitar las de los salvajes, ¡ojalá pueda su confesión depararle todo el consuelo posible!”.

15

Es de lo más asombrosa la forma que tiene de actuar este cónsul, este espía, este intrigante.



Mutilaciones en el Estado Libre del Congo, c. 1900.

(Agarra el informe Trato acordado a mujeres y niños en el Estado del Congo; lo visto por Roger Casement en 1903.) ¡Hace apenas dos años! Revelar la fecha a la opinión pública ha sido un gesto calculado de mala intención. Tenía como objetivo debilitar las garantías de mis oficinas de prensa según las cuales mis severidades en el Congo habían cesado, y cesado por completo, hacía ya muchos años. A este hombre le gustan las nimiedades, disfruta con ellas, se recrea, las mima, las acaricia, las pone todas por escrito. No hace falta quedarse dormido repasando este monótono informe para verlo; los simples títulos de las secciones lo ponen de manifiesto. *(Lee.)*

“Doscientas cuarenta personas, hombres, mujeres y niños, obligadas a suministrar cada semana al gobierno una tonelada de víveres cuidadosamente preparados, tras lo cual reciben como remuneración la hermosa suma total de 15 chelines y 10 peniques”.

16

Lo admito, fui generoso. Representaba casi un penique a la semana por cada negro. Es típico de este cónsul menospreciar un gesto así, pero él sabe muy bien que habría podido conseguir la comida y el trabajo a cambio de nada. Soy capaz de demostrarlo con mil ejemplos. *(Lee.)* Expedición contra un poblado retrasado en su entrega (forzosa) de suministros; resultado, matanza de dieciséis personas; entre ellas, tres mujeres y un niño de cinco años. Se tomaron diez prisioneros, como rehenes hasta el pago de un rescate; entre ellos, un niño que murió durante la marcha.

17

Ahora bien, se cuida mucho de no explicar que nos vemos obligados a pedir un rescate para cobrar las deudas allí donde la gente no tiene con qué pagar. Las familias que escapan a la selva venden como esclavos a algunos de sus miembros y así entregan el rescate. Él sabe que pondría fin a este

sistema si encontrara una forma menos desagradable de cobrar esas deudas... ¡Mmm, aquí tenemos otra exquisitez de nuestro cónsul! Informa de una conversación sostenida con algunos nativos:

P: ¿Cómo sabes que fueron los propios hombres blancos quienes dieron la orden de que se cometieran con vosotros esas crueldades? Seguro que las han cometido los soldados negros sin conocimiento del hombre blanco.

R: Los hombres blancos dijeron a sus soldados: ‘Solo matáis a mujeres; con los hombres no podéis. Tenéis que demostrar que matáis hombres’. Así que los soldados, cuando nos mataban (se detuvo, dudó y luego señalando... dijo:) entonces... y las llevaban a los hombres blancos, que decían: ‘Es verdad, habéis matado hombres’.

P: ¿Es verdad lo que dices? ¿Han sido muchos los cadáveres mutilados de este modo?

Todos (gritando): ¡Nkoto! ¡Nkoto! (¡Muchísimos! ¡Muchísimos!)

No cabía duda de que esa gente no inventaba lo que decía. Su vehemencia, sus ojos centelleantes, su agitación, no eran simuladas”.

18

Y, claro, el crítico, tenía que divulgarlo; carece de dignidad. Todos los que son como él me censuran, aunque saben muy bien que no he disfrutado castigando a los hombres de ese modo concreto, sino que solo lo he hecho como advertencia a otros delincuentes. Los castigos corrientes no sirven con los salvajes ignorantes; no consiguen impresionarlos. *(Lee más títulos de secciones.)*

“Región devastada; población reducida de 40.000 a 8.000 habitantes”.

19

Ni se toma la molestia de decir cómo sucedió. Es fecundo en ocultaciones. Pretende que sus lectores y los reformistas del Congo, de la ralea de lord Aberdeen, Norbury, John Morley y sir Gilbert Parker, crean que los han matado a todos. No fue así. La gran mayoría escapó. Huyeron con sus familias a la selva a causa de las incursiones del caucho, y fue allí donde murieron de hambre. ¿Acaso habríamos podido impedirlo?

20

Uno de mis afligidos críticos observa: “Otros soberanos gravan con impuestos a su pueblo, pero a cambio proporcionan escuelas, tribunales de justicia, carreteras, luz, agua y protección a la vida y la integridad física; ahora bien, el rey Leopoldo grava con impuestos a su nación expoliada y no proporciona a cambio nada salvo hambre, terror, dolor, vergüenza, cautiverio, mutilación y matanzas”. ¡Tal es su estilo! ¡Que no suministro “nada”! Envío el evangelio a los supervivientes; esos censuradores lo saben, pero preferirán que se les corte la lengua antes que mencionarlo. He pedido varias veces a mis mercenarios que dieran a los moribundos la oportunidad de besar el emblema sagrado; y, si me han obedecido, no cabe duda de que habré sido el humilde instrumento de la salvación de muchas almas. Ninguno de mis calumniadores ha tenido la imparcialidad de mencionar ese hecho; pero no le demos importancia a eso; hay Alguien que no lo ha pasado por alto y que es mi refugio y mi consuelo.

(Deja el informe, agarra un panfleto, hojea el interior.)

21

Aquí es donde aparece la “trampa mortal”. Entrometido misionero, ese reverendo W. H. Sheppard, espionando por todas partes. Habla con uno de mis mercenarios negros



Esclavos en el Estado Libre del Congo, c. 1900.

después de una incursión; lo engatusa para que revele algunos detalles. El soldado señala:

—Reclamé treinta esclavos de este lado del río y treinta del otro lado; dos piezas de marfil, dos mil quinientas bolas de caucho, trece cabras, diez aves de corral y seis perros, algo de maíz, etcétera.

—¿Cómo comenzó la lucha? —pregunté.

—Mandé llamar a todos sus jefes, subjefes, hombres y mujeres, para que acudieran cierto día, diciendo que iba a terminar todas las negociaciones. Cuando entraron por estas pequeñas puertas (el recinto estaba hecho con las vallas de otros poblados, de las que son altas) y reclamé toda mi paga o los mataría; entonces se negaron a pagarme y ordené cerrar la valla para que no pudieran escapar; y los matamos aquí, dentro de la valla. Consiguieron derribar trozos de la valla y algunos huyeron.

—¿A cuántos matasteis? —pregunté.

—Matamos a muchos, ¿quieres ver algunos? —Era precisamente lo que deseaba.

—Creo que matamos entre ochenta y noventa, y de los otros poblados no sé, no fui, envié a mis hombres.

Caminamos los dos hasta un llano situado junto al campamento. Había tres cadáveres a los que les faltaba la carne de la cintura para abajo.

—¿Por qué les falta la carne y solo quedan los huesos? —pregunté.

—Mis hombres se los han comido —respondió de inmediato. Y a continuación explicó—: Los hombres que tienen hijos pequeños no comen carne humana, pero todos los demás los comieron.

A la izquierda había un hombre corpulento, con un disparo en la espalda y sin la cabeza. (Todos los cadáveres estaban desnudos.)

—¿Dónde está la cabeza de este hombre? —pregunté.

—Ah, han hecho un cuenco con el cráneo para machacar tabaco y diamba.

Seguimos caminando e inspeccionando el lugar hasta entrada la tarde, y contamos cuarenta y un cadáveres. El resto había sido comido por sus hombres.

De regreso al campamento, encontramos a una joven con un disparo en la nuca y a la que habían cortado una mano. Pregunté la razón, y Mulumba N’Cusa contó que siempre cortaban la mano derecha para entregarla al Estado a la vuelta. —¿No me puedes enseñar algunas de esas manos? —pregunté.

Entonces nos acompañó hasta una armazón hecha de palos bajo la que ardían unas brasas, y allí estaban las manos derechas: conté ochenta y una.

Había no menos de sesenta mujeres (bena pianga) prisioneras. Las vi.

Todos afirmamos haber investigado cuanto nos ha sido posible esta atrocidad y llegamos a la conclusión de que fue un plan urdido con antelación para apoderarse de toda la materia prima posible y capturar y matar a esos pobres desdichados en la ‘trampa mortal’”.

22

Y otro detallito más, como se puede ver: el canibalismo. Denuncian casos de canibalismo con una frecuencia de lo más ofensiva. Mis calumniadores no olvidan hacer notar que, en la medida en que soy el soberano absoluto y que con una palabra puedo impedir en el Congo cualquier cosa que decida impedir, todo lo que ahí se hace con mi permiso es un acto mío, un acto personal mío; que lo hago yo; que la mano de mi agente es tan auténticamente mi mano como si estuviera unida a mi propio brazo; y por ello me dibujan con el manto real, la corona en la cabeza, masticando carne humana, bendiciendo la mesa, masculando gracias a Aquel de quien proceden todas las cosas buenas. Diantre, cuando esos sensibleros dan con algo parecido a la contribución de ese misionero pierden por completo la serenidad. Sueltan blasfe-

mias y reprochan al cielo que permita vivir a semejante malvado. Refiriéndose a mí. Consideran que es inadmisibles. Van por ahí estremeciéndose, dándole vueltas a la reducción de veinticinco a quince millones de habitantes en la población del Congo en los veinte años de mi administración; luego estallan y me llaman “el rey con diez millones de asesinatos sobre su alma”. Dicen que soy un “récord”. La mayoría no se contenta solo con atribuirme esos diez millones. No, calculan que de no ser por mí la población, gracias al crecimiento natural, ascendería hoy a treinta millones, así que me atribuyen cinco millones más y hacen que mi cosecha de muertos sea de quince millones. Señalan que el hombre que mató la gallina que ponía huevos de oro fue también responsable de los huevos que habría puesto si no la hubieran matado. Sí, dicen que soy un “récord”. Señalan que en la India, dos veces en cada generación, la Gran Hambruna destruye dos millones de vidas de una población de 320 millones y que el mundo alza las manos embargado por la compasión y el horror; ¡y entonces les da por preguntarse dónde daría el mundo cabida a sus emociones si se me diera a mí la oportunidad de ocupar el lugar de la Gran Hambruna durante veinte años! La idea les inflama la imaginación y van y se imaginan que se me acerca con gran ceremonia la Hambruna al cabo de veinte años y se prosterna ante mí diciendo: “Enséñame, Señor, reconozco que no soy más que una principiante”. Y a continuación se imaginan que se me acerca la Muerte, con su guadaña y su reloj de arena, y me suplica que me case con su hija y reorganice su fábrica y dirija el negocio. ¡En todo el mundo, os dais cuenta? En ese punto sus morbosas mentes ya funcionan a todo vapor, dejan los libros y amplían sus esfuerzos, tomándome a mí como texto. Rastrear todas las biografías en busca de alguien a mi altura, escarban minuciosamente en Atila, Torquemada, Gengis Jan, Iván el Terrible y el resto de esa multitud, y se regocijan diabólicamente cuando no encuentran a nadie. Luego pasan revista a los terremotos, los ciclones, las tormentas de nieve, los cataclismos y las erupciones volcánicas de la historia;

veredicto: nada de eso me hace sombra. Y por último dan de verdad en el clavo (o eso creen) y concluyen sus esfuerzos admitiendo —a regañadientes— que hay una cosa a mi altura en la historia, pero solo una: el Diluvio. ¡Qué falta de moderación!

23

El caso es que siempre son así cuando piensan en mí. Cuando se menciona mi nombre, mantenerse serenos les resulta tan difícil como a un vaso de agua controlar sus sentimientos con polvos de Seidlitz efervescentes en las entrañas. ¡Qué cosas tan extravagantes son capaces de imaginar inspirándose en mí! Un inglés se ofrece a apostar tres contra uno la cantidad que yo quiera hasta 20.000 guineas a que durante dos millones de años seré el huésped más ilustre del infierno. La indignación ciega tanto a ese hombre que no se da cuenta de que la idea es insensata. Insensata y poco profesional: vamos a ver, no puede haber un ganador; ambos saldremos perdiendo a causa de la pérdida de los intereses sobre lo apostado; al cuatro o cinco por ciento compuesto, eso hace... no sé cuánto exactamente, pero cuando venciera el plazo y hubiera que cobrar la apuesta, seguro que sería posible comprar el infierno entero con todo lo acumulado.

24

Otro loco quiere construir un memorial para la perpetuación de mi nombre con quince millones de calaveras y esqueletos, y rebosa de rencoroso entusiasmo con ese extraño proyecto. Lo ha calculado todo y dibujado a escala. Con las calaveras me construirá un monumento y mausoleo al mismo tiempo que replicará exactamente la gran pirámide de Keops, cuya base cubre una superficie de cinco hectáreas y cuya cúspide se encuentra a 147 metros de altura. Quiere embalsamarme y colocarme de pie en la punta, ataviado con el manto y la corona, la “bandera pirata” en una mano y un cuchillo de carnicero y unas esposas colgando en la otra. Construirá la

pirámide en medio de una extensión deshabitada, un siniestro páramo cubierto por la maleza y los derruidos restos de poblados incendiados, donde los espíritus de las víctimas del hambre y los asesinatos puedan expresar eternamente sus lamentos en los susurros de los vientos errantes. Partiendo de la pirámide, como los radios de una rueda, hay cuarenta majestuosas avenidas de acceso, cada una de cincuenta kilómetros de longitud y cada una cercada a ambos lados por esqueletos sin cabeza colocados a metro y medio de distancia el uno del otro y unidos en hileras con cortas cadenas que van de una muñeca a otra a modo de guirnaldas y sujetos con esposas usadas auténticas estampadas con mi marca de fábrica particular, un crucifijo y un cuchillo de carnicero con el lema “Con este signo prosperamos”; cada cerca ósea está compuesta por doscientos mil esqueletos de cada lado, lo cual supone cuatrocientos mil por avenida. Se ha señalado con satisfacción que la suma total asciende a cinco mil o seis mil kilómetros de esqueletos (en fila india), quince millones en total, y que cruzaría todos los Estados Unidos desde Nueva York hasta San Francisco. Se señala además, con el tono esperanzado de una compañía ferroviaria que pronostica atractivas ampliaciones de su red, que tengo una producción de medio millón de cadáveres al año cuando mi fábrica funciona a pleno rendimiento y, por lo tanto, que si me conceden diez años más, habrá suficientes calaveras nuevas para añadir cincuenta metros a la pirámide, que se convertirá con creces en la construcción arquitectónica más alta de la tierra, y suficientes esqueletos nuevos para continuar la fila transcontinental (sobre pilones) mil quinientos kilómetros Pacífico adentro. El coste de reunir los materiales desde mis “muy dispersos e innumerables cementerios privados”, transportarlos y construir el monumento y las majestuosas avenidas radiales está debidamente calculado, una suma del orden de varios millones de guineas, pero entonces... bueno, entonces (¡¡— —!! ¡¡— —!!) jese idiota me pide que le facilite el dinero! (*Súbita y efusiva utilización del crucifijo.*) Me recuerda que mis ingresos anuales en el Congo ascienden a millones de guineas y que para su proyecto “solo”

harían falta cinco millones. Me encuentro todos los días con intentos descabellados de sacarme dinero; no me afectan, ni siquiera les dedico un pensamiento. Pero este... este me desasosiega, me pone nervioso; porque no hay forma de saber qué otra cosa se le puede ocurrir a una criatura tan trastornada... Si le da por acudir a Carnegie... ¡pero tengo que sacarme ese pensamiento de la cabeza! Perturba mis días, trastoca mi sueño. Esto solo lleva a la locura. *(Tras un pausa.)* No hay otra solución... tengo que comprar a Carnegie.

25

(Agobiado y murmurando, recorre durante unos instantes la sala y luego retoma los títulos de las subsecciones del consul. Lee.)

“El gobierno deja sin comer a los hijos de una mujer y los mata de hambre. Matanza de mujeres y niños. El nativo ha quedado reducido a un ser que carece de ambición por carecer de esperanza. Mujeres encadenadas del cuello por los centinelas del caucho. Las mujeres no quieren tener hijos porque cargando con un niño no pueden huir bien y esconderse de los soldados. Declaración de un niño: ‘Mi madre, mi abuela, mi hermana y yo nos escapamos al monte. Los soldados mataron a mucha de nuestra gente... Después consiguieron ver la cabeza de mi madre y los soldados salieron corriendo hasta donde estábamos y atraparon a mi abuela, a mi madre, a mi hermana y a otro niño más pequeño que nosotros. Todos querían casarse con mi madre y se pelearon, así que al final decidieron matarla. Le dispararon en la barriga con un fusil y mi madre cayó al suelo, y cuando lo vi lloré mucho,

porque habían matado a mi abuela y a mi madre y yo estaba solo. Todo eso lo vi”.

26

Esto tiene algo de conmovedor, aunque solo sean negros. Me hace recordar otros tiempos, cuando mis hijos eran pequeños y salían huyendo, al monte, como si dijéramos, cuando veían que me acercaba... *(Reanuda la lectura de los títulos de las secciones del informe del consul.)*

“Clavan un cuchillo en la barriga de un niño.

Cortan manos, las llevan a C. D. (un oficial blanco) y las colocan alineadas ante él para que las vea. Las dejan ahí, porque el hombre blanco ya las ha visto y no tienen que llevarlas a P.

Los soldados dejan morir en el monte a niños capturados.

Amigos acuden a pagar el rescate de una muchacha capturada, pero el centinela los rechaza diciendo que el hombre blanco la quiere porque es joven.

Extracto del testimonio de una joven nativa: ‘En el camino, los soldados vieron a un niño pequeño y cuando fueron a matarlo el niño se echó a reír, entonces el soldado le golpeó con la culata del fusil y luego le cortó la cabeza. Un día mataron a mi hermanastra y le cortaron la cabeza, las manos y los pies, porque llevaba pulseras. Luego agarraron a otra de mis hermanas y la vendieron a los w. w., y ahora es esclava de ellos”.

27

¡El niño se echó a reír! *(Larga pausa. Queda pensativo.)* Inocente criatura. No sé... preferiría que no lo hubiera hecho. *(Lee.)*

“Niños mutilados.

El gobierno incita al tráfico de esclavos entre las tribus. Las elevadísimas multas impuestas a los poblados que se retrasan en el suministro de alimentos obligan a los nativos a vender a sus prójimos —y niños— a otras tribus para satisfacerlas.

Unos padres obligados a vender a su hijo pequeño. Viuda obligada a vender a su niña”.

28

(Irritado.) Al cuerno con este gruñón pesado, ¿qué quiere que haga? ¿Que suelte a una viuda solo porque es viuda? Sabe muy bien que ahora ya es casi lo único que hay, viudas. No tengo nada en contra de ellas, como categoría, pero el negocio es el negocio, y de algo tengo que vivir, ¿no?, aunque con eso le cause una molestia a alguien de vez en cuando. *(Lee.)*

“Hombres sometidos mediante la tortura de sus esposas e hijas. (Para obligarlos a que entreguen caucho y provisiones y poder liberar así a sus mujeres de las cadenas y la detención.) El centinela me explicó que capturaba mujeres y las traía (encadenadas del cuello) por orden de su patrón.

Un agente me explicó que se veía obligado a capturar mujeres en vez de hombres porque los hombres entregaban más deprisa las provisiones; pero no explicó como conseguían alimentarse los niños privados de sus padres.

Una fila de quince mujeres (capturadas).

Dejan que mujeres y niños mueran de hambre en la cárcel”.

29

(Reflexionando en voz alta.) Morir de hambre. Tiene que ser un suplicio largo y lento. Un día y otro, y luego otro y otro más, las fuerzas del cuerpo flaquean, se escurren poco a poco... sí, tiene que ser la muerte más dura de todas. Y ver que pasa la comida, todos los días, y que tú no recibes nada. Y, claro, los niños lloran, y eso a una madre le parte el corazón... *(Suspiro.)* En fin, no se puede hacer nada; las circunstancias hacen necesaria esta disciplina. *(Lee.)*

“¡Crucifixión de sesenta mujeres!”.

30

¡Qué estupidez! ¡Qué falta de tacto! A la horrorizada cristiandad se le pondrá la piel de gallina con esa noticia. “¡Profanación del emblema sagrado!” Eso es lo que gritará. Sí, la cristiandad empezará a zumbar. Es capaz de escuchar que me acusan de medio millón de muertes al año durante veinte años y no pierde la compostura, pero profanar el Símbolo, eso es otra cosa muy diferente. Considerará que es algo grave. Se despertará y querrá analizar mi comportamiento. ¿Que si empezará a zumbar? Ya lo creo; ya me parece oír un murmullo lejano... Estuvo mal eso de crucificar a las mujeres, muy mal, rematadamente mal, ahora me doy cuenta y lo siento mucho, lo siento mucho de verdad. Creo que habría bastado con desollarlas... *(Con un suspiro.)* Pero a nadie se le ocurrió; no puede uno pensar en todo; y, al fin y al cabo, errar es humano.

31

Levantarán revuelo, no cabe duda, esas crucifixiones. La gente se pondrá a preguntar otra vez, igual que ha ocurrido en ocasiones pasadas, cómo pretendo granjearme y conservar el respeto de la raza humana si sigo dedicando mi vida al asesinato y el pillaje. *(Con desprecio.)* ¿Cuándo me han oído decir que quiero el respeto de la raza humana? ¿Me confunden con el

vulgo? ¿Se olvidan de que soy un rey? ¿A qué rey le ha importado el respeto de la raza humana? En lo más hondo de su corazón, quiero decir. Si reflexionaran se darían cuenta de que es imposible que a un rey le importe el respeto de la raza humana. Se alza en lo alto de un promontorio, dirige su mirada al mundo y ve muchedumbres de mansas cosas humanas adorando a las personas, y sometándose a las opresiones y las exacciones, de una docena de cosas humanas que en modo alguno son mejores o superiores a ellas, que en realidad están hechas con su mismo patrón y con barro de la misma calidad. Cuando hablan, son una raza de ballenas; pero para un rey son una raza de renacuajos. Su historia lo pone de manifiesto. Si los hombres fueran de verdad hombres, ¿cómo sería posible un zar? ¿Y cómo sería posible yo? El caso es que somos posibles, que no corremos ningún peligro y que, con la ayuda de Dios, seguiremos con el negocio en el puesto de siempre. Y se verá que la raza nos aguanta con su docilidad inmemorial. Puede que de vez en cuando ponga mala cara y suelte un discurso, pero seguirá de rodillas igualmente.

32

Soltar discursos es una de sus especialidades. Se enfurece, echa espumarajos por la boca y justo cuando uno cree que va a lanzar un ladrillo... ¡va y tira un poema! ¡Señor, menuda raza esta!

“Un zar

Autócrata anticuado, déspota
de papel
planeta moribundo en el diario
fulgor
candela vacilante en los rayos
del sol,
mecha carbonizada, fruta sin
recoger
en la rama reseca, un colgar
putrefacto.

De Dios abandonado y del
tiempo olvidado,

contempla los confines de unas
tierras que pierde,
dios fofa y adorado por millones
de bobos,
de Finlandia al oeste al Catay
más remoto,
como señor se yergue de un frío
continente,
cuya aparente ruina a su mente
horroriza,
y en el gélido torpor de su sueño
obtuso
oye apagados truenos tañendo
en la caída
y grandiosos fragmentos
rodando en lo profundo”.²

33

Está muy bien, hay que admitirlo; es un buen retrato, y muy impresionante. Ese canalla maneja bien la pluma. De todos modos, si tuviera ocasión, lo cru... desollaría... “Dios fofa”. Es el mismísimo zar: un dios y fofa; un invertebrado real, el desdichado; blando y fuera de lugar. “Dios fofa y *adorado por millones de bobos*”. Despiadadamente exacto, y también breve y conciso... el alma y el espíritu de la raza humana condensada en media frase. De rodillas... ciento cuarenta millones. De rodillas ante una pequeña deidad de hojalata. Si se juntaran, se extenderían en la distancia, cada vez más y más lejos, a través de las llanuras, desvaneciéndose, esfumándose y perdiéndose en una perspectiva sin límites... vamos, que ni siquiera la visión de un telescopio podría llegar a la frontera última de esa extensión continental del servilismo humano. Así que ¿por qué tendría que importarle a un rey el respeto de la raza humana? Esperar eso es del todo irracional. ¡Una raza curiosa, desde luego! Me critica a mí y critica mis ocupaciones y se olvida de que ninguno de nosotros podría existir ni una hora sin su permiso. Es nuestra aliada y protectora omnipotente. Nuestro baluarte, nuestra amiga, nuestra fortaleza. Por ello tiene nuestra gratitud, nuestra profunda y sincera gratitud... pero no nuestro respeto.

2. H. H. Nadal, en *The New York Times*.

Que lloriquee, se preocupe y gruña si quiere; todo eso está bien; no nos importa.

34

(Pasa las páginas de un álbum de recortes, deteniéndose de vez en cuando para leer un recorte y hacer un comentario.) ¡Cómo hostigan los poetas al pobre zar! Franceses, alemanes, ingleses, estadounidenses... todos le ladran. Los más hermosos y hábiles de la jauría, y los más feroces, son Swinburne (que es inglés, creo) y un par de estadounidenses, Thomas Bailey Eldridge y el coronel Richard Waterson Gilder, de la sensiblera publicación *Century Magazine and Louisville Courier-Journal*. Han soltado unos gañidos muy fuertes, desde luego. No los encuentro, los habré trasapelado... Si el mordisco de un poeta fuera tan terrible como su ladrido, no quiero ni pensarlo... pero no lo es. A un rey sabio no le preocupan ninguna de las dos cosas, pero el poeta no lo sabe. Es el cuento del perrito y el tren transcontinental. Cuando el zar pasa tronando, el poeta da un brinco y corre unos metros protestando a su lado, luego vuelve a su caseta sacudiendo la cabeza satisfecho, y piensa que ha infligido un susto memorable, cuando nada de eso ha ocurrido en realidad: el zar ni siquiera se ha dado cuenta de su presencia. A mí nunca me ladran; me pregunto por qué será. Supongo que los compra mi Departamento de Corrupción. Debe de ser eso, porque está claro que debería inspirar uno o dos ladridos; debo decir que soy un material de primera... Vaya, aquí hay un gañido dirigido a mí. *(Mascullando un poema.)*

“¿Tienes derecho a matar la esperanza
y regar la ignorancia con sangre humana?”

¿De qué potencia divisora del mundo
obtienes tan madura brutalidad?

Qué espanto... Oh, Dios, que todo lo ves,
a borrar ayúdanos tal terror del mundo”.

35

...No, veo que, en realidad, es “Para el zar”.³ De todos modos, habrá quienes digan que me encaja, y además la mar de bien. “Madura brutalidad”. Dirán que la del zar no está madura todavía, y que la mía sí lo está; y no solo madura, sino que podrida. Imposible que no digan eso; y pensarán que son muy listos. “Tal terror”. Que el zar reciba ese nombre; yo ya estoy satisfecho. Todo este largo tiempo he sido el “monstruo”; este era su preferido: el monstruo del crimen. Pero ahora tengo uno nuevo. Han descubierto un dinosaurio fósil de diecisiete metros de longitud y cuatro metros de altura, lo han montado en el museo de Nueva York y le han puesto un cartel que dice “Leopoldo II”. De todos modos, no importa, no busca unos modales en una república. Mmm... esto me recuerda que nunca me han caricaturizado. ¿Será que los corsarios del lápiz no han encontrado un símbolo ofensivo lo bastante grande y desagradable que haga justicia a mi reputación? *(Tras una pequeña reflexión.)* No hay otra opción: voy a comprar el dinosaurio. Y a eliminarlo. *(Se tranquiliza con varios títulos más de sección. Lee.)*

“Más mutilaciones de niños.
(Manos cortadas.)
Testimonio de misioneros estadounidenses.
Pruebas de los misioneros británicos”.

36

Es siempre lo mismo, tediosas reiteraciones y duplicaciones de manidos episodios; mutilaciones, asesinatos, matanzas, etcétera, etcétera, etcétera, hasta que se te cierran los ojos de sueño. Y en este punto se entromete el señor Morel y aporta un comentario que muy bien se habría podido guardar, y además lo escribe con cursiva, faltaría más; esta gente no puede vivir sin las cursivas:

“Es una desgarradora historia

3. Louise Morgan Sill, en *Harper's Weekly*.

de sufrimiento humano desde el principio hasta el fin, y *es del todo reciente*".

37

Se refiere a 1904 y 1905. No entiendo cómo puede alguien actuar así. Este Morel es súbdito de un rey, y la reverencia por la monarquía debería impedirle censurarme con tanto ahínco. Este Morel es un reformista; un reformista del Congo. Con eso está todo dicho. Publica en Liverpool un periódico que se llama *The West African Mail*, financiado con las aportaciones voluntarias de los crédulos y los sensibles; y todas las semanas bulle, humea y supura nuevas "atrocidades congoleñas" como las que se detallan en esta pila de panfletos. Lo eliminaré. Ya eliminé en ese país un libro sobre las atrocidades congoleñas, cuando estaba impreso; no me tendría que ser difícil eliminar un periódico.

38

(Estudia algunas fotografías de negros mutilados, las arroja al suelo. Suspira.) La Kodak ha sido una auténtica calamidad para nosotros. En realidad, es el enemigo más poderoso que hemos tenido delante. En los primeros años, no nos costaba nada lograr que la prensa "destapara" que los cuentos de las mutilaciones eran calumnias, mentiras, invenciones de misioneros estadounidenses entrometidos y de extranjeros exasperados al descubrir que la "puerta abierta" del Acta del Congo de Berlín se había cerrado de nuevo en sus narices cuando se presentaron inocentemente para comerciar; y con la ayuda de la prensa conseguimos que todos los países cristianos desoyeran con irritación e incredulidad esos cuentos y dijeran cosas feas sobre quienes los difundían. Sí, todo era armonioso y agradable en aquellos viejos tiempos, y yo era considerado como el benefactor de un pueblo pisoteado y sin amigos. ¡Entonces, de pronto, llegó la catástrofe! Y me refiero a la incorruptible Kodak, ¡toda la armonía se fue al infierno! El único testigo que, en mi larga experiencia, no he podido sobornar. Cualquier misionero

yanqui y cualquier comerciante contrariado hacía un pedido y se conseguía una; y ahora... bueno, las fotos se cuelan por todas partes, a pesar de nuestros esfuerzos por localizarlas y eliminarlas. Diez mil púlpitos y diez mil imprentas difunden buenas nuevas acerca de mí todo el tiempo y niegan plácida y convincentemente las mutilaciones. Entonces esa pequeña y trivial Kodak, que un niño puede llevar en el bolsillo, se levanta, sin pronunciar nunca una palabra, ¡y los deja mudos de un golpe! ... ¿Qué es este fragmento? (*Lee.*)

"¡Basta ya de intentar enumerar sus crímenes! La lista es interminable, nunca llegaremos al final, Su espantosa sombra se extiende por el Estado Libre del Congo, y bajo ella una inofensiva nación de quince millones de personas se marchita y sucumbe velozmente a sus sufrimientos. Es una tierra de tumbas; es la Tierra de las Tumbas; es el Cementerio Libre del Congo. Se trata de un pensamiento majestuoso; a saber, que este episodio, el más horrendo de la historia humana, es obra de un hombre; un hombre solitario; un único individuo: Leopoldo, rey de los belgas. Es el responsable personal y exclusivo de toda la miríada de crímenes que han mancillado la historia del Estado del Congo. Es el amo único del lugar; es el dueño absoluto; Habría podido impedir los crímenes con una simple orden; podría detenerlos hoy con una palabra. Esa palabra no la dice. En beneficio de su bolsillo.

Resulta extraño ver a un rey destruir a una nación y arruinar a un país solo por el sórdido dinero, y única y exclusivamente por eso. La sed de conquistas es real; los reyes siempre han ejercido ese augusto vicio; estamos acostumbrados a ella, por inveterada costumbre la consentimos, percibimos en ella cierta dignidad; pero la sed de dinero, la sed de

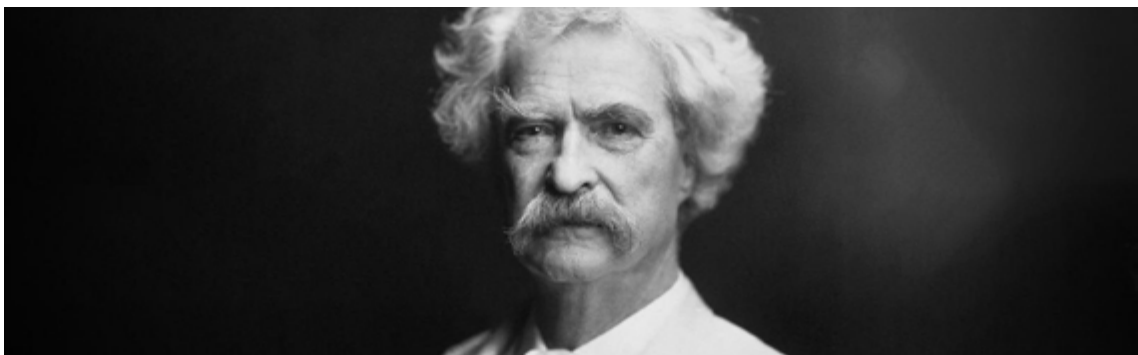
chelines, la sed de centavos, la sed de sucias monedas, no para el enriquecimiento del país, sino únicamente para el del monarca, eso, eso es nuevo. Nos repugna de modo patente, no parece que podamos resignarnos a ella, nos ofende, la despreciamos, la consideramos zarrapastrosa, indigna de un rey, impropia. Siendo como somos demócratas deberíamos abuchear y burlarnos, deberíamos alegrarnos de la púrpura arrastrada por el barro, pero, por más que podamos justificarlo, nos resulta imposible hacerlo. Vemos a ese espantoso rey, ese rey despiadado y bañado en sangre, ese rey enloquecido por el dinero, elevándose hacia el cielo en una soledad planetaria de sórdidos crímenes, sin parangón y separado de la raza humana, el único carnicero por su propio lucro de toda su casta, antigua y moderna, pagana o cristiana, objetivo adecuado y legítimo para el escarnio de los más humildes y los más privilegiados, y para las execraciones de cuantos no albergan estima alguna por el opresor y el cobarde; y... bueno, es un misterio, pero no queremos mirar; porque es un rey y eso nos duele, nos desasosiega, y por un instinto atávico y heredado nos avergüenza ver a un rey degradado hasta ese punto y rehuimos escuchar los detalles de cómo ha llegado a

suceder. Nos estremecemos y les damos la espalda cuando damos con ellos en una hoja impresa”.

39

En efecto, esa es mi protección. Y continuaréis haciéndolo. Conozco la raza humana.

UN ERROR ORIGINAL
“Esta obra de ‘civilización’ es una enorme y continuada carnicería”.
“Todos los hechos presentados ante esta cámara fueron negados primero del modo más enérgico; pero luego, poco a poco, quedaron probados por medio de textos oficiales y documentos”. “Se afirma que la práctica de cortar manos es contraria a las instrucciones, pero se contentan ustedes con decir que hay que mostrar indulgencia y que esa mala costumbre debe corregirse ‘poco a poco’; y aducen ustedes, además, que solo se cortan las manos de enemigos caídos y que, si se cortan manos de ‘enemigos’ no del todo muertos que, tras recuperarse, han tenido el mal gusto de presentarse ante los misioneros y mostrarles sus muñones, todo ello es debido al error original de creer que estaban muertos”. Del debate en el parlamento belga, julio de 1903.



Mark Twain (1835-1910)

Escritor norteamericano de numerosas y exitosas obras, se lo conoce mundialmente por *Las aventuras de Tom Sawyer* y *Las aventuras de Huckleberry Finn*. Trabajó como impresor, minero, marino y periodista. William Faulkner lo llamó el padre de la literatura norteamericana.

Alteridad

María Negroni

Este miedo
que se quedó
acurrucado en la infancia
roba de lo que será
sensaciones remotas

peor que eso come
cosas
que ni siquiera ve

ladra
hasta no ser

sino un espejo astillado
donde mi vida aún
se haga y se contemple

y después
—si es que hubiera un después—
alza un bastión de palabras
entre un idioma extranjero
y lo extranjero de sí

no sé por qué
esta herida no me alcanza

página
41



María Negroni (1951)

Nació en la ciudad de Rosario. Es escritora, traductora y doctora en Literatura Latinoamericana. En 1999 obtuvo la Beca Guggenheim. Publicó novelas, ensayos y numerosos libros de poesía (*La jaula bajo el trapo* y *Cantar la nada*, entre otros). Radicada en Nueva York, es profesora en la universidad homónima, y en Argentina dirige la maestría en Escritura Creativa de la UNTREF.

La violencia es la ocupación

Gideon Levy

Las formas de la violencia contemporánea pueden pensarse bajo su doble condición: como metodologías explícitas y como rutinas cotidianas, no por ello menos crueles. La ocupación de los territorios palestinos por parte de Israel reúne ambas facetas. Y nos recuerda el modo en que la clasificación de “terrorismo”, elegida por ciertos gobiernos para establecer la legitimidad de un statu quo, afecta la vida ciudadana. A través de esta profunda investigación testimonial, el autor nos narra, en historias paralelas, las brutales condiciones de vida en los territorios ocupados, reafirmando así la relación entre periodismo y la percepción de la verdad.

Se cumplirán cincuenta años el año que viene y aún existen los que la ven como un fenómeno provisorio y transitorio. Se cumplirán cincuenta años el año que viene y aún existen los que la ven como un fenómeno legítimo, o por lo menos inevitable. No existe país en el mundo que la reconozca ni existe otro tema en el diálogo internacional sobre el cual exista un consenso tan amplio: todo el mundo, repito, todo el mundo se opone a la ocupación israelí, y esta misma ocupación se ve cada vez más arraigada y fortalecida.

Como forma de justificación de sus crímenes, es común ver a la ocupación como el orden existente, y a todo aquel que se opone a ella como un perturbador de ese orden. Si la oposición al status quo es violenta, es por supuesto etiquetada como terrorismo. Por ejemplo: un tanque israelí ingresa a mitad de la noche a un campo de refugiados palestino en la Cisjordania ocupada. En su camino siembra destrucción e imparte terror a los residentes, incluyendo ancianos y niños. A veces también bombardea y asesina. Ese es el status quo. Es legítimo, es ético, es correcto. Ahora, si un niño lanza una piedra al costado del tanque blindado, a pesar de que su piedra no lastime a nadie ni produzca daño, ese niño será por supuesto considerado un perturbador del orden, esencialmente un terrorista. Existe la posibilidad de que los soldados le disparen y con certeza será detenido, a veces durante varios meses, bajo el amparo de la ley, la ley ocupante.

Esto sucedió docenas de veces el año pasado, el año de la “Intifada de los cuchillos”.

Jóvenes hombres y mujeres desesperados, sin una organización que los nuclea, sin armas y sin preparación, fueron a los puestos de control que establecen límites a su libertad y la de sus pueblos y ciudades, e intentaron apuñalar a soldados o a colonos. En la mayoría de los casos se les disparó a morir a pesar de que a veces se los pudiera detener, incluyendo casos de niños cuya única amenaza eran unas tijeras y cuyos ataques podían ser fácilmente frustrados por los soldados. Estas ejecuciones, de las cuales existieron docenas el año pasado, son consideradas legítimas. Los jóvenes portadores de cuchillos son terroristas y por supuesto que son violentos. Son condenados a muerte. El soldado que se encuentra en el puesto de control y que evita que las personas lleguen a su destino, por supuesto que no es considerado violento.

La violencia mayor entre israelíes y palestinos, entre ocupante y ocupado, es en esencia el acto de ocupación. Este está basado enteramente en la fuerza militar del ocupante y la debilidad del ocupado. La ocupación basa su existencia exclusivamente en la fuerza militar, generalmente muy brutal y cruel, y produce uno de los regímenes más crueles y totalitarios del siglo XXI. Se encuentra verdaderamente en el patio trasero y oscuro de una democracia, el Estado de Israel, pero es parte inseparable de ella. Los asentamientos son violentos; el despojo de tierras es violento; el control sobre otro pueblo es violento; la demolición de casas, las expulsiones, los asesinatos y las detenciones masivas, la mayoría sin

juicio, son indudablemente actos violentos. La oposición a ellos es a veces violenta, e incluso cruel, pero es necesario ubicar a las cosas en su contexto: es la ocupación la que despierta la resistencia. El acto ilegítimo e incluso criminal es la ocupación.

Hace unos treinta años que cubro la ocupación israelí como periodista para lectores tanto locales como internacionales. Plasmó a continuación algunas historias de los últimos meses que publiqué en el diario *Haaretz*, donde trabajo, con modificaciones y correcciones necesarias. Estas sirven para ilustrar la violencia de la ocupación en su dimensión cotidiana, en su rutina, la cual no recibe la cobertura correspondiente en la prensa israelí ni en la prensa internacional. Solo uno de los siguientes relatos es una historia de asesinato (a pesar de que el último año fueron asesinados docenas de palestinos) para ilustrar el hecho de que la rutina de la ocupación no se refleja solamente en el derramamiento de sangre, sino también en otras formas de violencia.

Cuatro historias que son en realidad una.

I. La vida de la niña de la bicicleta de Hebrón

Aquí está la bicicleta. O mejor dicho, lo que queda de ella, partida en dos: dos uniciclos separados. Cuando todavía estaba entera, costaba 10 shekalim (2,50 dólares) en lo de un vendedor de chatarra en Hebrón. Una bicicleta azul sin pedales y sin frenos, con la cual solo se puede andar en zonas donde la calle está en bajada. Sobre ella está escrita en inglés la palabra “VISION”. Era el único juguete que tenían los diez niños de la familia Burqan, que incluso hoy intentan andar sobre lo que queda de ella. Un soldado perteneciente a la Guardia Fronteriza se la confiscó a Anwar, una niña de ocho años que se atrevió a andar en la bicicleta en una calle reservada exclusivamente a judíos, en la zona de Hebrón donde no impera el apartheid, la tiró entre los arbustos ante la lente de una cámara oculta de un voluntario de Betzelem, la organización de derechos humanos que

difundió el video, generando un impacto en Israel y en todo el mundo. Anwar volvió a su casa sollozando amargamente, aterrorizada por el soldado y temerosa del enojo de sus hermanos cuando se enteraran de que había perdido la bicicleta. Su hermana mayor acudió rápidamente al lugar del incidente, bajando por la calle de la vivienda familiar, y encontró una única rueda tirada sobre la calle, y el resto de los componentes de la bicicleta entre los arbustos. El video fue publicado el domingo de la semana pasada, unos días luego de su filmación.

Tres días después del incidente, que ocurrió el lunes 25 de julio, el padre de Anwar, Amer, se cayó de su silla de ruedas que se rompió tal como lo había hecho la bicicleta, y desde entonces está postrado en su cama, sin silla de ruedas y sin posibilidad de salir de su casa.

Anwar, su hija, se despierta asustada a mitad de la noche, según cuenta su madre, Obeida. Las dos duermen en la misma cama luego del incidente, con Anwar agarrada al cuello de su madre (la madre nos demuestra cómo) y a veces Anwar camina sonámbula. Anwar casi no sale de su casa desde el incidente: tiene demasiado miedo como para hacerlo. Tan solo pasa por el oscuro corredor de piedra que lleva hasta la vivienda familiar, pero no sale a la calle.

En la calle se encuentran los policías, los soldados y los colonos. La familia Burqan es una de las pocas familias palestinas que todavía quedan en este barrio fantasma de Hebrón, que solía ser el corazón de la ciudad y cuyas calles están ahora deshabitadas, a causa de un desplazamiento silencioso de población. Solo los más pobres continúan viviendo aquí, entre calles segregadas y cercas alambradas, puestos de control, casas abandonadas y comercios cerrados, entre colonos y la Guardia Fronteriza. El camino que sube hacia la casa está dividido por una cerca: a la derecha solo pueden estar los palestinos y a la izquierda, los judíos. No hay de qué hablar sobre el apartheid. Un niño mendigo palestino, que nació con un brazo y que asombra con su capacidad para andar en bicicleta con una sola mano, se detiene usando sus pies (su bicicleta tampoco tiene frenos) y nos acompaña a la

casa. Yehuda Shaul, dirigente de la organización de derechos humanos *Shovrim Shtiká* (“Rompiendo el silencio”) lidera a un grupo de nuevos guías de la agrupación por las calles abandonadas durante las últimas horas de la tarde.

La casa de la familia es una antigua construcción de piedra con paredes descascaradas encerrada por puestos de control, al lado de la Tumba de los Patriarcas. El puesto de control llamado “La Panadería” es el más cercano, en una zona en la cual está prohibida la entrada a vehículos palestinos. No lejos de aquí asesinó el soldado israelí Elor Azaria al palestino herido Abdel Fattah al-Sharif. Esta casa fue otorgada casi por nada a la familia, con el fin de que se quedaran en un lugar del cual todo el que podía huyó con la mayor rapidez posible. Los primeros cinco años fueron gratuitos y luego pagaron un alquiler simbólico: ese es el acuerdo estándar aquí con el comité especial establecido por la Autoridad Nacional Palestina. La familia Burqan no tiene ninguna fuente de ingreso, luego de que el padre sufrió un accidente vial hace unos cinco años y su pierna fue amputada de forma total. Viven principalmente de donaciones de comida de organizaciones solidarias de Hebrón. De vez en cuando los niños de la familia intentan vender choclos en la calle, para contribuir con un ingreso, hasta que los policías o los colonos los expulsan, a veces lanzando piedras como quien busca ahuyentar a un perro de la calle. Los niños tampoco dudan de pedir limosnas a extraños. Uno de los hijos fue duramente golpeado por soldados hace cerca de un año, según nos cuentan sus padres. Estos niños viven bajo el horror y el pánico de los colonos en la puerta de su casa. La familia Burqan tiene doce integrantes, hacinados en dos pisos y tres habitaciones de techos abovedados. Vestidos con harapos, la miseria y el descuido son inmediatamente evidentes.

El padre, Amer, de barba desaliñada y a quien le faltan dientes, está desparramado como una bolsa sobre una cama de hierro en el salón, cubierto por una frazada rayada y rota, rascándose las costras de su única pierna. Tiene cuarenta y cinco años y antes

del accidente transportaba equipamiento de ingeniería. Anwar ingresa al cuarto: es una niña delgada y hermosa con cabello claro, que próximamente va a ingresar a tercer grado. Tiene puestas ojotas y una musculosa amarilla descolorida que dice “FREE STYLE. GIRLS WANNA HAVE FUN”, es decir, las chicas quieren divertirse, en una referencia a la canción de Cindy Lauper, sobre quien es dudoso que alguna vez ella haya escuchado. Con una pulsera, anillo y collar, evidencia incipientes manierismos femeninos, ocasionalmente atándose para atrás su cabello con una mano. La cadena televisiva palestina, Maan, llega para entrevistarla. Al ver la cámara ella frota sus ojos con timidez y se mueve mientras se sienta en el sofá, mientras habla con un discurso vacilante y entrecortado. Luego del incidente, una delegación de la Autoridad Nacional Palestina le envió un regalo: una muñeca grande. “Nosotros vivimos de puesto de control a puesto de control”, dice su padre. “Esta calle” [la de los colonos] es el único lugar donde pueden jugar los niños, porque tiene buen asfalto”. La bicicleta de Anwar, que no tiene pedales, solamente puede ser montada en el lado de la calle al lado de la casa, que está permitido exclusivamente para judíos. Suben a pie con la bicicleta en la mano y entonces descienden arriba de ella. Es la calle Al-Ibrahimi, dividida en dos partes por una cerca: un camino bien pavimentado exclusivamente para judíos y una calle llena de baches para los peatones palestinos, a quienes no se les permite ingresar con ningún tipo de vehículo. Israel niega hace años que la cerca existe para separar a judíos de palestinos, pero en la práctica la Guardia Fronteriza no permite que ningún palestino esté sobre el otro lado. En el sitio web de Betzelem se publicó un video del año 2015 documentado por un investigador de la organización, Musa Abu-Hashhash, que intenta caminar por la calle y los policías de la Guardia Fronteriza se apuran en preguntarle su origen y detenerlo. “¿Sos árabe? A partir de acá solo pueden estar judíos. El capitán decidió... Vos pasás por ese lado y listo... Este es el lado de los judíos. Ese es el de los árabes... Así son las reglas. Eso es todo. Así se decidió”.

Un espejo roto está colgado sobre la pared sucia de la casa de la familia Burqan. Un corredor oscuro conduce a la casa. Anwar cuenta que el policía de la Guardia Fronteriza que le sacó su bicicleta también le pisó el pie y la lastimó. Luego de la publicación del video, el policía fue suspendido de su puesto. Ese lunes por la tarde Anwar bajaba por la calle con la bicicleta, luego de haber pasado todo un día dando vueltas por la casa, y entonces pasó lo que pasó: dos policías de la Guardia Fronteriza, armados, se acercaron a ella, la regañaron y uno de ellos pisoteó su bicicleta, la tomó y la tiró hacia los arbustos. Anwar aparece en el video huyendo de la escena en llantos. Todo quedó registrado por la cámara de Betzelem, incluyendo el llanto desgarrador de una niña pequeña. Anwar dijo después que tenía miedo de la reacción furiosa de su hermano menor Ibrahim, de seis años, una vez que se enterara de la destrucción de la bicicleta. Él se la había prestado. Ahora el pequeño Ibrahim está sentado a su lado en el sofá y le insiste diciendo “hablá, habla” cuando ella tiene un ataque de vergüenza ante todos los extraños no invitados que se encuentran en la casa. Los dos hijos mayores, Mahmoud (de trece años) y Abdel Rahman (de catorce años) hablan hebreo fluido, que aprendieron de los soldados de la Guardia Fronteriza. Se ve que ellos ya no les temen. Su padre, postrado en la cama, solo sueña que alguien le done una silla de ruedas eléctrica que transformaría su vida, “incluso si es usada”.

Saja, de diez años, se apuró a regresar al lugar del incidente, inmediatamente luego del regreso de su hermana en llantos, y encontró la bicicleta que sobresalía entre los arbustos. También ella realizó un acto prohibido: invadió por un instante la calle de los judíos, pero parece que esta vez los policías lo permitieron. Ahora ella baja con nosotros por la calle y nos señala, del otro lado de la cerca de separación, dónde encontró la rueda y dónde el resto de la bicicleta, mientras los soldados de la Guardia Fronteriza la observaban con suspicacia creciente.

II. Detención el día de la liberación

Un hombre fue condenado a 14 años de prisión para luego ser condenado a seis meses más por haber liderado una huelga en la cárcel. Pasan los años y su juventud se desvanece, hasta que finalmente llega el día tan esperado: el día de su liberación. Después de catorce años y medio de prisión, después de casi un año de aislamiento, después de que su padre falleció mientras él estaba en la cárcel y no le permitieron ni siquiera despedirse de él por teléfono, después de que su familia no lo pudo visitar durante un año ni tampoco durante los primeros tres años de su detención. Entonces, el prisionero es trasladado a otra prisión y él está convencido de que ese es el siguiente paso en el proceso que conduce a su liberación. Un oficial del *Shin Bet* (Servicio de Seguridad Interna de Israel) expone ante Bilal las fotos de su hija que acaba de nacer, ilusionándolo más aún sobre su liberación inminente. Su familia se prepara con emoción para el gran día y su pueblo se viste de fiesta. Su hermana viaja especialmente desde Alemania y su hermano hace planes para viajar desde Arabia Saudita, mientras que sus afectos esperan emocionados en el puesto de control para encontrarse finalmente con su ser querido después de todos estos años. Su madre y madrastra, ambas ancianas, esperan en la casa para protegerse de las fuertes emociones de ese momento. Es entonces que llega el mensaje lacónico, escalofriante y sucio: él permanecerá por lo menos seis meses más en prisión, sin juicio y sin explicación. ¿Por qué? Porque sí. No hace falta explicar: se lo denomina simplemente detención administrativa. Ahora toda su cuenta regresiva se convierte en una cuenta aún más desalentadora: desde ahora puede ser extendida una y otra vez, porque la detención administrativa se puede extender una y otra vez, infinitas veces. Entonces, el hombre decide hacer una huelga de hambre, la sostiene más de cuarenta y cinco días y finalmente lo internan, agotado, flaco y hambriento en el Hospital Barzilai en Ashkelon, al sur de Israel. Su mano y su pie izquierdos están esposados a la cama y sus piernas atadas entre sí, y cuatro carceleros

armados lo vigilan día y noche, con la luz en el cuarto siempre encendida y la cámara de seguridad que lo filma sin pausa. Las visitas están prohibidas a excepción de su abogada, mientras su familia se encuentra en su casa preocupada y angustiada.

Consumida por la preocupación y desesperación, su familia espera en un pequeño cuarto en su casa de Asira al-Shamaliya, el norte de Nablus, en Cisjordania, rodeada de fotos del prisionero y de fotos de su padre y su hermano muertos. La impotencia y la desesperanza se respiran en el salón de la casa. Grandes posters que llaman a la liberación del preso empapan la casa y las calles del pueblo, convirtiéndolo ahora en el prisionero más famoso de la aldea. También se realizaron manifestaciones exigiendo su liberación fuera de Israel.

Esto es lo que le pasó a Bilal Kayed, esto es lo que le pasó a su familia. Él tenía que ser liberado el 13 de junio y entonces se le impuso esa maldita detención administrativa, momento en el cual él inició su huelga de hambre. Sus dos ancianas madres, Rahaba (su madre biológica) y Halima (la primera mujer de su padre, a la cual él y sus hermanos llaman madre adoptiva) se encuentran sentadas, vestidas de negro, una al lado de la otra, sosteniendo su foto en el medio. Su hermana Suha, de cuarenta y un años, nos cuenta su historia en alemán, su segunda lengua desde que se mudó a Alemania hace algunos años. Su padre, Wajiyah, murió hace un año, sin que le permitieran a Bilal despedirse de él. El hermano mayor de Bilal, Mohammed, murió en un accidente de autos el mismo año que él fue arrestado. Su hermano Mahmoud y su amigo también están sentados con nosotros. “Walla, ya Bilal”, una canción escrita en su honor, es el sonido de llamada del celular de su amigo. Las calles de Asira al-Shamaliya se llenaron de pintadas con la frase “Liberen a Bilal”. Rahaba vio a su hijo por última vez hace un año, antes de que se lo aislara. Ella tiene setenta y cuatro años. Halima no lo vio desde que lo encarcelaron, porque no se les permite a las madres visitar a sus hijos adoptivos en la cárcel. Ella lo quiere como si fuese su hijo. Bilal tiene treinta y cuatro años y tenía diecinueve al momento de la deten-

ción. Esa fue su primera detención. Antes de eso, no llegó a hacer demasiado en su vida: fue a la secundaria en Asira y estudió una tecnicatura en instalación y reparación de aires acondicionados en Qalandiyah. Después trabajó como policía para la Autoridad Nacional Palestina. El 14 de diciembre del 2001, a las 2 de la mañana, entraron a su casa soldados israelíes y lo detuvieron. Su madre se quiso asegurar de que se llevara con él su abrigo, pero los soldados lo desvistieron y lo acostaron desnudo en el piso fuera de la casa. Finalmente, la madre logró cubrirlo con el abrigo, antes de que se lo llevaran. Cuando lo comenzaron a trasladar, llegó a gritarle a su madre: “No llores mamá, no hice nada, voy a volver pronto”. Pero eso no sucedió.

Tres años no lo pudieron ver. Después de varios meses los visitó una señora que les llevó una nota que mandaba Bilal desde la cárcel y en la que le escribió a su familia que estaba en la cárcel de Ramle. Su familia lo vio por primera vez el día del juicio en el que fue sentenciado a 14 de años de prisión por su actividad en el Frente Popular para la Liberación de Palestina. Su familia dijo estar sorprendida de que Bilal haya sido parte del FPLP. Su padre era miembro del Fatah (otro partido político palestino que ostenta el control de la Autoridad Palestina) y él mismo trabajó como policía, por lo que pensaron que también era miembro del Fatah. Pero en el año 2000, fuerzas israelíes asesinaron en una huelga, cerca de Nablus, a once de sus amigos que militaban en el FPLP, y parece ser que entonces decidió unirse al Frente. En los años que estuvo en prisión pasó por casi todas las cárceles israelíes: Gilboa, Ashkelon, Ramon, Ramle, Megiddo, Be’er Sheva. Su padre no pudo verlo durante sus dos últimos años de vida. En su lecho de muerte, pidió ser trasladado en ambulancia para poder visitarlo, pero las autoridades israelíes no le dieron permiso, ni siquiera para una conversación telefónica.

En la cárcel, Bilal obtuvo su certificado de matriculación de la secundaria y aprendió varios idiomas: inglés, hebreo, francés y un poco de alemán. Se convirtió en un líder y en el vocero de los presos en la cárcel. En el mes de agosto pasado fue trasladado a la

cárcel de Gilboa y puesto en aislamiento, no se sabe por qué. El 20 de mayo había recibido la noticia de que lo iban a liberar el 13 de junio, día en el que se cumplirían catorce años y medio de detención. En una carta que le mandó a su familia pidió que le mandaran ropa para ponerse el día de su liberación. Guilad, el oficial de Shin Bet, se encontró con él para interrogarlo y hablaron sobre sus planes para el futuro. Bilal le dijo que quería cuidar de sus ancianas madre biológica y madre adoptiva y poder formar su propia familia también. Bilal le escribió a su familia que Guilad le mostró fotos del nuevo piso de la casa familiar que fue construido mientras él estaba detenido. Les contó también que Guilad se impresionó y estaba satisfecho con su larga conversación que duró unas tres horas aproximadamente. “Después de que te liberes, vení a buscarme para tomar un café”, le dijo el israelí.

La familia empezó con los preparativos para su liberación. Tienen incluso una candidata para su casamiento. Ellos sabían que lo más difícil para él iba a ser volver a la casa y no encontrar a su padre allí. Bilal era muy apegado a su padre, y por eso llegó su hermana Suha desde Alemania con sus dos hijos, para apoyarlo y llenar el vacío que la muerte de su padre dejó. El día acordado, 13 de junio, viajaron los miembros de la familia, a excepción de las dos madres, al puesto de control Dahariya, cerca de Hebrón, donde pensaron que sería trasladado Bilal. El resto de sus amigos y familiares esperaron en Ramallah, donde pensaron que sería llevado después.

Ellos llegaron al puesto de control cerca de las 10:30 de la mañana y esperaron. En ese momento recibieron una llamada telefónica de la organización Addameer, ONG que apoya a los prisioneros y defiende sus derechos humanos: Bilal se encuentra en la cárcel de Ofer. Suha pensó que tal vez lo habían hecho a propósito para evitar grandes multitudes en Dahariya, y entonces continuó esperando allí hasta que empezaron a ir lentamente hacia Ofer, al lado de Ramallah. Entonces les llegó otro mensaje de Addameer: Bilal fue condenado a seis meses de prisión administrativa. “No les creí”, cuenta su hermana Suha. “Él había estado en aisla-

miento el último año, ¿qué más podría haber hecho en esa situación?”. Toda su familia estaba conmocionada. Al principio pensaron que tal vez se trataba de un error y que quizás lo liberarían a las diez de la noche en vez de a las diez de la mañana, hasta que les quedó claro que no había habido ningún error: Bilal no sería liberado.

El mismo día, Bilal le comunicó a su abogada que comenzaría una huelga de hambre. “Si ellos me hacen esto a mí, se lo pueden hacer a cualquiera”, le dijo. Una foto de Bilal está colgada ahora en la persiana trasera del living de la casa en compañía de Ahmed Saadat, líder del Frente Popular también prisionero en Israel, después de que reemplazara a Abu Ali Mustafa, aniquilado por Israel, al frente de la agrupación. Después de treinta y tres días de haber comenzado su huelga de hambre, Bilal fue trasladado al Hospital Barzilai, donde se encuentra ahora. El pasado sábado dos activistas israelíes en defensa de los derechos humanos, la Dra. Anat Matar y Tamar Fleishman, trataron de visitarlo. Los guardias no las dejaron pasar al cuarto, pero ellas lograron darle algunas palabras de aliento desde afuera. Bilal le dijo a su abogada que ese fue uno de los momentos más emocionantes del último mes. Él pidió disculparse ante las dos mujeres, por su dificultad en responderles a causa de su débil voz. Su vista está empeorando y sus riñones están al borde del colapso, en una situación que empeora día a día. Bilal no permite que lo sometan a ningún chequeo o tratamiento médico y no está dispuesto a discutir sobre nada más que su libertad.

Desde el servicio de seguridad Shin Bet le ofrecieron salir al exilio en Jordania por cuatro años, pero Bilal rechazó la propuesta. Su madre y sus hermanos dicen que lo van a apoyar en su decisión y su madre afirma no querer que él ceda. Su hermana está preocupada por su salud y lo extraña mucho. “Es el único camino que le quedó”, dice su hermano Mahmoud. Y Suha dice que sus amigos judíos en Alemania ahora entenderían si ella expresara odio a Israel. Pero Suha se niega a odiar: no quiere criar a sus hijos en el odio. Mientras tanto, sus dos hijos alemanes asienten, tal vez en acuerdo o tal vez por educación.

III. El ejército israelí, agencia de embargo

Esta es la lista de objetos que el ejército israelí confiscó durante la madrugada entre el miércoles y el jueves de la semana pasada, en la casa de la familia Al-Haija, ubicada en el campo de refugiados de Jenin: dos televisores, un microondas, un dispenser de agua, diez cuadros de madera de olivo, cuatro relojes pulsera, dos cadenas de oro, un par de aros, seis tablets, dos computadoras, veinte celulares y un automóvil SEAT Ibiza modelo 2013. Un escuadrón de soldados se presentó para allanar la casa en las primeras horas del día con una importante presencia, compuesta por docenas de soldados armados, la mayoría enmascarados. Eran las 3:30 cuando hicieron explotar la puerta de la casa y entraron sin ningún tipo de advertencia, permaneciendo en la vivienda aproximadamente dos horas. A la misma hora, no muy lejos de ahí, en la ciudad de Jenin (al norte de Cisjordania) otro grupo del ejército israelí, igualmente atrevido y resuelto, realizó otro allanamiento a una casa de donde también se llevó muchos bienes y objetos.

Cuando parecía que ya habíamos visto todo lo relativo a la vida bajo ocupación, las autoridades inventan nuevas medidas draconianas, a veces incluso más grotescas que las anteriores. Así, las fuerzas del ejército israelí comenzaron a desempeñarse como una unidad de recolección de deudas y de embargo para el mercado gris. Sus soldados arriesgan sus vidas y las de los demás, aterrorizando a niños y adultos en operativos realizados con el mero objetivo de confiscar tostadoras. Sí, hasta ahí llega el grotesco. Se presentan para confiscar dinero en efectivo, el cual sospechan que proviene de Hamas o de la Jihad Islámica, y cuando no lo encuentran se llevan todo lo que tienen a mano, para no irse con las manos vacías.

Conocemos bien la casa de la familia Abu al-Haija. La primera vez que estuvimos ahí fue hace unos trece años. Era durante el año 2003: la madre y el padre de la familia estaban ambos presos y sus cinco hijos quedaron a cargo de la casa, asombrados

y abandonados a su suerte. El padre, Sheij Jamal Abu al-Haija, que perdió una de sus manos durante un importante operativo del ejército israelí en el campo, fue condenado a nueve cadenas perpetuas por su involucramiento en un letal atentado suicida realizado en Merón, al norte de Israel, en agosto del 2002. Su mujer, Asmaa, fue encarcelada durante nueve meses sin juicio ni explicación. El hijo mayor, Abdel Salaam, estaba por aquel entonces sirviendo una sentencia de ochenta y siete meses y los menores quedaron entonces a cargo de la casa y de las aves de la familia.

Esta es una familia del núcleo duro de Hamas. El padre, Sheij Jamal, era el líder de la sede del movimiento en el campo. Su casa fue destruida durante el allanamiento y desde entonces fue reconstruida. Es una casa de varios pisos, construida como residencia para los padres y sus hijos casados. El hijo menor, Hamzi (que por aquel entonces tenía once años), fue asesinado once años después, mientras estaba en la lista de buscados de Israel. Los soldados fueron a arrestarlo y lo asesinaron. Eso fue hace dos años. Nos encontramos con él unos días antes de su ejecución. Desde entonces no habíamos estado en la casa, ubicada en uno de los extremos del campo de refugiados.

La casa familiar es ahora un mausoleo dedicado al hermano muerto y un museo en honor al padre preso para toda la vida, un hombre a quien sus hijos no tienen permitido visitar. Carteles gigantes adornan todas las paredes, mostrando imágenes del padre barbudo observando todo el ambiente y la semblanza destrozada del hijo en su muerte. Todos los hijos están ahora en libertad: Amad salió de prisión hace dos meses luego de pasar ahí un año y medio y Assam se liberó hace cuatro meses, después de veinte meses preso. Abed el-Salaam también está ahora en libertad. Sheij Jamal se encuentra en la prisión Eshel, en la ciudad de Beer Sheva, al sur de Israel. Jamzi está muerto.

Hace dos meses, Assam inauguró un negocio de venta de celulares en el frente de su hogar, "Comunicaciones Abu al-Haija". El local se encuentra ahora cerrado y vacío:

no cuenta con equipos en venta. Cada noche, Assam se llevaba los teléfonos a su casa, donde los encontraron los soldados que finalmente los expropiaron. Cuentan que esa noche entre sesenta y setenta militares ingresaron por la fuerza a la casa. Los niños estallaron en llanto. Los soldados hicieron que cada uno de los hermanos de la familia ingresara a una habitación separada, sacando a uno de ellos a la calle, antes de comenzar su búsqueda por toda la casa. Los soldados exigían saber dónde estaba escondido el dinero. Amenazaron también a los habitantes de la casa, afirmando que si no encontraban el dinero la harían explotar. De acuerdo a los hermanos, no se les ofreció ninguna explicación para lo que sucedía ni se presentó ningún documento judicial. Según muestran las fotos que sacó la familia, dieron vuelta toda la casa, tirando el contenido de los armarios al piso, abriendo dos sofás con un cuchillo y rompiendo vidrios.

En la casa no encontraron dinero, salvo 20 dinares jordanos, equivalentes a 28 dólares. Fue entonces que comenzaron a confiscar objetos y cargarlos a vehículos militares que estaban estacionados en la calle. Los hermanos solicitaron hablar con un oficial del Shin Bet para comprender lo que sucedía, pero su pedido fue denegado. Les respondieron los soldados: “Somos el ejército y vinimos a llevarnos estas cosas. Ustedes pueden ir a un tribunal”. Los hermanos recibieron también un formulario donde se listaba a mano detalles sobre lo que se les había sacado y una firma indescifrable al final, sin aclarar el nombre del signatario. Como título está escrito en hebreo: “Anexo 5. Orden de incautación en árabe”. Luego dice en árabe: “De acuerdo a los Estatutos de Defensa (situación de emergencia) 1945 y de acuerdo a la Ley 60 de la Orden de Instrucciones (Judea y Samaria) y en base a información de seguridad a disposición del sistema de defensa nacional en lo relativo a Assam Abed al-Haija... que, debido a que cuenta con fondos del movimiento Hamas, se le remueven los objetos listados arriba. Tiene la posibilidad de apelar la decisión ante la oficina del Asesor Legal, vía fax al número... Para verificar que el fax haya sido

recibido, comunicarse al número de teléfono...”. Abajo está la información personal del oficial, con unos garabatos dibujados al lado; la firma del comandante, también al lado de otros garabatos; y un espacio para la firma del propietario a quien se le incautan los objetos, donde Assam Abu al-Haija escribió “No acuerdo”.

Esta es la cuarta vez que el ejército israelí ingresa a esta casa desde la liberación de los hermanos, pero es la primera vez que les expropiaron objetos de su propiedad. Contrataron los servicios de un abogado y esperan enterarse de lo que se puede hacer para recuperarlos.

Exactamente a la misma hora que los soldados cargaban las joyas de las mujeres de la familia a sus vehículos, otro grupo del ejército ingresó a la casa de Majed Arukh, un joven de veinticuatro años que vive en Jenin, en Cisjordania. Arukh, que se casó dos meses y medio antes del allanamiento, trabaja en el restaurant Al-Izan en el área industrial de la ciudad, que no es más que una zona de talleres mecánicos. Él había pasado el año pasado nueve meses preso, luego de que se le descubrieran 900 dinares jordanos (1270 dólares) en su posesión, que según el vocero del Shin Bet provenían de Hamas. Arukh negó la acusación, afirmando que había obtenido esos fondos de una venta para pagar su cuota de estudios en la Universidad Abierta Al-Quds, en Ammán, pero fue condenado. Fue la única vez en su vida que estuvo en un juicio o que fue condenado.

A él también llegaron los soldados poco después de las tres de la mañana. Primero ingresaron al departamento de al lado, para luego subir al departamento de su padre en el piso superior y finalmente encontrarlo a él en el segundo piso. Este era un escuadrón más pequeño, de unos veinte soldados, incluyendo a dos soldados femeninos. También en su caso hicieron estallar la puerta de entrada. Un oficial del ejército israelí que se identificó con el nombre de Rami Fares le preguntó a Arukh dónde estaba el dinero, ante lo cual este respondió que no había dinero en la casa. El oficial Fares insistió en que Arukh había recibido una suma grande de

dinero de parte de Hamas, en ocasión de las próximas elecciones municipales que se iban a realizar en el mes de octubre. Arukh le pidió a su mujer conseguir todo el dinero en efectivo que se encontraba en el departamento: ella apareció con 120 shekalim israelíes (31 dólares) y 8 dinares jordanos (11 dólares). El oficial Fares le dijo que los soldados procederían a confiscarle objetos de valor en lugar del dinero que no pudieron encontrar.

Se llevaron una pantalla LCD, dos teléfonos celulares, dos equipos de audio, dos routers de Internet WiFi, una tostadora y una alcancía con monedas. Arukh también recibió a cambio de estos objetos el “Anexo 5. Orden de incautación en árabe”, donde se listaron los objetos confiscados. Él dice que no todo lo que se llevaron está listado en el formulario. ¿Qué hará? “Depende de Dios”, responde. Unas horas después de que los soldados del ejército israelí se retiraron, se presentaron en su casa militares de las Fuerzas Preventivas de la Autoridad Nacional Palestina. Le pidieron a Arukh acompañarlos y lo encerraron en régimen de aislamiento. “¿Vinieron a terminar lo que comenzaron los israelíes?”, les preguntó. Lo interrogaron para saber por qué los militares israelíes habían ingresado a su hogar y lo devolvieron a su casa después de cuatro horas.

Operaciones similares de confiscación de objetos a manos del ejército israelí fueron realizadas en épocas recientes en otros pueblos cercanos. En Burkin, se llevaron objetos de la casa de Mahmoud Abeidi, que está preso, y también de casas en Silat al-Harithiya y en Jabaa.

“Sería una cosa diferente si nos hubieran arrestado, pero lo que hicieron aquí es robo”, dice Assam Abu al-Haija, quien sabe que los soldados regresarán a su casa, con objetivos diferentes y, a veces, extraños.

IV. Por qué mataron a Haitham

Él estuvo sentado todo el tiempo al lado nuestro en silencio: un chico joven, casi un niño, con los primeros indicios de bigote

asomándose y unos tristes ojos azules, que pidió que no publicáramos su nombre. M, como lo llamaremos desde ahora, estudió en la misma clase que el difunto en la escuela y quiso contar algunas cosas sobre él. Su excelente inglés lo aprendió solo, gracias a los dibujos animados que vio en su infancia temprana. Pero la película que más le quedó grabada en su mente fue “El reino de los cielos” (*Kingdom of Heaven*), un largometraje sobre las Cruzadas, evidentemente no de casualidad. El padre del difunto interrumpe por un momento y dice: “También Haitham hablaba inglés así”. Al igual que su desaparecido hijo, Haitham Saada, M estaba cursando el segundo año de escuela secundaria. “Ellos se llevaron lo más preciado que teníamos, a Haitham”, susurró el joven. “Él era como nuestro hermano, lo queríamos más que a nuestra alma. Él era el mejor y el más inteligente del colegio”.

Estamos en el nuevo salón de eventos en el centro del pueblo de Halhul, al norte de Hebrón, cuyas paredes están ahora empapeladas con una cantidad infinita de posters en memoria del joven. Son días de luto por Haitham Saada. Hace tiempo que no veíamos tantos carteles de conmemoración. En docenas de negocios que se encuentran en la entrada de Halhul, toda la basura de Israel está expuesta para la venta: bachas, lavarropas y los muebles que los israelíes tiraron. Como ya es habitual para nosotros, los primeros meses después de la muerte de su ser querido los dolientes nos reciben con una mezcla de hostilidad, desconfianza, repugnancia y algunos destellos de respeto. Las caras de los jóvenes arden del enojo (la mayoría nunca vio a un israelí que no estuviera armado) pero los adultos, especialmente aquellos que trabajaron en Israel, son respetuosos con los que no fuimos invitados. Haitham no había cumplido todavía quince años al momento de su muerte. Su promedio en la escuela era de 87/100. En las fotos de los carteles que están en las paredes tiene puesta una bufanda negra.

Él era el hijo mayor y único hijo varón de su familia, con tres hermanas menores. Su padre, Ismail, un obrero de la construcción de cuarenta y tres años que trabaja en Kiriath Gat (al sur de Israel) parece no haber

procesado aún lo que pasó. Un esbozo de sonrisa aparece cada tanto, cuando cuenta los sucesos de aquel viernes negro. Ese mismo día habían ido el padre y su hijo al rezo semanal en la mezquita, donde cientos de personas llenaban el lugar. Ismail cuenta que había acordado encontrarse con su hijo a la salida una vez terminado el servicio, pero no encontró a Haitham y se fue a su casa. No mucho después escuchó en televisión que alguien había sido asesinado en la ruta 60, cerca de la entrada al pueblo. Ni se le ocurrió pensar que podía ser su amado hijo. Él dice que Haitham nunca se metía en “ese tipo de problemas”. Era la una del mediodía.

La tarde pasaba, pero Haitham no regresaba a su casa. Su padre comenzó a llamar a las clínicas y hospitales cercanos para ver si su hijo estaba allí. Finalmente condujo hasta Al-Ahli, el hospital principal de Hebrón. “Fue en el momento en el que vi el cuerpo de Haitham sin vida que entendí que había sido asesinado. Fue un terrible shock”, dice Ismail, que también cuenta haber visto las heridas de bala. Mutaz Elbu, un joven alto que trabaja como enfermero en el hospital, vio el cuerpo y leyó el reporte médico. El enfermero dice que el cuerpo de Haitham tenía el impacto de dos balas. Una de las balas lo hirió en la parte posterior del codo y la otra atravesó la parte posterior del tórax, golpeó sus pulmones, se elevó a su cuello, golpeó la sien y destruyó incluso su boca, matando a Haitham en el momento. Los soldados llevaron su cadáver a una base militar y, luego de la intervención del intendente de Halhul, lo entregaron a los palestinos. Exceptuando uno de los jóvenes primos de Haitham, Wajdi, que estudiaba con él en la escuela y lo acompañaba cuando murió, y por supuesto los soldados, no encontraron testigos que pudiesen contar qué fue lo que pasó y por qué mataron a Haitham. Wajdi por su parte fue detenido en el lugar y está desde ese momento incomunicado en la cárcel de Ofer, ubicada en la Cisjordania ocupada y administrada por Israel.

Esto pasó al lado de la ruta 60, el camino principal que cruza Cisjordania, pocos metros al norte de la entrada principal de

la ciudad de Halhul y a unos dos kilómetros de la mezquita a la que Haitham había ido a rezar su última plegaria. Aparentemente los dos primos, Haitham y Wajdi, caminaron a lo largo de la ruta, detrás de la barrera de separación construida por Israel a lo largo de la frontera con los territorios palestinos en disputa. Los soldados estaban probablemente escondidos entre la maleza. ¿Estaba Haitham realmente a punto de tirar una bomba molotov en la ruta, como declararon las fuerzas armadas israelíes inmediatamente después del incidente? ¿Tuvo realmente tiempo para hacerlo?

¿Es suficiente que un joven tenga la intención de tirar una bomba para dispararle hasta matarlo? Ismail está muy angustiado porque nadie le pudo contar lo que le pasó a su hijo. Como mínimo le gustaría saber la verdad sobre lo sucedido, información a la que probablemente nunca llegue a acceder. Muchas familias palestinas nunca llegan a saber por qué mataron a su familiar. ¿Simplemente le dispararon sin causa alguna? El padre responde: “Yo no sé nada. Nadie habló conmigo. Yo estoy seguro de que mi hijo no puso en peligro a nadie. Era un niño y no era capaz de hacerle daño a nadie”.

Mientras tanto, sube al escenario del salón otro de los amigos del colegio de Haitham y lee una carta que escribió llena de elogios hacia su amigo. “*Allahu akbar, Ya shahid; Allahu akbar. Ya shahid*” (Dios es grande, oh mártir; Dios es grande, oh mártir). “Obtendremos nuestra victoria en la sangre”, continuó. “Esta es nuestra tierra y nunca debemos renunciar a ella”. El joven, que lleva una kufiyah en sus hombros, se ve realmente conmovido. Tal vez este momento sea el nacimiento del próximo agresor. Ahora docenas de compañeros de escuela de Haitham, posiblemente toda la clase, entran al salón después de su día en la escuela. M, el amigo del difunto que se sentó a nuestro lado, continúa con su relato: “El islam no es terror. Nosotros somos el verdadero islam y no buscamos asesinar gente. No somos un pueblo de terroristas, no somos ISIS. Solo intentamos defender nuestra tierra. Vivimos acá hace cientos de años y nunca la vamos a abandonar. Nos

quedaremos acá, nosotros, nuestros hijos y nuestros nietos”.

“Haitham murió por su tierra”, continúa. “Él era un niño y ellos lo mataron porque quieren matar. No hay ninguna otra explicación para lo que hicieron. Ellos ya mataron ciento ochenta personas de esta forma en los últimos meses. ¿Por qué? ¿Por qué? De esa forma mataron hace no más de dos años a más de dos mil personas y cientos de niños en Gaza, solo porque eran palestinos”.

“Palestina será liberada. Fue libre en el pasado y será libre en el futuro. La vida de Haitham no fue en vano, su vida terminó a causa del amor que él le tenía por su país. Yo lo conocía muy bien; él no era de esas personas que hubiesen tirado una bomba; una vez lo golpeé sin querer y se puso a llorar, me disculpé y así terminó el incidente. Él era una de las personas más delicadas que conocí en mi vida. Era el mejor de todos, y estoy seguro de que le dispararon sin causa alguna. El viernes a la tarde cuando leí en Facebook que lo habían asesinado, no lo podía creer. Me acosté en la cama y empecé a llorar. Estaba en shock. En el velatorio besé su rostro. Se veía más hermoso que la luna. Ahora está en el paraíso. Por favor, solo escriban la verdadera historia de Haitham”. Esas son las palabras de M, quien todavía no cumplió quince años de edad, la misma edad que tenía Haitham Saada.



Gideon Levy nació en Tel Aviv en 1953. Reconocido cronista y periodista, es uno de los principales redactores del periódico israelí *Haaretz*, desde donde cubre el conflicto palestino-israelí con especial énfasis en la denuncia de las políticas del Estado de Israel en los territorios ocupados. Fue distinguido con el premio Emil Grunzweig Human Rights Award.

Prólogo del informe “Nunca más” del año 1984

Ernesto Sabato

Este es el prólogo que Ernesto Sabato, presidente de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (Conadep), entregó el 20 de septiembre de 1984 al presidente Raúl Alfonsín. El título “Nunca más” fue sugerido por el rabino Marshall Meyer, quien lo tomó de la expresión de los sobrevivientes del gueto de Varsovia para advertir sobre el peligro recurrente de fuerzas como el nazismo. En el texto de Sabato se lee: “durante la década del 70, la Argentina fue convulsionada por un terror que provenía tanto desde la extrema derecha como de la extrema izquierda”. En 2006, la Secretaría de Derechos Humanos de la Nación redactó un nuevo prólogo que intentó diferenciar entre la violencia de estado y la violencia de grupos políticos, diciendo que es “preciso dejar claramente establecido, porque lo requiere la construcción del futuro sobre bases firmes, que es inaceptable pretender justificar el terrorismo de Estado como una suerte de juego de violencias contrapuestas...”: una referencia muy explícita a la imposibilidad de homologar ambos tipos de violencia como si se tratase de fuerzas simétricas. El hijo de Sabato, Mario, insistió en que el texto de su padre era un documento histórico y que se debía conservar tal cual fue escrito, sin agregar o corregir nada. Este es el texto que publicamos aquí.

página
53

Durante la década del setenta la Argentina fue convulsionada por un terror que provenía tanto desde la extrema derecha como de la extrema izquierda, fenómeno que ha ocurrido en muchos otros países. Así aconteció en Italia, que durante largos años debió sufrir la despiadada acción de las formaciones fascistas, de las Brigadas Rojas y de grupos similares. Pero esa nación no abandonó en ningún momento los principios del derecho para combatirlo, y lo hizo con absoluta eficacia, mediante los tribunales ordinarios, ofreciendo a los acusados todas las garantías de la defensa en juicio; y en ocasión del secuestro de Aldo Moro, cuando un miembro de los servicios de seguridad le propuso al General Della Chiesa torturar a un detenido que parecía saber mucho, le respondió con palabras memorables: “Italia puede permitirse perder a Aldo Moro. No, en cambio, implantar la tortura”. No fue de esta manera en nuestro país: a los delitos de los terroristas, las Fuerzas Armadas respondieron con un terrorismo infinitamente peor que el combatido, porque desde el 24 de marzo de 1976 contaron con el poderío y la impunidad del Estado abso-

luto, secuestrando, torturando y asesinando a miles de seres humanos.

Nuestra Comisión no fue instituida para juzgar, pues para eso están los jueces constitucionales, sino para indagar la suerte de los desaparecidos en el curso de estos años aciagos de la vida nacional. Pero, después de haber recibido varios miles de declaraciones y testimonios, de haber verificado o determinado la existencia de cientos de lugares clandestinos de detención y de acumular más de cincuenta mil páginas documentales, tenemos la certidumbre de que la dictadura militar produjo la más grande tragedia de nuestra historia, y la más salvaje. Y si bien debemos esperar de la justicia la palabra definitiva, no podemos callar ante lo que hemos oído, leído y registrado; todo lo cual va mucho más allá de lo que pueda considerarse como delictivo para alcanzar la tenebrosa categoría de los crímenes de lesa humanidad. Con la técnica de la desaparición y sus consecuencias, todos los principios éticos que las grandes religiones y las más elevadas filosofías erigieron a lo largo de milenios de sufrimientos y calamidades fueron pisoteados y bárbaramente desconocidos.

Son muchísimos los pronunciamientos sobre los sagrados derechos de la persona a través de la historia y, en nuestro tiempo, desde los que consagró la Revolución Francesa hasta los estipulados en las Cartas Universales de Derechos Humanos y en las grandes encíclicas de este siglo. Todas las naciones civilizadas, incluyendo la nuestra propia, estatuyeron en sus constituciones garantías que jamás pueden suspenderse, ni aun en los más catastróficos estados de emergencia: el derecho a la vida, el derecho a la integridad personal, el derecho a proceso; el derecho a no sufrir condiciones inhumanas de detención, negación de la justicia o ejecución sumaria.

De la enorme documentación recogida por nosotros se infiere que los derechos humanos fueron violados en forma orgánica y estatal por la represión de las Fuerzas Armadas. Y no violados de manera esporádica sino sistemática, de manera siempre la misma, con similares secuestros e idénticos tormentos en toda la extensión del territorio. ¿Cómo no atribuirlo a una metodología del terror planificada por los altos mandos? ¿Cómo podrían haber sido cometidos por perversos que actuaban por su sola cuenta bajo un régimen rigurosamente militar, con todos los poderes y medios de información que esto supone? ¿Cómo puede hablarse de “excesos individuales”? De nuestra información surge que esta tecnología del infierno fue llevada a cabo por sádicos pero regimentados ejecutores. Si nuestras inferencias no bastaran, ahí están las palabras de despedida pronunciadas en la Junta Interamericana de Defensa por el jefe de la delegación argentina, General Santiago Omar Riveros, el 24 de enero de 1980: “Hicimos la guerra con la doctrina en la mano, con las órdenes escritas de los Comandos Superiores”. Así, cuando ante el clamor universal por los horrores perpetrados, miembros de la Junta Militar deploraban los “excesos de la represión, inevitables en una guerra sucia”, revelaban una hipócrita tentativa de descargar sobre subalternos independientes los espantos planificados.

Los operativos de secuestro manifestaban la precisa organización, a veces en los

lugares de trabajo de los señalados, otras en plena calle y a la luz del día, mediante procedimientos ostensibles de las fuerzas de seguridad que ordenaban “zona libre” a las comisarías correspondientes. Cuando la víctima era buscada de noche en su propia casa, comandos armados rodeaban la manzanas y entraban por la fuerza, aterrorizaban a padres y niños, a menudo amordazándolos y obligándolos a presenciar los hechos, se apoderaban de la persona buscada, la golpeaban brutalmente, la encapuchaban y finalmente la arrastraban a los autos o camiones, mientras el resto del comando casi siempre destruía o robaba lo que era transportable. De ahí se partía hacia el antro en cuya puerta podía haber inscriptas las mismas palabras que Dante leyó en los portales del infierno: “Abandonad toda esperanza, los que entráis”.

De este modo, en nombre de la seguridad nacional, miles y miles de seres humanos, generalmente jóvenes y hasta adolescentes, pasaron a integrar una categoría tétrica y fantasmal: la de los Desaparecidos. Palabra —triste privilegio argentino!— que hoy se escribe en castellano en toda la prensa del mundo.

Arrebatados por la fuerza, dejaron de tener presencia civil. ¿Quiénes exactamente los habían secuestrado? ¿Por qué? ¿Dónde estaban? No se tenía respuesta precisa a estos interrogantes: las autoridades no habían oído hablar de ellos, las cárceles no los tenían en sus celdas, la justicia los desconocía y los *habeas corpus* solo tenían por contestación el silencio. En torno de ellos crecía un ominoso silencio. Nunca un secuestrador arrestado, jamás un lugar de detención clandestino individualizado, nunca la noticia de una sanción a los culpables de los delitos. Así transcurrían días, semanas, meses, años de incertidumbres y dolor de padres, madres e hijos, todos pendientes de rumores, debatiéndose entre desesperadas expectativas, de gestiones innumerables e inútiles, de ruegos a influentes, a oficiales de alguna fuerza armada que alguien les recomendaba, a obispos y capellanes, a comisarios. La respuesta era siempre negativa.

En cuanto a la sociedad, iba arraigándose la idea de la desprotección, el oscuro temor de que cualquiera, por inocente que fuese, pudiese caer en aquella infinita caza de brujas, apoderándose de unos el miedo sobrecogedor y de otros una tendencia consciente o inconsciente a justificar el horror: “Por algo será”, se murmuraba en voz baja, como queriendo así propiciar a los terribles e inescrutables dioses, mirando como apesados a los hijos o padres del desaparecido. Sentimientos sin embargo vacilantes, porque se sabía de tantos que habían sido tragados por aquel abismo sin fondo sin ser culpable de nada; porque la lucha contra los “subversivos”, con la tendencia que tiene toda caza de brujas o de endemoniados, se había convertido en una represión demencialmente generalizada, porque el epíteto de subversivo tenía un alcance tan vasto como imprevisible. En el delirio semántico, encabezado por calificaciones como “marxismo-leninismo”, “apátridas”, “materialistas y ateos”, “enemigos de los valores occidentales y cristianos”, todo era posible: desde gente que propiciaba una revolución social hasta adolescentes sensibles que iban a villas-miseria para ayudar a sus moradores. Todos caían en la redada: dirigentes sindicales que luchaban por una simple mejora de salarios, muchachos que habían sido miembros de un centro estudiantil, periodistas que no eran adictos a la dictadura, psicólogos y sociólogos por pertenecer a profesiones sospechosas, jóvenes pacifistas, monjas y sacerdotes que habían llevado las enseñanzas de Cristo a barriadas miserables. Y amigos de cualquiera de ellos, y amigos de esos amigos, gente que había sido denunciada por venganza personal y por secuestrados bajo tortura. Todos, en su mayoría inocentes de terrorismo o siquiera de pertenecer a los cuadros combatientes de la guerrilla, porque estos presentaban batalla y morían en el enfrentamiento o se suicidaban antes de entregarse, y pocos llegaban vivos a manos de los represores. Desde el momento del secuestro, la víctima perdía todos los derechos; privada de toda comunicación con el mundo exterior, confinada en lugares desconocidos, sometida a suplicios infernales, ignorante de su destino

mediato o inmediato, susceptible de ser arrojada al río o al mar, con bloques de cemento en sus pies, o reducida a cenizas; seres que sin embargo no eran cosas, sino que conservaban atributos de la criatura humana: la sensibilidad para el tormento, la memoria de su madre o de su hijo o de su mujer, la infinita vergüenza por la violación en público; seres no solo poseídos por esa infinita angustia y ese supremo pavor, sino, y quizás por eso mismo, guardando en algún rincón de su alma alguna descabellada esperanza.

De estos desamparados, muchos de ellos apenas adolescentes, de estos abandonados por el mundo hemos podido constatar cerca de nueve mil. Pero tenemos todas las razones para suponer una cifra más alta, porque muchas familias vacilaron en denunciar los secuestros por temor a represalias. Y aún vacilan, por temor a un resurgimiento de estas fuerzas del mal.

Con tristeza, con dolor hemos cumplido la misión que nos encomendó en su momento el Presidente Constitucional de la República. Esa labor fue muy ardua, porque debimos recomponer un tenebroso rompecabezas, después de muchos años de producidos los hechos, cuando se han borrado liberadamente todos los rastros, se ha quemado toda documentación y hasta se han demolido edificios. Hemos tenido que basarnos, pues, en las denuncias de los familiares, en las declaraciones de aquellos que pudieron salir del infierno y aun en los testimonios de represores que por oscuras motivaciones se acercaron a nosotros para decir lo que sabían.

En el curso de nuestras indagaciones fuimos insultados y amenazados por los que cometieron los crímenes, quienes lejos de arrepentirse, vuelven a repetir las consabidas razones de “la guerra sucia”, de la salvación de la patria y de sus valores occidentales y cristianos, valores que precisamente fueron arrastrados por ellos entre los muros sangrientos de los antros de represión. Y nos acusan de no propiciar la reconciliación nacional, de activar los odios y resentimientos, de impedir el olvido. Pero no es así: no estamos movidos por el resentimiento ni por el espíritu de venganza; solo pedimos la verdad y la justicia, tal como

por otra parte las han pedido las iglesias de distintas confesiones, entendiendo que no podrá haber reconciliación sino después del arrepentimiento de los culpables y de una justicia que se fundamente en la verdad. Porque, si no, debería echarse por tierra la trascendente misión que el poder judicial tiene en toda comunidad civilizada. Verdad y justicia, por otra parte, que permitirán vivir con honor a los hombres de las fuerzas armadas que son inocentes y que, de no procederse así, correrían el riesgo de ser ensuciados por una incriminación global e injusta. Verdad y justicia que permitirán a esas fuerzas considerarse como auténticas herederas de aquellos ejércitos que, con tanta heroicidad como pobreza, llevaron la libertad a medio continente.

Se nos ha acusado, en fin, de denunciar solo una parte de los hechos sangrientos que sufrió nuestra nación en los últimos tiempos, silenciando los que cometió el terrorismo que precedió a marzo de 1976, y hasta, de alguna manera, hacer de ellos una tortuosa exaltación. Por el contrario, nuestra Comisión ha repudiado siempre aquel terror, y lo repetimos una vez más en estas mismas páginas. Nuestra misión no era la de investigar sus crímenes sino estrictamente la suerte corrida por los desaparecidos, cualesquiera que fueran, proviniesen de uno o de otro lado de la violencia. Los familiares de las víctimas del terrorismo anterior no lo hicieron, seguramente, porque ese terror produjo muertes, no desaparecidos. Por lo demás el pueblo argentino ha podido escuchar y ver cantidad de programas televisivos, y leer infinidad de artículos en diarios y revistas, además de un libro entero publicado por el gobierno militar, que enumeraron, describieron y condenaron minuciosamente los hechos de aquel terrorismo.

Las grandes calamidades son siempre aleccionadoras, y sin duda el más terrible drama que en toda su historia sufrió la nación durante el periodo que duró la dictadura militar iniciada en marzo de 1976 servirá para hacernos comprender que únicamente la democracia es capaz de preservar a un pueblo de semejante horror, que solo ella puede mantener y salvar los sagrados y

esenciales derechos de la criatura humana. Únicamente así podremos estar seguros de que NUNCA MÁS en nuestra patria se repetirán hechos que nos han hecho trágicamente famosos en el mundo civilizado.



Ernesto Sabato (1911-2011)

Escritor y ensayista argentino. Literariamente, es reconocido por sus grandes novelas, *El túnel*, *Sobre héroes y tumbas* y *Abaddón el exterminador*. En 1983, Sabato presidió la Conadep, la comisión encargada de recoger los testimonios de las víctimas del terrorismo de Estado e investigar los crímenes perpetrados por la dictadura. Aquí se reproduce el prólogo del *Nunca más*, libro que publicó el informe completo, fruto de dichas investigaciones.



Peones selk'nam vestidos de domingo. Fotógrafo desconocido, c. 1920.

Aprendiendo a hacer un ud en Nazaret

Por Ruth Padel

El primer día cortó palo santo para la parte de atrás
dobló sicomoro para hacer las costillas e hizo un vientre
de caoba. *De mañana iremos a las viñas
y veremos si la vid está en cierne.*¹

El cielo estaba azul sobre el Valle de Jezreel
y la paloma dorada brillaba
sobre la Basílica de la Anunciación.
El segundo día, talló una base de hueso de camello
para el diapasón.
A su sombra apetecida estoy sentada.

El tercer día hizo un cordal de sándalo,
y un golpeador de cerezo negro.
Damasquinó una rosa de cuerno
con arabescos
lustrosos como el reverso de las hojas de olivos junto al mar.
Encontré al amor de mi alma.
Le incrustó cisnes de marfil en la boca,
pares de amantes con los cuellos enredados,
y colocó clavijas de damasco
que dieran buen aroma al frotarlas.

El cuarto día fue para cortar
las cuerdas agudas de tripas de camello. *Su mano izquierda
está bajo mi cabeza.*
Para las graves, torció cobre
pálido como el asfalto escarchado.
Reposa toda la noche entre mis pechos
El quinto día puso barniz.
*Puro verdor es nuestro lecho y las vigas de nuestra casa
son cedro y pino.* Detrás del cuello
puso una señal para alejar el mal de ojo.

1. *Cantar de los Cantares*, 7:12. El poema se construye empleando numerosas citas del *Cantar de los Cantares*, atribuido a Salomón. Forma parte del Tanaj y de la Biblia. Las citas fueron tomadas de la *Biblia de Jerusalén*. [N. de la T.]

*Racimo de alheña es mi amado para mí,
en las viñas de Engadí.*

Y lo miré tallar un pluma de águila, un plectro
para celebrar al ángel de la improvisación
que mora en las grietas de la meseta de Nazaret
donde espera el amor. Y crece, si le das tiempo.

Ponme cual sello sobre tu corazón.

El sexto día los soldados vinieron
por su código genético.
No tenemos registro de lo que pasó.

Yo estaba haciendo fila en el puesto de control de Galilea.

Lo busqué y no lo hallé.

Había estado en su taller al aire libre

Lo llamé, y no me repondió

el mismo exacto lugar
en el que se paró Jesús cuando vino de Cafarnaún
a enseñar en la sinagoga y los vecinos trataron
de tirarlo de las rocas. *Antes que sople la brisa del día,
y huyan las sombras,
me iré al monte de la mirra.*

El séptimo día pusimos sus manos lastimadas
en torno a las espinas. *Ven conmigo del Líbano,
novia mía, mira desde la cumbre
del Sanir y del Hermón, desde las guaridas de los leones.*

En el octavo día no hubo más días.

Tomé una clase de carpintería y guardé la alfombra nupcial.

Empezamos de nuevo

con un ud para niños comprado en eBay.

Era un virtuoso del ud

y enarboló sobre mí la insignia del Amor.

Traducción de Eugenia Santana Goitia.



Ruth Padel (1946)

Novelista, poeta y crítica literaria británica. Ha ganado numerosos premios por su obra y da clases de escritura creativa en King's College de Londres. Su poemario *Learning to Make an 'Oud in Nazareth* fue publicado en 2014 y se centra en los conflictos en Medio Oriente.



Mujeres que participaron en el Hain. En el centro, Ángela Loij. Foto: Martín Gusinde, 1923.

Entras en mí

Margaret Atwood

Entras en mí
como un gancho en un ojal

un gancho de anzuelo
un ojal no: un ojo abierto.

Traducción de Alberto Manguel.

página
61



Margaret Atwood (1939)

Novelista, poeta y crítica literaria canadiense. Es una importante activista política, miembro de Amnistía Internacional. Entre sus obras más importantes están *Alias Grace*, *La novia ladrona*, *El cuento de la criada* y la trilogía distópica *Orix & Crake*. Recibió el Premio Príncipe de Asturias de las Letras en 2008.

Pedacito de cielo.

Enfrentar el trauma del abuso sexual

Barry Lopez

Toda historia de la violencia es desgarradora y está fuera de toda escala jerárquica. Sin embargo, el abuso sexual es quizás el acto de violencia más revulsivo. Este ensayo, que es también un testimonio personal, narra con notable profundidad y precisión las oscuras tramas, con sus silencios y complicidades, en las que se inscriben estos eventos moralmente intolerables.

Un día de otoño del año 1938, un hombre llamado Harry Shier entró en el quirófano de un hospital de Toronto y comenzó a realizarle una apendicectomía a un varón preadolescente. Shier no era un cirujano entrenado; con lo cual estuvo cerca de arruinar la operación y los padres del menor reaccionaron furiosamente.

Las sospechas acerca de la formación de Shier aparecieron durante la cirugía y se diseminaron entre las enfermeras del quirófano, y el hospital, al tanto de otros reclamos similares acerca de Shier y otras operaciones de este tipo en jóvenes varones, dieron lugar a una investigación formal. Cuando el directorio del hospital determinó que tanto su título médico —de una universidad europea— como sus cartas de recomendación eran fraudulentos, Harry Shier fue deportado de los Estados Unidos.

Pocos años más tarde, un policía en Denver atrapó a Shier violando a un chico en el asiento delantero de su automóvil. Shier pasó un año en prisión y luego huyó de Colorado. A fines de la década del cuarenta, Shier apareció en North Hollywood, California, como el director de un sanatorio, en donde era el encargado de supervisar los tratamientos de gente adicta, especialmente alcohólicos.

En el verano de 1952, cuando tenía siete años y visitaba dicho sanatorio con mi madre, conocí a Shier. Para esa época, yo vivía con mi madre y mi hermano menor en las cercanías de Reseda, un pueblo en el Valle de San Fernando. Mis padres se habían divorciado recientemente y mi padre se mudó,

cruzando el país, a Florida. Mi madre, para mantenernos a nosotros tres, tuvo que conseguir un trabajo diario dando clases de economía doméstica en una escuela secundaria en la ciudad de San Fernando, así como también un trabajo para enseñar corte y confección de indumentaria, dos tardes por semana en la Universidad de Pierce Junior en Woodland Hills, en el extremo occidental del Valle.

En los comienzos de aquel verano, mi madre, aunque algo reticente, aceptó tomar un huésped: su prima hermana Evelyn Carrothers. Evelyn, que tenía su misma edad, vivía a una hora de distancia, en Long Beach, y estaba enfrentando un problema con el alcohol. Su matrimonio también estaba en problemas. Mamá no podía albergar a Evelyn por mucho tiempo en una casa con un único dormitorio, entonces empezó a preguntarles a sus amigos si tenían disposición para ayudarla con el alojamiento de su prima. La gente le aconsejó que llamara a Alcohólicos Anónimos. Alguien de la oficina de la organización de Los Ángeles le sugirió que contactara al refugio y sanatorio del Norte de Hollywood. Una mañana, mamá nos condujo a Riverside Drive 12003. Luego sabría que ese lugar era conocido en el Valle como “el secadero de Shier”. En esos años, Shier era reconocido como alguien que podía curar el alcoholismo. También era capaz de relacionarse simpáticamente con las familias de los alcohólicos. Al llegar a la clínica, mamá nos presentó a mi hermano de cuatro años y a mí al “doctor” Shier. Nos dimos la mano

y nos acompañó a la cocina del sanatorio, donde cada uno eligió una dona fresca de las que estaban distribuidas sobre una bandeja para los pacientes, congeladas, azucaradas, glaseadas y cubiertas de chispas. Un hombre agradable. Recuerdo que aquella mañana los corredores del edificio apestaban a algo que no era desinfectante. El paraldehído, luego me informaron, era usado por Shier con total libertad para sedar a sus pacientes. Al poco tiempo de que, según Shier, Evelyn se recuperara lo suficiente como para regresar a Long Beach, ella empezó a tomar nuevamente y al año siguiente debió volver a sus instalaciones. El señor Shier comenzó a visitarnos en nuestra casa de Reseda. A través de Evelyn había conseguido saber el estado civil y financiero de mamá, y durante una de sus primeras visitas, le dijo que le preocupaba que sus ingresos no eran acordes a sus capacidades. Le dijo que él podría ayudarla. (El acuerdo de divorcio de mamá requería que mi padre le enviara diez dólares al mes para nuestra manutención; obligación que rara vez cumplía, según la carta que más tarde encontré.) Shier dijo que uno de sus antiguos pacientes estaba en condiciones de hablar con el Consejo Escolar acerca de sus méritos. Aparentemente esta apelación se produjo, ya que poco tiempo después ella recibió un pequeño aumento de salario. Mamá estaba agradecida y Harry estaba encantado de poder ayudarla. La cortejaba con intenciones de formalizar la relación. Ella era una bella mujer de 39 años; él, un hombre de 56 años, bajo, peligrosamente seguro de sí mismo y pelado. Él la felicitaba por criar sola a sus dos hijos, educados y prolijamente vestidos. La halagaba físicamente. Ocasionalmente tomaba su mano y le acariciaba ligeramente el hombro. Luego de un tiempo, Shier pasaba todas las noches por la casa, mientras mi hermano y yo ya estábamos en pijama. Llegaba con un pote de helado para que los cuatro compartiéramos el postre. Una noche llegó sin el helado; lo había olvidado, y sugirió que lo acompañara al almacén así podía elegir un postre diferente para cada uno de nosotros. Unos minutos después de haber salido de la casa condujo hasta una calle residencial, fuera de la avenida Lindley, oscura y

con árboles altos. Me dio vuelta, me puso bocabajo en el asiento, tiró de los botones de mi pijama y metió su miembro erecto en mi ano. Y cuando había llegado a su clímax, me dijo, calmo pero empáticamente, que él era un médico, que yo necesitaba tratamiento y que no debíamos preocuparla a mamá hablándole de mi problema. Shier continuó con su ritual de abuso sexual durante cuatro años. Venía a casa varias veces al mes y siguió exitosamente distrayendo la atención de mamá al respecto.

Es difícil de imaginar ahora que nadie sospechara lo que ocurría entonces. Es igual de difícil, incluso para los terapeutas, explicar cómo este tipo de violencia sexual puede llevarse a cabo entre dos seres humanos, durante años, sin el consentimiento de la víctima. Por qué, se pregunta la gente, la evidencia de la resistencia de un niño en estas circunstancias, generalmente, es tan insignificante. Creo que esto se debe a que el niño es demasiado inocente como para organizar mejor sus recursos y porque, además, desde un primer momento, el niño se enfrenta a un laberinto de lealtades confusas. Me hago yo mismo ciertas preguntas que no puedo contestar: ¿realmente necesitaba protección en esa situación? Y en ese caso, ¿de qué precisamente? Yo estaba desconcertado con lo que



Barry Lopez (1946)

Nació en Nueva York, es novelista, ensayista y cronista. Sus diversos ensayos, entre los que se destaca *Sueños árticos*, exploran el vínculo entre el paisaje natural y la identidad humana. Colabora en diversos medios gráficos y recibió la beca Guggenheim y el National Book Award, entre otros. “Sliver of Sky. Confronting the trauma of sexual abuse” es un ensayo testimonial publicado por el autor en 2013 en la revista norteamericana *Harper’s* y fue cedido especialmente para su traducción al español y publicación en este número.

estaba pasando, ¿cómo podría explicarle a mi madre lo que estaba haciendo? La resistencia física, es claro, es prácticamente imposible para la mayoría de los niños. Las posibilidades de los niños son, a mi entender, nunca ir más allá de la resistencia y la evasión, ni especular acerca de cómo lograr una intervención.

Una fuente adicional de confusión para mí era la creencia de que yo había sido elegido por Harry Shier como un paciente especial, un connotado médico y director de una institución prestigiosa. Un extraño sentido de privilegio estaba unido al interés de Shier en mí y a la existencia de una condición médica inespecífica, también sería o exótica que compartía con mamá. También, siendo el hijo mayor en una familia de clase media baja y huérfana de padre, yo empecé a sentir —o él logró que yo sintiera— que tenía una gran responsabilidad sobre mis hombros. Yo entendía que estaba ayudando a mi familia, y él me complementaba en mi maduración.

Cuando Shier venía a casa él informaba a mamá que nosotros saldríamos para comprar juntos un helado o, en las tardes de sábado, que me llevaría a ver alguna película y después, tal vez, a cenar al Sportsmen's Lodge de Boulevard Ventura en Studio City. La saludábamos a mamá, íbamos caminando hasta el auto y salíamos. Si oscurecía, él se dirigía rápidamente hacia un lugar apartado y me violaba en el asiento delantero; o íbamos al cine y empujaba mi cabeza sobre su entrepierna; o íbamos a cenar a un restaurant donde pescábamos nuestra trucha en una pequeña pileta para que el chef la cocinara y después él manejaba hasta el sanatorio donde estacionaba detrás del edificio. Me hacía subir por una escalera exterior hacia unas plataformas un poco podridas que conducen a la antesala de un ático, donde me dejaba encerrado con llave y yo tenía que esperarlo. Él entraba entonces por el frente de la clínica, revisaba a sus pacientes, saludaba a las enfermeras e iba por la escalera interna hacia la puerta trasera de su estudio. Yo veía que las luces se encendían y, un momento después, él abría la puerta del ático y me empujaba adentro. Una noche en ese cuarto, después de estar

conmigo, tomó un texto médico de un estante. Me sentó a su lado en el borde de la cama y me mostró de modo explícito, fotografías de genitales masculinos estragados por la sífilis. Esto, me dijo, es lo que pasa cuando los hombres se acuestan con mujeres.

Acostados en la cama, yo trataba de manio-brar mi cuerpo de modo de poder focalizar el pedacito de cielo visible horizontalmente entre el borde más bajo de las persianas parcialmente cerradas y el umbral blanco de la ventana apenas abierta. Pasaban nubes, pájaros, estrellas.

Cada tanto, frecuentemente en el viaje de vuelta a mi casa, Shier me recordaría que si yo por casualidad le contara a alguien y el tratamiento debiera suspenderse, él no tendría más remedio que mandarme a un orfanato. Y entonces, si yo no estuviera más con mi familia...

Yo veía cómo ocasionalmente le deslizaba a mamá, en mi presencia, unos billetes doblados. Sería mejor, pensaba, si yo continuaba siendo el chico valiente, como él me decía que era. Recuerdo que las preguntas que inicialmente me hacía sobre estos hechos no eran, después de todo, muy sofisticadas. Por ejemplo: ¿por qué Shier no había abusado también de mi hermano menor? Mi hermano, conjeturé, era muy chico en 1952, solo tenía cuatro años; y después, conmigo firme entre sus manos, Shier seguramente consideró que era demasiado riesgo intentar persuadir también al otro. (Cuando fuimos más grandes mi hermano me contó que Shier había intentado también con él, varias veces, a mediados de los años cincuenta. Yo estaba entumecido por el dolor. Después de cuatro años de que la violencia sexual de Shier terminara, mantenía vivos los restos de autoestima con la convicción de que aunque yo me hubiera degradado, al menos había protegido a mi hermano y también que, probablemente, había salvado a mi familia de un eventual naufragio financiero. Mayor vergüenza sentí cuando descubrí que nuestra familia nunca había estado en un serio riesgo financiero, que los ingresos de mamá cubrían todas nuestras necesidades e incluso más.)

Mi madre volvió a casarse en 1956. Nos mudamos a Nueva York, donde mi padrastró

vivía, y nunca más vi el Pontiac color verde malaquita y crema estacionado en frente de nuestra casa en la calle Calvert. Cuando nos mudamos al departamento de mi padrastro, sentí un gran sentido de libertad. Estaba a salvo de Harry Shier. Una nueva escuela, un nuevo barrio, nuevos amigos. Había emergido en otro océano. Sin embargo, el descubrimiento de esta nueva oportunidad —que algunas veces abre paso a una euforia explícita— se dio para mí de forma desconfiada. Ya no podía soportar más esa situación. Y luego, dos años después de que nos mudáramos al Este, cuando yo ya tenía 13 años, Harry Shier apareció en Nueva York y mi sentido de la seguridad se derrumbó. Llegó con mi padrastro a nuestra casa de vacaciones en la costa de Jersey, una tarde de verano de 1958. Había sido invitado por mi familia a pasar el fin de semana. Una sorpresa para los chicos.

¿No estábamos contentos?

A la mañana siguiente, un sábado, mientras mis padres estaban preparando el desayuno en la cocina, Shier abrió fácilmente la puerta de mi habitación en el ático y la cerró silenciosamente detrás de él. Caminó en silencio hasta el borde de mi cama, con sus labios dando espasmos con su fruncido característico y sus ojos fijos sobre mí. Cuando llegó sobre la sábana, lo pateé y salté de la cama agarrando un bate de béisbol que estaba apoyado contra el respaldo. Desnudo, maldiciéndolo, balanceando el bate sobre él de forma amenazante, lo expulsé de mi cuarto y pegué un portazo.

Mientras yo me vestía, él inició una conversación abajo con mis padres. Espiándolos desde el vestíbulo lindero a la puerta de la cocina, escuché cómo Shier les explicaba que yo necesitaba ser cuidado por alguien. Les advirtió —en tonos graves de voz, como una suerte de pesado oráculo— que yo era propenso a los delirios y, además, un chico peligroso y potencialmente violento. Se avecinaban problemas. A través del resquicio que ofrecía la puerta, estudié los gestos de mi madre y de mi padrastro, que estaban sentados con él en el desayunador. Sus manos estaban dobladas en ángulo recto sobre el mantel de plástico. Tomaron los consejos profesionales que proponía Shier

con consternación y tristeza. Yo no podía en ese momento contar lo que Shier me había hecho. Era abrumador pensar en el cambio que podría caer sobre nuestras vidas; e independientemente, mi propia situación parecía demasiado precaria. Habiendo obtenido abruptamente la seguridad de una familia con un padre devoto, ahora abruptamente corría el riesgo de perderla.

Salí rápido de la casa para jugar al béisbol con mis amigos. A la tarde, salí a andar en bicicleta en dirección al pueblo vecino. Cuando volví, esa tarde, me enteré que Shier le había pedido a mi padrastro que fueran juntos de vuelta a Nueva York, esa misma mañana, así él podía tomar un avión desde Idlewild. Mi madre me acusó de haber insultado al doctor y de avergonzar a mi familia. Ella presentó su análisis acerca de mi comportamiento. Cuando traté de objetar esas afirmaciones, ella me respondió de modo contundente: “¡Él es médico!”. Shier —decía mi madre— iba a buscar en pocos días, junto con ella y mi padrastro, un lugar para mí en Los Ángeles.

Finalmente nunca fui enviado a California, y la razón no fue discutida conmigo. Si mis padres albergaban recelos sobre Shier nunca lo supe. Estudiaba mucho, volvía a mi casa temprano, hacía mis tareas: continuaba comportándome como un hijo aplicado, un muchacho al que ningún padre querría voluntariamente renunciar. Pero el trauma subyacía en mis cimientos, y en la primavera de 1962, cuando yo tenía diecisiete años, caí en un estado de depresión. Se me tornó poco clara mi identidad sexual y estaba obsesionado por una suerte de contaminación, sentía que estaba devaluado como hombre a raíz de lo que me había sucedido.

Yo estaba inmovilizado en la elaborada telaraña de los apetitos concupiscentes de Shier y paralizado por las estrategias que usaba para preservar su propia seguridad; había asumido que era el único chico involucrado en esto. Fue la abrupta revelación de que podría haber habido —probablemente hubiera— otros, y de que él podría estar aún violando niños en California, lo que me obligó a romper el silencio y a arriesgarme, creía, a una catastrófica humi-

llación. Llamé por teléfono a mi padrastro a su oficina. Convinimos en encontrarnos en el lobby del Club Atlético de Nueva York en el Central Park Sur, donde yo suponía que él estaría cómodo.

Entró dando zancadas impacientes a su club aquella tarde y se sentó delante de mí en uno de los grandes sillones de cuero del lobby. Era un hombre muy ocupado pero estaba preparado para escuchar. Le hice un breve resumen del comportamiento de Shier y de mi historia con él y le formulé dos peticiones. Primero, que nunca contara a nadie lo que había pasado; y si acaso él entendiera que mamá tenía que saberlo, tenía que dejarme que yo mismo se lo dijera. Y segundo, que me ayudara a frenar a Shier. Me escuchó con interés e ira crecientes. Estaba muy enojado, y después comprendí que lo afectaba particularmente el hecho de que Shier lo había engañado aquel verano en Nueva Jersey.

La mañana siguiente, muy temprano, él tomó un avión a Los Ángeles y esa misma tarde se entrevistó con dos detectives de la Policía de Los Ángeles. Cuando volvió a Nueva York, tres días después, me contó que los detectives con los que había hablado iban a hacer un seguimiento exhaustivo de todo: círculo de conocidos, sanatorio y antecedentes penales de Shier. Iban a reunir todas las pruebas. Solo necesitaba ser paciente. Los detectives nos contactarían. Las semanas se sucedieron. Mi padrastro fue despachando mis ansiosas consultas. Él estaba en contacto con los detectives, me decía. Estaban trabajando en eso. Y cuando finalmente lo presioné, él admitió que, habiéndolo consultado con los detectives, había decidido que sería demasiado pesado para mí emprender una lucha contra tamaño pervertido y sobre todo aguantar el interrogatorio al que yo sería sometido en un juicio. Por lo que había decidido no presentar cargos. Por otra parte, me dijo, Shier se habría escapado tan pronto como sospechara que había una investigación en curso.

Una semana después, o más, mi padrastro me dijo que había oído decir a los detectives que Harry Shier había muerto en un accidente automovilístico en Arizona. Esto fue, creo ahora, un esfuerzo preventivo de mi padrastro para darle un cierre a todo este asunto.

En 2003, cuarenta y un años después de estas conversaciones con mi padrastro y algunos años de mi propio esfuerzo por comprender los efectos psicológicos que atravesé, llamé al Departamento de Policía de Los Ángeles. Un oficial —un intermediario— pudo localizar a los dos detectives retirados que comenzaron a investigar a Shier en 1962. El detective no quiso hablar conmigo directamente pero autorizó al intermediario para transcribirme lo que recordaba. (Dado que esta información es, en el mejor de los casos de tercera fuente, no puedo estar seguro de ninguno de los datos o circunstancias que envolvieron la temprana historia criminal de Shier. Los archivos oficiales del Departamento de Policía sobre este caso, que incluyen las anotaciones de los detectives de las conversaciones sostenidas con mi padrastro, fueron destruidos junto con otros archivos inactivos de aquella época). El oficial me informó acerca de las cirugías fallidas en el hospital de Toronto y de los cargos de sodomía en Colorado, dándome los datos aproximados y confirmándome que la investigación había terminado al poco tiempo de haber empezado porque Shier había huido del estado. El detective también recuerda que Shier pudo haber muerto poco tiempo después de dejar California, posiblemente en América del Sur, pero dice no recordarlo con precisión. En 1989, años antes de esta conversación con aquel detective entrevisté a Evelyn Carrothers en su casa de Studio City, sobre sus experiencias con Shier. Me dijo que “detrás de esa fachada de preocupación” Shier era un “hombre malvado”. Un abusador. Me contó que nunca le agradó, pero como había tenido mucho éxito en el tratamiento con los alcohólicos, en los alrededores de Los Ángeles en la década del cincuenta, ella misma lo había recomendado a mucha gente a los largo de los años. Cuando hablé con ella, Evelyn no solo había estado sobria durante un largo tiempo sino que se había convertido en un miembro destacado dentro de Alcohólicos Anónimos en el sur de California. Ella estaba acongojada, pensé, por mi revelación de que Shier era un

pederasta, sin embargo no pudo darme los nombres de nadie que lo hubiese conocido. Me dijo que nunca supo qué fue de él pero que estaba segura de que había muerto. Ni siquiera argumentó en contra de él: cualquier cosa mala que él hubiera hecho en su vida privada, no opacaba su gran aporte a la comunidad.

Nunca estuve en condiciones de comprender el significado del bien común para Evelyn, sin embargo, su punto de vista es el mismo que toma la gente común cuando se enfrenta a la evidencia de los crímenes sexuales perpetrados por gente de su estima. (La reputación de los servicios prestados y los gestos magnánimos a menudo forman parte de la fachada protectora que los pederastas se inventan).

Cuando crecí me hice una pregunta más obvia: ¿cómo pudo mi madre no saber nada al respecto en ese momento? Tal vez lo sabía. Murió unos años después de haberse enterado, poco dispuesta a discutir sus sentimientos sobre lo que había pasado en California. Opté por estar en paz con su actitud. Cuando ciertos individuos se sienten amenazados, emocional, financiera y psicológicamente, las luces del horizonte que usan para orientarse en el mundo pueden sencillamente apagarse. La vida puede convertirse en una serie de decisiones impulsadas por el temor y en actos compulsivos de autoprotección. La gente empieza a separar lo que es profundamente problemático en sus vidas de lo que creen que está en orden. Para decirlo con la metáfora de rigor, aislar unos hechos de otros, guardándolos en diferentes habitaciones en un amplio hotel. Mientras esas habitaciones compartan un pasillo no se necesitan comunicar directamente las unas con las otras.

Hoy en día no soy capaz de poner la imagen que tengo de mi madre como atenta guardiana de sus hijos, junto a la idea de ella como alguien inocente, ennegrecida por los halagos de un pederasta insistente. Pero por la razón que fuere ella no fue capaz, otra vez, de percibir lo que podría estar sucediendo en las horas que seguían al momento en que veía la cabeza de su hijo desde el porche de la casa y de modo no demasiado claro, en el

cuadrado de la ventanilla del automóvil de Shier que partía.

En junio de 1970, mi padrastro le brindó a mi madre, sin que yo supiera, una versión incompleta y distorsionada de lo que su amigo Harry Shier había hecho, rompiendo la promesa que me había realizado ocho años antes al hablar con él. Estaban almorzando juntos, en el Midtown de Manhattan; mi madre se puso histérica y fue llevada en ambulancia al hospital. Cuando me llamó aquella tarde, todo lo que tenía para decirme, en una voz resignada y quebrada, fue: “Sé lo que pasó. Sé lo que te pasó”.

Y luego nunca más volvió a hablar del tema. Seis años más tarde, en julio de 1976, cuando mi madre estaba muriendo de cáncer de pulmón, le pregunté si quería hablar conmigo sobre lo de California. Ella estaba recostada en la cama de una habitación privada del hospital de Manhattan, Lenox Hill, balanceando suavemente la cabeza de atrás hacia delante como si fuese un metrónomo. Su cara me evitó y comenzó a llorar en silencio, mientras yo estaba mudo y sentado en una silla cerca de su cama. Ella no quiso tomar mi mano. Algunos aspectos de la historia sexual traumática están destinados simplemente al silencio.

Las razones de las relaciones abusivas monstruosas persistentes entre los seres humanos son tan complejas, creo yo, como la turbulencia de las matemáticas. La explicación que me di durante décadas, en parte para evitar tener que hacerle frente a cualquier pregunta de mi propia complicidad, fue que tuve que hacerlo para mantener a nuestra familia sana y en pie. Luego de que mi padre nos abandonara mi madre me dijo que a partir de entonces yo sería el hombre de la casa. Tomé su afirmación de manera literal. Por las noches comencé a chequear dos veces que las puertas estuvieran bien cerradas. Corté y separé el pasto y tiré la basura por el incinerador del patio para quemarla. Tomé las cartas del día que estaban en el buzón de la calle. La sola posibilidad de que Shier apareciera frente a mi puerta me desmoronaba. Tal vez otro hombre, uno de los más agradables con los que mamá había salido, podría venir a quedarse con nosotros. Y este sí que se quedaría.

Estando en la ducha del departamento inmundado de Shier, limpiándome la sangre y el semen de mis piernas, me agobiaba la idea de que no podía dejarlo.

Contuve mi rabia. Oculté la sangre. Me negué a enfocarme en cualquier otra cosa. Lo que en realidad mi padrastro hizo cuando fue a California en 1962 y la manera en que relató los delitos a los detectives nunca lo sabré. Y aunque sí sé que vio a Evelyn en aquella oportunidad, desconozco cuál fue el tenor del diálogo que tuvo con ella. A lo largo de esos años y hasta su muerte, cuando le preguntaba sobre lo que había hecho, me contestaba con evasivas. Pero en un intento por parecer sincero podía llegar a recordar, ocasionalmente, algún hecho olvidado de la larga historia que él había contado, dando lugar así, a nuevas preguntas. O alternativamente intentaba demostrar compasión y entonces recordaba algún hecho que me aliviaba, pero que no tenía sentido. Me dijo una vez, por ejemplo, que en aquella visita a Evelyn de 1962 ella lo había llevado a ver la tumba de Shier al Forest Lawn Memorial-Park en Glendale, varias semanas antes de que Shier fuera presuntamente asesinado en un dudoso accidente automovilístico.

Mi padrastro, un ex alcohólico, se convirtió, al igual que Evelyn, en una figura destacada a nivel regional en Alcohólicos Anónimos a finales de 1960. Ante cualquier interrogación de mi parte durante aquellas primeras semanas de la investigación acerca de si había algún avance por parte de los detectives, él encontraba el modo de mencionar la cantidad de alcohólicos a los que Shier había ayudado. El alcoholismo, decía, es una enfermedad terrible, mucho más perversa y seria, trataba de explicarme, que la propia pedofilia. Sugería que yo podría beneficiarme de todo esto si conservaba una perspectiva ligeramente diferente. Él admitía que Shier fue un hombre desagradable pero que a la vez hizo mucho bien. Yo debería considerar entonces que lo correcto era una actitud prudente.

A los 17 años fui el presidente del centro de estudiantes de mi colegio jesuita. Obtuve el promedio académico más alto de la promoción de aquel año; estaba inscripto en dos deportes, acompañaba a

principiantes a jugar bowling al Plaza, al Sherry-Netherland, al Pierre. Lo que sea que hubiera ocurrido en California, decía mi padrastro, las cosas habían salido bien, a pesar de todo. Yo debía dejarlo ir.

Por treinta años este fue exactamente el camino que elegí. El silencio. Creía que gracias a las barbaridades proferidas por Shier pude llevar luego una vida estable, productiva y que simplemente podía alejarme de todo lo que había pasado. La conclusión a la que finalmente llegué, acerca de la negativa de mi padrastro a imputarlo, fue que no quería que la familia pasara por un juicio. Fue incapaz de comprender que la decisión de hacerle frente a un interrogatorio en la corte era una decisión que él no debería haber tomado. Fue incapaz de entender que la oportunidad de hablar en un foro público y describir, con Shier presente, lo que él me había hecho y lo que me había forzado a hacer era tan importante para mí como conseguir que la justicia aplicara un castigo legal. No permitirme hablar al respecto o, peor aún, no tener alguien a quien poder contarle mi historia y escribir su final fue como extender la experiencia original, exasperante de impotencia, para subrayar la humillación de no tener poder. El rechazo final de mi padrastro ante mi pedido de ayuda fue escalofriante, una observación que las víctimas de abuso infantil suelen hacer: si les contás no te creerán. Creerte implicaría demasiado desequilibrio.

Por lo que leí en diarios y revistas a lo largo de todos estos años acerca de escándalos que involucran a pederastas seriales, noté que la gente pareciera pensar que lo que las víctimas más desean en cuanto a retribución es dinero y justicia, aparentemente en ese orden. Mi suposición es que lo que ellos quieren es algo bien diferente: quieren que les crean, quieren tener un fundamento en el cual puedan reconstruir un sentido de dignidad. Reclamar ser respetado es más importante que ganar dinero y más importante que el deseo de venganza.

Las víctimas no quieren que alguien haga pública su rabia, su resentimiento hacia un abogado o un editor o un político para mantener en pie el motivo de su propia

rabia. Cuando un pederasta es expuesto hoy en día a una acusación por parte de un gran jurado el tenor de la indignación pública suele ser efímero. Para mí, una respuesta generada por la emoción “cívica”. Considerando el número de niños que siguen siendo abusados en los Estados Unidos, algo así como uno de siete varones y una de tres mujeres, estas expresiones de condena parecen ser ingenuas. Sin un compromiso profundo de vigilar, este ultraje de la sociedad empieza a convertirse en otra promesa incumplida.

Para cuando entrevisté a Evelyn a fines de los ochenta, yo ya había madurado lo suficiente como para, de algún modo, aceptar los puntos de vista de mi padrastro sobre lo que había pasado en California, lo que era también de mi parte una forma de negación. Lo que sea que me haya hecho, fui deslizándome en la creencia de que las cosas se fueron acomodando bastante bien. Al llegar a los cuarenta años experimenté algún éxito a nivel nacional como escritor. Tenía amigos más grandes, dispersos por todos lados. Y vivía feliz en un área forestal rural en el oeste de Oregon con mi mujer de 20 años de edad. Significativamente desde que me había mudado a este lugar montañoso en 1970 la atadura emocional que sentí hacia mi hogar se convirtió en esencial para cualquier sentido de bienestar permanente. Mi contacto casi diario era con los animales salvajes. La separación física de la casa con respecto a las casas de mis vecinos, la corriente de un largo río de agua blanca más allá de la propiedad, el despliegue de la tierra no domesticada en muchos kilómetros a la redonda, la crudeza del clima en la puerta trasera, todo esto alimentaba mi sentimiento de seguridad.

Durante los años de “abuso sexual traumático” —es el término que los psicólogos utilizan para hablar de los abusos sexuales graves—, el más hondo y por momentos único alivio que tenía era cuando estaba enfrentado con las locales y elementales fuerzas de la naturaleza: los vientos calientes de Santa Ana soplando del oeste en el valle de San Fernando, desde el desierto de Mojave; las tormentas del Pacífico que hacían chocar las olas en Zuma y las

otras playas al oeste de Malibú; las violentas inundaciones de invierno en nuestros barrios, cuando Caballero Creek formaba sus bancos de arena sobre el camino del río Los Ángeles. Tomé de cada uno de estos encuentros una idea de cómo sería sentirse totalmente vivo. Cuando miraba atentamente a las palomas u oía los fuertes vendavales sobre las hojas secas de los árboles de eucaliptus, o me sentaba solo en cualquier rincón no demasiado explorado de las montañas de Santa Mónica, esperando la aparición de un coyote o de un pequeño conejo sentía regocijo. Coraje.

Pero internamente sabía que había cosas que permanecían distorsionadas. (Es relativamente fácil hoy —no lo era entonces— encontrar información pertinente y explícita acerca del trauma sexual en la infancia. Cómo uno interpreta o elige actuar al respecto entraña un segundo paso riesgoso). No pude, por ejemplo, abandonar ese antiguo pensamiento de que por no haber actuado a tiempo fui responsable de algún modo por lo que les sucedió a otros chicos luego de haber dejado California. Según mi padrastro, uno de los detectives dijo que yo había tenido suerte de haberme ido en 1956. La investigación siguió su curso. Luego de que Shier desapareciera mi padrastro me dijo que los detectives hallaron a tres chicos más: “ninguno de ellos quedó bien”. Los detectives le advirtieron que ni él ni yo deberíamos investigar más allá respecto de lo que Harry Shier había hecho con otros chicos durante sus años en el norte de Hollywood.

En 1989, cuando comencé a indagar en mi pasado, me vi a mí mismo como un hombre caminando con una ametralladora pegada a su carne, queriendo deshacerse de los fragmentos. Las dudas e imágenes que había hecho a un lado durante años comenzaban a empeorar. Me sentía generalmente mareado cuando confrontaba cada día la terrible ausencia dentro de mí. Y lo imaginaba como una bomba en un pozo sombrío, vacío y en donde no existe el amor romántico ni el compañerismo de amigos o profesionales que puedan borrar el triunfo. Este pensamiento comenzaba a tomar forma en mí como el único dispositivo, audaz y nece-

sario, para enfrentar el pasado y que podía ser suficientemente eficaz para enmarcar un cambio mental. Pensé que podía curarme dramáticamente de esa manera.

Llamé al cementerio Forest Lawn Memorial-Park. Me respondieron que la lápida de Shier no estaba allí. Tampoco pude encontrar su obituario en ninguno de los periódicos del sur de California. Entonces la llamé a Evelyn y le pregunté cuándo podría ir a California para entrevistarla. Comencé con mi curación, mi sanación, hablando con alguien que había conocido bien a Shier. Y en ese mismo viaje decidí conducir un auto alquilado hasta Riverside Drive 12003 en el norte de Hollywood. Si el sanatorio seguía allí caminaría hasta la puerta principal. El departamento que Shier tenía en la azotea, casi oculto detrás de las ramas de varios pinos de Norfolk Island, permanecía visible desde la vereda. Estacioné a la sombra de un árbol de pimienta en Ben Street y caminé por la entrada principal del edificio de estuco blanco donde actualmente hay una escuela secundaria privada, una escuela judía. Nadie me vio parado en el hall de entrada. Si alguien me hubiera preguntado sobre mis asuntos le habría contestado que yo había sido un paciente en este lugar, treinta años atrás cuando era un hospital. Pero al parecer soy invisible.

Bajé por el corredor principal. En las habitaciones de la derecha, en donde había visto una vez a un paciente postrado en la tenue sombra, las luces hoy resplandecían. Los estudiantes atentos y sentados en sus escritorios garabatean con desesperación mientras alguien da algún sermón. Llegué a un cruce de pasillos y de repente me encontré mirando fijamente el pie de una escalera de servicio. La puerta de la escalera, ligeramente entreabierta, revelaba las huellas de pisadas subiendo sinuosamente hacia la izquierda. Mi garganta se cerró como puño en el cuello. Dejé el edificio tan pronto como fui capaz de emprender la retirada. Corrí a través de Riverside Drive y me metí en un vivero que estaba cercado por una valla. Atravesé un camino de arvejas, de macetas de camelias y oleaginosas, de pimpollos de rosas y azaleas. A los pocos minutos ya estaba respirando otra vez con normalidad, mis músculos de

la espalda se relajaron, volví adonde había estacionado el auto y arranqué.

Más tarde, ese mismo día, en la Biblioteca Central de la West Fifth Street de Los Ángeles, recopilé varias guías telefónicas del Valle de San Fernando de 1950, intentando recordar los nombres de los amigos de mi madre, adivinando cómo se deletrearían —Emery, Falotico, Ling, Murray— con la esperanza de encontrar un registro del pasado, una pista para seguir. Cuando mi dedo índice de la mano derecha llegó al nombre de Shier, se detuvo justo ahí debajo de una tipografía austera. Mis intestinos estallaron en mis pantalones.

En el baño de hombres tiré mis calzoncillos en un tacho de basura y lavé mis pantalones en el lavatorio intentando que quedaran lo menos mojados posible. Estaba en medias vistiéndome nuevamente cuando un guardia entró abruptamente y se quedó parado en la puerta de entrada, alerta y desconfiado. Me avisó que la biblioteca estaba cerrando. Le aseguré que solo demoraría un instante. Unos pocos minutos después, ocultando la parte mojada de mis pantalones con el maletín, me encontré con un amigo para cenar cerca de ahí. Cuando el maître nos preguntó si preferíamos comer dentro o fuera, yo sugerí que lo hiciéramos afuera. No le dije a mi amigo dónde había estado ese día.

A lo largo de los años hablé con muy poca gente sobre Shier: mi hermano, mis novias, mi mujer y contados amigos cercanos. No sentía la necesidad de ser escuchado ni de que exista la posibilidad de no ser comprendido, de ser considerado solamente una víctima inocente —tiempo atrás— de los actos atroces de un criminal. Una pena, pensé, haber tomado las cosas de manera equivocada. Lo que ahora quería saber era qué fue lo que pasó conmigo. En los meses que siguieron a mi visita al edificio de Riverside hice una llamada ocasional a las agencias locales de California, intentando rastrear algunos detalles que pudieran encajar en mi historia. Haciendo esto llegué a sospechar que estaba perdiendo la memoria de ciertos acontecimientos. Pude recordar muchos momentos de mi infancia en el Valle, incluso recordarlos

vívidamente, pero también fui consciente de mis lagunas mentales de aquel período que no podía descifrar.

En el otoño de 1996 fui a un terapeuta por primera vez. Había ido a un psiquiatra por un breve período cuando concurría a la universidad pero no estaba en condiciones de resolver nada. Años más tarde comprendí que esto se debía a que no fui capaz, en ese momento, de hacer el trabajo requerido. Mi esperanza era que la terapia, de alguna forma, me arreglara, me ayudara a superar la ansiedad y terminara con la humillación. Me decidí por la terapia porque todos mis esfuerzos por dilucidar mi pasado resultaron dramáticamente improductivos, y porque estaba, una vez más, pensando que había algo mal en mí. Empecé a reconocer patrones de conducta en mi comportamiento. Si sentía, por ejemplo, que estaba siendo manipulado por alguien o que no estaba siendo respetado, me enfurecía con rapidez y de manera desproporcionada. Y me quedaba atónito cuando me enfrentaba con una amenaza seria, en lugar de mantenerme calmo y buscar algún tipo de solución. Sospechaba que estos hábitos irreflexivos estaban arraigados en la experiencia de mi infancia.

Asimismo, una persistente tensión muscular, como consecuencia de la ansiedad, afectaba mis hombros y se había convertido en algo tan serio que hizo que me apareciera una hernia de disco. Cuando una dosis de esteroides me trajo únicamente un alivio limitado, mi médico me aconsejó la cirugía. Una segunda opinión médica avaló la cirugía. Estuve de acuerdo a regañadientes, hasta me hicieron un dibujo de cómo sería la cirugía: estaría boca abajo e inconsciente sobre una camilla y me abrirían la nuca unos pocos centímetros de manera vertical. Dije no rotundamente. Viviría con el dolor.

Desde un comienzo el terapeuta me alentó a trabajar a mi propio ritmo para recuperar los recuerdos y resistir la imperiosa necesidad de encajar cada uno de estos acontecimientos en un patrón de conducta. Recuerdo a mi terapeuta en una de nuestras primeras sesiones diciéndome con respecto a mi aparente inhabilidad para

protegerme a mí mismo en situaciones emocionales complejas, tales como la traición de mi padrastro, que yo “era incapaz de comprender el concepto de autoprotección”. Me molestaba la exposición. Me hacía sentir estúpido pero también parecía ser solo un comienzo.

Trabajamos juntos por cuatro años. Le describí los pormenores del abuso: la lija que una noche Shier quemó y apoyó sobre mi cara; su histérico chihuahua defecando en el piso del departamento y dando vueltas sobre la cama mientras estábamos allí; la lengua de Shier atascándose en mi boca. Le conté aquella vez en que me obligó a hacerle una *fellatio* en mi propia casa, mientras mi madre y mi hermano habían salido. Shier se recostaba en el sillón de mamá, absorto, dando palmaditas en mi cabeza como si fuese un melón, sumamente a gusto. Le hablé a mi terapeuta de mi imposibilidad de terminar mi relación con Shier y de la aparente intención de mi madre de mirar para otro lado.

En los inicios de la terapia, yo especulaba con que el verdadero horror de aquellos años podría demostrar el actual acto de abuso: mi ahogo al tragar su semen, la toalla sobre mi cara para que no gritara, el sangrado rectal. Después de un tiempo empecé a ver que todo el horror era más esquivo y que abarcaba más que las traiciones y negaciones y ser tirado en la cama de Shier como un muñeco de trapo. El perdurable horror fue que yo aprendí a naturalizar el mal. Esta parte de la experiencia permaneció en mí mucho tiempo después de haber dejado el departamento de Shier por última vez.

Atrapado en la creciente locura de otro tuve que concentrarme en una única cosa: sobrevivir. Y para sobrevivir necesitaba aplacarme. Mi respuesta ante la confrontación emocional en los años siguientes —tomé luego conciencia—, fue casi siempre de consentimiento o de enojada sobreactuación, sin una opción intermedia. La terapia me ayudó a comprender que yo no estaba, como lo había creído, en condiciones de hacerle frente al trauma. Había sucumbido y otros, junto conmigo, experimentaron las consecuencias de mi intento de soportar. Sin embargo tuve la oportunidad de hacer

las cosas mejor y de ser una persona menos iracunda.

Empecé yendo a terapia dos veces por semana, por lo general a sesiones dobles; luego una vez por semana o con menor frecuencia hasta que decidimos que iría a un lugar a descansar. En nuestras sesiones finales puse en su lugar las partes de mi historia de manera diferente, inventando “otra forma de contar”, como dirían los terapeutas en aquellos años en California, en un contexto más amplio a causa del daño físico y emocional. Después de esto el abuso sexual perdurable y persistente ya no dirigía el significado de mi vida, como en cambio lo hiciera en aquellos años; creo que simplemente lo dejé ir.

Una noche de 1998, manejando desde el pueblo en donde había estado viendo al terapeuta, 65 kilómetros río arriba hacia mi casa, de repente me sentí lleno de alivio. La sensación fue tan fuerte que tuve que salir del camión. Caminé hacia las afueras de un campo cultivado que sabía que no estaba alambrado. Al principio pensé que estaba experimentando un alivio físico, una ruptura del final de la tensión en mi espalda, que luego de muchas semanas de terapia física no requirió de ningún tipo de cirugía. Pero había algo más, una presencia intimidante me había cercado toda mi vida y había desaparecido. Me mantuve en la oscuridad del lado de la ruta por un buen rato, saboreando el alivio que me embargaba, la desaparición repentina de la tiranía. Recordé un sueño que tuve durante mi terapia: espiaba a través de la pesada puerta de una celda y sorprendía a un ogro devorando las entrañas de un niño vivo pero impávido en la palma de su mano. El ogro estaba furioso al ser descubierto. Lo que parecía significativo era que había derribado la puerta. No tenía importancia si la puerta estaba dentro o fuera.

Para mí el éxito de la terapia no fue tanto el llegar a comprender que había aprendido cómo un niño es capaz de tolerar los actos de abuso sino la gran capacidad que tenía dentro de mí para empatizar con la pesadilla de otra persona. La mayoría de los miedos y las iras sin resolver que había tolerado hoy se han transformado en compasión, en

comprensión de los dilemas personales de cada uno, en determinado nivel, en determinado tiempo y en sus vidas. Un lugar común acerca del trauma es que una vez enterrado profundamente en las mentes de los hombres norteamericanos es noble dejarlo atrás. Sin embargo, lo que aprendí en los años recientes es que esta elección algunas veces deviene en un camino hacia una mayor desolación y desorden, especialmente para las familias y amigos de quien ha sido herido. Tomé exactamente este camino procurando no molestar a nadie, con mi esfuerzo determinado para reconstituir mi vida. Me llevó un largo tiempo entender que el componente crucial de recuperarme del trauma era aprender a comprender y aceptar el abrazo de alguien que ignora lo que a uno le ha ocurrido y que por lo tanto es desinteresado.

Necesitamos de otros que nos devuelvan a la vida. Esta aparentemente fue mi última lección, apreciar el abrazo de alguien pero no como un perdón o como un juicio amigable sino como un conocimiento de que, de vez en cuando, la vida privada se torna implacable para cada uno de nosotros si estamos aislados y sin contacto con la realidad; es en ese momento cuando la pesadilla nos acecha.

Ya no estoy interesado en rastrear ningún detalle más de la muerte de Harry Shier ni de preguntarme cómo fue o si sigue allí. Más aún: podría yo volver a entrar en su departamento de Riverside Drive para contemplar el cielo a través de la ventana de la esquina. Ahora estoy alerta, creo, por un momento insignificante, el mismo en el que un hombre adulto comienza a mostrar un inusual interés en la protección de un joven hijo —especialmente si es mi nieto—. Él aún a los nueve años busca mi mano cuando estamos por cruzar una calle peligrosa.

Traducción de Lucía Casasbellas Alconada.



Dos muchachos iniciados durante la ceremonia del Hain. Foto: Martín Gusinde, 1923.

Torrige

William Trevor

La vida cotidiana en las instituciones destila sus propias formas de violencia. El escritor irlandés William Trevor describe, en un cuento publicado originalmente en The New Yorker, el 12 de septiembre de 1977, la vida en un colegio pupilo de Gran Bretaña, recreando una atmósfera de abusos sutiles, perversas estrategias de supervivencia y crueldades evidentes.

Tal vez nadie se preguntó alguna vez cómo sería Torrige cuando fuera grande... ni cómo irían a ser Wiltshire o Mace-Hamilton o Arrowsmith, pensándolo bien. A los trece años, Torrige tenía un rostro que parecía una papilla, haciendo juego con el sonido de su nombre.¹ Tenía los ojos pequeños y los cabellos cortos como los de un ratón. En el medio del cuello de la camisa del uniforme llevaba el nudo de la corbata de su Casa formada con cuidado, un triángulo bermellón de la forma y el tamaño exactamente adecuados. Sus zapatos negros estaban siempre brillantes.

Torrige era de algún modo único: tal vez solo porque se desubicaba y parecía, irritantemente, no darse cuenta de ello. No era bueno en los juegos y tenía dificultad para entender lo que se explicaba en la clase. Se sentaba allí, frunciendo el ceño, casi sonriendo, su cabeza un poco inclinada a un lado. Ocasionalmente, hacía alguna pregunta que causaba una explosión de bullicio. Su sonrisa en esos casos se pronunciaba. Miraba a su alrededor en el aula, en absoluto incómodo o avergonzado, aparentemente complacido de haber causado tal respuesta. Era cándido al punto de que era difícil creer que no fuera una pose, pero su candidez era real y con el tiempo fue universalmente reconocida como tal. Uno de los maestros, llamado Buller Yeats, se reservaba para él sus más crueles ataques de desdén, suspirando cada vez que sus ojos caían en Torrige, pretendiendo creer que su nombre era Porrige.

De la misma edad que Torrige, aunque en ningún otro aspecto similares, eran Wiltshire, Mace-Hamilton y Arrowsmith. Los tres eran rubios y delgados, y compartían una cierta definición en sus rasgos. Usaban, desprolijamente, la misma ropa que Torrige, las corbatas de su Casa anudadas de cualquier manera, los cordones de sus desgastados zapatos atados en varios lugares. Se destacaban en diferentes juegos y eran rápidos para entender lo que estaba pasando. Muchachos atractivos, los habían llamado los adultos más de una vez.

La amistad entre ellos tres se desarrolló porque, de alguna manera, Torrige era lo que era. Desde la primera vez que tomaron consciencia de su existencia —la primera noche del primer semestre— les pareció especial. En la oscuridad, después de que apagarán las luces, alguien intentaba apagar sus sollozos y Torrige vociferaba repetidamente sin extrañar su hogar en absoluto. Decía que su padre tenía un negocio de botones: que él mismo probablemente se dedicaría a los botones. Por la mañana fue identificado; un muchacho con pijama de rayas rojas y azules, todavía parlotando en la sala de aseo. “¿A qué se dedica tu padre, Torrige?”, Arrowsmith le preguntó durante el desayuno, y ahí empezó todo. “Papá está en el negocio de los botones”, Torrige respondió radiante. “Torrige’s, sabés”. Pero nadie sabía.

Él nunca hizo, como otros muchachos nuevos, ningún amigo en particular. Por un tiempo se pegó a una bandita de muchachos nostálgicos de su hogar que tenían tan solo

1. El autor hace referencia al *porridge*, una típica papilla inglesa, preparada con avena y agua o leche. [N. de la T.]

esa condición en común, pero después de un tiempo la bandita se rompió y Torridge se encontró por su cuenta, aunque parecía estar bastante contento así. Era usual encontrarlo en la sala del amable superior de la Casa Junior, una envejecida figura de pelo blanco llamada Viejo Escarcha, que escuchaba con compasión sus quejas por las injusticias que sufría a mano de otros maestros, siempre listo para afirmar que el mundo era un lugar difícil. “Debería escuchar lo que dice Buller Yeats acerca de Torridge, señor”, solía decir Wiltshire en presencia de Torridge. “Uno pensaría que Torridge carece de sentimientos, señor”. El Viejo Escarcha solía responder que Buller Yeats era un hombre horroroso. “No le prestes atención, Torridge”, agregaba con su amable voz, y Torridge sonreía, evidenciando que no le preocupaba en absoluto lo que Buller Yeats decía. “Torridge conoce la verdadera felicidad”, dijo un nuevo joven maestro, conocido como el Loco Wallace, en un imprudente momento del día, observación que causó un inmediato alboroto en una clase de Geografía. Fue en lo sucesivo muy repetida, al igual que “Papá está en el negocio de los botones” y “Torridge’s, sabés”. La verdadera felicidad de Torridge se volvió una broma, propiedad particular de Wiltshire y Mace-Hamilton y Arrowsmith. Llevando la broma aún más lejos, aseguraban que conocer a Torridge era una rara experiencia, que el reino privado de su inocencia y su felicidad era hasta exótico. Wiltshire insistía en que algún día la escuela estaría orgullosa de él. La broma fue repetida hasta la muerte.

En la escuela, era habitual para ciertos muchachos del último año “tomar un interés” por los de los años inferiores. Desde miradas y sonrisas desde el otro lado del salón comedor hasta invitaciones escritas para encontrarse en algún lugar recluso en algún horario pactado. Amistades, que tomaban una variedad de formas, eran entonces iniciadas. Era halagador, y a menudo un antídoto temporario para la añoranza, cuando un nuevo muchacho recibía las gratas aunque sobrecogedoras atenciones de uno de los importantes de cuarto. Un encuentro detrás de

la capilla llevaba a la negociación de una cerca de alambre de púas, en una ladera de arbustos de espinillos; el muchacho más grande, solícito y experto. Existían caminos bien trillados y recovecos entre los espinillos donde se podía fumar relativamente a salvo. Aún más lejos, en las colinas, había algunos refugios toscos compuestos de piedras y chapas onduladas. Allí también el énfasis estaba puesto en fumar y en el romance.

Los nuevos muchachos prontamente supieron de la naturaleza del interés que los chicos más grandes mostraban en ellos. Lo que había sido halago cambió de forma y un reajuste tuvo lugar... los muchachos nuevos se retiraron con pánico de este sector de la vida escolar. Andrews y Butler, Webb y Mace-Hamilton, Dillon y Pratt, Tothill y Goldfish Stewart, Good y Wiltshire, Sainsbury Major y Arrowsmith, Brewitt y King: los vínculos fueron renombrados, las combinaciones de nombres parecían en ocasiones un número de vodevil, un zapateo americano silencioso de corazones enredados. También había deslealtades: el Honorable Anthony Swain anduvo de ronda entre los muchachos de último año, un *bijou* caprichoso y casquivano, deseado y despreciado.

La apariencia papillosa de Torridge no parecía sugerir que tuviera cualidades de *bijou*, y las miradas no iban fácilmente en su dirección en el salón comedor. Esa era usualmente la fatalidad, o la buena fortuna, de los muchachos nuevos, y no era percibido como un signo de ausencia de atributos. Aún así, con regularidad, algún muchacho subdotado se volvía misteriosamente objeto del deseo de alguno de cuarto o quinto año. Esto significaba un misterio para los chicos jovencitos hasta que ellos mismos llegaban a cuarto o quinto año y el deseo era visto como algo más profundo que la buena apariencia superficial.

Fue la aparente evidencia de esta verdad lo que causó que Torridge, en primer lugar, tomara conciencia del mundo de los *bijou* y los protectores. Recibió una nota de un muchacho de cuarto que hasta entonces había rehuido de la vida sexual que la escuela ofrecía. Era un joven grandote, de

cabello negro, con anteojos y una frente saltona, llamado Fisher.

—Eh, ¿qué significa esto? —interrogó Torridge, tras encontrar la nota debajo de su almohada, metida dentro de su pijama.

—Hay un tipo que quiere que vayamos a dar una vuelta.

Leyó la invitación en voz alta: “Si querés dar una vuelta, encontrame en la central eléctrica detrás de la capilla. A las cuatro y media de la tarde del martes. R. A. J. Fisher”.

—¡Jesucristo! —exclamó Armstrong.

—Tenés un admirador, Porridge —le dijo Mace-Hamilton.

—¿Un admirador?

—Quiere que seas su *bijou* —explicó Wiltshire.

—¿Qué significa, *bijou*?

—Significa prostituto, Porridge.

—¿Prostituto?

—Amigo. Quiere ser tu protector.

—¿Qué significa, protector?

—Te ama, Porridge.

—Ni siquiera lo conozco al tipo.

—Es el de la frente grande. Es un poco imbécil, de hecho.

—¿Imbécil?

—Su mamá dejó que se cayera de cabeza. Como la tuya, Porridge.

—Mi mamá, nunca.

Todos se fueron reuniendo alrededor de la cama de Torridge. La nota fue pasando de mano en mano. —¿A qué se dedica tu papá, Porridge? —preguntó Wiltshire de repente, y Torridge respondió automáticamente que estaba en el negocio de los botones.

—Tenés que escribirle una nota en respuesta a Fisher, ¿sabés? —señaló Mace-Hamilton.

—“Querido Fisher” —apuntó Wiltshire—, “te amo”.

—Pero yo ni siquiera...

—No importa que no lo conozcas. Tenés que escribirle una carta y ponérsela en el pijama.

Torridge no dijo nada. Guardó la nota en el bolsillo superior de su saco y comenzó a desvestirse lentamente. Los otros muchachos de a poco fueron volviendo a sus propias camas, todavía divertidos por los acontecimientos. En la sala de aseo, a la mañana siguiente, Torridge dijo:

—Creo que es bastante amable, ese Fisher.

—Soñaste con él, ¿no, Porridge? —lo inte-

rrogó Mace-Hamilton—. ¿Anduvo haciendo travesuras?

—Caminar no puede hacer daño.

—Ningún daño, Porridge.

De hecho, un error había sido cometido. Fisher, por apuro o nerviosismo, había colocado la nota debajo de la almohada equivocada. Era a Arrowsmith —todavía relacionado con Sainsbury Major—, a quien había querido atraer.

La ocurrencia de este error recayó sobre Torridge cuando llegó a la central eléctrica el martes siguiente. No había considerado necesario responder a la nota de Fisher, pero sí había ensayado una sonrisa o dos en el salón comedor, en la dirección del muchacho mayor: lo había sorprendido no encontrar ninguna respuesta. Lo sorprendió bastante más no encontrar ninguna respuesta en la planta eléctrica. Fisher lo miró y le dio la espalda, fingiendo silbar.

—Hola, Fisher —le dijo Torridge.

—Borraste, mirá. Estoy esperando a alguien.

—Soy Torridge, Fisher.

—No me importa quién sos.

—Me escribiste una nota —Torridge todavía sonreía—. Para dar una vuelta, Fisher.

—¿Una vuelta? ¿Qué vuelta?

—Pusiste una carta debajo de mi almohada, Fisher.

—¡Jesús! —exclamó Fisher.

El encuentro fue observado por Arrowsmith, Mace-Hamilton y Wiltshire, quienes habían adoptado más temprano posición de cuclillas detrás de uno de los muros de la capilla. Torridge escuchó las familiares carcajadas, y porque era su manera, se sumó. Fisher, pálido, se alejó caminando.

—Pobre viejo Porridge —se compadeció Arrowsmith, jadeando y pretendiendo estar retorcido de júbilo. Mace-Hamilton y Wiltshire estaban recostados contra el muro, chillando.

—Bueh —dijo Torridge—, a *mí* no me importa.

Se alejó, todavía riéndose un poco, y ahí podría haber terminado todo el asunto del intento de comunicación de Fisher. De hecho no fue así porque Fisher escribió por segunda vez y esta vez se aseguró de que el muchacho indicado recibiera su misiva. Pero Arrowsmith, todavía firme propiedad

de Sainsbury Major, no deseaba tener nada que ver con R. A. J. Fisher.

Cuando le dijeron los detalles del error de Fisher, Torridge dijo que había supuesto que se trataba de algo por el estilo. Pero Wiltshire, Mace-Hamilton y Arrowsmith aseguraron que una nueva tristeza se había apoderado de Torridge. Algo hermoso había estado por pasarle, dijo Wiltshire: justo cuando los pétalos de la amistad se estaban abriendo, la flor había sido crudamente arrancada. Arrowsmith dijo que Torridge le recordaba a uno de los arlequines tristes de Picasso. De una forma u otra, todos acordaron que la experiencia sería beneficiosa para la sensibilidad de Torridge. Fue considerada el motivo de su giro hacia la religión, cosa que había hecho recientemente, al unirse a una banda de muchachos con inclinaciones similares, que se veían inspirados por las palabras del capellán, un personaje conocido como Dios Harvey. Dios Harvey era ascético, lucía peligrosamente delgado, su rostro filoso y pálido como un papel, la sotana olorosa de incienso. Conducía lecturas en su habitación, ofreciendo café y bizcochos al final, aunque no tomara parte él mismo del refrigerio. “Los pichones de Dios Harvey” llamaban a sus acólitos, pues a menudo cantaban un himno para redondear el asunto. Recibido en el redil, Torridge recobró su felicidad.

R. A. J. Fisher, por su parte, se hundió en una profunda pesadumbre. Arrowsmith permanecía esquivo, burlonamente fiel a Sainsbury Major, arrogante cuando Fisher lo miraba suplicante, ignorando todas sus cartas. Fisher desarrolló una apariencia de desdichada introspección. Las notas que Arrowsmith andaba mostrando por todos lados estaban repletas de anhelo, cada vez más teñidas de desesperación. Al semestre siguiente, inesperadamente, Fisher no regresó a la escuela.

Hubo una asamblea famosa al comienzo de aquel semestre, con mucha especulación anticipada respecto al problema en el aire. El rumor decía que de una vez por todas intentarían arrancar de raíz las sonrisas y miradas del salón comedor, todo el asunto de los *bijoux* y los protectores, hasta el comportamiento desleal del Hono-

rable Anthony Swain. La escuela aguardó hasta que el personal de toga arribó a la Sala de Reuniones, que aguardó a su vez, con sombría anticipación, en una tarima elevada. Se habían programado golpizas públicas para quien hubiera cometido infracciones; se susurraba que el Sargento Mayor—el instructor de boxeo de la escuela, quien había contado él mismo de sus golpizas públicas en el pasado— aplicaría el castigo por orden del director. Pero nada de eso sucedió. Pequeño y pelado y de piel rojiza, el director marchó hacia la tarima sin la compañía del Sargento Mayor. Crispado de ira, que muchos más tarde dijeron que había sido simulada, habló largamente de las tradiciones de la escuela. Sostuvo que por catorce años había estado orgulloso de ser su director. Habló de la decencia, y luego de su propio pesar. La escuela había sido deshonrada; deseaba que ciertas prácticas fueran interrumpidas. —Estoy frente a ustedes avergonzado —agregó, y pausó por un momento. —Que todo esto se termine —ordenó. Se marchó, tirando de su toga de manera familiar.

Nadie entendió por qué había tenido lugar aquella asamblea en aquel momento en particular, en el primer día del segundo semestre. Solo los maestros parecían al tanto de la situación, como esforzados bajo algún secreto, pero ante presiones y súplicas se negaban a revelar nada. Hasta el Viejo Escarcha, normalmente la fuente más confiable en este tipo de ocasiones, permaneció asombrosamente reservado.

Sin embargo, el pesar y la vergüenza expresados por el director no cambiaron nada. El semestre siguió adelante y el mundo de los *bijoux* y sus protectores continuaron como antes, las miradas, los encuentros, los cigarrillos y el romance en las chozas de las colinas. R. A. J. Fisher pronto fue olvidado, no habiendo hecho nunca mucha diferencia. Pero la historia de su error al colocar la nota debajo de la almohada de Torridge se hizo legendaria, al igual que el encuentro junto a la central eléctrica, así como la privación de Torridge de su relación. La historia fue repetida mientras los semestres fueron pasando; los muchachos nuevos la escuchaban y observaban a Torridge con

gran interés, imaginando cómo habría sido R. A. J. Fisher. Los vínculos entre Wiltshire y Good, entre Mace-Hamilton y Webb, y entre Arrowsmith y Sainsbury Major prosiguieron hasta que los muchachos de los años superiores dejaron la escuela. Wiltshire, Mace-Hamilton y Arrowsmith encontraron nuevos protectores, entonces, y más tarde estos vínculos terminaron de una forma similar. Todavía más tarde, Wiltshire, Mace-Hamilton y Arrowsmith dejaron de ser *bijoux* para convertirse ellos mismos en protectores.

Torrige prosiguió por el lado religioso de las cosas. Continuó siendo un partícipe frecuente de los bizcochos y la elevación espiritual de Dios Harvey, y una presencia útil entre los bancos de la capilla, donde voluntariamente limpiaba el polvo, aseaba el bronce y pegaba los libros de himnos con cinta adhesiva. Wiltshire, Mace-Hamilton y Arrowsmith siguieron haciendo circular historias acerca de él que faltaban a la verdad: que era producto de un nacimiento virginal, que poseía el don de las lenguas pero que no lo utilizaba, que tenía tres riñones. Hacia el final, emanó de ellos la afirmación de que existía un vínculo entre Torrige y Dios Harvey. “Amor y espíritu santo”, pronunciaba Wiltshire, insinuando un ambiente decadente en la capilla y la gris osamenta de Dios Harvey. El chasquido de su sotana tomó una nueva importancia, al igual que sus dedos, finos y secos. Espiritualmente, sus dedos presionaban sobre Torrige, y entonces su santidad se convertía en una pasión inimaginable. Resultaba cómico porque Torrige era Torrige, pero la risa

que causaba no era malvada, porque nadie lo odiaba. Era un objeto de diversión; nadie buscaba su caída porque no había caída que buscar.

La amistad entre Wiltshire, Mace-Hamilton y Arrowsmith continuó luego de que abandonaron la escuela, luego de que los tres se

casaran y formaran sus familias. Una vez por año recibían la revista de ex alumnos, que contaba sus logros y los más exitosos de sus compañeros de escuela. Había cócteles de ex alumnos y estaba el Día de los Ex Alumnos cada junio en la escuela y el partido de cricket de ex alumnos. A algunas de estas ocasiones, de vez en cuando, asistían. Cada cierto tiempo recibían un informe de los últimos planes de reconstrucción, sugiriendo que quizás querrían contribuir al fondo

para las reformas. Ocasionalmente lo hacían.

A medida que fueron acercándose a la mediana edad, los tres amigos se vieron cada vez menos seguido. Arrowsmith era un ejecutivo en Shell y era enviado a ocupar posiciones por más o menos largos períodos de tiempo en diferentes países extranjeros. Una vez cada dos años traía a su familia de vuelta a Inglaterra, lo que proveía una oportunidad para que los tres amigos se encontraran. Las esposas también se encontraban en estas ocasiones, y con los años, también los niños. A menudo, se hacía referencia a los distantes días de escuela de los hombres, a Buller Yeats y al Viejo Escarcha y al Sargento Mayor, al pequeño director de piel rojiza, y sobre todo, a Torrige. Entre las tres familias, de hecho, Torrige



Tapa del número de *The New Yorker* en el que fue publicado “Torrige” por primera vez.

se había vuelto un mito. La broma que había nacido cuando los tres eran muchachos de primer año continuó, como conducida por su propio impulso. En las mentes de las esposas y los niños, la inocencia de Torridge, su verdadera felicidad frente a la burla y su apego al lado religioso de la vida, todo perduró. Con relativa exactitud, una imagen física del muchacho que había sido se arraigó; la corbata de su Casa cuidadosamente anudada, sus zapatos lustrados, el cabello que se asemejaba al pelaje de un ratón, la cara de papilla con los dos ojitos. “Mi papá está en el negocio de los botones”: solo eso tenía que decir Arrowsmith para causar una risa instantánea. “Torridge, ¿sabés?”. El modo en que Torridge comía, el modo en que corría, en el que le respondía la sonrisa a Buller Yeats, el rumor de que lo habían dejado caer de cabeza cuando era un bebé, de que tenía tres riñones, todo esto era valorado considerablemente, porque Wiltshire y Mace-Hamilton y Arrowsmith lo contaban bien.

Lo que no contaban era el error de R. A. J. Fisher al poner la nota debajo de la almohada de Torridge, o la historia que había sido jocosamente difundida alrededor de la relación de Torridge con Dios Harvey. Esto hubiera implicado revelaciones que no eran decorosas en círculos familiares, la explicación del mundo de los *bijou* y los protectores, el romance y los cigarrillos en las chozas de la colina, los corazones enredados. El asunto había sido mencionado al pasar entre los tres esposos y sus esposas en el curso normal de las conversaciones privadas, aunque no todo había sido traído a la memoria. Al escucharlos, las esposas se habían hecho la impresión de que las relaciones entre los muchachos más jóvenes y los más grandes en la escuela de sus maridos eran similares a la admiración platónica que tan a menudo habían albergado las chicas de los primeros años por las de los años superiores en sus propias escuelas. Y así habían dejado el asunto.

Unatardedejunio, en1976, WiltshireyMace-Hamilton se encontraron en un bar llamado Vine, en Piccadilly Place. No se habían visto desde el verano de 1974, la última vez que

Arrowsmith y su familia habían visitado Inglaterra. Esta noche se encontrarían con los Arrowsmith nuevamente, en una cena familiar en el Woodlands Hotel, en Richmond. La vez anterior, las tres familias habían celebrado su encuentro en la casa de los Wiltshire, en Cobham, y la vez anterior, con los Mace-Hamilton en Ealing. Arrowsmith insistió en que era una cuestión de ida y vuelta y cada tercer encuentro arreglaba que el encuentro familiar se realizara a su cargo en el Woodlands. Esto resultaba conveniente porque, si bien los Arrowsmith pasaban la mayor parte de la licencia bienal con los padres de la Sra. Arrowsmith en Somerset, siempre se quedaban una semana en el Woodlands con el fin de captar algo de la vida de Londres.

En el Vine, en Piccadilly Place, Wiltshire y Mace-Hamilton apuraron su segundo trago. Como siempre, estaban gustosos de verse, y emocionados con la idea de ver a Arrowsmith y a su familia una vez más. Aún lucían levemente parecidos. Ambos se habían puesto calvos y habían engordado. Vestían trajes que pasaban desapercibidos, azules con finas rayas blancas, el de Wiltshire un poco más elegante que el de Mace-Hamilton.

—Vamos a llegar tarde —dijo Wiltshire, al cabo de relatar cómo se había hecho una pequeña fortuna desde la última vez que se habían visto. Wiltshire operaba en el mundo de las importaciones y exportaciones; Mace-Hamilton era contador.

Terminaron sus tragos.

—¡Hasta luego! —los saludó el cantinero mientras salían. Su voz sonaba deferentemente baja, haciendo juego con el entorno, suavemente iluminado.

—Hasta luego, Gerry —dijo Wiltshire.

Manejaron en el auto de Wiltshire hasta Hammersmith, cruzaron el puente y siguieron hasta Barnes y Richmond. Era viernes por la tarde; el tráfico estaba pesado.

—Tuvo algunos problemas, ¿sabés? —dijo Mace-Hamilton.

—¿Arrows?

—Ella quedó deslumbrada con un tipo de Mombasa.

Wiltshire asintió, metiéndose con el auto entre un ciclista y un taxi. No se sorprendió.

Una noche, seis años atrás, la esposa de Arrowsmith y él habían cometido adulterio juntos, por sugerencia de ella. Había sido un asunto desagradable, y luego él se sintió terrible.

En el Woodlands Hotel, Arrowsmith, en un traje gris de franela, no se hallaba enteramente sobrio. Él también había engordado aunque, a diferencia de Wiltshire y Mace-Hamilton, no había perdido nada de su cabello. En cambio, había cambiado dramáticamente de color: lo que el Viejo Escarcha había llamado alguna vez “el pajonal rubio de Arrows” era ahora gris. Debajo, su rostro era más rosa de lo que había sido y se le había dado por usar anteojos, de marcos negros y pesados, que lo hacían lucir aún más distinto del muchacho que había sido.

En la barra del Woodlands había tomado whisky por su cuenta, sonriendo ocasionalmente para sí porque esa noche tenía una sorpresa para todos. Tras cinco semanas de estar enjaulado en lo de sus parientes políticos en Somerset se sentía bien.

—Tomate uno vos, querida —invitó a la cantinera, una chica con exceso de lápiz labial sobre una boca rechoncha. Deslizó su propio vaso en su dirección mientras ella decía cómo no.

Su esposa y sus tres hijos adolescentes, dos chicos y una chica, entraron al bar junto a la Sra. Mace-Hamilton.

—Hola, hola, hola —clamó Arrowsmith jocosamente, provocando que su esposa y la Sra. Mace-Hamilton notaran que estaba borracho de nuevo. Se sentaron mientras él terminaba rápido el whisky que le acababan de servir.

—Serví otro más ahí, para empezar —ordenó a la cantinera, y atravesó el piso del bar para averiguar qué quería el resto.

La Sra. Wiltshire y sus gemelas, dos chicas de doce años, llegaron mientras se decidían las bebidas. Arrowsmith la besó, como había besado a la Sra. Mace-Hamilton. La cantinera, decidiendo que la transmisión de un pedido tan grande la superaría, se acercó y se quedó parada junto a las dos mesas que el grupo ocupaba ahora. El pedido fue formulado; una conversación animada comenzó.

Las tres mujeres eran diferentes en apariencia y en actitud. La Sra. Arrowsmith era delgada como un cuchillo y su vestido a la moda era de un tono gris ceniza que reflejaba su ceniciento cabello. Fumaba perpetuamente, incapaz de abandonar el hábito. La Sra. Wiltshire era pequeña. Su timidez hacía que se enroscara en sí misma ante la presencia de otra gente, lo que a menudo la asemejaba a una pelota. Esa noche estaba vestida de rosa, en un tono desteñido. La Sra. Mace-Hamilton era descuidadamente regordeta, una mujer grande ataviada en un vestido con begonias, descuidadamente elegido. La asustaba un poco a la Sra. Wiltshire. La Sra. Arrowsmith la encontraba enrevesada.

—¡Oh, pequeño trago celestial! —dijo la Sra. Arrowsmith, entrecerrando brevemente sus párpados pintados de azul mientras sorbía su gin tonic.

—Es *tan* lindo verlos —espetó la Sra. Mace-Hamilton, sonriendo a todos y levantando ligeramente su copa—. ¡Y cómo han crecido todos! —la Sra. Mace-Hamilton no había tenido hijos.

—Las tetas les crecieron, por Dios —murmuró el Arrowsmith más grande a su hermano, en referencia a las gemelas Wiltshire. Ninguno de los dos muchachos Arrowsmith había ido al colegio de su padre: uno estaba en una escuela preparatoria de Oxford, el otro en Charterhouse. Teniendo ya la edad suficiente, ambos bebían jerez y pretendían tomar tanto como les fuera posible. Encontraban tediosas estas reuniones familiares. Su hermana, a punto de entrar a la universidad, había decidido no hablar ni sonreír durante toda la velada. Las gemelas Wiltshire estaban bastante ansiosas respecto a la comida.

Arrowsmith se sentó junto a la Sra. Wiltshire. No dijo una palabra pero un momento después estiró su mano sobre sus dos rodillas y se las apretó en un gesto que intentaba ser fraternal. Dijo sin convicción que era grandioso verla. No la miró mientras hablaba. No le agradaba especialmente andar con esa mujer y sus hijas.

Por su parte, a la Sra. Wiltshire no le agradaba especialmente que tuviera su mano en sus rodillas y se sintió aliviada cuando

la retiró. —¡Hola, hola, hola! —clamó de repente, causándole un sobresalto. Wiltshire y Mace-Hamilton habían aparecido.

El parecido físico que había sido tan pronunciado cuando los tres hombres eran muchachos, y que había sido vagamente perceptible entre Wiltshire y Mace-Hamilton en el Vine, estaba claramente allí nuevamente, como si la adición de Arrowsmith hubiera aportado los reflejos que faltaban. Los hombres se habían engrosado de la misma manera; el rosado del semblante de Arrowsmith era un rosado que también teñía los otros rostros. Solo el pajonal gris de Arrowsmith parecía fuera de lugar, un error al lado de la calvicie de los otros dos: en su presencia podría haber pasado por una peluca, una impresión que no daba en otro contexto. Su traje de franela gris, junto a los de finas rayas de los otros dos, lucía como algo puesto ahí por error. —¡Hola, hola, hola! —gritaba, palmeando sus hombros.

Nuevas rondas de bebidas fueron encargadas y consumidas. Los muchachos Arrowsmith se declararon borrachos el uno al otro e hicieron observaciones *sotto voce* acerca del cuerpo en formación de las gemelas Wiltshire. La Sra. Wiltshire sintió que la ocasión se volvía más llevadera a medida que el cinzano blanco fluía en su torrente sanguíneo. La Sra. Arrowsmith notaba una cierta crispación familiar en su cuerpo, un deseo de estar en otro lugar, sola con un hombre al cual no conocía. La Sra. Mace-Hamilton hablaba a todo volumen de su jardín.

Finalmente, el grupo se movió de la barra al salón comedor.

—Traenos otra ronda a la mesa —ordenó Arrowsmith a la cantinera pintarrajeada—. Tan pronto como puedas, querida.

En el grande y tenue salón comedor, los meseros los ubicaron alrededor de una mesa con pequeños floreros con claveles dentro, una larga mesa debajo de un candelabro en el centro de la sala. La sopa de apio llegó a la mesa, y salmón ahumado y paté, y la ronda extra de tragos que Arrowsmith había ordenado, y botellas de Nuits St. Georges, y botellas de Vouvray y Anjou Rosé y bife de lomo, pollo à la king

y escalope de ternera. Los muchachos Arrowsmith se rieron estridentemente, contemplando abiertamente la parte superior de los cuerpos de las gemelas Wiltshire. Papas, arvejas, espinaca y zanahoria fueron servidos. La Sra. Arrowsmith rechazaba los vegetales con un gesto de la mano y fumaba entre plato y plato. Fue luego de esta cena, seis años atrás, que le había hecho la sugerencia a Wiltshire, estando los dos un poco estropeados y aparentando no dar importancia al hecho a causa de ello. —Oh, ¿no *es* esto agradable? —la voz de la Sra. Mace-Hamilton resonó por sobre el barullo general.

A la hora del trifle con Chantilly y el postre de naranja, se oyó el nombre de Torridge. Su nombre siempre era mencionado a esta altura de la noche, algunas veces más temprano. —Pobre viejo —dijo Wiltshire, y todos se rieron porque era el tema de conversación que todos compartían. Nadie quería realmente oír hablar del jardín de los Mace-Hamilton; los comentarios de los muchachos Arrowsmith estaban dirigidos a ellos mismos; las necesidades de la Sra. Arrowsmith no podían expresarse en voz alta; la timidez de la Sra. Wiltshire era también privada. Pero Torridge era diferente. Torridge, de alguna manera, era ahora como un viejo amigo, existente en la mente de todos, un tema familiar. Las gemelas Wiltshire se entretenían escuchando una evidencia recientemente recordada de la ingenuidad de Torridge; para la muchacha Arrowsmith al menos era mejor que ser interrogada por la Sra. Mace-Hamilton; para los hermanos era una excusa para rugir con júbilo simulado. La Sra. Mace-Hamilton consideraba que el muchacho sonaba espantoso, a la Sra. Arrowsmith no podría haberle importado menos. Solo la Sra. Wiltshire guardaba dudas: creía que los tres hombres eran duros con su memoria del muchacho, pero por supuesto nunca lo dijo. Esta noche, luego de que Wiltshire recordara la ocasión en que Arrowsmith había convencido a Torridge de que Buller Yeats había muerto repentinamente mientras se daba un baño, el Arrowsmith más joven contó de otro muchacho de su propia escuela al que

habían convencido de que el perro de su hermana había muerto.

—Escuchen—dijo de repente Arrowsmith en voz bien alta—. Va a venir. El viejo Torridge. Nadie se rió, nadie creyó que Torridge fuera a venir, la Sra. Arrowsmith se dijo a sí misma que su esposo era lamentable cuando se embriagaba de esta manera.

—Pensé que sería un buen gesto —dijo Arrowsmith—. Honestamente. Se va a dar una vuelta para el café.

—Maldito demonio, Arrows —dijo Wiltshire, golpeando la mesa con la palma de su mano. —Está en el negocio de los botones — exclamó Arrowsmith—. Torridge's, ¿sabés? Hasta donde Wiltshire y Mace-Hamilton recordaban, Torridge nunca había figurado en ninguna revista de ex alumnos. Ninguna novedad de su carrera había sido impresa, ni ciertamente, ningún obituario. De alguna manera, era típico de Arrowsmith haberlo sacado de la galera. Era característico de él querer añadir una nueva dimensión a la broma, recargarle las baterías. Pues la visión de Torridge en su mediana edad seguramente haría más graciosas las anécdotas referidas.

—Después de todo, ¿qué hay de malo —demandó ruidosamente Arrowsmith— con que viejos compañeros de escuela se encuentren? Cuantos más, mejor.

Era un matón, pensó la Sra. Wiltshire: los tres eran matones.

Torridge llegó a las nueve y media. Su cabello, que había sido como la piel de un ratón, seguía de la misma manera. No había encanecido; su cabeza no mostraba calvicie. No había engordado; en su mediana edad había adelgazado un poco. Había incluso una escualidez en su persona, ahora, que se reflejaba en sus movimientos. Cuando estaba en la escuela solía moverse lentamente, como con cuidado. Vestido con desenfado con un traje de lino blanquecino, atravesó el salón comedor del Woodlands Hotel con un paso tan ágil como el de un bailarín de tap.

Nadie lo reconoció. Para los tres hombres que habían ido a la escuela con él, el hombre que se les acercó a la mesa era una persona diferente, bien distinta a la figura que existía en las mentes de sus esposas e hijos.

—Mi querido Arrows —dijo, sonriéndole a Arrowsmith. Su sonrisa era diferente también, un chasquidito efímero que iba y venía sin tapujos. Los ojos, que habían sido pequeños, no lo parecían tanto ahora que su cara era delgada. Relucían con un brillo particular, que combinaba con el chasquido de su sonrisa.

—¡Mi dios, si no es el viejo Porridge! —la voz de Arrowsmith era patinosa. Su rostro había obtenido un comienzo de carmesí alcohólico, el sudor le brillaba en la frente.

—Sí, es el viejo Porridge —dijo Torridge tranquilamente. Ofreció la mano en dirección a Arrowsmith y luego se dio la mano con Wiltshire y con Mace-Hamilton. Fue presentado a sus esposas, con quienes también se dio la mano. Fue presentado a los hijos, lo que implicó más sacudones de mano. Su mano era fría y más bien huesuda: todos sentían que debía haber sido húmeda.

—Llegó justo a tiempo para el café, Sr. Torridge —dijo la Sra. Mace-Hamilton.

—Brandy, más bien —sugirió Arrowsmith—. ¿Un brandy, viejo?

—Bueno, eres tremendamente amable, Arrows. Preferiría un Chartreuse, en verdad.

Un mesero acercó una silla. Hicieron lugar para Torridge entre la Sra. Mace-Hamilton y los muchachos Arrowsmith. Fue un temible error, pensó Wiltshire. Arrowsmith cometió una locura.

Mace-Hamilton examinó a Torridge desde el otro lado de la mesa. El antiguo Torridge hubiera dicho que prefería no beber nada con alcohol, que una taza de té y un bizcocho eran más su estilo por la noche. Era imposible imaginar a este hombre diciendo que su padre tenía un negocio de botones. Había una suavidad en su persona que hacía que Mace-Hamilton se sintiera incómodo. Debido a lo que le habían contado a su esposa y a las otras esposas y a sus hijos, sintió que lo habían agarrado en una mentira, y sin embargo ese no era el caso.

Los chicos miraban de reojo a Torridge, intentando verlo como el muchacho que les habían descrito, sin éxito. La Sra. Arrowsmith se dijo a sí misma que todas las cosas que les habían estado diciendo todos esos años claramente eran porquerías.

La Sra. Mace-Hamilton estaba desconcertada. La Sra. Wiltshire, complacida.

—Nadie nunca supo —dijo Torridge— que fue de R. A. J. Fisher. —Sacó el tema de pronto, sin introducción.

—Oh, dios, Fisher —exclamó Mace-Hamilton. —¿Quién es Fisher? —interrogó el más joven de los muchachos Arrowsmith.

Torridge se volvió para relucir su sonrisa fugaz al muchacho. —Él se fue —dijo— en circunstancias desafortunadas.

—Has cambiado mucho, ¿sabés? —dijo Arrowsmith—. ¿No creen que ha cambiado? —preguntó a Wiltshire y a Mace-Hamilton.

—Está irreconocible —dijo Wiltshire.

Torridge se rió con facilidad. —Me he vuelto intrépido. Me desarrollé tardíamente, supongo.

—¿Qué tipo de circunstancias desafortunadas? —preguntó el Arrowsmith más joven—. ¿Lo expulsaron?

—Oh, no, para nada —dijo Mace-Hamilton apresuradamente.

—De hecho —dijo Torridge— todos los problemas de Fisher empezaron cuando escribió esa nota. ¿No se acuerdan? La puso en mi pijama. Pero no era para mí en absoluto.

Sonrió nuevamente. Se volvió a la Sra. Wiltshire de un modo que parecía respetuoso, introduciéndola en la conversación.

—Yo era muy inocente en la escuela. Pero la inocencia eventualmente se esfuma. Eventualmente encontré mi propio camino.

—Claro, desde luego —murmuró ella. Él no le gustaba, aun cuando estaba contenta de que no fuera como podría haber sido. Había malicia en él, una crueldad que parecía una obra de arte. Él mismo parecía una obra de arte, como si al perder la inocencia de la que hablaba se hubiera recreado a sí mismo por completo.

—Solía preguntarme por Fisher —comentó. Las gemelas Wiltshire se rieron nerviosamente.

—¿Qué será tan importante acerca de este maldito Fisher? —murmuró el mayor de los Arrowsmith, codeando a su hermano menor.

—¿Qué estás haciendo estos días? —preguntó Wiltshire, interrumpiendo a Mace-Hamilton, que había comenzado a decir algo.

—Hago botones —respondió Torridge—. Quizás recuerdan que mi padre hacía botones.

—¡Ah, llegó la bebida! —observó Arrowsmith con agitación.

—No le seguí mucho el rastro a la escuela —dijo Torridge mientras el mesero apoyaba una copa de Chartreuse frente a él—. Casi que ni pienso en ella, excepto para preguntarme acerca del pobre viejo Fisher. El director de nuestra escuela era un cretino —informó a la Sra. Wiltshire.

Las gemelas Wiltshire volvieron a reírse nerviosamente. La muchacha Arrowsmith bostezó y sus hermanos se rieron también, divertidos de que el nombre de Fisher hubiera surgido de nuevo.

—¿Quiere tomar un café, Sr. Torridge? —ofreció la Sra. Mace-Hamilton, pues el mesero había traído a la mesa una jarra de café fresco. Ella lo suspendió sobre su taza. Torridge le sonrió y asintió. Ella le dijo:

—¿Botones de perlas hacés?

—No, perlas no.

—¿Se acuerdan de esos espantosos guisantes en paquete que solíamos comer? —preguntó Arrowsmith. Wiltshire dijo:

—¿Usás algo de plástico? ¿En tus botones, Porridge?

—No, no usamos plástico. Cuero, distintos tipos. Y cuerno. Nos especializamos.

—¡Qué interesante! —exclamó la Sra. Mace-Hamilton.

—No, no. Es bastante ordinario en verdad —Tomó una pausa y luego añadió—: Alguien me dijo alguna vez que Fisher se había metido en el negocio de la madera. Pero por supuesto, eso estaba lejos de la verdad.

—A un compañero lo expulsaron hace un año —dijo el más joven de los Arrowsmith, aportando a la conversación para cubrir una reciente explosión de risitas—. Por robar un transistor.

Torridge asintió, aparentando interés. Le preguntó a los muchachos Arrowsmith a qué escuela iban. El mayor dijo Charterhouse y su hermano dio el nombre de su escuela preparatoria. Torridge asintió nuevamente y le preguntó a su hermana y ella dijo que estaba esperando para ir a la universidad. Tuvo una considerable conversación con las gemelas Wiltshire acerca de su escuela. A las muchachas les pareció agradable el modo en el que se molestó, aparentando genuino interés. Sus risitas se fueron apagando.

—Me imagino que Fisher quería que yo fuera su *bijou* —dijo cuando todo hubo terminado, aún dirigiéndose a los chicos. — El lugar estaba plagado de diversiones sofisticadas como esa. ¿Se acuerdan? —añadió, volviéndose a Mace-Hamilton.

—¿*Bijou*? —una de las gemelas preguntó antes de que Mace-Hamilton pudiera responder.

—Un prostituto —explicó Torridge.

Los muchachos Arrowsmith lo miraron pasmados, el mayor con la boca totalmente abierta. Las gemelas Wiltshire retomaron las risitas nerviosas. La muchacha Arrowsmith frunció el ceño, incapaz de ocultar su interés.

—El Honorable Anthony Swain —dijo Torridge— no era más que una puta.

La Sra. Arrowsmith, quien por algunos minutos había estado absorta en sus propios pensamientos, de repente tomó conciencia de que el hombre que estaba en el negocio de los botones estaba hablando de sexo. Miró fijamente en diagonal al otro lado de la mesa donde estaba él, estupefacta de que pudiera estar hablando de esa manera.

—Oíme, Torridge —dijo Wiltshire, frunciendo el ceño y sacudiendo la cabeza. Con un movimiento casi imperceptible le hizo un gesto a las esposas y a los hijos.

—Andrew y Butler. Dillon y Pratt. Tothill y Goldfish Stewart. Tu papá —dijo Torridge a las muchachas Arrowsmith— era muy entusiasta. Sainsbury Major en particular.

—Vamos, oíme —gritó Arrowsmith, comenzando a ponerse de pie y luego cambiando de opinión.

—Mi dios, ¡cómo rompían los corazones de sus compañeritos esos tres!

—Por favor, no hable así—era la Sra. Wiltshire la que protestaba, para sorpresa de todos, y más que nadie para la suya propia—. Los niños son muy jovencitos, Sr. Torridge.

Su voz se había vuelto un susurro. Podía sentir cómo se sonrojaba de la vergüenza, y un remolino de náuseas ocurrió en su estómago. Deferentemente, como valorando el esfuerzo que había hecho, Torridge se disculpó.

—Creo que será mejor que te vayas —dijo Arrowsmith.

—Tenías razón acerca de Dios Harvey, Arrows. Más gay que el arcoiris era, debajo de la sotana. Igual que el Viejo Escarcha, de hecho.

—¡Realmente! —rugió la Sra. Mace-Hamilton, su desconcierto se tornó en indignación. Fulminó a su esposo con la mirada, exigiéndole con los ojos que algo debía hacerse, urgentemente. Pero su esposo y sus dos amigos habían quedado aturcidos por lo que Torridge había declarado de Dios Harvey. Sus días de escuela volvieron de un salto, tomando posesión de ellos por un vívido momento: el dormitorio, el salón comedor, las miradas y las invitaciones, los encuentros detrás de la capilla. De alguna forma era acorde a la hipocresía de la escuela que Dios Harvey hubiera tenido él mismo esas inclinaciones, que un rumor que había comenzado como una broma atroz hubiera contenido la verdad.

—De hecho —continuó Torridge— yo no sería lo que soy si no hubiera sido por Dios Harvey. Soy lo que se conoce como un marica —le explicó a los chicos—. Tengo relaciones sexuales con hombres.

—¡Por el amor de dios, Torridge! —gritó Arrowsmith, de pie, su rostro del color de una frutilla madura, sus ojos llorosos temblando de furia.

—Fue muy amable de tu parte invitarme esta noche, Arrows. Nuestra *alma mater* no puede estar demasiado orgullosa de muchachos como yo.

Todos hablaron al mismo tiempo, la Sra. Mace-Hamilton y la Sra. Wiltshire, los tres hombres. La Sra. Arrowsmith se quedó sentada. Lo que estaba pensando era que ella se había embriagado discretamente mientras que su esposo había alcanzado la misma condición de manera escandalosa. Estaba pensando, también, en que por lo que se estaba diciendo, su esposo había poseído de jovencito un deseo sexual bastante más vivaz que el que alguna vez le había mostrado a ella y ahora difícilmente mostraba. Con otros muchachos que habían crecido hasta volverse hombres, él había disfrutado a lo grande. El Viejo Escarcha había sido bueno con el Sr. Chips, le habían dicho. Nunca había escuchado hablar de Sainsbury Mayor o de Dios Harvey.

—Esto es de muy mal gusto —se escuchó la voz de la Sra. Mace-Hamilton por sobre todas las otras voces. Dijo que alguien debía llamar a la policía. Era escandaloso tener que escuchar una conversación tan desagradable como esta. Empezó a decir que los chicos debían abandonar el salón comedor, pero cambió de opinión porque pareció que Torridge mismo estaba por irse. —Usted es un hombre horrible —le gritó.

La confusión se concentró alrededor de la mesa como una niebla. La Sra. Wiltshire, que sabía que su esposo había cometido adulterio con la Sra. Arrowsmith, sintió otro acceso de nervios en su estómago. “Porque estaba carente, por eso fue”, su esposo le había confesado casi violentamente cuando ella los descubrió. “Quería terminar con su agonía”. Ella se largó a llorar y él la consoló lo mejor que pudo. Ella nunca le dijo que él nunca había logrado despertar en ella el deseo de hacer el amor: siempre había asumido que era una falta suya, pero ahora por alguna razón no estaba segura. Nada había sido dicho en forma directa que hubiera podido causar esa duda, pero un instinto le dijo a la Sra. Wiltshire que la duda debía estar ahí. El hombre a su lado le sonrió con su efímera sonrisa maliciosa, como con compasión.

Con la cabeza inclinada sobre la mesa y sus manos ocultando a medias su rostro, el más joven de los Arrowsmith estudió a su padre, mirándolo por entre sus dedos. Existían hombres contra quienes sus padres le habían advertido, hombres que podían sentarse a su lado en el ómnibus o tratar de subirlo a un auto. El hombre que había venido esta noche, que había sido hasta ahora un chiste, era aparentemente uno de ellos, ningún chiste. Y la confusión era aún mayor: alguna vez, por lo visto, su padre había sido así también.

La muchacha Arrowsmith también sopesó a su padre. Una vez, al entrar a una habitación en Lagos, encontró a su madre en los brazos de un empleado africano. Desde entonces, había sentido pena por su padre. En esa oportunidad habían vivido una escena desagradable, ella se había puesto a gritarle a su madre y luego, hecha una furia, le había contado a su padre lo que había

visto. Él había asentido, cansadamente, sin parecer sorprendido, mientras su madre lloraba miserablemente. Ella había abrazado a su padre, consolándolo; no había sentido piedad por su madre, ni empatía ni comprensión. La escena tomó forma vívidamente en su mente mientras permanecía sentada en la mesa: se le aparecía como relevante en medio de la confusión y al mismo tiempo, no realmente. El matrimonio de sus padres era intrincado, más intrincado de lo que parecía. Del otro lado de la mesa, su madre fumaba imperturbable, enfocando sus ojos con dificultad. Le sonrió a su hija con una sonrisa suave, embriagada.

El más grande de los Arrowsmith también era consciente de la confusión. En su escuela, la práctica de la cual se había hablado era bastante común, por lo que podía creer fácilmente en los hechos que se habían arrojado. Contra su voluntad, se vio forzado a imaginar aquello que nunca antes se había imaginado: a su padre y a sus amigos como colegas, entregados a la pasión con otros muchachos. Podría haber mirado esta imagen con cinismo, pero no pudo. Por el contrario, lo hizo respirar con dificultad. Le arrancó de un golpe la sonrisa que había estado en su rostro toda la noche. Las gemelas Wiltshire fijaron su mirada infelizmente en el mantel blanco, aquí y allá manchado con vino o salsa. Ellas también notaron que habían perdido las ansias de sonreír, y en su lugar, pestañeaban temblorosamente para impedir que las lágrimas brotaran.

—Sí, quizás sea mejor que me vaya —dijo Torridge.

Con impaciencia, la Sra. Mace-Hamilton observó a su marido, como si pretendiera que lo apurara a Torridge en su partida, o que al menos dijera algo. Pero Mace-Hamilton permaneció en silencio. La Sra. Mace-Hamilton pasó su lengua por los labios, preparándose para hablar. Cambió de opinión.

—Fisher no se metió en el negocio de la madera —dijo Torridge—, porque el pobre Fisher estaba recontra muerto. Razón por la cual el cretino de nuestro director, Sra. Mace-Hamilton, llamó a aquella asamblea.

—¿Asamblea? —preguntó ella. Su voz era débil, aunque había querido sonar frontal y enfurecida.

—Hubo una asamblea que nadie comprendió. El pobre Fisher se colgó hasta ahorcarse en un granero de la granja de su padre. Descubrí eso —dijo Torridge, volviéndose a Arrowsmith— años más tarde: por intermedio de Dios Harvey, de hecho. El pobre muchacho dejó una nota pero los padres no se molestaron en pasársela a su destinatario. Quiero decir que era para vos, Arrows.

Arrowsmith estaba todavía de pie, cerniéndose sobre la mesa. El cuerpo de un colegial pendía de la viga de un granero, una nota sobre la paja debajo de sus pies colgantes. Pendía en la confusión que se había causado, incrementando la confusión. Dos meseros merodeaban cerca del aparador, uno pasaba el tiempo arreglando las botellas de salsa, el otro arreglaba las servilletas en forma de cono. Lentamente Arrowsmith volvió a sentarse. El silencio continuó mientras la conversación de Torridge siguió acechando la mesa. Él mismo continuaba acechándola, con su sonrisa efímera y su elegancia de bailarín de tap, todavía fiel a aquel pasado en el que había fallado tan notablemente, triunfante en su mediana edad.

Entonces la Sra. Arrowsmith comenzó de pronto a sollozar, y las gemelas Wiltshire sollozaron y la Sra. Wiltshire las consoló. La muchacha Arrowsmith se levantó y se alejó, y la Sra. Mace-Hamilton se volvió a los tres hombres y les dijo que debían estar avergonzados por haber dejado que todo esto sucediera.

Traducción: Gabriela Mocca.



William Trevor (1928-2016)

Fue un historiador, novelista y dramaturgo irlandés, miembro de la Academia Irlandesa de Letras. Publicó, entre otros, *Felicia's Journey* [El viaje de Felicia, Alianza editorial, 1999], *The Story of Lucy Gault* [La historia de Lucy Gault, Salamandra, 2004] y *Love and summer* [Verano y amor, Salamandra, 2011].

Aritmética simple

Virginia Moriconi

“Simple Arithmetic” integró la sección de relatos breves de la célebre revista literaria norteamericana Transatlantic Review, en su edición de 1964. Su autora piensa y describe una familia atravesada por los dilemas de las rupturas vinculares; un divorcio conflictivo y un joven adolescente separado de sus padres por la distancia geográfica y afectiva son la materia narrativa de este original cuento epistolar.

Ginebra, 15 de enero

Querido padre:

Bueno, he vuelto a clases, como podés ver, y el lugar es tan desdichado como siempre. Mi único amigo, del que ya te he hablado, Ronald Fletcher, ya no regresará porque alguien persuadió a su madre de que se estaba echando a perder, puesto que él es extremadamente fotogénico, así que ahora se va a convertir en un niño actor. Me sorprendió mucho escuchar esto, dado que la única cosa que a Ronnie le gustaba hacer era jugar al básquetbol. Era muy tímido.

El vuelo no estuvo mal. Quiero decir, nadie tuvo que ser bajado del avión. Lo único fue que llegamos seis horas tarde y se olvidaron de darnos algo para comer, por lo que durante catorce horas tuvimos oportunidad de que nos diera bastante hambre pero, como vos decís, por el dinero que te ahorrás en clase turista, uno debería estar preparado para hacer algunos pequeños sacrificios.

Hice lo que me dijiste, y cuando llegamos a Idlewild le pagué la tarifa al conductor del taxi y le di una propina de cincuenta centavos. Se quedó muy insatisfecho. De hecho, no quería darme mi valija. De hecho, no sé qué hubiera pasado si un hombre no hubiera aparecido justo cuando se armó la discusión, y cuando escuchó de qué se trataba, le dio al taxista un dólar y yo tomé mi valija y llegué al avión a tiempo. Durante el viaje reconsideraré toda la cuestión. No llegué a ninguna conclusión.

Sé que he sido muy extravagante y poco racional con el dinero y vos hiciste lo mejor que pudiste para explicármelo. No obstante, mientras pensaba al respecto, me pareció que había solo tres posibilidades. Me podría haber dado, simplemente, por vencido, y haber dejado que el taxista se quedara con la valija, pero cuando te das cuenta de que si teníamos que comprar todo lo que estaba en la valija de nuevo probablemente hubiéramos tenido que gastar por lo menos quinientos dólares, no parece muy económico. O podría haber seguido discutiendo con él y haber perdido el vuelo, pero entonces hubiéramos tenido que pagar algo así como trescientos dólares por otro boleto. O si no le podría haber dado veinticinco centavos adicionales, lo que, como vos decís, es andar tirando plata para impresionar. ¿Qué hubieras hecho?

De cualquier manera llegué aquí, con la valija, que era lo principal. Me sacaron dos derechos a fin de semana porque llegué tarde a la apertura de la escuela. Traté de explicarle a M. Frisch que no era mi culpa si el clima había estado tan mal que el vuelo se había retrasado por seis horas, pero él dijo que las personas prudentes tienen en cuenta contingencias de este tipo y hacen reservas con más antelación. No me importa porque los próximos dos fines de semana son fines de semana para esquiar y nunca me ha interesado despertarme a las seis de la mañana solamente para ponerme duro del frío y tener que soportar un dolor terrible, aun cuando el deporte es parte de crecer, como vos decís. Además,

nos ahorraremos veintisiete dólares si me quedo en la habitación.

Para terminar, quiero decir que pasé una muy linda navidad, y agradezco todo lo que trataste de hacer por mí, y espero que no te haya molestado demasiado. (Martha me explicó que tuviste que restar tiempo de tu luna de miel para poder pasar navidad conmigo, y lo lamento mucho, aun cuando pienso que no es mi culpa si la navidad cae el veinticinco de diciembre, especialmente siendo que todo el mundo sabe que ese es el caso. Lo que quiero decir es, si hubieras querido tomarte una larga luna de miel, Martha y vos se podrían haber casado antes, o podrían haber esperado hasta que pasara la navidad, o simplemente me podrías haber dicho que no fuera y lo hubiera entendido.)

Voy a tratar de no gastar mucho dinero en el futuro, y voy a llevar una contabilidad y te la voy a mandar. También voy a tratar de acordarme de hacer los ejercicios para los ojos y los ejercicios para el arco vencido que los doctores de Nueva York me ordenaron. Con amor,

Stephen

Querido Stephen:

Muchas gracias por la larga carta del 15 de enero. Me puso muy contento saber que regresaste a salvo, aun cuando el vuelo se atrasó. (No estoy de acuerdo con M. Frisch en que las personas prudentes tengan en cuenta “continjencias” de este tipo, ahora que el transporte aéreo es común y corriente, y el servicio es usualmente tan bueno, pero debemos recordar que los suizos son, en líneas generales, las personas más meticulosas del mundo, y nada los ofende tanto como las personas que no son puntuales).

En cuanto al asunto de la valija, me temo que los dos estuvimos en falta. Yo me olvidé de que habría un cargo extra por equipaje cuando te sugerí que tenías que darle al conductor una propina de cincuenta centavos. Vos, por otro lado, podrías haber inferido de su argumenta-

ción que él simplemente te estaba diciendo que la tarifa —esto es, el costo del viaje más el cargo extra por la valija— tenía que ser saldada por completo, y haberte adaptado acordemente. Sea como sea llegaste, y lo único que lamento es que obviamente no tuviste tiempo de preguntar el nombre y la dirección de tu benefactor como para pagarle por su amabilidad.

Quedo a la espera de revisar tus cuentas y estoy seguro de que te darás cuenta de que llevando un registro de lo que gastás serás capaz de cortar la tela de acuerdo al rollo, y que, en seguida, te ayudará a desarrollar respeto por vos mismo. Es una falla común, como te he dicho, gastar dinero de más con el fin de compensar una falta de seguridad en uno mismo, pero podés ver fácilmente que hacer compras ridículas no asegura estabilidad, y la insolvencia crónica hace difícil conseguir la paz mental. Tu estipendio es más que adecuado, y cuando aprendas a arreglártelas habrás dado un paso adelante decisivo. Tengo una gran fe en vos y sé que hallarás un sostén contra viento y marea en tus estudios, tus actividades deportivas y en tus compañías.

En cuanto a lo que mencionás acerca de la navidad, no estás obligado a estar “agradecido” por lo que hicimos por vos. Lo importante es que lo pases bien, y creo que nos divertimos maravillosamente juntos, los tres, ¿no te parece? Hasta que tu madre decida dónde quiere vivir y se asiente, este es tu *hogar* y siempre tenés que considerarlo así. Incluso aunque me haya casado nuevamente, sigo siendo tu padre, antes que nada, y Martha te aprecia mucho también, y es muy comprensiva con tus problemas. Puede que no seas consciente de esto, pero de hecho, es una de las mejores amigas que tenés. Toma un poco de tiempo acostumbrarse a las nuevas ideas y a las nuevas madrastras, claro.

Por favor, escribime tan seguido como puedas, tus cartas significan mucho para mí. Por favor, tratá también, constantemente, de mantener tus calificaciones tan altas como puedas, puesto que el ingreso a los estudios universitarios se está volviendo cada vez más difícil en este país, y hay miles de candidatos cada año para entrar a las

buenas universidades. Concéntrate especialmente en la ortografía. “Contingencia” es una palabra difícil, lo sé, ¡pero no hay excusa para usar la s en “agradezco”! Y *hacé* los ejercicios.

Con amor,

tu padre.

Ginebra, 22 de enero

Querida mamá:

El domingo pasado tuve que escribirle a mi padre para agradecerle por las vacaciones navideñas y decirle que regresé bien. Este domingo pensé en escribirte a vos, aunque estés en un crucero, y quizás nunca recibas mi carta. Debo decir que si no nos hicieran escribir a nuestras casas una vez por semana no creo que escribiera cartas en absoluto. Lo que digo es que una vez que llegás a un punto como este, en un lugar como este, te das cuenta de que se supone que uno tiene su vida y se supone que nuestros padres tienen sus vidas, y uno pierde el contacto.

De cualquier manera, tengo que contarte que mi padre fue maravilloso conmigo, y Martha fue muy agradable también. Tenían todo pensado, lo que a un chico de mi edad le gustaría hacer en sus vacaciones, y algunas veces resultaba bastante estenuante, como te podrás imaginar. Al final, la escuela mandó la cuenta para el primer término, en la que te cobran por los extras que te dejan tener acá, y parece que me pasé por mucho de mi estipendio y además me anoté en un montón de cosas que no merecía. Así que hubo una escena terrible y mi padre se enojó mucho y Martha gritó y dijo que si mi padre siempre había hecho semejante esfuerzo por considerarme una persona, yo debía hacer un esfuerzo por considerarlo una persona a él también y darle cuenta de que no era un Rockefeller y que incluso si hubiera estado sacrificándose para que yo pudiera asistir a uno de los colegios más caros del mundo eso no significaba que yo tuviera que arrastrar a todos al barro gastando imprudentemente. Así que ahora tengo que dar vuelta una nueva

página y llevar registro de cada centavo y no comprar nada que sea desproporcionado a nuestro tipo de vida.

Excepto por esa ocasión fueron muy afectuosos conmigo e hicieron todo lo posible para que fuera feliz. Claro que fue horrible que no estuvieras. Era la primera vez que no estábamos juntos y no podía creer que fuera realmente navidad.

Espero que la estés pasando maravillosamente y que estés pudiendo tomarte el descanso que necesitás y por favor escríbime cuando puedas.

Todo mi amor,

Stephen

Ginebra, 22 de enero

Querido padre:

Bueno es tu turno, de que te escriba una carta esta semana porque le escribí a mamá el domingo pasado. (Estoy seguro de que puedo decirte esto sin herir tus sentimientos porque siempre dijiste que lo que más querían mamá y vos era un divorcio civilizado y que todos pudiéramos ser amigos.) De cualquier forma, mamá no ha respondido mi carta así que probablemente desapruéva mi ortografía tanto como vos. Estoy empezando a preguntarme si quizá no sería mucho más simple y barato si no fuera ala universidad después de todo. Realmente no sé para qué sirve esta educación para empezar.

Acá en el colegio hay un escándalo terrible que ha sido muy interesante para nosotros. Una de las chicas, que no tiene más de dieciséis años, ha quedado embarazada y todos saben que es debido al profesor de ciencias, que es un pesado. Estamos esperando a ver si se casará con ella, pero mientras tanto ella está terriblemente alterada y la han expulsado de la escuela. Se irá el viernes.

A mí ella siempre me cayó muy bien y anoche tuvimos una larga conversación. Quería decirle que quizá no era el fin del mundo, que mi madrastra iba a tener un bebé en mayo aunque no se había casado hasta diciembre, y el cielo no se cayó ni nada. Pensé que podría consolarla pensar que los adultos cometen los mismo errores

que los chicos (si es que se puede considerarla una chica), pero después me dio miedo que pudiera ser deshonesto arrastrarte a vos y a Martha a la conversación, así que simplemente lo dejé ir.

Yo estoy bien y las cosas siguen igual.

Con amor,

Stephen

Nueva York, 2 de febrero

Querido Stephen:

Sería un gran alivio pensar que tu madre también “desaprueba” tu ortografía, pero estoy seguro de que esa no es la razón por la cual no has tenido noticias tuyas. Ella nunca fue muy buena para la correspondencia, y ahora probablemente sea más difícil que nunca. Ciertamente tratamos de lograr un “divorcio civilizado” por el bien de todos, pero un divorcio nunca es fácil para ninguna de las personas involucradas, como bien lo sabés, y si intentás ponerte en el lugar de tu madre por un momento, verás que ella necesita tiempo y soledad para resolver sus cosas. Seguramente te va a escribir tan pronto como se encuentre a sí misma de nuevo, y mientras tanto, debés seguir creyendo en su cariño por vos y no dejar que la impaciencia te gane.

De nuevo, en caso de que realmente tengas alguna duda, el propósito de tu educación es que puedas pararte por vos mismo cuando seas un hombre, y que hagas algo de tu vida. Las inexactitudes en tu ortografía no van a hacer las cosas nada *simples*.

Veo fácilmente cómo podés haber trazado un paralelo entre tu amiga, que se metió en problemas, y Martha, quien está esperando un bebé en mayo, pero el parecido entre los dos casos no es más que superficial.

Tu amiga es, o era, todavía una niña, y habría hecho mejor en aceptar las limitaciones del mundo de la niñez... como vos podés ver claramente por vos mismo, ahora que ella se halla en este predicamento. Martha, por el otro lado, difícilmente era una niña. Era un ser humano maduro, responsable por sus actos y preparada para tomar responsabilidad por el bebé cuando llegara. Lo que

es más, yo, a diferencia del “profesor” de ciencias, no soy un pesado, y yo también soy responsable por *mis* acciones, así que Martha y yo nos casamos y voy a hacer lo mejor posible por cumplir con ella y con el bebé.

Hablando de lo cual, encontramos un departamento nuevo, porque este nos va a quedar chico en mayo. Está justo enfrente de tu antigua escuela y tendremos una cocina, un comedor, un living, dos habitaciones —una para Martha y yo y otra para el bebé— y otro cuarto que será para vos. Martha creyó que era muy importante que vos sintieras que tenías un lugar para vos cuando vinieras a casa a visitarnos, así que es en gran parte gracias a ella que elegimos un lugar tan grande. El cuarto funcionará como un estudio para mí cuando vos no estés con nosotros, pero moveremos todos mis libros y papeles y parafernalia cada vez que vengas, y Martha planea colgar esa pantalla de seda japonesa que te gustó al pie de la cama. Por favor, mantenete en contacto, y *por favor*, no te olvides de los ejercicios.

Con amor,

tu padre.

Ginebra, 5 de febrero

Querido padre:

Hay algo que quiero decirte y es que si no hubiera sido por vos, *yo* ni siquiera hubiera oído jamás hablar de un “divorcio civilizado”, pero esa fue la manera en que vos me lo explicaste. Yo siempre creí que era una locura. Lo que quiero decir es, ¿no hubiera sido mejor si me hubieras dicho “ya no quiero a tu madre y prefiero vivir con Martha”, en lugar de insistir en que mamá y vos serían siempre grandes amigos? Porque tal como son las cosas ahora, mamá probablemente piensa que vos todavía la querés mucho, y debe ser difícil para Martha creer que ella fue la elegida, y yo mismo estoy bastante confundido, aunque en realidad no sea asunto mío.

Lamentarás escuchar que no voy a poder seguir haciendo los ejercicios. No puedo hacer los ejercicios de los ojos porque mi compañero de cuarto quedó tan fascinado

con el dispositivo estereoscópico que lo rompió. (Pero la enfermera de la escuela dice que ella cree que quizás es mejor abandonar todo el asunto, puesto que en su opinión hay una buena chance de que me haya puesto más bisco que nunca jugando con el visor.) Y no puedo hacer los ejercicios para los arcos vencidos, al menos en un pie, porque mientras decoraba la sala de reuniones para el baile del sábado pasado me caí de la escalera y me rompí el tobillo. Así que ahora estoy en la enfermería y la escuela quiere saber si tiene que mandarte la cuenta del doctor a vos o a mamá, porque tuvieron que llamar a un especialista de afuera, ya que el doctor regular de la escuela solo sabe hacer un número muy limitado de cosas. Así que he costado mucho dinero de nuevo y lo siento mucho mucho, pero si fueran mínimamente decentes en esta escuela pagarían para tener un equipamiento adecuado y no permitirían que los estudiantes arriesguen sus vidas subiendo escaleras de mano que están rotas, esto es algo que podrías escribir al departamento de Contabilidad, si quisieras, y podría resultar en algo bueno al final.

La chica que se metió en todos esos problemas se tomó demasiadas pastillas para dormir y se murió. Me siento muy mal al respecto, de hecho me largué a llorar cuando me enteré. La vida es muy cruel, ¿no te parece?

Estoy de acuerdo con lo que decías, que era una niña, pero creo que ella sabía eso, desde su punto de vista. Creo que hizo lo que hizo porque consideró al profesor de ciencia un adulto, y que entonces estaría perfectamente a salvo con él. Quizá pensás que ella simplemente era mala, porque era una niña y debería haberlo pensado mejor, pero creo que no fue del todo su culpa, puesto que acá en la escuela nos alientan a que tomemos en serio a los docentes.

Estoy muy contento de que hayan encontrado un nuevo departamento, y espero que no muevas todos tus libros y papeles cada vez que vaya a casa, porque eso solo me haría sentir más molesto que nunca.

Con amor,

Stephen

Nueva York, 8 de febrero

Querido Stephen:

Esta tendrá que ser una carta muy breve porque nos estamos mudando al nuevo departamento mañana y Martha necesita que la ayude a embalar.

Quedamos tremendamente impactados por la trágica muerte de tu amiga y sentimos mucho que hayas tenido que atravesar una experiencia tan triste. La vida puede ser “cruel”, ciertamente, con la gente que no aprende a vivirla.

Cuando tenía exactamente tu edad también me rompí un tobillo —no fue en una escalera defectuosa, fue jugando al hockey— y dolía como el demonio. Todavía lo recuerdo y tenés toda mi compasión. (Le he escrito al médico de la escuela para preguntarle cuánto tiempo estarás inmovilizado, y para urgirlo a devolverte al programa atlético lo más rápido posible. La cuenta del especialista deben enviármela a mí.)

También ordené otro visor estereoscópico porque, a pesar de la opinión de la enfermera de la escuela, los ejercicios son de la mayor importancia y debés hacerlos *religiosamente*. Por favor, sé más cuidadoso con este, no importa cuánto “fasine” a tu compañero de habitación.

Martha te manda cariños y quiere saber qué te gustaría para tu cumpleaños. Contanos cómo sigue tu tobillo.

Con amor,

Tu padre

Ginebra, 12 de febrero

Querido padre:

Me sorprendió mucho tu carta. Me sorprendió que dijeras que estabas ayudando a Martha con el embalaje porque cuando mamá y vos estaban casados no recuerdo que jamás hayas embalado ni nada que se le parezca, así que supongo que Martha está modificando tu personalidad. También me sorprendió lo que dijiste acerca de la chica que murió. Lo que quiero decir es, si alguien me hubiera contado una historia de ese tipo creo que

me hubiera permitido preocuparme un poco por el profesor de ciencia porque me da la impresión de que él fue también un viyano. Claro que vos sos mucho más reserbado que yo.

Ya salí de la enfermería y me dieron un par de muletas, pero me temo que va a pasar un largo tiempo hasta que pueda volver a hacer deporte.

Espero que el nuevo departamento sea lindo y no quiero nada para mi cumpleaños porque se me va a hacer raro pasar mi cumpleaños en la escuela así que prefiero que no me lo recuerden.

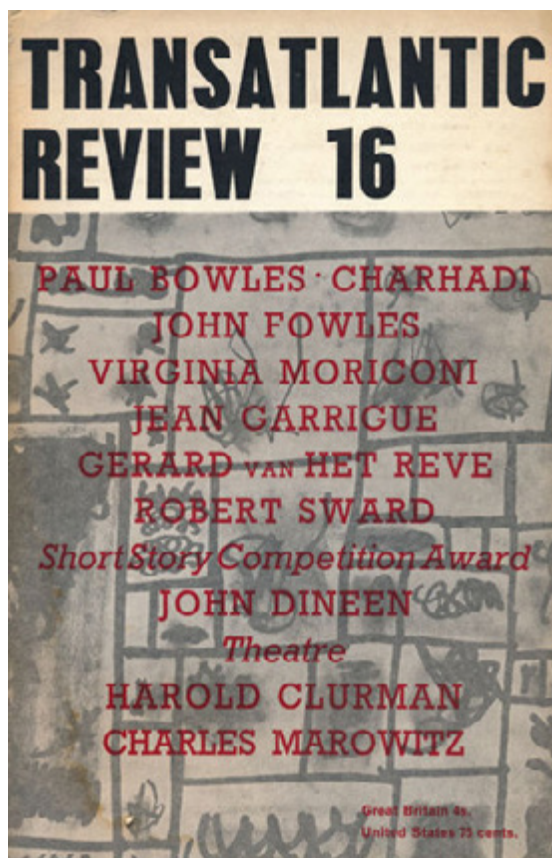
Con amor,

Stephen

Nueva York, 15 de febrero

Querido Stephen:

Esta no es una respuesta a tu carta del 12 de febrero sino un intento de tener una discusión seria con vos, como si estuviéramos cara a cara.



Ya tenés casi quince años. En poco tiempo tendrás que enfrentarte a la más dura competencia de tu vida cuando apliques para el ingreso a la universidad. Ningún evaluador se va a ver impresionado favorablemente si ve una “perzonalidad” o un “profesor” o un “viyano” o un “reserbado” o errores similares. Tendrás que enfrentar el hecho de que en este mundo triunfamos según nuestros méritos, y si fracasamos, por culpa de nuestros descuidados hábitos mentales, sufrimos por eso. Todavía sos demasiado joven para entenderme completamente, pero no tanto como para no para reconocer la importancia del esfuerzo. La gente que no alcanza un nivel es desesperadamente infeliz para toda la vida porque no tiene lugar en la sociedad. Si no pasás los exámenes para ingresar a la universidad simplemente porque sos incapaz de escribir correctamente, no será culpa de nadie más que tuya, y serás gravemente inválido por el resto de tu vida.

Cada vez que tengas dudas acerca de alguna palabra la vas a buscar en el diccionario y memorizarás la ortografía. Esto es lo menos que podés hacer para ayudarte a vos mismo. Todavía estamos hechos un lío con el nuevo departamento pero cuando Martha logre todo lo que tiene planeado va a quedar ciertamente muy lindo y creo que te va a gustar. Con amor,

Tu padre

Ginebra, 19 de febrero

Querido padre:

Supongo que no nos entendemos en absoluto. Si vos te imaginás por un minuto que solo haciendo un pequeño esfuerzo me puedo imaginar cómo se escribe imaginar sin buscarlo en el diccionario y encontrar que en realidad es “imaginar”, entonces entendiste todo mal. En otras palabras, si recibís una carta mía y solo hay dos o tres errores entonces me vas a tener que creer que tuve que buscar prácticamente todas las palabras, una por una, en el diccionario, y esa es una razón por la cual odio tener que escribirte estas cartas porque me

toman mucho tiempo y al final no son para nada espontaneas, no, esperá un segundo, acá está, “espontáneas”, y créeme, solo dos o tres errores en una carta mía es una de las siete maravillas del mundo. Lo que estoy diciendo es que estoy haciendo lo mejor que puedo, en lo que coinsidirías si pudieras ver mi diccionario el cual se está despedazando y cuando decís que debería *memorizar* la ortografía no puedo porque para mí no tiene ni pies ni cabeza ni nunca lo tuvo.

Con amor,

Stephen

Nueva York, 23 de febrero

Querido Stephen:

Supongo que es mejor que te hayas desahogado. Todos necesitamos explotar de vez en cuando. Calma los aires.

Por favor, no olvides nunca que soy consciente de que la ortografía es difícil para vos. Sé que estás haciendo un gran esfuerzo y estoy muy orgulloso de vos. Solo quiero asegurarme de que *sigas intentándolo*.

Estoy poniendo en un sobre un pequeño cheque para tu cumpleaños porque aunque vos no quieras que se te lo recuerde a mí no me gustaría olvidarlo y tenés que saber que estamos pensando en vos.

Con amor,

Tu padre

Ginebra, 26 de febrero

Querido padre:

No se nos permite cobrar cheques personales acá en la escuela, pero gracias de todas formas por el dinero.

No puedo seguir escribiéndote porque estamos por tener exámenes y tengo que estudiar.

Con amor,

Stephen

NUEVA YORK, 2 DE MARZO
CORREO NOCTURNO
MUCHA SUERTE STOP MANTENEME
INFORMADO RESULTADOS EXAMEN
TE QUIERO

TU PADRE

Ginebra, 12 de marzo

Querido padre:

Bueno, los exámenes se terminaron. Me saqué una C en Lengua porque al parecer no sé escribir bien, cosa que no debería sorprenderte demasiado. En Ciencias, Matemática y Latín me saqué una A y en Francés e Historia me saqué una B+. Todo esto me deja primero de mi clase, lo que no significa mucho puesto que ninguno de los chicos acá tiene vida interior, como vos dirías. Quiero decir que son todos cretinos, más o menos. ¿Qué se supone que tengo que hacer para las vacaciones de Pascuas? ¿Querés que vaya a Nueva York o me quedo acá nomás para descansar un poco, algo que me vendría bien?

Con amor,

Stephen

Nueva York, 16 de marzo

Querido Stephen:

Estoy *inmensamente* complacido con el resultado de tus exámenes. Felicitaciones. Hacé un esfuerzo más con la ortografía y nuestras preocupaciones se terminan.

Justo ayer recibí una carta de tu madre. Ha tomado una pequeña casa en Mallorca, que es una isla cerca de la costa española, como probablemente sepas, y sugirió que fueras con ella para el feriado de Pascuas. Desde luego, siempre serás bienvenido acá —donde podés descansar tanto como vos quieras— pero Mallorca es muy hermosa y ciertamente resultaría atractivo al aspecto artístico de tu naturaleza. Le he escrito a tu madre, instándola a que te escriba inmediatamente, e incluyo en el sobre su dirección en caso de que vos

quieras escribirle a ella. Decime qué te
gustaría hacer.
Con amor,

Tu padre

Ginebra, 19 de marzo

Querida mamá:

Mi padre dice que me invitaste a ir con vos a Mallorca por las vacaciones de Pascuas. ¿Es verdad? Me haría muy feliz si así fuera. Ha sido muy difícil estar lejos tuyo todo este tiempo y si quisieras verme significaría muchísimo para mí. Digo, si ya te sientes suficientemente bien. Podría hacer muchas cosas por vos para que no te canses demasiado.

Me pregunto si pensarás que he cambiado mucho cuando me veas. De hecho, he cambiado mucho porque me he vuelto bastante amargado. Me he vuelto bastante amargado por culpa de esta escuela.

Sé que mi padre y vos querían que tuviera alguna experiencia de cómo es el mundo fuera de América pero lo que no sabían es que Ginebra no es el mundo en absoluto. Digo, si naciste acá, entonces quizás podés tener una vida real, pero yo no conozco a nadie que haya nacido acá, así que toda la gente que veo es simplemente como yo, solo estamos esperando dejar de estar perdidos. Pienso que hubiera sido mejor dejarme en algún lugar al que perteneciera, aun cuando los americanos se están volviendo ruidosos y pendientes de la plata. Porque de hecho, la mayoría de los chicos acá son americanos, a fin de cuentas, solo que parece que sus padres ya no sabían qué hacer con ellos.

Mamá, te escribo todo esto porque me temo que volví a gastar mucho dinero, y M. Frisch dice que a mi padre le va a dar una crise des nerfs cuando vea lo que hice, y pensé que quizás vos entenderías que compré todas estas cosas tan solo porque no parecía haber nada más para hacer, y podrías ayudarme de algún modo u otro. Bueno, de acuerdo a la escuela tendremos que pagar por todas estas cosas:

Concierto, Segovia (lo valió) 16.00
(francos suizos)
Baile escolar 5.00

Teatro inglés (a qué se referirán)	10.00
Control d l'habitant (?)	9.10
Compra cooperativa	65.90
Ballets russos (decepcionante)	47.00
Librairie Prior	59.30
Concierto de piano (para practicar)	61.00
Teinturie (Arruinaron todo)	56.50
Aseo y remedios	35.00
Fiesta de la Escalada	7.00
Gastos comunes	160.00
77 yogurts (por consejo del doctor)	42.40
Libro de contabilidad	295.70

Total 869.90
(francos suizos)

Bien, verás que el problema es que mi padre me dijo que debía gastar alrededor de cincuenta dólares por mes, porque ese era mi estipendio, y no debía gastar más que eso. De cualquier forma, cincuenta dólares por mes serían algo así como doscientos diez francos suizos, y después tenía quince dólares que me dio la abuela para navidad, y cuando volví a la escuela encontré cuatro francos en el bolsillo de mi campera de cuero y después me quedaron setenta y nueve centavos de Nueva York, pero eso no es de gran ayuda, y después mi padre me mandó veinticinco dólares por mi cumpleaños pero no pude cobrar el cheque porque no permiten eso acá en al escuela, ¿qué debo hacer?

Es una situación muy seria como podés ver, y se va a poner mucho más seria cuando mi padre vea la cuenta. Pero sea lo que sea que hagas, te himploro, no le escribas a mi padre, porque el problema parece ser que nunca tuve un balance prebio, y me temo que sin un balance prebio es imposible llevar las cuentas, y me temo aún más que a esta altura las cuentas se han vuelto un poco dramáticas. ¿Querés que me tome un avión cuando vaya a Mallorca? ¿Quién debo decir que pagará el boleto?

Por favor, escribime tan pronto como puedas, porque las vacaciones empiezan el 30 de marzo y si no me decís qué hacer voy a estar complicado.

Mucho mucho amor,

Stephen

Ginebra, 26 de marzo

Querido padre:

Le escribí a mamá hace una semana para decirle cuánto me gustaría pasar con ella mis vacaciones de Pascua en Mallorca. Hasta ahora no me ha contestado la carta, pero supongo que pronto lo va a hacer. Espero que así lo haga porque las vacaciones empiezan el jueves.

Me temo que te vas a enojar otra vez por el tema de la cuenta, pero cuando vuelva en primavera voy a empezar de cero y me mantendré en contacto para contarte qué va pasando.

Con amor,

Stephen

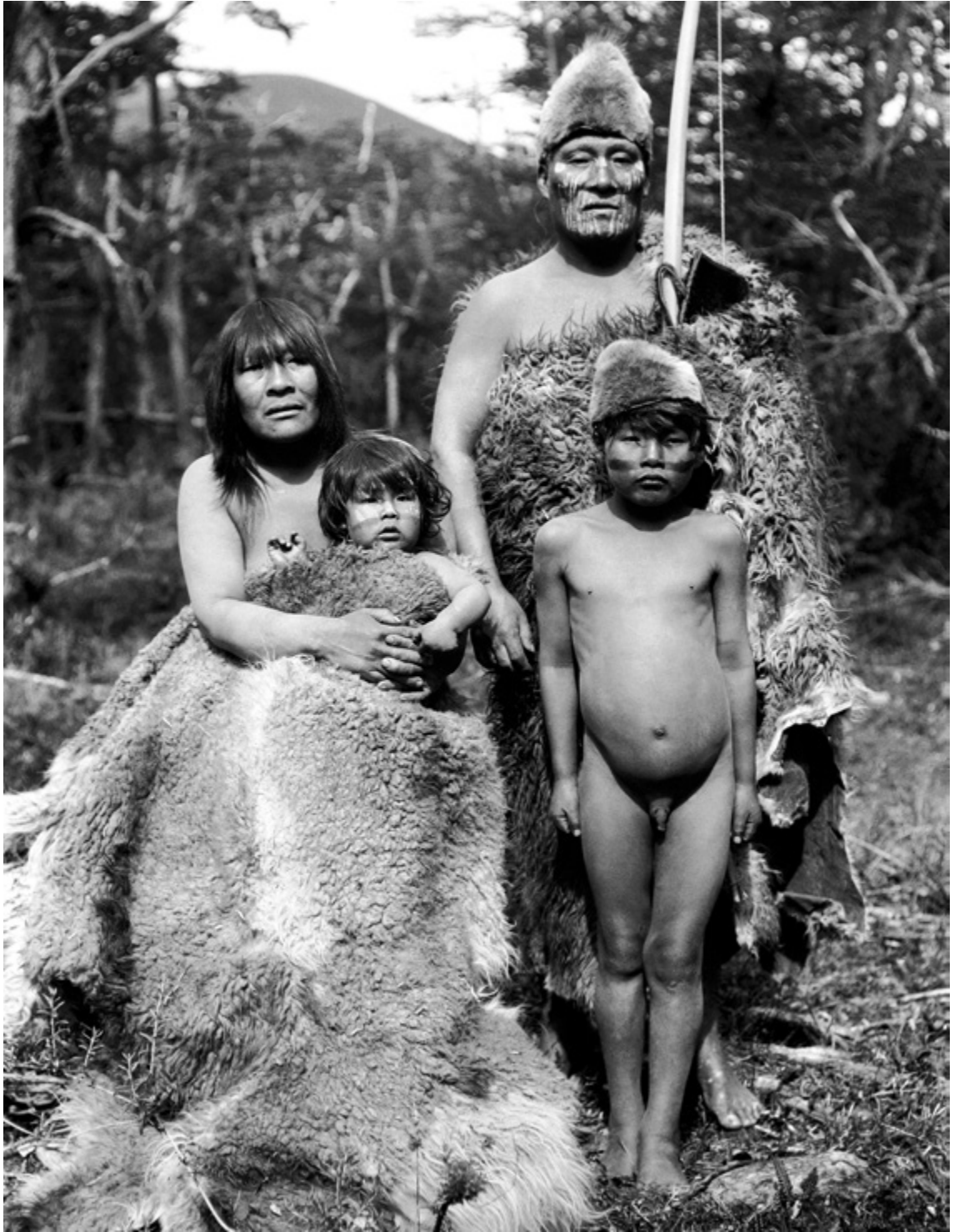
PD: Si mamá no contesta, ¿qué hago?

Traducción: Gabriela Mocca.



Virginia Moriconi (1924-1987)

Novelista y cuentista nacida en Nueva York bajo el nombre Virginia Frantz Hathaway. Publicó su primera novela en 1947, *The Distant Trojan*. En 1960 se trasladó a Italia, donde se casó con el pintor Angelo Moriconi y permaneció el resto de su vida.



Una familia selk'nam. Foto: Martín Gusinde, 1919.

De paraísos e infiernos

(un acercamiento al mundo de Ananké Asseff)

Valeria González

A través de distintos procedimientos visuales, la obra de Asseff ofrece una variedad de posibilidades para pensar la violencia: como iconografía sexual, como encarnadura social y como miedo. Para Asseff, la violencia es una pasión sin objeto definido pero cuya persistencia frente a ese vacío organiza las conductas colectivas. Este ensayo fue escrito como introducción al libro Ananké Asseff. Obra 1999-2012 (Ediciones Larrivière, 2012), por la curadora y crítica de arte Valeria González.

I

*Verdadero también era el ultraje que
había padecido; solo eran falsas
las circunstancias, la hora y uno
o dos nombres propios.*

Jorge Luis Borges, “Emma Zunz” (1949).

Lo más interesante que se originó en el cruce entre arte conceptual y feminismo a principios de los setenta no fue la larga cadena iconográfica de mujeres disfrazadas de hombres, o con añadidos fálicos. Reversiones especulares que en vez de desplazar reforzaban el estereotipo social que asigna la identidad sexual a un destino anatómico, transposiciones de atributos que no modificaban la concepción binaria de la diferencia de género. Lo más interesante se originó en aquellas pocas obras que estudiaron la historia de la representación visual occidental como un lugar de reparto desigual de roles, un dispositivo basado en la distinción de un sujeto autor que mira y un objeto de atención.

La teoría acerca de la mirada masculina (y su contraparte, la *objetificación* sexual de la mujer), proveniente de los estudios feministas sobre el cine aportaron a las artistas un marco metodológico.

Las primeras obras exhibidas de Ananké Asseff revelan una inequívoca adscripción a esta línea histórica conceptual. La artista irrumpió a fines de los noventa en el escenario artístico local con una producción sorprendentemente madura y decidida. Algunas de las imágenes que luego agru-

paría bajo el título *P.B.* se valen de motivos de violencia sexual para arrojar sospechas éticas sobre la mirada. “Prohibido violar” reza una leyenda que la artista sostiene frente a la cámara. Si algo se me prohíbe, dijo Spinoza con provocativo sentido común, es porque *puedo* hacerlo. La prohibición hace ingresar la amenaza de violación dentro de la escena. A la par que el personaje ensaya de ese modo, bajo la forma de un enunciado moral, una coraza protectora, se ofrece a la mirada bajo las reglas de la más absoluta disponibilidad (escala real, frontalidad). La ambigüedad de la figura, desafiante y vulnerable, se traslada al espectador, seducido y culpable. Es una imagen hermosa y tensa, certera e inquietante.

En un díptico, Ananké Asseff apareó un guante blanco y una bombacha blanca. Dos metonimias corporales, significantes desplazados que aluden a aquello que cubren: una mano anónima, un sexo femenino. Los dos elementos, contiguos, están separados; el contacto está sugerido y a la vez suspendido. Más que una reducción ideogramática del deseo sexual, el díptico evoca los rastros aislados de una investigación policial. Si la ropa interior está destinada a vestir y proteger las partes pudendas, un guante sirve para ocultar las huellas de un criminal. La estricta monocromía de la obra evoca también la voluntad de producir un blanco en la memoria. Varias de las imágenes de *P.B.* incluyen objetos que denotan la asepsia de los dispositivos médicos y científicos. En uno de los autorretratos, un vendaje opresivo es utilizado para “borrar” las evidencias anatómicas del cuerpo femenino.



“Sin título 1”. Proyecto *P.B.* Ananké Asseff, 2001.



“Sin título 6”. Proyecto *P.B.* Ananké Asseff, 2003.

En el conceptualismo feminista de los años setenta, algunas artistas pasaron del desnudo al desnudamiento, de la pose pasiva a la agresividad de la confrontación. En otra imagen de *P.B.*, Ananké Asseff, en vez de mostrarnos su espalda (ese otro lado de lo bello), nos da la espalda. La firmeza de su renuencia, casi palpable, carga de violencia nuestro mirar. Porque desde una espalda mostrada (Velázquez, Ingres, Man Ray, tantos otros...), la mujer se resuelve como objeto complaciente de la mirada deseante que la constituye. Al darnos la espalda sobre un estricto plano blanco—casi como una prisionera contra un paredón—, la mirada de la artista, fuera de campo, está presente en la imagen, como una energía contenida que en ese espacio carente de fuga rebota y nos interpela. “Miré sus ojos, su entrepierna”, escribió Marcelo Franco en una poética de la crueldad que trasunta la violencia del dominio sexual, que es también la del dispositivo de la representación¹. El lingüista Emile Benveniste descubrió que en el lenguaje hay solo dos personas, yo y tú, en acto dialógico: él (ella) es acerca *de quien* hablamos, un objeto del discurso. La tensión de la situación evocada por Franco radica en que esa entrepierna, ese cuerpo, no puede fijarse en el lugar de objeto allí donde aparecen ojos que lo miran.

1. Ver catálogo de exposición, Centro Cultural R. Rojas, Buenos Aires, 2004.

II

¿Hubo un Jardín o fue el Jardín un sueño?
Jorge Luis Borges, “Adam cast forth”
(1964)

Distintas, casi opuestas, son las espaldas que aparecen en un segundo conjunto de obras, agrupadas bajo el título *Retazos de Paraíso*. En tres fotografías, “No quiero hablar de eso”, “Retazos del paraíso #2” y “Línea de ribera”, ignorante acerca de nuestra mirada, la protagonista está en *su* mundo, fundida armoniosamente con el paisaje idílico que la rodea y contiene. Una imagen semejante constituye el punto de partida de la videoinstalación *Contemplación*, pero allí la temporalidad del soporte fílmico le permite a Asseff desdoblar el dispositivo. En la escena inicial, la mujer está sentada frente al lago de un bosque que se abre generoso a su atención. Una escena que afirma lo bello como un estadio de completitud que nos es ajeno (no de otro modo definió Walter Benjamin el aura: percibir la lejanía de un fenómeno, por más cercano que pueda estar). Si, como espectador, me mantengo a una distancia preventiva, la escena sobrevive, se sostiene. Si me acerco, un sensor activa en el video una segunda escena: la mujer se da vuelta y nos mira. Como en las narrativas mitológicas de las ninfas sorprendidas, sentimos nuestra mirada como un rapto. La proximidad es una amenaza. Sensor: censor. Somos responsables, por nuestro deseo de mirar, de haber roto esa intimidad paradisiaca.



No quiero hablar de eso. Ananké Asseff, 2009.

III

Otra cosa quiere el puñal.
Jorge Luis Borges, *El puñal* (1930)

“Potencial, Vigilia y Rueda de reconocimiento” constituyen un tercer conjunto, agrupado bajo el título genérico de *Crímenes Banales* (*). Aquí, la artista desaparece como protagonista y el tratamiento de la violencia excede sus implicancias sexuales. Ananké Asseff fotografió y filmó a personas que conviven con armas de fuego en sus casas. Sabemos que el lenguaje no representa la realidad sino que la constituye. Esta producción artística, comenzada en 2005, emerge en un momento en que la inseguridad se instala como eje discursivo de los medios de comunicación. La obra no alude a la inseguridad como fenómeno concreto sino al grado de concreción que la noción de inseguridad adquiere en cierto momento histórico como para articular la percepción de lo real en una mayoría que cruza incluso todas las diferencias de clase. La construcción discursiva de inseguridad

produce subjetividades articuladas en torno al sentimiento del miedo. Y genera comportamientos específicos. En primer lugar la diseminación capilar de las tareas de control en cada uno de los ciudadanos, y el aislamiento preventivo entre las personas (la destrucción de lazos vecinales): todo otro pasa a ser un sospechoso. En segundo lugar, el refuerzo de las conductas de adhesión a las estructuras represivas del poder: reclamos de mayor control policial, etcétera.

El tema en las obras de Asseff es la paranoia. Hay en ellas un acierto infalible en los títulos. “Potencial” y “Vigilia” remiten a estados de suspenso. El peligro está, pero no como acontecimiento, sino como hipótesis. Es la suposición de un peligro inminente lo que carga de tensión las escenas, que por otra parte están resueltas en escenarios domésticos y familiares, y según la tipología clásica del retrato. Se trata de personas de clase media y clase media alta. Según la visión socialmente estereotipada de la violencia, un arma es casi un epíteto, un “atributo natural” de un individuo marginal (o peligroso). Las



El secreto tenía que develarse. Ananké Asseff, 2011.

fotografías de Asseff son punzantes y ambiguas porque abrevan en el histórico decoro del género del retrato, nacido como expresión de las burguesías mercantiles del norte de Italia y Flandes en el siglo XV.

El lenguaje del video, en *Vigilia* nos permite percibir la lenta destilación de ese tiempo vacío y desesperante. Justo Pastor Mellado observó la analogía entre el disparo de un proyectil y el disparo fotográfico.² Los personajes se subordinan doblemente a la cercanía del arma y de la cámara que los filma. Como una suerte de guerra fría casera, la agresividad implícita en las conductas de autodefensa ritma con su inmóvil expectación el paso de la noche.

“Rueda de reconocimiento” es otro título inteligente. Porque si por un lado describe de manera literal el dispositivo policial de identificación de criminales que la instalación replica, por otro lado apunta a las asociaciones simbólicas que esta pone en juego al implicar al espectador en un juego de espejos. Allí es donde lo circular de la rueda deviene en una reversibilidad perturbadora entre víctimas y victimarios. Como en el video *Non specific threat* de Willie

Doherty, donde la articulación de la cámara que gira 360 grados y los textos en segunda persona, más que identificar a un sospechoso, nos advierten que todos (nosotros, ellos) estamos enredados en la misma trama como objetos discursivos de un sistema anónimo y ubicuo basado en la reproducción del miedo.

IV

*Reúne lo decorativo y lo despiadado,
igual que los tigres.*

Jorge Luis Borges, *Una vida de Evaristo Carriego* (1930)

Corrimientos es la palabra clave que guía la etapa más reciente en la producción de Ananké Asseff. Si en un primer momento la violencia asumía una iconografía sexual, y posteriormente una encarnadura social, en este último tramo la amenaza, el peligro —y el temor que provocan— devienen más indeterminados. *El miedo al viento* fue el nombre que utilizó la artista en una de sus últimas exposiciones. “El viento no tiene cara” afirmó Fernando Farina en el texto del catálogo³. El poder destructor de

2. Discusión en el contexto del programa Intercampos, Fundación Telefónica de Argentina, Buenos Aires, 2006.

3. Programa Arte en la torre, Fundación YPF, Buenos Aires, 2011.

las fuerzas de la naturaleza, o del reino animal, posee una lógica propia, a menudo misteriosa, y básicamente indiferente a las mediciones éticas de la cultura humana.⁴

En 2011, algunos motivos o situaciones ya presentes en ciertas fotografías, se vuelcan a nuevos formatos como la escultura y la instalación. Más allá de la sorpresa que este otro “corrimiento” pueda haber causado en un público habituado a catalogar a Ananké Asseff como “fotógrafa”, una profunda coherencia conceptual otorga unidad a las diversas piezas. La potencia amenazante de la gran ola de barro (“Sin título”, 2011) deviene de la sensación de un instante detenido o congelado, idéntico al que provoca una captura fotográfica. Si en fotografías previas, como “El secreto tenía que revelarse” o “En el ademán de conducir nubes”, la toma directa apuntaba al clímax del estallido, en esta enorme instalación, que parece no cuadrar con el espacio de la sala, el cataclismo está en suspenso, como el derramamiento de sangre en los interiores con armas de la serie *Potencial*.

También la figura masculina de “Despertando al tigre” presenta un vínculo intrínseco con la génesis fotográfica, dado que el copiado escultórico a partir de moldes sacados del natural es un procedimiento indicial⁵. El instante detenido de esa escena es, no obstante, más inquietante, más complejo, que el de la ola a punto de romper. Resulta más difícil imaginar ese momento como un fotograma de una secuencia temporal, difícil imaginar qué puede haber sucedido antes, qué sucederá después. El enfrentamiento entre el joven y el tigre se produce en un momento que es, a la vez, singular y eterno. Es un acontecimiento con peso metafísico. La familiaridad formal con las esculturas hiperrealistas de superficie símil cromado de Jeff Koons puede resultar inconducente, allí donde el artista norteamericano continúa la obviedad heredada del arte Pop. “Pensó, mientras alisaba el

negro pelaje, que aquel contacto era ilusorio y que estaban como separados por un cristal, porque el hombre vive en el tiempo, en la sucesión, y el mágico animal, en la actualidad, en la eternidad del instante”. La unidad visual y la coexistencia espacial no alcanzan para naturalizar el encuentro entre hombre y animal, que permanecen —como el señor Dahlmann y el gato negro en “El Sur” de Borges— separados por un halo invisible. No hay actitud de ataque en la fiera, no hay reacción de temor ni de alerta en el hombre. ¿Se trata de las fuerzas potenciales de un enfrentamiento que tendrá lugar o el dominio meditativo sobre lo salvaje del cuerpo durará por siempre? El tigre que despierta, ¿se halla frente al joven o es una pura proyección de su deseo?

V

Hemos hablado de la coherencia que gobierna la producción de Ananké Asseff, sea que utilice o no la fotografía. Esta coherencia no deviene de una estrategia establecida de antemano, sino a partir sino de saltos arriesgados, verdaderos momentos de “ceguera” donde el único señuelo firme es una imagen que insiste *antes* de tener significado. Para la artista la construcción de sentido es un trabajo que incluye afrontar el vacío que acecha al final de cada alumbramiento.



Valeria González (1966)

Licenciada en Historia del Arte, fotógrafa, docente y curadora. Publicó, entre otros, *El Pez, la bicicleta y la máquina de escribir* (2005) y *Como el amor* (2009), este último en colaboración con Máximo Jacoby. Desde 2016 se desempeña como directora de la Casa del Bicentenario.

4. En la década de 1960, el alemán Gerhard Richter respondió a las series de *Disasters* de Warhol, provocados por negligencias humanas, apropiándose de la noticia de una muerte causada por un desprendimiento de un témpano.

5. Duchamp supo extraer conclusiones relevantes a partir de la familiaridad entre el molde escultórico y la fotografía, tal como puede verse, sobre todo, en los años de elaboración de *Étant donnés*.

La condesa sangrienta

Alejandra Pizarnik

La mítica figura de Erszébet Báthory, aristócrata húngara del siglo XVI acusada de asesinar sangrientamente a más de seiscientas jóvenes, obra como inspiración que da lugar a una singular potencia poética. Pizarnik retoma el libro de Valentine Penrose, La comtesse Sanglante, de 1957, para componer una serie de fragmentos que funden el horror y la belleza con un lirismo estremecedor.

Introducción

*El criminal no hace la belleza;
él mismo es la auténtica belleza.*

J. P. Sartre

Valentine Penrose ha recopilado documentos y relaciones acerca de un personaje real e insólito: la condesa Báthory, asesina de 650 muchachas.

Excelente poeta (su primer libro lleva un fervoroso prefacio de Paul Éluard), no ha separado su don poético de su minuciosa erudición. Sin alterar los datos reales penosamente obtenidos, los ha refundido en una suerte de vasto y hermoso poema en prosa. La perversión sexual y la demencia de la condesa Báthory son tan evidentes que Valentine Penrose se desentiende de ellas para concentrarse exclusivamente en la belleza convulsiva del personaje.

No es fácil mostrar esta suerte de belleza. Valentine Penrose, sin embargo, lo ha logrado, pues juega admirablemente con los valores estéticos de esta tenebrosa historia. Inscribe el *reino subterráneo* de Erzébet Báthory en la sala de torturas de su castillo medieval: allí la siniestra hermosura de las criaturas nocturnas se resume en una silenciosa palidez legendaria, de ojos dementes, de cabellos del color suntuoso de los cuervos. Un conocido filósofo incluye los gritos en la categoría del silencio. Gritos, jadeos, imprecaciones, forman una “sustancia silenciosa”. La de este subsuelo es maléfica. Sentada en su trono, la condesa mira torturar y oye gritar. Sus viejas y horribles sirvientas son

figuras silenciosas que traen fuego, cuchillos, agujas, atizadores; que torturan muchachas, que luego entierran. Como el atizador o los cuchillos, esas viejas son instrumentos de una posesión. Esta sombría ceremonia tiene una sola espectadora silenciosa.

La virgen de hierro

*...parmi les rires rouges des lèvres
luisantes et les gestes monstrueux
des femmes mécaniques.*

R. Daumal

Había en Nuremberg un famoso autómeta llamado “la Virgen de hierro”. La condesa Báthory adquirió una réplica para la sala de torturas de su castillo de Csejthe. Esta dama metálica era del tamaño y del color de la criatura humana. Desnuda, maquillada, enjoyada, con rubios cabellos que llegaban al suelo, un mecanismo permitía que sus labios se abrieran en una sonrisa, que los ojos se movieran.

La condesa, sentada en su trono, contempla. Para que la “Virgen” entre en acción es preciso tocar algunas piedras preciosas de su collar. Responde inmediatamente con horribles sonidos mecánicos y muy lentamente alza los blancos brazos para que se cierren en un perfecto abrazo sobre lo que está cerca de ella —en este caso una muchacha—. La autómeta la abraza y ya nadie podrá desanudar el cuerpo vivo del cuerpo de hierro, ambos iguales en belleza. De pronto, los senos maquillados de la dama

de hierro se abren y aparecen cinco puñales que atraviesan a su viviente compañera de largos cabellos sueltos como los suyos.

Ya consumado el sacrificio, se toca otra piedra del collar: los brazos caen, la sonrisa se cierra así como los ojos, y la asesina vuelve a ser la “Virgen” inmóvil en su féretro.

Muerte por agua

Está parado. Y está parado de modo tan absoluto y definitivo como si estuviese sentado.

W. Gombrowicz

El camino está nevado, y la sombría dama arrebuja en sus pieles dentro de la carroza se había. De repente formula el nombre de alguna muchacha de su séquito. Traen a la nombrada: la condesa la muerde frenética y le clava las agujas. Poco después el cortejo abandona en la nieve a una joven herida y continúa viaje. Pero como vuelve a detenerse, la niña herida huye, es perseguida, apresada y reintroducida en la carroza, que prosigue andando aun cuando vuelve a detenerse pues la condesa acaba de pedir agua helada. Ahora la muchacha está desnuda y parada en la nieve. Es de noche. La rodea un círculo de antorchas sostenidas por lacayos impasibles. Vierten el agua sobre su cuerpo y el agua se vuelve hielo. (La condesa contempla desde el interior de la carroza). Hay un leve gesto final de la muchacha por acercarse más a las antorchas, de donde emana el único calor. Le arrojan más agua y ya se queda, para siempre de pie, erguida, muerta.

La jaula mortal

...des blessures écarlates et noires éclatent dans les chairs superbes.

Rimbaud

Tapizada con cuchillos y adornada con filosas puntas de acero, su tamaño admite un cuerpo humano; se la iza mediante una polea. La ceremonia de la jaula se despliega así:

La sirvienta Dorkó arrastra por los cabellos a una joven desnuda; la encierra en la jaula; alza la jaula. Aparece la “dama de estas ruinas”, la sonámbula vestida de blanco. Lenta y silenciosa se sienta en un escabel situado debajo de la jaula.

Rojo atizador en mano, Dorkó azuza a la prisionera quien, al retroceder —y he aquí la gracia de la jaula—, se clava por sí misma los filosos aceros mientras su sangre mana sobre la mujer pálida que la recibe impasible con los ojos puestos en ningún lado. Cuando se repone de su trance se aleja lentamente. Ha habido dos metamorfosis: su vestido blanco ahora es rojo y donde hubo una muchacha hay un cadáver.

Torturas clásicas

Fruits purs de tout outrage et vierges de gerçures.

Dont la chair lisse et ferme appelait les morsures!.

Baudelaire

Salvo algunas interferencias barrocas—tales como la “Virgen de hierro”, la muerte por agua o la jaula— la condesa adhería a un estilo de torturar monótonamente clásico que se podría resumir así:

Se escogían varias muchachas altas, bellas y resistentes—su edad oscilaba entre los 12 y los 18 años- y se las arrastraba a la sala de torturas en donde esperaba, vestida de blanco en su trono, la condesa. Una vez maniatadas, las sirvientas las flagelaban hasta que la piel del cuerpo se desgarraba y las muchachas se transformaban en *llagas tumefactas*; les aplicaban los atizadores enrojecidos al fuego; les cortaban los dedos con tijeras o cizallas; les punzaban las llagas; les practicaban incisiones con navajas (si la condesa se fatigaba de oír gritos les cosían la boca; si alguna joven se desvanecía demasiado pronto se la auxiliaba haciendo arder entre sus piernas papel embebido en aceite). La sangre manaba como un géiser y el vestido blanco de la dama nocturna se volvía rojo. Y tanto, que debía ir a su aposento y cambiarlo por otro (¿en qué pensaría durante esa breve

interrupción?). También los muros y el techo se teñían de rojo.

No siempre la dama permanecía ociosa en tanto los demás se afanaban y trabajaban en torno a ella. A veces colaboraba, y entonces, con gran ímpetu, arrancaba la carne —en los lugares más sensibles— mediante pequeñas pinzas de plata, hundía agujas, cortaba la piel de entre los dedos, aplicaba a las plantas de los pies cucharas y planchas enrojadas al fuego, fustigaba (en el curso de un viaje ordenó que mantuvieran de pie a una muchacha que acababa de morir y continuó fustigándola aunque estaba muerta); también hizo morir a varias con agua helada (un invento de su hechicera Darvulia consistía en sumergir a una muchacha en agua fría y dejarla en remojo toda la noche). En fin, cuando se enfermaba las hacía traer a su lecho y las mordía.

Durante sus crisis eróticas, escapaban de sus labios palabras procaces destinadas a las suplicadas. Imprecaciones soeces y gritos de loba eran sus formas expresivas mientras recorría, enardecida, el tenebroso recinto. Pero nada era más espantoso que su risa. (Resumo: el castillo medieval; la sala de torturas; las tiernas muchachas; las viejas y horrendas sirvientas; la hermosa alucinada riendo desde su maldito éxtasis provocado por el sufrimiento ajeno.)

... sus últimas palabras, antes de deslizarse en el desfallecimiento concluyente, eran: “Más, todavía más, más fuerte!”.

No siempre el día era inocente, la noche culpable. Sucedió que jóvenes costureras aportaban, durante las horas diurnas, vestidos para la condesa, y esto era ocasión de numerosas escenas de crueldad. Infaliblemente, Dorkó hallaba defectos en la confección de las prendas y seleccionaba a dos o tres culpables (en ese momento los ojos lóbregos de la condesa se ponían a relucir). Los castigos a las costureritas —y a las jóvenes sirvientas en general— admitían variantes. Si la condesa estaba en uno de sus excepcionales días de bondad, Dorkó se limitaba a desnudar a las culpables que continuaban trabajando desnudas, bajo la mirada de la condesa, en los aposentos llenos de gatos negros.



Copia del único retrato conocido de Erszébet Báthory, c. 1580.

Las muchachas sobrellevaban con penoso asombro esta condena indolora pues nunca hubieran creído en su posibilidad real. Oscuramente, debían de sentirse terriblemente humilladas pues su desnudez las ingresaba en una suerte de tiempo animal realzado por la presencia “humana” de la condesa perfectamente vestida que las contemplaba. Esta escena me llevó a pensar en la Muerte —la de las viejas alegorías; la protagonista de la Danza de la Muerte—. Desnudar es propio de la Muerte. También lo es la incesante contemplación de las criaturas por ella desposeídas. Pero hay más: el desfallecimiento sexual nos obliga a gestos y expresiones del morir (jadeos y estertores como de agonía; lamentos y quejidos arrancados por el paroxismo). Si el acto sexual implica una suerte de muerte, Erzébet Báthory necesitaba de la muerte visible, elemental, grosera, para poder, a su vez, morir de esa muerte figurada que viene a ser el orgasmo. Pero, ¿quién es la Muerte? Es la Dama que asola y agosta cómo y dónde quiere. Sí, y además es una definición posible de la condesa Báthory. Nunca nadie no quiso de tal modo envejecer, esto es: morir. Por eso, tal vez, representaba y encarnaba a la Muerte. Porque, ¿cómo ha de morir la Muerte?

Volvemos a las costureritas y a las sirvientas. Si Erzébet amanecía irascible, no se conformaba con cuadros vivos, sino que:

A la que había robado una moneda le pagaba con la misma moneda... enrojecida al fuego, que la niña debía apretar dentro de su mano. A la que había conversado mucho en horas de trabajo, la misma condesa le cosía la boca o, contrariamente, le abría la boca y tiraba hasta que los labios se desgarraban. También empleaba el atizador, con el que quemaba, al azar, mejillas, senos, lenguas... Cuando los castigos eran ejecutados en el aposento de Erzébet, se hacía necesario, por la noche, esparcir grandes cantidades de ceniza en derredor del lecho para que la noble dama atravesara sin dificultad las vastas charcas de sangre.

La fuerza de un nombre

*Et la folie et la froideur erraient sans
but dans la maison.*

Milosz

El nombre Báthory —en cuya fuerza Erzébet creía como en la de un extraordinario talismán— fue ilustre desde los comienzos de Hungría. No es casual que el escudo familiar ostentara los dientes del lobo, pues los Báthory eran crueles, temerarios y lujuriosos. Los numerosos casamientos entre parientes cercanos colaboraron, tal vez, en la aparición de enfermedades e inclinaciones hereditarias: epilepsia, gota, lujuria. Es probable que Erzébet fuera epiléptica ya que le sobrevenían crisis de posesión tan imprevistas como sus terribles dolores de ojos y sus jaquecas (que conjuraba posándose una paloma herida pero viva sobre la frente).

Los parientes de la condesa no desmerecían la fama de su linaje. Su tío Istvan, por ejemplo, estaba tan loco que confundía el verano con el invierno, haciéndose arrastrar en trineo por las ardientes arenas que para él eran caminos nevados; o su primo Gábor, cuya pasión incestuosa fue correspondida por su hermana. Pero la más simpática era la célebre tía Klara. Tuvo cuatro maridos (los dos primeros fueron asesinados por ella) y murió de su propia muerte folleti-

nesca: un bajá la capturó en compañía de su amante de turno: el infortunado fue luego asado en una parrilla. En cuanto a ella, fue violada —si se puede emplear este verbo a su respecto— por toda la guarnición turca. Pero no murió por ello, al contrario, sino porque sus secuestradores —tal vez exhaustos de violarla— la apuñalaron. Solía recoger a sus amantes por los caminos de Hungría y no le disgustaba arrojarle sobre algún lecho en donde, precisamente, acababa de derribar a una de sus doncellas.

Cuando la condesa llegó a la cuarentena, los Báthory se habían ido apagando y consumiendo por obra de la locura y de las numerosas muertes sucesivas. Se volvieron casi sensatos, perdiendo por ello el interés que suscitaban en Erzébet. Cabe advertir que, al volverse la suerte contra ella, los Báthory, si bien no la ayudaron, tampoco le reprocharon nada.

Un marido guerrero

*Cuando el hombre guerrero me encerraba
en sus brazos era un placer para mí...*

Elegía anglosajona s. VIII

En 1575, a los 15 años de edad, Erzébet se casó con Ferencz Nadasdy, guerrero de extraordinario valor. Este *coeur simple* nunca se enteró de que la dama que despertaba en él un cierto amor mezclado de temor era un monstruo. Se le allegaba durante las treguas bélicas impregnado del olor de los caballos y de la sangre derramada —aún no habían arraigado las normas de higiene—, lo cual emocionaría activamente a la delicada Erzébet, siempre vestida con ricas telas y perfumada con lujosas esencias.

Un día en que paseaban por los jardines del castillo, Nadasdy vio a una niña desnuda amarrada a un árbol; untada con miel, moscas y hormigas la recorrían y ella sollozaba. La condesa le explicó que la niña estaba expiando el robo de un fruto. Nadasdy rió candorosamente, como si le hubiera contado una broma.

El guerrero no admitía ser importunado con historias que relacionaban a su mujer con mordeduras, agujas, etc. Grave error:

ya de recién casada, durante esa crisis cuya fórmula era el secreto de los Báthory, Erzébet pinchaba a sus sirvientas con largas agujas; y cuando, vencida por sus terribles jaquecas, debía quedarse en cama, les mordía los hombros y masticaba los trozos de carne que habían podido extraer. Mágicamente, los alaridos de las muchachas le calmaban los dolores. Pero estos son juegos de niños —o de niñas—. Lo cierto es que en vida de su esposo no llegó al crimen.

El espejo de la melancolía

¡Todo es espejo!
Octavio Paz

Vivía delante de su gran espejo sombrío, el famoso espejo cuyo modelo había diseñado ella misma... Tan confortable era que presentaba unos salientes en donde apoyar los brazos de manera de permanecer muchas horas frente a él sin fatigarse. Podemos conjeturar que habiendo creído diseñar un espejo, Erzébet trazó los planos de su morada. Y ahora comprendemos por qué solo la música más arrebatadoramente triste de su orquesta de gitanos o las riesgosas partidas de caza o el violento perfume de las hierbas mágicas en la cabaña de la hechicera o —sobre todo— los subsuelos anegados de sangre humana, pudieron alumbrar en los ojos de su perfecta cara algo a modo de mirada viviente. Porque nadie tiene más sed de tierra, de sangre y de sexualidad feroz que estas criaturas que habitan los fríos espejos. Y a propósito de espejos: nunca pudieron aclararse los rumores acerca de la homosexualidad de la condesa, ignorándose si se trataba de una tendencia inconsciente o si, por lo contrario, la aceptó con naturalidad, como un derecho más que le correspondía. En lo esencial, vivió sumida en su ámbito exclusivamente femenino. No hubo sino mujeres en sus noches de crímenes. Luego, algunos detalles, son obviamente reveladores: por ejemplo, en la sala de torturas, en los momentos de máxima tensión, solía introducir ella misma un cirio ardiente en el sexo de la víctima. También hay testimo-

nios que dicen de una lujuria menos solitaria. Una sirvienta aseguró en el proceso que una aristocrática y misteriosa dama vestida de mancebo visitaba a la condesa. En una ocasión las descubrió juntas, torturando a una muchacha. Pero se ignora si compartían otros placeres que los sádicos. Continúo con el tema del espejo. Si bien no se trata de explicar a esta siniestra figura, es preciso detenerse en el hecho de que padecía el mal del siglo XVI: la melancolía. Un color invariable rige al melancólico: su interior es un espacio de color de luto; nada pasa allí, nadie pasa. Es una escena sin decorados donde el yo inerte es asistido por el yo que sufre por esa inercia. Este quisiera liberar al prisionero, pero cualquier tentativa fracasa como hubiera fracasado Teseo si, además de ser él mismo, hubiese sido, también, el Minotauro; matarlo, entonces, habría exigido matarse. Pero hay remedios fugitivos: los placeres sexuales, por ejemplo, por un breve tiempo pueden borrar la silenciosa galería de ecos y de espejos que es el alma melancólica. Y más aún: hasta pueden iluminar ese recinto enlutado y transformarlo en una suerte de cajita de música con figuras de vivos y alegres colores que danzan y cantan deliciosamente. Luego, cuando se acabe la cuerda, habrá que retornar a la inmovilidad y al silencio. La cajita de música no es un medio de comparación gratuito. Creo que la melancolía es, en suma, un problema musical: una disonancia, un ritmo trastornado. Mientras afuera todo sucede con un ritmo vertiginoso de cascada, adentro hay una lentitud exhausta de gota de agua cayendo de tanto en tanto. De allí que ese afuera contemplado desde el adentro melancólico resulte absurdo e irreal y constituya “la farsa que todos tenemos que representar”. Pero por un instante —sea por una música salvaje, o alguna droga, o el acto sexual en su máxima violencia—, el ritmo lentísimo del melancólico no solo llega a acordarse con el del mundo externo, sino que lo sobrepasa con una desmesura indeciblemente dichosa; y el yo vibra animado por energías delirantes. Al melancólico el tiempo se le manifiesta como suspensión del transcurrir —en verdad, hay un transcurrir, pero su

lentitud evoca el crecimiento de las uñas de los muertos— que precede y continúa a la violencia fatalmente efímera. Entre dos silencios o dos muertes, la prodigiosa y fugaz velocidad, revestida de variadas formas que van de la inocente ebriedad a las perversiones sexuales y aun al crimen. Y pienso en Erzébet Báthory y en sus noches cuyo ritmo medían los gritos de las adolescentes. El libro que comento en estas notas lleva un retrato de la condesa: la sombría y hermosa dama se parece a la alegoría de la melancolía que muestran los viejos grabados. Quiero recordar, además, que en su época una melancólica significaba una poseída por el demonio.

Magia negra

*Et qui tue le soleil pour installer
le royaume de la nuit noire.*

Artaud

La mayor obsesión de Erzébet había sido siempre alejar a cualquier precio la vejez. Su total adhesión a la magia negra tenía que dar por resultado la intacta y perpetua conservación de su “divino tesoro”. Las hierbas mágicas, los ensalmos, los amuletos, y aún los baños de sangre, poseían, para la condesa, una función medicinal: inmovilizar su belleza para que fuera eternamente *comme un rêve de pierre*. Siempre vivió rodeada de talismanes. En sus años de crimen se resolvió por un talismán único que contenía un viejo y sucio pergamino en donde estaba escrita, con tinta especial, una plegaria destinada a su uso particular. Lo llevaba junto a su corazón, bajo sus lujosos vestidos, y en medio de alguna fiesta lo tocaba subrepticamente. Traduzco la plegaria:

Isten, ayúdame; y tú también, nube que todo lo puede. Protégeme a mí, Erzébet, y dame una larga vida. Oh nube, estoy en peligro. Envíame noventa gatos, pues tú eres la suprema soberana de los gatos. Ordénales que se reúnan viniendo de todos los lugares donde moran, de las montañas, de las aguas, de los ríos, del agua de los

techos y del agua de los océanos. Diles que vengan rápido a morder el corazón de... y también el corazón de... y el de... Que desgarran y muerdan también el corazón de Megyery el Rojo. Y guarda a Erzébet de todo mal.

Los espacios eran para inscribir los nombres de los corazones que habrían de ser mordidos.

Fue en 1604 que Erzébet quedó viuda y que conoció a Darvulia. Este personaje era, exactamente, *la hechicera del bosque*, la que nos asustaba desde los libros para niños. Viejísimas, colérica, siempre rodeada de gatos negros, Darvulia correspondió a la fascinación que ejercía en Erzébet pues en los ojos de la bella encontraba una nueva versión de los poderes maléficos encerrados en los venenos de la selva y la nefasta *insensibilidad de la luna*. La magia negra de Darvulia se inscribió en el negro silencio de la condesa: *la inició en los juegos más crueles; le enseñó a mirar morir y el sentido de mirar morir*; la animó a buscar la muerte y la sangre en un sentido literal, esto es: a quererlas por sí mismas, sin temor.

Baños de sangre

*Si te vas a bañar, Juanilla,
dime a cuáles baños vas.*

Cancionero de Upsala

Corría este rumor: desde la llegada de Darvulia, la condesa, para preservar su lozanía, tomaba baños de sangre humana. En efecto, Darvulia, como buena hechicera, creía en los poderes reconstitutivos del “fluido humano”. Ponderó las excelencias de la sangre de muchachas —en lo posible vírgenes— para someter al demonio de la decrepitud y la condesa aceptó este remedio como si se tratara de baños de asiento. De este modo, en la sala de torturas, Dorkó se aplicaba a cortar venas y arterias; la sangre era recogida en vasijas y, cuando las dadores ya estaban exangües, Dorkó vertía el rojo y tibio líquido sobre el cuerpo de la condesa que esperaba tan tranquila, tan blanca, tan erguida, tan silenciosa.

A pesar de su invariable belleza, el tiempo infligió a Erzébet algunos de los signos vulgares de su transcurrir. Hacia 1610, Darvulia había desaparecido misteriosamente, y Erzébet, que frisaba la cincuentena, se lamentó ante su nueva hechicera de la ineficacia de los baños de sangre. En verdad, más que lamentarse amenazó con matarla si no detenía inmediatamente la propagación de las execradas señales de la vejez. La hechicera dedujo que esa ineficacia era causada por la utilización de sangre plebeya. Aseguró —o auguró— que, trocando la tonalidad, empleando sangre azul en vez de roja, la vejez se alejaría corrida y avergonzada. Así se inició en la caza de hijas de gentilhombres. Para atraerlas, las secuaces de Erzébet argumentaban que la Dama de Csejthe, sola en su desolado castillo, no se resignaba a su soledad. ¿Y cómo abolir la soledad? Llenando los sombríos recintos con niñas de buenas familias a las que, en pago de su alegre compañía, les daría lecciones de buen tono, les enseñaría cómo comportarse exquisitamente en sociedad. Dos semanas después, de las veinticinco “alumnas” que corrieron a aristocratizarse no quedaban sino dos: una murió poco después, exangüe; la otra logró suicidarse.

El castillo de Csejthe

Le chemin de rocs est semé de cris sombres.
P. J. Jouve

Castillo de piedras grises, escasas ventanas, torres cuadradas, laberintos subterráneos, castillo emplazado en la colina de rocas, de hierbas ralas y secas, de bosques con fieras blancas en invierno y oscuras en verano, castillo que Erzébet Báthory amaba por su funesta soledad de muros que ahogaban todo grito. El aposento de la condesa, frío y mal alumbrado por una lámpara de aceite de jazmín, olía a sangre así como el subsuelo a cadáver. De haberlo querido, hubiera podido realizar su “gran obra” a la luz del día y diezmar muchachas al sol, pero le fascinaban las tinieblas del laberinto que tan bien se acordaban a su *terrible erotismo de piedras,*

de nieve y de murallas. Amaba el laberinto, que significa el lugar típico donde tenemos miedo; el viscoso, el inseguro espacio de la desprotección y del extraviarse.

¿Qué hacía de sus días y de sus noches en la soledad de Csejthe?

Sabemos algo de sus noches. En cuanto a sus días, la bellísima condesa no se separaba de sus dos viejas sirvientas, dos escapadas de alguna obra de Goya: las sucias, malolientes, increíblemente feas y perversas Dorkó y Jóna. Estas intentaban divertirla hasta con historias domésticas que ella no entendía, si bien necesitaba de ese continuo y deleznable rumor. Otra manera de matar el tiempo consistía en contemplar sus joyas, mirarse en su famoso espejo y cambiarse quince trajes por día. Dueña de un gran sentido práctico, se preocupaba de que las prisiones del subsuelo estuvieran siempre bien abastecidas; pensaba en el porvenir de sus hijos —que siempre residieron lejos de ella— administraba sus bienes con inteligencia y se ocupaba, en fin, de todos los pequeños detalles que rigen el orden profano de los días.

Medidas severas

*...la loi, froide par elle-même,
ne saurait être accessible aux
passions qui peuvent légitimer
la cruelle action du meurtre.*

Sade

Durante seis años la condesa asesinó impunemente. En el transcurso de esos años no habían cesado de correr los más tristes rumores a su respecto. Pero el nombre Báthory, no solo ilustre sino activamente protegido por los Habsburgo, atemorizaba a los probables denunciadores.

Hacia 1610 el rey tenía más siniestros informes —acompañados de pruebas— acerca de la condesa. Después de largas vacilaciones decidió tomar severas medidas. Encargó al poderoso palatino Thurzó que indagara los luctuosos hechos de Csejthe y castigase a la culpable.

En compañía de sus hombres armados, Thurzó llegó al castillo sin anunciarse. En el

subsuelo, desordenado por la sangrienta ceremonia de la noche anterior, encontró un bello cadáver mutilado y dos niñas en agonía. No es esto todo. Aspiró el olor a cadáver; miró los muros ensangrentados; vio “la Virgen de hierro”, la jaula, los instrumentos de tortura, las vasijas con sangre reseca, las celdas —y en una de ellas a un grupo de muchachas que aguardaban su turno para morir y que le dijeron que después de muchos días de ayuno les habían servido una cierta carne asada que había pertenecido a los hermosos cuerpos de sus compañeras muertas...

La condesa, sin negar las acusaciones de Thurzó, declaró que “todo aquello era su derecho de mujer noble y de alto rango”. A lo que respondió el palatino: “...te condeno a prisión perpetua dentro de tu castillo”.

Desde su corazón, Thurzó se diría que había que decapitar a la condesa, pero un castigo tan ejemplar hubiese podido suscitar la reprobación no solo respecto a los Báthory sino a los nobles en general. Mientras tanto, en el aposento de la condesa fue hallado un cuadernillo cubierto por su letra con los nombres y las señas particulares de sus víctimas que allí sumaban 610... En cuanto a los secuaces de Erzsébet, se los procesó, confesaron hechos increíbles, y murieron en la hoguera.

La prisión subía en torno suyo. Se muraron las puertas y las ventanas de su aposento. En una pared fue practicada una ínfima ventanilla por donde poder pasarle los alimentos. “Y cuando todo estuvo terminado erigieron cuatro patíbulos en los ángulos del castillo para señalar que allí vivía una condenada a muerte”.

Así vivió más de tres años, casi muerta de frío y de hambre. Nunca demostró arrepentimiento. Nunca comprendió por qué la condenaron. El 21 de agosto de 1614, un cronista de la época escribía: “Murió al anochecer; abandonada de todos”.

Ella no sintió miedo, no tembló nunca. Entonces, ninguna compasión ni emoción ni admiración por ella. Solo un quedar en suspenso en el exceso del horror, una fascinación por un vestido blanco que se vuelve rojo, por la idea de un absoluto desgarramiento, por la evocación de un silencio constelado de gritos en donde todo es la imagen de una belleza inaceptable.

Como Sade en sus escritos, como Gilles de Rais en sus crímenes, la condesa Báthory alcanzó, más allá de todo límite, el último fondo del desenfreno. Ella es una prueba más de que la libertad absoluta de la criatura humana es horrible.



Alejandra Pizarnik

(1936-1972)

Emblemática escritora argentina y figura de culto de las letras hispanas. Su poesía se caracteriza por un hondo intimismo, estilo personal que la posicionó entre las escritoras latinoamericanas más importantes del siglo XX. “La condesa sangrienta” fue publicado por primera vez en la revista *Testigo*, en 1966.



“Espíritu” del Hain, llamado shoort. Castigaba a las mujeres que no obedecían a sus maridos. Foto Martín Gusinde, 1923.

La sierra

Héctor A. Murena

Entre las infinitas posibilidades que ofrece la ficción, está la de producir imágenes capaces de llevarnos al borde del abismo del terror. Así sucede en este relato de Murena, reescritura del atroz episodio del sacrificio de Abraham narrado en el capítulo 22 del Libro de Génesis, publicado por primera vez en una antología de 1971.

Pende, inmóvil, en el aire. Las moscas revolotean con lentitud en torno a ella, se le posan encima, obstinadas, como si se tratara de algo vivo, un león viejo, incapaz de defenderse, cuya muerte próxima presintieran. Pero no es nada vivo. Aunque está. Y nunca resulta vano que esté allí donde está. Rudimentario arco de hierro, casi rectangular, su tensor es una hoja de acero con dientes pequeños, apenas separados entre sí. Un mango de madera oscura ofrece al puño humano la posibilidad de aferrarla, indica su disposición a servir. Si careciese de mango, saltaría a la vista su índole atroz; el mango vela lo perturbador, insinúa que ha sido domado, que el hombre lo maneja según le da la gana. Podría tener más madera, sin embargo, una estructura completa de madera en la que encajasen los dientes de acero, igual que otros ejemplares de su especie. No la tiene. Es de hierro fundido; hierro y acero. Mineral arrancado del centro de la tierra, sometido al fuego, al agua, al mazo, se retorció, renuente a la consistencia y la forma requeridas, para caer otra vez entre los golpes, las llamas, el agua; chirrió, silbó, antes de llegar a ser el ciego pez de grandes profundidades, quieto, impávido, que es. Pero ahora su presencia altera el orden de las cosas; su presión es un desorden que, en verdad, postula un orden nuevo, no siempre reprimible, amenazador. Cuelga de un garfio que arranca de una varilla paralela al suelo, sostenida por cuatro picas verticales. De la misma varilla salen otros once garfios; ensartados en ellos hay trozos de carne de tamaños diversos,

de color escarlata, grisáceo, con vetas y capas marfileñas de grasa, vísceras, aves sin plumas, atravesadas por la piel del cogote. Abajo, sobre una plancha de mármol blanco cubierta de astillas de hueso y migajas de carne, se aplasta un enorme hígado con destellos de tornasol y yace, rígido, un cabrito al que le arrancaron la piel, en cuyos grandes ojos patéticos parece concentrarse el dolor de todo el mundo degradado.

Tal es el ámbito que rodea a la sierra: violencia, mutilación, sangre, tortura, crimen; crimen, aunque el hábito haga que así no lo sienta la raza que lo practica. Se la podría arrancar de allí, despojarla de la historia que se le ha pegoteado, sumirla de improviso en la soledad; no tardaría en volver a congregarse la sangre en torno a sí, la criaría ineluctablemente, la destrucción acudiría a envolverla como acuden los sueños al dormido. No lo ignoran, en lo recóndito de sus mentes, los hombres, cuando procuran mantenerla ceñida entre víctimas animales. Pues, ¿hasta dónde, cómo penetraría en el reino de lo humano, si no existiera ese cerco?

A pocos metros, en la amplia gradería de madera sin pintar apoyada contra una de las paredes laterales, se apiña un conjunto singular. Cabelleras verdes, de rizos dulces, muy encarrujadas; otras, negruzcas, lacias, duras; esferas de piel dorada y quebradiza bajo la cual se vislumbra una carne lechosa; conos con la superficie cubierta de placas violáceas, semejantes a máquinas de guerra; otros conos, más delgados, largos, reptiles rojizos, de cola verde y amarillenta;

pilas de cuerpos de color terroso, de contorno craso y variado, como guijarros que el mar tira sobre una playa. Aplastada en sus fibras, en su linfa, en sus círculos puros, y aún cantando en sus colores, agradeciendo cualquier forma, la muda tribu de los vegetales acaso revela clamorosamente que la impotencia y la resignación explican el áureo secreto de toda sabiduría.

Bajo el húmedo anochecer de verano solo las moscas se agitan, zumban en ese cubículo progresivamente ganado por las sombras.



Alguien entra entonces. Procede de las habitaciones que deben extenderse más allá del local. Alguien no ajeno, por consiguiente; pero se mueve como si lo fuera: no con la confianza de quien anda entre lo suyo y descuenta la pertinencia, la necesidad, incluso, de su persona allí, sino en puntas de pie, deslizándose, deseoso de una existencia de ingravidez igual a la de la mota de polvo que no altera el equilibrio de la balanza. No es un ladrón: es un niño.

Tendrá cinco, seis años: ha aprendido que para el código de los adultos todo lo que no sea permanecer inmóvil o hacer lo que ellos quieren, adularlos, en fin, resulta ilegal, punible, por el propio bien de los niños, según dicen. En cuanto a él, si se considera su cautela, no parece tener ahora en vista precisamente su propio bien.

El cuerpito cubierto por una blusa astrosa y un pantalón azul roto en las asentaderas, avanza con timidez. Se decide por encaminarse hacia la izquierda y al llegar al extremo del mostrador se agacha bajo la plancha de mármol, se pone en cuclillas y empieza a amasar una montañita con el aserrín que cubre el piso. ¿Era eso todo? No: tras unos instantes la cabeza se yergue y mira con lentitud en torno a sí, desentendida de la labor de las manos, cuyo movimiento resulta de pronto un pretexto al descubierto. El mechón de pelo color de miel que le cae sobre la frente acentúa con su sombra el brillo casi rapaz de los ojos: la linda bestezuela sabe que donde se inicia la libertad empieza el riesgo, y aunque no ve a nadie su olfato desconfía, la hace actuar como si se hallase rodeada. Pero no hay nadie. Sin embargo, sigue hurgando el aserrín. Tanta paciencia revela su increíble obstinación.

Se ha puesto de pie, al cabo; marcha hacia otro lado del mostrador; mira cada cosa; se mueve como si ignorase qué busca. Sus ojos se clavan en la sierra, colgada en lo alto: tal vez descubra en ella un emblema y sueñe con empuñarla algún día, agitarla majestuosamente, conquistar con ella el mando de vastos ejércitos. Ahora está demasiado lejos, es demasiado grande; si se la pusiesen de súbito entre las manos acaso retrocedería de miedo. De tal modo ha terminado por llegar al otro extremo de la mesa de operaciones. Entonces su actitud abruptamente cambia. Desaparecen las miradas y los movimientos inútiles, el aire irresoluto. Da cuatro rápidos pasitos por el entablado hasta quedar junto a una banqueta que tenía frente a sí al entrar: es sin duda su presa. Como un ladrón, ha recorrido un círculo íntegro de disimulo antes de lanzarse sobre ella. La aferra por las patas; la arrastra junto al mostrador; se trepa; estira los brazos

hasta una caja de madera colocada sobre el mármol; hace girar la llave del cajón; lo abre: está colmado de relucientes discos de metal y de rectángulos de papel, rojos, verdes, marrones. También como un ladrón se ha precipitado sobre el dinero; pero no para robar; para jugar, aunque quizás en los ladrones tampoco haya más que la alucinación de un aventurado juego.

Juega; hunde los dedos entre las monedas. Es posible que se oculte en ello algo malo, vicioso, perverso, destructor, condenable; la verdad es que el niño está ahora más hermoso que nunca; con esa seriedad concentrada de las experiencias espirituales que hacen olvidar la existencia física, tiene la cara iluminada y trágica que deben de tener los poetas en los momentos de visión. Juega, tira del cajón hacia afuera, desea escudriñar todo, tocar todo. Tira más, más. Y de pronto el cajón se le escapa, se precipita al suelo; tras el golpe estrepitoso, los billetes se esparcen, las monedas ruedan por doquier. Consternado, el niño desciende con celeridad de la banqueta; de rodillas en el piso, recoge el dinero, intenta reparar el desastre.

No ha advertido que desde hace un par de instantes una figura detenida en el umbral de la puerta trasera lo observa.

Pero las luces se encienden; él, estupefacto, se vuelve y ve. El hombre alto y corpulento tiene su enorme abdomen cubierto por un delantal blanco con manchas; los brazos, tensos a ambos lados del cuerpo, son gruesos y velludos; el rostro brutal ostenta unos bigotes negros cuyas guías descienden hasta las comisuras de los labios. Cuando se miran, resulta evidente que esta incidencia tiene una larga historia; es una vieja matadura que acaba de quedar de nuevo en carne viva.

En silencio, el hombre avanza hacia el niño; este se pone de pie y retrocede, por lo cual el hombre acelera el paso; la víctima coopera así siempre con el victimario, provocándolo con sus reacciones de defensa. La diferencia natural entre los colores de los dos semblantes aumenta: a medida que el niño palidece —hasta que no le quedan más que dos círculos rosados en el borde de los párpados—, la cara del hombre se llena de sangre. Como si pensara, la cólera crece

en él manifiestamente. Pero no piensa. Ha acorralado al niño contra el mostrador y mantiene fijos en él sus llameantes ojos. Pero no lo ve. Y resultaría quizás estremecedor ver lo que está viendo allí donde se halla el niño. Por lo demás, su aspecto, con las venas del cuello hinchadas, la cara apoplética, cianótica, se torna alarmante. Si no hace algo, va a estallar. ¿Y qué hará? El niño se ha echado a temblar. Si esa mole gritara, si rugiese, el nudo de tensión se disolvería. No grita. Solo se advierte en él un ligero vaivén de todo el cuerpo hacia ambos lados. ¿Y esas manos, esas manazas espantables? ¿Por qué no le pega con ellas? ¿Por qué no las alza y descarga sobre el niño un golpe que lo derribe sangrando, atontado, aleccionado a fondo? Sería preferible que lo hiciera; el niño lo desea en este instante. Parecería que el hombre considerase tal posibilidad. Pero la apariencia no es cierta. No puede pegarle; no puede utilizar las manos; porque no son suyas. *Él* no es *él*. Y ese horrible ser larval que ha asumido su forma no ve, no habla, o pega.

Súbitamente aferra —con una sola mano, la izquierda— los antebrazos del niño, muy cerca de las muñecas: bajo el efecto de torniquete que esos dedos ejercen sobre sus venas las pequeñas manos se ponen moradas: así prisioneras, pegada una palma contra la otra, el hombre las fuerza a apoyarse, de canto, sobre la plancha de mármol. Como en un sueño, pero con la instintiva precisión con que se ejecutan las tareas cumplidas mil veces, el velludo brazo derecho hace lo único que acaso puede; se extiende hacia atrás, hacia arriba, hasta alcanzar el mando de la sierra; después baja empuñándola, vertical, con el filo hacia adelante.

La mujer que acaba de entrar apresuradamente por la puerta exterior no atina a dar más de tres pasos y se detiene. Queda paralizada. Se sorprendería mucho, luego, en caso de que alguien le preguntase la razón por la cual ha procedido así: pues no podría hallar ninguna. Sin embargo, la sensación que experimenta es tan avasalladora que cree tener los pies clavados al suelo.

¿Qué ve?

Nada extraordinario. Ve que el carnicero asierra las patas delanteras de un cabrito;

ve que su hijo, parado junto al mostrador, observa tal operación. Pero de esa escena vulgar emana algo indescriptiblemente atroz. Nada más natural que un niño que contempla a su padre mientras este trabaja; pero el niño no parece cosa viva, sino una estatua de cera, blanca, vaciada en el molde del horror. Nada más natural que la actividad de un carnicero que asierra un hueso; sin embargo, esta actividad no es ahora humana: el hombre asierra, asierra sin detenerse; máquina enloquecida, habrá cortado ya diez veces el hueso, despedaza la carne, pronto llegará al mármol y tampoco cejará. La mujer no reflexiona sobre tales detalles; sencillamente los percibe. En un momento se le ocurre llamarlo, hacerles notar su presencia; en seguida comprende que no lo lograría; no la ven, no la oyen; no existe para ellos, porque ellos están en otro mundo. Es esto quizá lo que le causa una impresión más fuerte. Entonces da media vuelta y huye.

El hombre prosigue aún con el ciego movimiento con el que ha destrozado casi por completo las patas delanteras del cabrito. Se detiene al fin. Como si lo abandonara una fuerza ajena que lo hubiese animado hasta ese instante, el cuerpo se le afloja, se le pone flácido, la presión de sus manos cede.

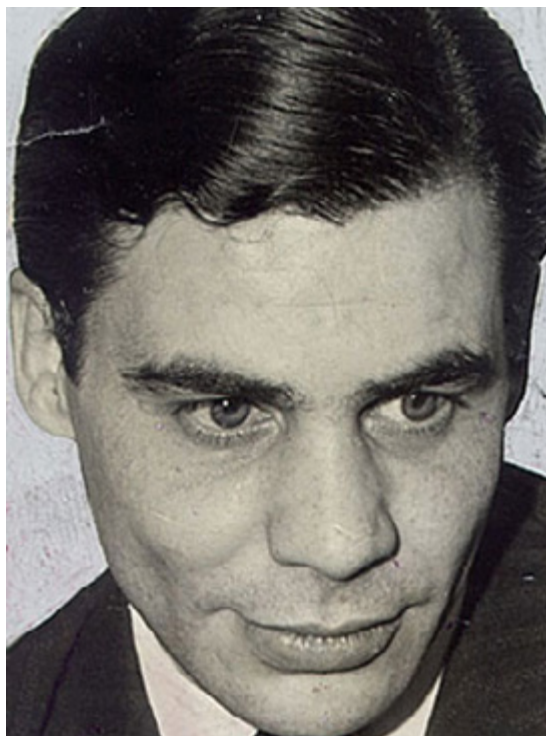
La sierra cae al suelo pesadamente.

El ruido de la sierra al chocar contra el piso arranca al niño del conjuro al que parecía sometido; sus ojos se mueven, reconocen la realidad; la sangre le afluye de improviso a la cara. Y sin tardanza se escurre por la puerta trasera.

La reacción del hombre es más curiosa; da dos o tres pasos vacilantes, de borracho, hacia la izquierda; luego se sienta en el suelo, se tapa la cara con ambas manos y empieza a estremecerse convulsivamente, como si sollozara.

La sierra queda tendida bajo el mostrador. La levantarán después. La colgarán de nuevo en el garfio del que ha sido tomada. Restituirán ese orden —por un instante alterado— en el que ella debe aguardar, inmóvil, dependiente, útil. No obstante, la sierra proseguirá allí sus sueños. Llamada por los hombres a ser, su presencia siempre presionará sobre el mundo de los hombres con otro

mundo, embrionario, no imaginado, que tal vez por prudencia los hombres prefieren no imaginar. Concebida por una voluntad que se supone libre, aprovechará cada desmayo de esa voluntad para suplantarla con sus sueños. Relámpago estancado, nunca resultará vano que esté allí donde está.



Héctor A. Murena (1923-1975)

Escritor y traductor argentino, nacido en Buenos Aires. Habitual colaborador de la revista *Sur* y del suplemento cultural del diario *La Nación*. Fue un importante difusor del pensamiento alemán en Latinoamérica y atento seguidor de la obra de Martínez Estrada. “La sierra” fue publicado en la antología *El coronel de caballería y otros cuentos*, en 1971.

Metonimia, o la venganza del engañado. (*Drama en tres cuadros*)

Rachel de Queiroz

Ente los recursos que ofrece la retórica está la metonimia, enigmático artificio que consiste en designar una cosa con el nombre de otra que es parte de ella (“mano” por “trabajador”, por ejemplo). La metonimia utiliza la variabilidad del lenguaje, alterando el sentido heredado que vincula palabras y cosas. Este procedimiento le permite a De Queiroz recorrer ciertas oscuras pasiones de amor y traición en un aparente evento rutinario.

Metonimia... la palabra quedó en mi memoria desde 1930, cuando publiqué mi primer libro, aquella novela sobre la sequía¹ llamada *El quince*. Un crítico, examinando mi obrita, me censuraba porque, en cierto pasaje de la historia yo decía que el galán salía a caminar “con el pecho entreabierto en la campera”. “¿Qué disparate es ese?”, indagaba el sensato hombre. “Debe decirse: la campera entreabierto en el pecho”. Acepté la corrección con humildad y timidez, pero mi ilustre profesor de latín, el Dr. Matos Peixoto, acudió a mi consuelo. Que estaba correcto como yo lo había escrito; que en mi frase yo había utilizado una figura de la retórica, llamada metonimia; tropo que consiste en trasladar la palabra de su sentido natural, desde la causa hacia el efecto, o del continente hacia el contenido. Y citaba el ejemplo clásico: “copa espumante”, continente por el contenido, pues no es la copa la que hace la espuma, sino el vino. Entonces, “pecho entreabierto” era cierto, era un simple uso de metonimia. Y juntos, en una nota periodística, mi maestro y yo silenciamos al crítico. No sé si el zoilo aprendió la lección. Yo no la olvidé jamás. Una y otra vez aplico la metonimia, incluso creo que ella es mi único vínculo con la vieja retórica.

Hace poco, por ejemplo, me encontré con un acontecimiento de metonimia práctica: cierta señora, conocida nuestra, durante años hospedada en una pensión, se fue de repente de la casa transformándose en

enemiga mortal de la propietaria. Cuando las personas le preguntaban por qué aquella enemistad repentina, si todos sabíamos que la dueña de la pensión era un alma bondadosa, le daba inyecciones, le prestaba la bolsa de agua caliente y la ayudaba cuando tenía problemas cardíacos, la ofendida explicó:

—Lo que no le perdono es el teléfono. Todo el día sonaba el teléfono del comedor. Yo atendía, era una cargada.

—Bueno, ipero no era ella la que hacía la cargada!

—No. ¿Pero de quién era el teléfono?

Ahora sé de otro caso de metonimia aplicada, que es todavía más importante, pues se trata de un crimen. Relación de causa y efecto, o también de culpar al continente por el contenido; cualquiera de los dos es correcto. Así pues, ocurrió en una ciudad del interior, no digo donde, para no dar lugar a difamaciones. Se dice el pecado pero no el pecador.

En esa ciudad del interior había un hombre; no era viejo, pero era peor que viejo, estaba avejentado. De joven sufrió de beriberi, y eso le arruinó para siempre el futuro. Tenía las piernas flacas, el pecho cansado y asmático, el color terroso, la mirada vidriosa de enfermo crónico. A pesar de todo era un hombre que poseía algunas propiedades, casa propia con local contiguo, donde había instalado el mercado; si hubiese vivido en Ceará, el mercado se llamaría *bodega*, en Pernambuco *venda*, en Pará *mercearia*, en San Pablo *empório*. Y ya que no quiero designar el lugar del crimen, cualquier nombre de esos sirve. *Bodega* o *empório* era un comercio, y quien

1. *Romance de seca*, en el original. El libro evoca la terrible sequía de 1915, que asoló la región brasilera nordestina de Ceará llamada sertão. [N. de la T.]

tiene comercio, tiene dinero; o sea que, a pesar de estar tan maltrecho, nuestro hombre se casó. Que se haga justicia con quien no tiene a Dios con ninguna belleza: se buscó una joven pobre, flaquita, obrera de un taller de confección de ropa de hombre. Decían que tenía cara de tísica. Pero, el querido amigo, no contaba con los efectos de la buena nutrición en el metabolismo femenino. Ocurrió que la cara de tísica, liberada de las ocho horas de trabajo en la mesa de costura, y comiendo bien, en su casa, buena carne fresca, buen tutu, ensalada de pepino, dulces enlatados, naranja dulces de la sierra que el marido compraba al por mayor para la clientela, cambió como si estuviera encantada. Comenzó a desarrollar el cuerpo, a aumentar pulgadas en lugares precisos —hasta parecía que estaba creciendo. ¡Y los colores del rostro! Encima, con la afluencia del dinero, se vestía bien, se maquillaba, ondulaba su cabello, usaba el ingenio y el arte con el objeto de aumentar sus dotes naturales, puesto que, no sé si lo conté, de cara ella no tenía nada de fea.

Y así bella, y así vestida y así pintada y hermosa, comenzó a pesarle su marido enfermizo, envejecido antes de tiempo. Que, ni bien cerraba el mercado, cenaba leche (tenía antipatía con la carne), agarraba el diario, se sentaba en la repesera hasta la hora de ir a la cama. No quería saber nada de cine, ni de fútbol, ni siquiera de radio. Ni en el amor se interesaba, ya que aquel cuerpo delgado, amarillo, no era de pedir amores. Solo la convivencia tibia, insulsa, ité, como se dice en San Pablo. Y fue entonces que el destino se descuidó e hizo

su primera intervención: provocó la aparición de un sargento.

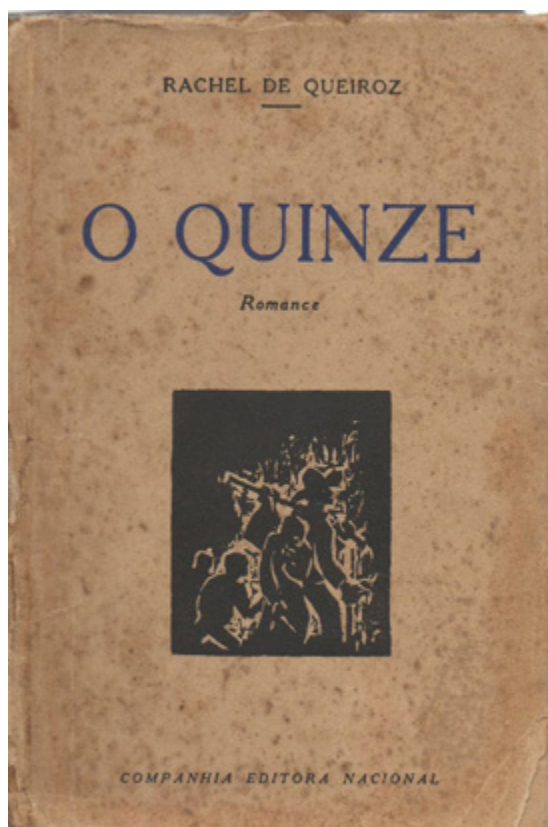
Cuadro II

Claro, no era justo que la joven esposa después de haber sido recuperada gracias a las finanzas del marido tomara ventaja de esta nueva situación de mujer bonita, en perjuicio del susodicho. No era justo. No obstante, este mundo vive de injusticias. Y el sargento —que podía ser del Ejército, la Aeronáutica, la Marina o fuzileiro (no voy a decir de dónde, sostengo mi propósito de evitar la identificación)—, el sargento era simpático, era musculoso, era joven, era formidable, marcial, con su librea en el pecho, el paso ágil, el habla ríspida habituada a dirigir.

Ocurrió que, un bello día, la dama atendía el mostrador (según era la costumbre de la pareja, mientras el marido almorzaba), cuando llegó inesperadamente el sargento. ¿Qué pasó y qué no pasó? Hoy es difícil de reconstruir. Parece que él pidió un atado de cigarrillos. Después

un vermut. Finalmente pidió permiso para escuchar las noticias deportivas en la radio prendida cerca del mostrador. Seguramente un pretexto para demorarse allí, además de eso, no pidió nada más. A lo sumo dijo alguna palabra, pero murmurada tan bajito que el resto de los clientes presentes no oyeron, siempre atentos a los chismes.

En tres almuerzos la pasión se había encendido. Acto seguido a estos almuerzos una gripe del marido, hizo que los dos fueran más allá del galanteo. Cómo se encontraban,



dónde y a qué hora, no fue complicado. Es suficiente decir que ellos se amaron con un amor prohibido, como Tristán e Isolda, como Paolo y Francesca. Y el destino, al que no le gustan los amores ilegales y acostumbra castigarlos con la mala suerte, hizo su segunda intervención: provocó la transferencia del sargento.

Se dice que solo quien ama conoce el dolor de la separación. Los ojos bonitos de la joven se hincharon de tanto llorar. Su apetito disminuyó. Dejaba translucir, por debajo del maquillaje, la antigua cara de tísica. Y habrá sido ese disgusto, así anunciado con llanto de tedio, lo que terminó por despertar las sospechas del marido, que no se habían despertado cuando el amor florecía y todo era color de rosas.

Comenzó el almacenero a vigilar a su esposa; a examinarle los silencios; a escuchar los suspiros y los murmullos durante el sueño. Investigó y descubrió una postal y un libro con el nombre del hombre escrito en ellos, y con la misma letra. Descubrió un escudo de la compañía del sargento —lo que probaba que el objeto de los suspiros, silencios y murmullos, además de hombre era soldado—. Y tantos pequeños descubrimientos lo llevaron finalmente al mayor de todos, que fue descubrir la traición. Porque descubrió las cartas, las cartas de amor que venían con sello distante, por vía aérea, firmadas con aquel nombre fatal.

Durante cinco meses el pobre revolvió dentro de su flaco pecho enfermo el puñal venenoso de los celos. Como un niño que descubre un nido de pájaro y diariamente se queda vigilando escondido el número de huevos que aumenta, y después los progresos de la incubación, de este modo consiguió el marido una llave falsa para el cofre de la mujer: era una caja de madera de Paraná, con un pinito recortado en la tapa, que él le había regalado durante la luna de miel, y mientras reía le dijo:

“Aquí está, para que puedas guardar tus secretos...”.

Y la ingrata obedeció al pie de la letra.

Todos los días, en aquel momento fatal

del almuerzo, cuando la mujer lo reemplazaba en el mostrador, él no comía. Corría al dormitorio, abría los cajones, sacaba la caja que estaba debajo de un montón de ropa blanca, sacaba del bolsillo la llavecita falsa y abría ansiosamente la nueva carta. Y cuando no había carta nueva, releía una vieja, o antes, una de las antiguas, una fechada el 21 de agosto, tan llena de recuerdos vívidos, que hasta parecía una película francesa. Después de leer guardaba todo, corría hasta la cocina, engullía deprisa una cucharada de caldo, roía un pedazo de pan... era imposible comer bien con aquel amor de los dos ladrones atravesado en la garganta. Hasta que un día hubo una provocación mayor...

Cuadro III

Un día, como decíamos la semana pasada, hubo una provocación mayor o el corazón del hombre engañado se hinchó de odio y celos a tal punto de no poder contar nada más. Eso nunca se explicó. Lo que se sabe es que retiró de la gaveta del mostrador un revólver que guardaba hacía años, y que fue empeñado por un deudor que desapareció. Junto al revólver estaba la caja de las balas. Nuestro amigo cargó el arma; y una mañana de sol claro, eran las diez en punto, cuando el mercado estaba lleno de clientes, se vio que el almacenero aguzando su audición, pedía permiso a los presentes y traspasaba la puerta que comunicaba el negocio con su casa.

Al rato se escuchó una discusión acalorada, un grito de mujer y tres tiros cortaron el aire, en explosiones secas.

La clientela alarmada corrió, rodeó la esquina hasta la puerta del frente de la casa. Ahí estaba la tragedia: la mujer en la vereda, de rodillas, a los gritos, el marido con el revólver en la mano, temblando, intentando levantarla, y, atravesado en la puerta, caído de bruces, con el cuerpo adentro de la sala, un hombre. En la posición en que estaba no se le veía la cara ni el torso, solo las botitas negras y las piernas, vestidas con pantalones caquis. Y fue el marido quien habló primero. Levantó los ojos hacia el grupo asustado, se encontró con la mirada de su

cliente preferido, camino un paso, tapó con su propio cuerpo la puerta donde yacía el muerto y pidió:

—Puedes llamar a la Policía.

En la Policía explicó que mató al hombre porque él era un marido engañado.

El delegado comentó:

—Es raro. En general ustedes matan mujeres, porque son más débiles.

El marido protestó, ofendido:

—No, yo no sería capaz de matar a mi mujer. Ella es todo lo que yo tengo en el mundo: bonita, delicada, cuidadosa. Me ayuda en el mercadito, entiende de cuentas, hace los pedidos a los mayoristas. Solo ella puede hacer la comida... yo solo como dieta especial, usted sabe. ¿Cómo voy a matar a mi mujer?

—Entonces —ayudó el delegado— ¿mató al amante de ella?

El hombre meneó su cabeza:

—Tampoco. El amante era un sargento, que fue transferido y está lejos. Además yo descubrí el caso después de que él viajó. Leí todo. Sé hasta una de memoria, la peor de ellas...

El delegado se calló sin entender, esperando el resto.

Y el resto vino:

—¡Cada carta! Si cada carta de aquellas tuviera vida, yo las mataba, una por una. Era vergonzoso; parecía cosa de libro. Pensé en tomar un avión y liquidar al sargento. Pero no tengo salud para viajar en avión. Pensé en matar a un colega de él, aquí mismo, para que escarmienten y nadie más saque del camino a la mujer ajena. Pero tuve temor de enfrentar a toda la compañía... usted sabe lo unidos que son. Mientras, tenía que encontrar una forma. Tenía miedo de enloquecer. No me podía sacar esas cartas de la cabeza; el día que no llegaba ninguna, me quedaba afligido, más afligido que ella, que era la destinataria. Tenía que terminar con aquello, ¿no? Y hoy, finalmente, cargué el revólver, esperé la hora y, cuando vi al desgraciado dirigirse al otro lado de la calle, fui para casa, me escondí atrás de la puerta del dormitorio, esperando.

—¿Al amante? —indagó el delegado, estúpidamente.

El hombre se irritó:

—No, señor. ¿Yo dije que era el amante? No. Él era el culpable de las cartas. El sargento las escribía... pero era él quien las traía. Casi todo el día estaba ahí en la puerta, risueño, con el desgraciado sobre en la mano. Apunté con el revólver y tiré tres veces. Él se cayó sin hablar. No, delegado, no era el amante. No era el amante. Pero era el cartero.



Rachel de Queiroz (1910-2003)

Escritora, dramaturga, periodista y traductora brasileña nacida en Fortaleza. Fue la primera mujer en ingresar a la Academia de Letras Brasileña y la primera también en recibir el Premio Camoes, considerado el Nobel de la lengua portuguesa. Sus novelas muestran su preocupación por las cuestiones sociales y habilidad en el análisis psicológico de sus personajes.

Traducción de Silvia Glocer.

El tío Facundo

Isidoro Blaisten

La trivial y previsible vida de una familia porteña de clase media baja se ve sacudida por la llegada del tío Facundo. Derrochón y subversivo, su presencia altera bruscamente los tranquilos hábitos de la familia. Al lector le es imposible saber si la violencia que el tío Facundo ocasiona es debida a esa fuerza disgregadora que viene de afuera o a la restitución del orden que acaba con aquello que tuvo la audacia de confrontarlo.

Para que se den cuenta de cómo era mi familia antes de que matásemos al tío Facundo, mejor dicho, antes de que llegase el tío Facundo, les voy a contar lo que decía cada uno de nosotros.

Mamá decía:

los perros presienten cuando se está por morir el dueño, no hay cosa peor que operar con fiebre, la penicilina consume los glóbulos rojos, decía los chicos se deshidratan en verano, decía los varones tiran más para el lado de la madre y las nenas para el padre, decía los chicos de matrimonios separados siempre están tristes, decía los médicos israelitas son los mejores, decía siempre el peor hijo es el que la madre más quiere, decía los que más tienen son los que menos gastan y a lo mejor un pobre, decía pensar que ya tenía el cáncer adentro, decía el empapelado junta bichos, decía antes la gente se moría de gripe.

Papá decía:

la natación es el deporte más completo, los alemanes perdieron la guerra en Rusia por el frío, los militares y los marinos son todos cornudos, los viajantes también, la verdad que lo mejor para afeitarse es la navaja, no hay como un buen vaso de vino tinto en invierno, y una cervecita en verano, las flacas suelen ser tremendas, el vino tinto no se toma frío, fumar negros es mucho más sano que fumar rubios, ningún médico opera a su propia señora, si al final todo lo que quiere el obrero es su churrasquito y su vaso de vino, piden limosna y tienen una

cuenta en el banco, a los ladrones habría que cortarles las manos y colgarlos en Plaza de Mayo, el mejor abono es la bosta de caballo, la plata está en el campo, al asado hay que comerlo de parado, los del campo no tienen problemas: unos choclos, un par de huevos, matan un pollo y listo.

Mi hermana decía:

no hay cosa más linda que ir al cine cuando llueve. Un pájaro solo se muere de tristeza. A los que son blancos el sol los pone colorados en seguida, a los morochos no, van rodando de hombre en hombre y después. Odio las películas que hacen llorar. Me encanta aprender, y aprender. No como algunas que se casan de blanco. No sé la directora para qué insiste con el método global.

Yo decía:

la verdad que a la industria alemana hay que sacarle el sombrero. Los japoneses son muy traicioneros. La natación saca músculos flojos. A los tipos chinchudos la bronca se les pasa en seguida. Hasta que no me reciba, nada de novias. Yo lo que quiero es estudiar, la política fuera de la facultad.

Así era mi familia hasta que llegó el tío Facundo. Papá trabajaba en el ferrocarril, Sección Tráfico de la estación Retiro. Se levantaba a las cinco de la mañana, tomaba mate mientras se leía el *Clarín* de punta a punta y después caminaba las siete cuadras hasta la estación Saavedra. Mamá cuidaba la casa, regaba las plantas y miraba televisión. Mi hermana hacía pirograbado, era maestra

y estudiaba de asistente social. Yo estudiaba Ciencias Económicas y era empleado de Contaduría en Casimires Bonplart.

De chicos, recuerdo que mamá y papá hablaban en voz baja del tío Facundo. Cuando mi hermana o yo nos acercábamos, ellos interrumpían la conversación.

En verano, después de cenar, papá sacaba a la puerta el sillón de mimbre para mamá, la sillita baja para él, la silla vienesa (que yo daba vuelta) para mí, y el sillón plegadizo para mi hermana.

En esas noches, sucedía que cada vez que papá, después de comentar cómo iba la medianera, volvía a contar otra vez de cuando le publicaron su carta de los lectores en *Clarín*, no sé por qué, mamá siempre hablaba del tío Facundo.

El tío Facundo era el hermano de mamá y de la tía Fermina. Papá no lo conocía ni nosotros tampoco. Cuando mamá se puso de novia con papá, el tío Facundo ya había desaparecido. Cuando tuvimos edad para comprenderlo, mamá nos contó que el tío Facundo se había casado en Casilda y que su mujer había muerto misteriosamente, y que las malas lenguas y la tía Fermina decían que el tío Facundo la había matado.

El tío Facundo era la oveja negra de la familia de mamá. La tía Fermina decía que para ella no existía como hermano, y que por su culpa había muerto de disgusto la abuela. Un día recibimos un telegrama del tío Facundo:

“Queridos hermanos y sobrinos: llego viernes 10. Tren internacional Posadas”.

Papá no quería recibirlo, pero mamá dijo que a pesar de todo era el hermano, y que el pobre muchacho debía sentirse muy solo, y que si no quería ir a la casa de la tía Fermina y elegía nuestra casa, por algo sería.

De manera que el viernes 10 a las 23.45 estábamos todos en la estación Chacarita. El tren venía como con dos horas de atraso y mientras esperábamos en la confitería se armó una discusión.

Papá decía que el tío Facundo era un vago y que si era por unos días podía estar en casa, pero que no se fuera a creer que él lo iba a mantener toda la vida. Mamá y mi hermana decían que basta que uno esté al borde de

un precipicio, para que en vez de ayudarlo le pisen los dedos. Yo no decía nada. En eso vino el tren.

Nos costó trabajo encontrar al tío Facundo. La única que lo conocía era mamá y nosotros le mirábamos la cara a ella. Por fin lo divisó. Estaba parado contra una columna, aferrando un paquete como una caja de zapatos entre las manos.

Y entonces, cuando lo ví me pareció que lo conocía desde siempre, desde toda la vida. Es que el tío Facundo daba esa impresión. Y cuando estuvo junto a nosotros, alzó en el aire a mamá, la besó, a papá le dio un abrazo que lo hizo toser, a Angelita la levantó como a una novia, y a mí me apoyó una mano en el hombro sin decirme nada, mirándome como si fuera un cómplice.

—¡Vengan, vamos a tomar algo! — exclamó—. Quiero mostrarles unas cosas. Papá dijo que primero había que retirar el equipaje. Pero el tío Facundo no traía equipaje solamente la caja de zapatos.

En la confitería pidió vino blanco para todos. Mamá y papá se miraron. Salvo papá (un poquito con mucha soda), en casa nadie tomaba vino. Pero mi hermana, que estaba como en las nubes, quería ver a toda costa lo que el tío Facundo había traído y la verdad que todos estábamos intrigados y nos tomamos todo el vino y hasta dos vueltas. Mamá estaba desconocida y se reía a carcajadas, sobre todo cuando el tío Facundo levantó la tapa de la caja y le entregó el mantón paraguayo tejido en encaje de ñandutí por las indias. Era de unos colores impresionantes, hermoso. Era algo que mamá había ambicionado toda la vida.

Y esa noche, el tío Facundo nos conquistó a todos, a todos nos regaló las cosas que ambicionamos toda la vida. A papá una caja de habanos. Habanos de La Habana. Los mejores, los más caros, no los apesotosos charutos que Micheliní le traía de Brasil. Habanos.

A mi hermana le regaló un anillo y un collar haciendo juego. Los eslabones entraban unos adentro de otro y se achicaban y se alargaban y cuando se cerraban quedaba un aguamarina colgando entre los eslabones de oro y plata. Mi hermana pegó un salto y le dio un beso.

Cuando me entregó el cuchillo creo que me sentí mal. Era una daga de hoja Solingen Arbolito, cabo y vaina de plata con incrustaciones de oro, cincelado con un trabajo como jamás volví a ver otro igual. Nos tomamos otra vuelta de vino. Papá pagó y nos fuimos a casa en taxi. Y esa noche, salvo el tío Facundo, nadie en casa pudo dormir. Esa fue la primera batalla que nos ganó el tío Facundo. A veces pienso de qué le sirvió. Pero también pienso de qué nos sirvió a nosotros haberlo matado. De qué le sirvió a mamá el haberlo ahogado con la almohada, de qué le sirvió a papá el haberlo estrangulado y a mí clavarle el cuchillo que me regaló, entre el esternón y los grandes vasos, mientras mi hermana le cortaba las venas con una yilé.

De qué nos sirvió todo eso, pienso, si el tío Facundo sigue estando ahí, incrustado en la pared del patio, de costado, como un nadador, reducido quizás, o quizá quede el hueco de la carne, mientras la argamasa sigue calcinándose al sol, y el tío Facundo sigue metido adentro de la pared... Pero eso fue después, mucho después, cuando no nos quedó otro remedio que matarlo.

Al día siguiente de aquella noche memorable, el tío Facundo fue el primero en levantarse. Y esto fue también memorable, porque en todo el tiempo transcurrido hasta su muerte (y ahí precisamente) siempre fue necesario despertarlo durante largo rato.

Era sábado y el tío Facundo fue al patio y junto a la pared medianera que después iba a ser su tumba, encontró las latas vacías de brea y encontró las herramientas y con eso le construyó a mamá una especie de estantería para el sucucho, y después fue a despertarla con un mate.

Al mediodía, cuando todos nos levantamos y vimos lo que el tío Facundo había hecho, nos quedamos maravillados de su habilidad manual y entonces recuerdo que él nos dijo que el verdadero trabajo es el que se hace con las manos, y que lo demás, los números y los papeles, son un simulacro y una cobardía.

Ese almuerzo fue una fiesta. El tío Facundo se la pasó contándonos cómo había recolectado el arroz en Entre Ríos y las anécdotas de las estancias de Corrientes donde había

trabajado. Pero lo más gracioso fue cuando nos contó las cosas que había hecho cuando fue sepulturero en Casilda y mandó a mi hermana a comprar dos botellas más de vino. Después mamá, con los ojos brillantes, propuso jugar a la lotería, pero el tío Facundo dijo que mucho mejor era el póker y todos nos miramos porque nadie sabía y después estaba el problema del mazo.

Entonces mamá preguntó cómo eran las barajas y el tío Facundo le explicó y mamá fue a buscar al ropero y vino con toda una caja intacta que tenía un dominó, una perinola, dos mazos y las fichas, que había comprado en la liquidación de Gath y Chaves.

—¿Son éstas? —preguntó, mientras les sacaba el papel de celofán. Por suerte eran, y el tío Facundo nos enseñó a jugar y el póker nos resultó el juego más maravilloso y apasionante que habíamos conocido en nuestra vida, y primero las fichas no tenían valor y después les pusimos diez pesos, y después cincuenta y después cien y papá mandó a mi hermana a traer dos botellas más de vino, pero el tío Facundo dijo que mejor era traer dos de cubana, y cuando Angelita estaba por salir cayó la tía Fermina. Cuando la tía Fermina vio lo que había sobre la mesa, casi se muere. Ni siquiera saludó al tío después de tantos años. Lo insultó, le dijo de todo. Mamá, que parecía medio borracha, salió en su defensa. Papá movía la cabeza como ausente y decía:

—Haya paz. Haya paz.

Pero de pronto papá se levantó y le tiró un bofetón a mi hermana por encima de la mesa, y desparramó todo, las fichas y la plata, y gritaba como un desaforado:

—¡Pero qué esperás, estúpida, traé la cubana de una vez!

Era la primera vez en mi vida que veía a papá levantarle la mano a mi hermana.

Angelita salió corriendo para el almacén, y el tío Facundo se levantó y se fue al patio y se quedó fumando junto a la medianera, mirando las estrellas que ya empezaban a aparecer.

Ahora que lo pienso, parecía que el tío Facundo sintiera predilección por esa pared donde ahora está empotrado, de perfil y rodeado de ladrillos con la boca y los ojos llenos de cemento, aunque a lo mejor ahora

no quede más que el aire rodeando al esqueleto... En fin, habría que golpear esa pared. Bueno, al final la tía Fermina se fue, y al principio nadie tenía apetito, pero después, el tío Facundo empezó a contar chistes y mandó a mi hermana a buscar dos botellas más de vino y le enseñé a mamá a preparar los saltimboquis a la romana y cenamos como reyes y continuamos con el póker, nos tomamos también las dos botellas de cubana y seguimos jugando al póker hasta las seis de la mañana.

Al día siguiente los vecinos se quejaron y papá, que por primera vez en su vida había faltado al trabajo, le quiso pegar a Michellini. Y así empezó todo. Papá y el tío Facundo iban todos los sábados y domingos a las carreras. Mamá les daba sus ahorros para que jugaran. Angelita trajo a todas sus maestras amigas y el tío Facundo les enseñaba a bailar el tango y después se acostaba con ellas. Mamá era feliz como una descosida y salía todas las noches con el joven poeta, y el tío Facundo decía que eso era bueno, que era salud y era la vida, que en la vida las cosas había que matarlas viviendo, que la belleza y la pornografía debían ir juntas y que el gran problema de la gente, cuando no había guerras, era que se aburría. Por eso, decía, los vecinos se pasaban la vida en la puerta viviendo de la vida de los demás, que los chismes eran una forma del romanticismo frustrado y que la gente consumía revistas de crimen y pornografía porque lo necesitaban, porque le suplían la vida, porque la verdadera vida era un vendaval.

Yo traje a los muchachos de la facultad para que lo escuchasen.

Hasta ahí todo podría haber seguido muy bien. Papá, que siempre fue un tipo incapaz de matar una mosca, le había roto el alma a casi todos los vecinos, y primero entraron por la variante de respetarlo y después se hicieron habitués y lo seguían a papá admirando sus cuadros.

Papá había descubierto su “vocación dormida”, como decía el tío Facundo, y sus cuadros estaban por toda la casa, y Michellini venía a casa y se quedaba mirándolos largas horas. A veces los ojos se le nublaban, lo palmeaba en la espalda a papá y se iba en silencio.

Yo había cambiado, sentía que emitía un magnetismo personal. Las chicas de la facultad me adoraban y venían a casa.

Todos vivíamos. No había un minuto, ni un resquicio donde tuviéramos que pensar lo que podríamos hacer.

Todo estaba como aceitado de vida. Por las noches se bailaba, se jugaba al póker, se escuchaba al tío Facundo, mamá leía las últimas cosas del joven poeta, papá pintaba, leía la fija, se peleaba. Todos vivíamos.

Pero a mi hermana se le dio por hacerse la intelectual de izquierda y ahí empezó la toma de conciencia. Primero empezó con el sensualismo embrutecedor de la burguesía, y después siguió con el diálogo entre católicos y marxistas. Papá a toda costa quería pegarle. Entonces Angelita se alió con la tía Fermina.

La tía Fermina vivía masticándose el odio. Desde que apareció el tío Facundo, quiso venir a casa con su prédica, dos o tres veces, pero le tenía miedo a papá, que cada vez que la veía le quería pegar. Y esa fue su gran oportunidad.

Lo primero que hizo la tía Fermina, ayudada por mi hermana, fue introducirse un domingo en casa, mientras todos dormíamos, y con la espátula destrozó todos los cuadros de papá.

Pobre papá. Parecía el retrato de Dorian Gray. Yo recuerdo su semblante cuando vio los lienzos cortajeados, los pomos vacíos, los bastidores pisoteados. No dijo nada, ni una palabra. Pero el lunes volvió a ser el mismo de antes. Se levantaba a las cinco, tomaba mate, se leía el Clarín de punta a punta y a la noche se iba a la puerta con la sillita baja, mientras adentro todos bailábamos, o jugábamos al póker, o escuchábamos las poesías del joven poeta.

Y entonces, papá también tomó conciencia, y se alió con mi hermana y la tía Fermina. De cualquier forma, aun antes de que la tía Fermina diera el próximo paso, antes de que me convenciera a mí (porque mamá fue la última en rendirse, aun cuando fue la que demostró más saña cuando ahogó al tío Facundo con la almohada), aun antes de que papá fuera ganado por la tía Fermina, digo, algo había comenzado a romperse, algo que le facilitó las cosas a la tía Fermina. Era el

verlo a papá como un marciano, distinto, caminando entre nosotros, explicando cómo los alemanes perdieron la guerra en Rusia por el frío, mientras los que quedábamos junto al tío Facundo vivíamos.

Y a la tía Fermina no le fue difícil conquistarme.

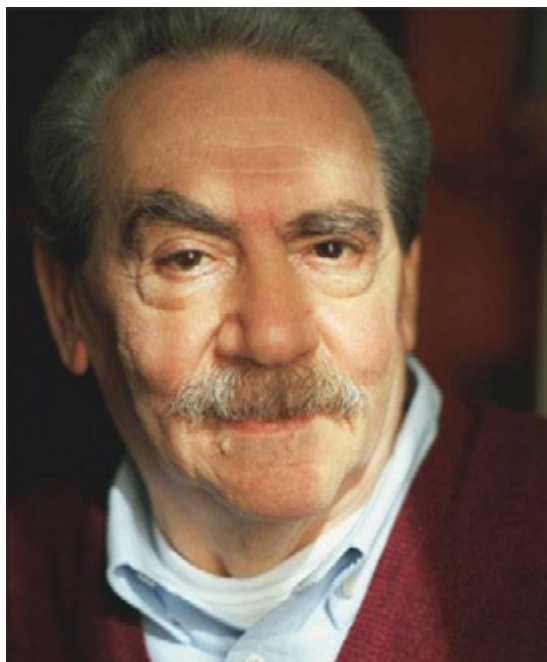
Y ya la vida comenzó a declinar. Pero mamá era irreductible. Era la amante del joven poeta (que según el tío Facundo veía en ella a la madre y a la mujer). El muchacho estaba enloquecido por mamá y le escribía unos poemas maravillosos. Pero mamá estaba sola. Y entonces la tía Fermina triunfó. La agarró a mamá y le planteó el dilema:

—Sos la única que queda. O matamos a Facundo o matamos al poeta.

Venció el amor. Esa noche decidimos matar al tío Facundo. Lo encontramos dormido, con una sonrisa inolvidable. Papá lo estranguló y yo le di la primera puñalada entre el esternón y los grandes vasos. Mi hermana le abrió las venas con la yilé. La tía Fermina organizaba todo.

Nos costó trabajo desprender a mamá, que quería seguir ahogándolo con la almohada. Después lo pusimos de costado y levantamos la medianera alrededor de él. Y eso es todo.

Y ahora que el tío Facundo está ahí muerto, metido en esa pared para siempre, calcinándose al sol, no puedo dejar de mirarla con cierta melancolía, sobre todo en las noches de verano, cuando papá saca a la puerta el sillón de mimbre para mamá, la sillita baja para él, la silla vienesa (que yo doy vuelta) para mí, y el sillón plegadizo para mi hermana, y mamá dice que los perros presienten cuando está por morir el dueño, y papá dice: la plata está en el campo, y mi hermana dice: no sé la directora para qué insiste con un método global, y yo digo: los japoneses son muy traicioneros.



Isidoro Blaisten (1933-2004)

Escritor y librero argentino, nacido en Concordia, Entre Ríos. Dueño de un sutil sentido del humor, su obra se caracteriza por la descripción del absurdo cotidiano contado en un lenguaje irónico y coloquial. Colaboró en las revistas *El escarabajo de oro* y *Sur*, donde fue publicado por primera vez “El tío Facundo”, en 1964, que más tarde integró su primer volumen de cuentos *La felicidad* (1969).

No hay serpientes en Irlanda

Frederick Forsyth

Los derroteros de una vida nunca se reducen a la lógica. Algunas decisiones, por más inocuas que parezcan, alteran el curso de los acontecimientos y producen momentos de crisis en nuestras biografías. En este relato, publicado en 1972 en la antología No comebacks, un estudiante hindú en Irlanda del Norte desata una trama de humillaciones atroces e inesperadas venganzas.

McQueen miró con escepticismo al nuevo postulante para el trabajo, del otro lado del escritorio. Nunca había contratado a alguien como él. Pero no era un hombre desagradable, y si el solicitante de empleo necesitaba el dinero y estaba preparado para trabajar, McQueen no era reacio a darle una oportunidad.

—Sabés que es un trabajo difícil, ¿no? —dijo con su fuerte acento de Belfast.

—Sí, señor —dijo el postulante.

—Es un trabajo rápido, entrar y salir, sabés. No hay preguntas, no hay comentarios. Vas a trabajar en negro. ¿Sabés qué quiere decir eso?

—No, señor McQueen.

—Bueno, quiere decir que vas a cobrar bien pero vas a cobrar en efectivo. Sin trabas, ¿me seguís?

Lo que quería decir era que no iba a pagar impuesto a las ganancias, ni aportar al sistema de salud. También podría haber agregado que no iba a haber cobertura de seguridad social y que los estándares de salud y seguridad serían completamente ignorados. Ganancias rápidas para todos era la orden del día, con una tajada gorda de la parte superior para él, el contratista. El solicitante de empleo asintió con la cabeza para indicar que “lo seguía”, aunque en realidad no había entendido. McQueen lo miró especulativamente.

—Entonces, sos estudiante de medicina, en tu último año en el Royal Victoria, ¿no?

—asintió de nuevo— ¿De vacaciones de verano?

Asintió de nuevo. El postulante era evidentemente uno de esos estudiantes que nece-

sitan dinero más allá de sus becas para costear la Facultad de Medicina. McQueen, sentado en su oficina sucia de Bangor, dirigiendo un negocio furtivo como contratista de demoliciones con un camión derruido y almadenas de segunda mano como patrimonio, se consideraba un *self-made man* y aprobaba efusivamente la ética de trabajo de los protestantes del Ulster. No iba a dejar pasar a uno así, sin importar como luciera.

—Está bien —dijo—, mejor alojate en Bangor. No vas a poder ir y venir de Belfast a tiempo todos los días. Trabajamos desde las siete de la mañana hasta que cae la noche. Es trabajo por horas, duro pero bien pago. Le decís una palabra a las autoridades y perdés el trabajo en un abrir y cerrar de ojos ¿ok?

—Sí, señor. Por favor, ¿cuándo empiezo y en dónde?

—El camión pasa a buscar al grupo por la estación principal todas las mañanas a la seis y media. Estate ahí el lunes a la mañana. El capataz del grupo es Big Billie Cameron. Yo le digo que vas a estar ahí.

—Sí, Señor McQueen —El candidato se dio vuelta para irse.

—Una última cosa —dijo McQueen, con el lápiz en la mano—, ¿cómo te llamás?

—Harkishan Ram Lal —dijo el estudiante. McQueen miró el lápiz, la lista de nombres en frente de él y del estudiante.

—Te vamos a decir Ram —dijo, y anotó ese nombre en la lista.

El estudiante salió a la resplandeciente luz solar de Bangor en julio, en la costa norte del condado de Down, Irlanda del Norte.

Ese mismo sábado a la tarde ya había encontrado un alojamiento barato en una pensión lóbrega a mitad de camino de la Railway View Street, el corazón de la tierra de los Bed and Breakfast de Bangor. Por lo menos estaba cerca de la estación central desde la cual partiría el camión de trabajo todas las mañanas apenas después de que saliera el sol. Desde la ventana mugrienta de su cuarto podía mirar bien el costado del terraplén apuntalado que llevaba los trenes de Belfast hacia la estación.

Conseguir la habitación le había llevado varios intentos. Casi todas las casas con avisos de cama y desayuno en la ventana parecían estar completamente llenas cuando se presentaba en la entrada. Pero también era cierto que muchos trabajadores informales iban a la ciudad durante el verano. También era verdad que la Señora McGurk era católica y todavía tenía cuartos libres.

Pasó la mañana del sábado llevando sus pertenencias desde Belfast; casi todas eran libros de medicina. A la tarde se acostó en su cama y pensó en las luces brillantes sobre las colinas marrones de su Punjab nativo. En un año más iba a ser un médico calificado y después de un año de residencia iba a volver a su hogar para ocuparse de las enfermedades de su gente. Ese era su sueño. Calculaba que podía ganar suficiente dinero durante el verano para mantenerse hasta los exámenes finales y que después de eso iba a tener un sueldo propio.

El lunes a la mañana se despertó a las seis menos cuarto a pedido de su propio reloj despertador, se lavó con agua fría y llegó al patio de la estación justo después de la seis. No había tiempo que perder. Encontró un café que abría temprano y se tomó dos tazas de té negro. Era su único sustento. El camión magullado, conducido por uno del grupo de demoliciones, estuvo ahí a las seis y cuarto y una docena de hombres se reunieron cerca de este. Harkishan Ram Lal no sabía si acercarse para presentarse o esperar a la distancia. Esperó.

Veinticinco minutos después el capataz llegó en su propio auto, estacionó en una calle lateral y se acercó resueltamente al camión. Tenía la lista de McQueen en la mano. Echó un vistazo a la docena de

hombres, los reconoció y asintió. El hindú se acercó. El capataz lo miró fijo.

—¿Vos sos el morochito que contrató McQueen? —demandó.

Ram se detuvo en seco.

—Harkishan Ram Lal —dijo—. Sí.

No había necesidad de preguntar cómo Big Billie Cameron se había ganado su sobrenombre. Medía un metro noventa en medias pero vestía unas enormes botas claveteadas con puntera de acero. Brazos como troncos de árboles colgaban de sus anchos hombros y su cabeza estaba coronada por mechones de pelo rojo. Dos pequeños ojos con pestañas pálidas miraron torvamente al flaco y enjuto indio. Estaba claro que no estaba muy satisfecho. Escupió al suelo.

—Bueno, subite al maldito camión —dijo.

Durante el viaje a la obra Cameron se sentó en la cabina que no estaba separada de la parte de atrás del camión, donde la docena de trabajadores se repartía entre dos bancos de madera al costado. Ram Lal estaba cerca de la puerta trasera junto a un hombre rudo de ojos azules brillantes, cuyo nombre resultó ser Tommy Burns. Parecía amigable.

—¿De dónde sos? —preguntó con genuina curiosidad.

—India —dijo Ram Lal—. El Punjab.

—Bueno, ¿cuál? —dijo Tommy Burns.

Ram Lal sonrió.

—El Punjab es una parte de India —dijo.

Burns reflexionó sobre eso por un rato.

—¿Sos protestante o católico? —preguntó al tiempo.

—Ninguna de las dos —dijo Ram paciente-mente—. Soy hindú.

—¿Entonces no sos cristiano? —preguntó Burns con asombro.

—No. Mi religión es la hindú.

—Ey —les dijo Burns a los otros—, su hombre no es nada cristiano.

No estaba indignado, solo curioso, como un niño pequeño que acaba de toparse con un nuevo e inquietante juguete.

Cameron se dio vuelta en la cabina.

—Sí —gruñó—. Un hereje.

A Ram Lal se le fue la sonrisa de la cara. Miró fijamente la pared de lona del camión que tenía en frente. Para ese momento estaban

bien al sur de Bangor, traqueteando por la autopista hacia Newtownards. Después de un rato, Burns comenzó a presentarle a los demás. Había un Craig, un Munroe, un Patterson, un Boyd y dos Browns. Ram Lal había estado en Belfast lo suficiente como para reconocer los nombres como escoceses en su origen, el signo de los estrictos presbiterianos que conforman la columna de la mayoría protestante de los Seis Condados. Los hombres parecían amables y lo saludaron con la cabeza.

—¿No tenés algo para el almuerzo?
—le preguntó un hombre viejo llamado Patterson.

—No —dijo Ram Lal—, era demasiado temprano para pedirle a mi casera que me hiciera algo.

—Vas a necesitar almuerzo —dijo Burns—, sí, y desayuno. Vamos a hacernos té en un fuego.

—Me voy a asegurar de comprar una vianda y traer comida mañana —dijo Ram Lal.

Burns miró las botas blandas de suela de goma del indio.

—¿Nunca hiciste este tipo de trabajo antes?
—preguntó.

Ram Lal negó con la cabeza.

—Vas a necesitar un par de botas pesadas. Para cuidarte los pies, sabés.

Ram Lal prometió que también se iba a comprar un par de botas militares pesadas en un local si encontraba alguno abierto a la noche. Ya habían salido de Newtownards y se dirigían al sur por la A21 hacia el pequeño poblado de Comber. Craig lo miró.

—¿Cuál es tu verdadero trabajo?—preguntó.

—Soy estudiante de medicina en el Royal Victoria de Belfast —dijo Ram Lal—. Espero calificar el año que viene.

Tommy Burns estaba encantado.

—Eso es casi como ser un doctor de verdad —dijo—. Ey Big Billie, si alguno se golpea el joven Ram podría ocuparse.

Big Billie gruñó.

—No me va a poner ni un dedo encima —dijo. Eso terminó con todas las conversaciones hasta que llegaron al sitio. El conductor había salido de Comber por el noroeste y cuando hubo recorrido dos millas de la calle Dundonald, traqueteó por un camino a la derecha hasta que pararon donde no

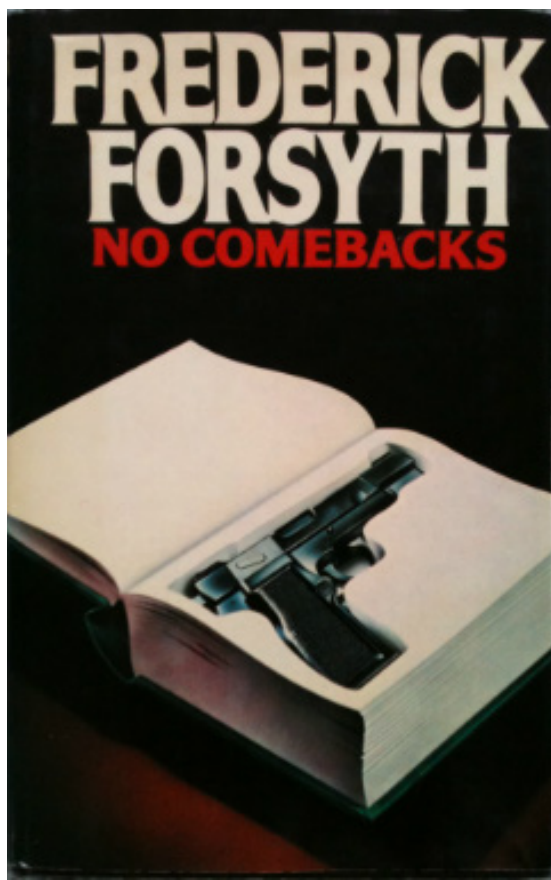
había más árboles y vieron el edificio que iban a demoler.

Era un vieja destilería de whisky, empinada, abandonada mucho tiempo antes. Había sido una de las dos que antiguamente habían producido buen whisky irlandés, pero había cerrado años atrás. Estaba junto al río Comber, que alguna vez le había dado energía a un molino de agua mientras fluía desde Dundonald hasta Comber hasta desembocar en el lago Strangford. La malta llegaba en un carro tirado por caballos y los barriles de whisky se iban de la misma manera. El agua dulce que le había dado energía a las máquinas también se usaba en los tanques. Pero la destilería estaba sola, abandonada y vacía por años.

Por supuesto, los niños de la zona habían entrado sin permiso y descubierto que era un gran lugar para jugar. Hasta que uno se resbaló y se rompió una pierna. Luego el concejo del condado lo inspeccionó, lo declaró peligroso y el dueño se encontró frente a una orden de demolición obligatoria. Él, hijo de una antigua familia de hacendados que habían vivido tiempos mejores, quería hacer el trabajo de la forma más barata posible. Ahí era donde entraba McQueen. Podía hacerse más rápido pero más caro utilizando maquinaria pesada; Big Billie y su equipo lo harían con martillos y palancas. McQueen incluso había armado un trato para venderle las mejores maderas y cientos de toneladas de ladrillos antiguos a un constructor. Al fin y al cabo, los ricos de ahora querían que sus casas nuevas tuvieran “estilo” y eso significaba que tenían que lucir viejas. Así que se privilegiaban los ladrillos viejos blanqueados por el sol y las vigas de madera antigua para adornar las nuevas-viejas “mansiones” de ejecutivos importantes. A McQueen le iba a ir bien.

—Bueno muchachos —dijo Big Billie mientras el camión traqueteaba hacia Bangor— ahí está. Vamos a empezar por las tejas. Ya saben qué hacer.

El grupo de hombres estaba detrás de la pila de material. Había mazas con cabezas de 14 kilos, palancas de casi dos metros de largo y de más de una pulgada de ancho; barras de un metro con puntas curvas y divididas para extraer clavos; martillos



abultados con mangos cortos y cabezas pesadas y una variedad de sierras para madera. Las únicas concesiones a la seguridad humana eran unos cinturones de malla con ganchos y varios metros de soga. Ram Lal miró el edificio y tragó saliva. Tenía cuatro pisos de alto y odiaba las alturas. Pero los andamios son caros.

Uno de los hombres se acercó repentinamente al edificio, arrancó con dificultad una tabla del portón, la rompió como un naipe y prendió un fuego. Poco tiempo después, una olla de agua del río estaba hirviendo y prepararon té. Todos tenían sus tazas esmaltadas, excepto Ram Lal. Tomó nota mental para, también, comprarse una. Iba a ser un trabajo árido y polvoriento. Tommy Burns terminó su taza y se la ofreció, llena, a Ram Lal.

—¿Tienen té en la India? —preguntó.

Ram Lal tomó la taza que le ofrecían. El té era instantáneo, dulce y pálido. Lo detestaba.

Trabajaron durante toda la primera mañana sentados en el techo. No había que guardar las tejas, así que las arrancaron manualmente y las lanzaron al suelo, lejos del río.

Había orden de no obstruir el río con escombros. Así que todo tenía que aterrizar en la otra parte del edificio, en el pasto crecido, malezas, arbustos y espinillos que cubrían el área alrededor de la destilería. Los hombres estaban atados juntos, de forma tal que si alguno perdía el agarre y empezaba a deslizarse techo abajo, el hombre que estaba al lado pudiera soportar el peso. Mientras las tejas iban desapareciendo, agujeros abismales asomaban entre las vigas. Abajo de ellas estaba el piso de la planta de arriba, donde se almacenaba la malta.

A las diez bajaron por la destartada escalera interna para tomar el desayuno en el pasto, con otra olla de té. Ram Lal no comió nada. A las dos pararon para almorzar. El grupo atacó sus pilas de sándwiches gruesos. Ram Lal se miró las manos. Tenían cortes en varios lugares y estaban sangrando. Le dolían los músculos y tenía mucha hambre. Tomó otra nota mental de comprarse unos guantes pesados para trabajar.

Tommy Burns tenía un sándwich de su vianda en la mano.

—¿Estás seguro de que no tenés hambre, Ram? —preguntó— Creo que tengo suficiente.

—¿Qué te pensás que estás haciendo? —preguntó Big Billie desde su asiento alrededor del fuego.

Burns parecía a la defensiva.

—Solo le ofrecía un sándwich al muchacho —dijo.

—Dejá que el morochito se traiga sus propios malditos sándwiches —dijo Cameron—. Vos ocupate de vos mismo.

Los hombres miraron sus viandas y comieron en silencio. Era obvio que nadie iba a contradecir a Big Billie.

—Gracias, no tengo hambre —le dijo Ram Lal a Burns.

Se alejó y se sentó al lado del río, donde sumergió sus manos ardidadas.

Cuando el camión fue a buscarlos al atardecer la mitad de las tejas del techo habían desaparecido. Un día más y empezaría con las vigas, usando las sierras y la barra para clavos.

Durante la semana, el trabajo siguió y el otrora orgulloso edificio fue despojado de sus cabrios, vigas y tablones hasta que quedó vacío y abierto, con sus ventanas enormes

como ojos abiertos contemplando el prospecto de su muerte inminente. Ram Lal no estaba acostumbrado a lo arduo de ese tipo de trabajo. Sus músculos no paraban de dolerle, sus manos estaban ampolladas, pero seguía esforzándose por el dinero que necesitaba desesperadamente.

Había adquirido una vianda de hojalata, una taza esmaltada, botas duras y un par de guantes pesados, que ninguno de sus compañeros usaba. Sus manos estaban lo suficientemente curtidas después de años de trabajo manual. Durante la semana Big Billie Cameron lo provocaba sin descanso, dándole el trabajo más duro y haciéndolo pararse en los puntos más altos una vez que descubrió que Ram Lal odiaba las alturas. El panyabí controlaba su enojo porque necesitaba el dinero. La crisis se desató ese sábado.

Ya habían terminado con los tabloncillos de madera y estaban trabajando en la mampostería. La forma más sencilla de derribar el edificio hubiera sido colocando explosivos en las esquinas de la pared lateral que daba a un claro abierto. Pero usar dinamita era impensable. Hubiera requerido licencias especiales, sobre todo en Irlanda del Norte, y eso hubiera alertado al fisco. McQueen y toda su pandilla hubieran tenido que pagar una suma sustancial de impuesto a las ganancias, y McQueen hubiera tenido que ocuparse de los seguros. Así que estaban picando en pedazos, la pared de una yarda cuadrada, parados en pisos peligrosamente flojos mientras las crujías se astillaban y se agrietaban bajo los martillos.

Durante el almuerzo Cameron caminó alrededor del edificio un par de veces y luego volvió al círculo en torno al fuego. Empezó a describir cómo iban a derribar un pedazo considerable de una pared exterior del tercer piso. Se dirigió a Ram Lal.

—Quiero que estés ahí arriba —dijo—. Cuando empiece a salirse, quiero que la patees para afuera. Ram Lal miró la sección de la pared en cuestión. Una rajadura grande se extendía por la parte de abajo.

—Esos ladrillos se van a derrumbar en cualquier momento —dijo tranquilamente—. El que esté arriba se va a caer con ellos.

Cameron lo miró fijo, con la cara bañada en ira, los ojos rosas donde deberían haber estado blancos.

—No me digas cómo hacer mi trabajo. Hacés lo que te digo, maldito negro estúpido.

Se dio vuelta y se alejó dando pasos largos.

Ram Lal se paró. Cuando habló, su voz salió como un grito severo.

—Señor Cameron...

Cameron se dio vuelta, asombrado. Los hombres se quedaron boquiabiertos. Ram Lal se acercó lentamente al enorme capataz.

—Vamos a aclarar una cosa —dijo Ram Lal, y su voz se transportó con claridad a todos los que estaban en el claro—, soy del Punjab al norte de la India. También soy un Kshatria, miembro de la casta de guerreros. Puede que no tenga suficiente dinero para costear mis estudios de medicina, pero mis ancestros eran soldados y príncipes, gobernantes y sabios hace dos mil años, cuando los suyos andaban en cuatro patas vestidos con pieles. Por favor, no me insulte más.

Big Billie miró al estudiante indio. El blanco de sus ojos se había puesto rojo. Los otros trabajadores estaban aturdidos por la sorpresa.

—¿Ah, sí? —dijo Cameron tranquilamente— ¿Ah, sí? Bueno, las cosas son un poquito diferentes ahora, maldito negro, ¿así que qué vas a hacer con eso?

Con la última palabra, movió el brazo con los puños abiertos y su mano impactó en el costado de la cara de Ram Lal. El joven cayó al piso, de cuerpo entero, a varios pies de distancia. Le zumbaba la cabeza. Escuchó que Tommy Burns le hablaba.

—Quedate ahí. Big Billie te va a matar si te levantás.

Ram Lal alzó la mirada hacia la luz del sol. El gigante estaba parado sobre él, con los puños apretados. Se dio cuenta de que no tenía ninguna posibilidad con el hombre del Ulster. Sentimientos de vergüenza y humillación lo inundaron. Sus ancestros habían asolado, con espadas y lanzas en la mano, planicies mucho mayores que esos seis condados y las habían conquistado antes que ellos.

Ram Lal cerró los ojos y se quedó quieto. Después de varios segundos escuchó que el gigante se movía. Los otros empezaron a conversar en voz baja. Apretó más fuerte

los ojos para contener las lágrimas de vergüenza. En la oscuridad vio las planicies ardientes del Punjab y a hombres cabalgando sobre ellas; hombres orgullosos y feroces, con narices de gancho, barbas, turbantes, ojos negros, los guerreros de la Tierra de los Cinco Ríos.

Alguna vez hace mucho tiempo, cuando el mundo amanecía, Eskandar de Macedonia había atravesado esas planicies con ojos acalorados y hambrientos; Alejandro, el joven Dios, a quien llamaban El Grande, había llorado a los veinticinco años porque ya no quedaban mundos que conquistar. Estos jinetes eran los descendientes de sus capitanes, y los ancestros de Harkishan Ram Lal.

Él yacía en el suelo mientras cruzaban, y lo miraban al pasar. Mientras cabalgaban, cada uno de ellos le susurraba una única palabra. Venganza.

Ram Lal se recompuso en silencio. Ya estaba, y todavía había que hacer lo que había que hacer. Así eran las costumbres de su pueblo. Pasó el resto del día trabajando en completo silencio. No habló con nadie, y nadie le habló a él. Esa tarde en su cuarto empezó los preparativos para la noche que se avecinaba. Sacó el cepillo y el peine del tocador destartado y también quitó el tapete sucio y el espejo de su posición. Tomó su libro de la religión hindú y recortó una imagen de la gran diosa Shakti, deidad del poder y la justicia. La pegó en la pared arriba del tocador para convertirlo en un altar.

Le había comprado muchas flores a un vendedor frente a la estación principal y las unió en una guirnalda. A un costado de la imagen de la diosa dispuso un cuenco plano, lleno hasta la mitad de arena, y en la arena colocó una vela que encendió. De su valija sacó un rollo de tela y extrajo media docena de sahumeros. Sacando un jarrón barato y estrecho, los ubicó ahí y encendió los extremos. El olor dulce y embriagante del incienso empezó a llenar el cuarto. Afuera, nubes tormentosas salían del mar.

Cuando su altar estuvo listo, se paró frente a él, con la cabeza inclinada, la guirnalda entre sus dedos, y empezó a orar pidiendo consejo. El primer rumor del trueno estremeció a Bangor. No usó el panyabí moderno, sino el antiguo sánscrito, el lenguaje de las plegarias.

—*Devi Shakti... Maaa... Diosa Shakti... gran madre...*

Los truenos golpearon de nuevo y cayeron las primeras gotas. Arrancó la primera flor y la puso frente al retrato de Shakti.

—He sido profundamente agraviado. Pido vengarme del agraviador.

Arrancó la segunda flor y la colocó junto a la primera.

Rezó por una hora mientras llovía. El agua repiqueteaba en las tejas arriba de su cabeza, chorreaba por las ventanas detrás de él. Terminó de rezar y la tormenta cedió. Necesitaba saber qué forma iba a tomar la retribución. Necesitaba que la diosa le mandara una señal.

Cuando terminó, los sahumeros se habían quemado enteros y el cuarto estaba denso con su aroma. La vela apenas brillaba. Las flores yacían en la superficie laqueada del tocador frente al retrato. Shakti le devolvió la mirada impasible.

Se dio vuelta y caminó hacia la ventana para mirar. Había parado de llover pero todo lo que estaba detrás de los cristales chorreaba agua. Mientras miraba, un chorrito de agua saltó desde la canaleta arriba de la ventana y una gota se deslizó por el cristal polvoriento, abriéndose camino a través de la suciedad. No se deslizaba en línea recta, más bien serpenteaba hacia los costados, atrayendo su mirada cada vez más cerca del costado de la ventana mientras seguía su camino. Cuando se detuvo estaba mirando un rincón de su cuarto, donde su bata colgaba de un clavo.

Notó que durante la tormenta el lazo de su bata se había resbalado y se había caído al piso. Estaba enrollado sobre sí mismo, con uno de sus extremos anudados fuera de la vista, el otro era visible sobre la alfombra. De la docena de borlas, solo dos estaban expuestas, como una lengua bifurcada. El lazo enrollado de la bata parecía una serpiente en el rincón. Ram Lal entendió. Al día siguiente se tomó el tren a Belfast para ver al sij.¹

Ranjit Singh también estudiaba medicina, pero era bastante más afortunado.

1. Persona que profesa la religión fundada por Nanak Dev (1469-1538). [N. del T.]

Sus padres eran ricos y le mandaban una mensualidad generosa. Recibió a Ram Lal en el cuarto bien amoblado de su hostel.

—Tuve noticias de mi casa —dijo Ram Lal—. Mi padre está muriendo.

—Lo siento mucho —dijo Ranjit Singh—. Mis condolencias.

—Pide verme. Soy su primogénito. Debería volver.

—Por supuesto —dijo Singh.

El primogénito siempre tiene que estar junto a su padre cuando muere.

—El problema es el pasaje —dijo Ram Lal—. Estoy trabajando y ganando buen dinero. Pero no tengo suficiente. Si me prestás lo que me falta voy a seguir trabajando cuando vuelva y te lo voy a devolver.

A los sijs no les resulta extraño prestar dinero si el motivo es correcto y la devolución segura. Ranjit Singh prometió sacar dinero del banco el lunes por la mañana.

Ese domingo a la tarde Ram Lal visitó al señor McQueen en su casa de Groomsport. El contratista estaba sentado frente a la televisión con una lata de cerveza sobre el hombro. Era su forma preferida de pasar los domingos a la tarde. Pero bajó el volumen cuando su mujer hizo pasar a Ram Lal.

—Es sobre mi padre —dijo Ram Lal—. Se está muriendo.

—Me apena escucharlo, muchachito —dijo McQueen.

—Tengo que ir con él. El primogénito tiene que estar con su padre en ese momento. Es la costumbre de nuestro pueblo.

McQueen tenía un hijo viviendo en Canadá a quien no veía hacía siete años.

—Sí —dijo—. Parece lo correcto y apropiado.

—Pedí plata prestada para el pasaje —dijo Ram Lal—. Si me voy mañana, puedo estar de vuelta al final de la semana. El tema es, señor McQueen, que necesito el dinero más que nunca; para devolver el prestamo y para mis estudios el semestre que viene ¿Si vuelvo el fin de semana, me guardaría el trabajo?

—Está bien —dijo el contratista—. No puedo pagarte mientras no estés. O dejar el trabajo vacante por una semana más. Pero si el fin de semana estás de vuelta, podés volver a trabajar. En los mismos términos, sabés.

—Gracias —dijo Ram—, usted es muy amable.

Conservó su cuarto en la Railway View Street pero pasó la noche en un hotel en Belfast. El lunes por la mañana acompañó a Ranjit Singh al banco, donde el sij extrajo el dinero necesario y se lo dio al hindú. Ram tomó un taxi hasta el aeropuerto Aldergrove y un autobús a Londres, donde compró un pasaje en clase turista para el próximo vuelo a India. Veinticuatro horas más tarde hizo contacto con el calor abrasador de Bombay. El miércoles encontró lo que buscaba en el bar repleto de la Grant Road Bridge. El emporio de peces y reptiles tropicales del Señor Chatterjee estaba prácticamente desierto cuando entró el joven estudiante, con su libro sobre reptiles bajo el brazo. Encontró al viejo propietario sentado cerca del fondo del negocio a media luz, rodeado de peceras y cajas con el frente de cristal en las que sus serpientes y lagartos dormitaban durante el día caluroso.

El señor Chatterjee no era ajeno al mundo académico. Les suministraba muestras para estudio y disección a varios centros médicos, y ocasionalmente llenaba alguna orden lucrativa del exterior. Asintió en señal de entendimiento con su cabeza de barba blanca cuando el estudiante le explicó lo que buscaba.

—Ah sí —dijo el viejo mercader gujarati—. Conozco esa serpiente. Estás de suerte. Tengo una, llegó hace unos días desde Rajputana.

Llevó a Ram a su santuario privado y los dos hombres miraron en silencio a través del vidrio de la nueva casa de la serpiente.

Echis carinatus, decía el libro, pero por supuesto el libro había sido escrito por un inglés que había empleado la nomenclatura latina. En castellano, víbora gariba, la más pequeña y mortífera de toda su estirpe letal. Amplia distribución, decía el libro, puede encontrarse hacia el este en África Occidental y hacia el norte en Irán, y en India y Pakistán. Muy adaptable, puede aclimatarse a casi cualquier ambiente, desde los arbustos húmedos de África Occidental hasta las colinas frías de Irán en invierno y las colinas abrasadoras de la India.

Algo se movió debajo de las hojas de la caja. Tamaño, decía el libro, entre 22 y 33 centímetros. De color marrón oliva con

algunas manchas más pálidas, a veces difíciles de distinguir, y una línea lateral oscura y ondulante. Nocturna en climas secos y calurosos, busca protegerse del calor de día. Las hojas de la caja crujieron de nuevo y apareció una pequeña cabeza.

Manipularla es excepcionalmente peligroso, decía el libro, causando más muertes que la famosa cobra, en gran medida por su tamaño que facilita tocarla involuntariamente con las manos o los pies. El autor del libro había agregado una nota al pie a propósito de que la pequeña pero letal serpiente mencionada por Kipling en su maravilloso cuento “Rikki-Tikki-Tavi” seguramente no era un krait, que mide 60 centímetros, sino más bien una víbora gariba. El autor estaba obviamente muy complacido de haber atrapado al gran Kipling en un asunto de precisión.

En la caja, una pequeña lengua bífida se movió velozmente en dirección a los dos indios detrás del vidrio.

Muy alerta e irritable, el naturalista inglés fallecido largo tiempo atrás había concluido su capítulo acerca de la *Echis carinatus*. Ataca rápido, sin previo aviso. Los colmillos son tan pequeños que hacen una perforación virtualmente imperceptible, como dos espinas diminutas. No causa dolor pero la muerte es casi inevitable, tomando usualmente entre dos y cuatro horas, dependiendo del peso de la víctima y de su nivel de desgaste físico anterior y posterior. La causa de la muerte es invariablemente una hemorragia cerebral.

—¿Cuánto quieres por ella? —susurró Ram Lal.

El viejo gujarati extendió las manos con gesto de impotencia.

—Un espécimen tan óptimo —dijo con pesar—, y tan difícil de conseguir. Quinientas rupias.

Ram Lal cerró el trato en 250 rupias y se llevó la serpiente en un frasco.

Para el viaje de vuelta a Londres, Ram Lal compró una caja de cigarros, cuyo contenido vació y en cuya tapa hizo veinte perforaciones para que entrara aire. Sabía que la diminuta víbora no iba necesitar comida por una semana ni agua por dos o tres días. Podía respirar con un suministro de aire infinitesimal, así que envolvió la caja de

cigarros, vuelta a sellar con la víbora y sus hojas adentro, en varias toallas cuya gruesa esponjosidad iba a retener suficiente aire, incluso adentro de una valija.

Había llegado con un bolso de mano, pero se compró una valija barata de fibra y la llenó de ropa comprada en puestos del mercado, con la caja de cigarros en el medio. Solo cerró la valija cuando faltaban pocos minutos para salir del hotel hacia el aeropuerto de Bombay. Para el vuelo de vuelta a Londres registró la valija en la bodega del Boeing. Revisaron su equipaje de mano, pero no contenía nada de interés.

El avión de Air India aterrizó en Heathrow el viernes a la mañana y Ram Lal se unió a la larga fila de indios tratando de entrar a Gran Bretaña. Pudo probar que era un estudiante de medicina, no un inmigrante, y lo dejaron pasar bastante rápido. Incluso llegó a la cinta de equipaje mientras bajaban las primeras valijas y vio la suya entre las primeras dos docenas. La llevó al baño, donde extrajo la caja de cigarros y la puso en el bolso.

Se ubicó en la fila de “Nada para declarar” y de todos modos lo pararon, pero buscaron en su valija. El oficial de aduanas le echó un vistazo a su morral y lo dejó pasar. Ram Lal atravesó Heathrow en un autobús gratuito hacia la Terminal 1 y tomó el autobús del mediodía a Belfast. Estuvo en Bangor a la hora del té y pudo al final examinar su importación.

Tomó el vidrio de su mesa de luz y lo deslizó cuidadosamente entre la tapa de la caja de cigarros y su contenido mortífero antes de abrirla por completo. A través del cristal vio a la víbora girando en el interior. Hizo una pausa y la miró con sus ojos negros enojados. Cerró la tapa, retirando el panel de vidrio antes de que se cerrara por completo.

—Dormí, amiguita —dijo—, si tu estirpe duerme alguna vez. Por la mañana cumplirás las órdenes de Shakti.

Antes del anochecer, compró un frasco de café con tapa y vertió su contenido en el pote de loza de su cuarto. Por la mañana, usando sus guantes pesados, transfirió la víbora al frasco. La enfurecida serpiente mordió el guante una vez pero no le importó. Al mediodía ya tendría que haber recuperado su veneno. Por un momento, estudió a la

serpiente, enrollada y apretada adentro del frasco de café, antes de darle un último giro firme y colocarlo en su vianda. Luego se fue a tomar el camión al trabajo.

Big Billie Cameron tenía el hábito de sacarse la campera ni bien llegaba al sitio y colgarla en un clavo o rama conveniente. Durante la hora del almuerzo, como había observado Ram Lal, el gigante capataz nunca dejaba de ir hacia su campera después de comer y extraer del bolsillo derecho su pipa y su bolsa de tabaco. La rutina no variaba. Después de una pipa satisfactoria, eliminaba los restos de tabaco, se paraba y decía “Bueno muchachos, de vuelta al trabajo” y devolvía la pipa al bolsillo de la campera. Cuando se daba vuelta todos tenían que estar de pie.

El plan de Ram Lal era simple pero infalible. Durante la mañana iba a deslizar la serpiente en el bolsillo derecho de la campera colgada. Después de sus sándwiches, el intimidante Cameron iba a pararse, ir hasta su campera y hundir su mano en el bolsillo. La serpiente haría lo que la gran Shakti había ordenado que hiciera, para lo cual la había mandado a traer del otro lado del mundo. Iba a ser ella, la víbora, no Ram Lal, el verdugo del hombre del Ulster.

Cameron iba a retirar la mano del bolsillo con una palabrota, la víbora colgando de su dedo, sus colmillos agarrados profundamente de la piel. Ram Lal iba a dar un salto, quitar a la serpiente, tirarla al suelo y pisarle la cabeza. Para entonces iba a ser inofensiva, su veneno gastado. Finalmente, con un gesto de disgusto, él, Ram Lal, iba a arrojar la serpiente al río Comber, que llevaría toda la evidencia hacia el mar. Podía haber sospechas, pero no mucho más que eso.

Un poco después de las once, con la excusa de buscar un nuevo mazo, Harkishan Ram Lal abrió su vianda, tomó el frasco de café, desenroscó la tapa y sacudió los contenidos dentro del bolsillo derecho de la campera colgada. En sesenta segundos ya estaba trabajando de nuevo. Su acto pasó inadvertido.

Durante el almuerzo le costó comer. Los hombres se sentaron como siempre en un círculo alrededor del fuego; las viejas vigas secas crujían y escupían, la olla burbujeara arriba. Los hombres se reían y bromeaban

como de costumbre mientras Big Billie masticaba la pila de sándwiches de pan grueso que le había preparado su mujer. Ram Lal se empeñó en sentarse cerca de la campera. Se obligó a sí mismo a comer. En el pecho, el corazón le palpitaba con fuerza y la tensión en su interior crecía de forma incesante.

Finalmente Big Billie abolló el papel de su sándwich terminado, lo tiró al fuego y eructó. Se paró con un gruñido y caminó hacia su campera. Ram Lal giró la cabeza para mirar. Los otros hombres no se dieron cuenta. Billie Cameron alcanzó la campera y hundió la mano en el bolsillo derecho. Ram Lal contuvo la respiración. La mano de Cameron hurgó por varios segundos y después sacó la pipa y la bolsa. Empezó a llenar el hornillo con tabaco fresco. Mientras lo hacía, vio que Ram Lal lo observaba. —¿Qué mirás, vos? —demandó beligerante. —Nada —dijo Ram Lal, y se dio vuelta hacia el fuego. Pero no podía quedarse quieto. Se paró y se estiró, ingeniándose las para dar media vuelta. Por el rabillo del ojo vio a Cameron volver a poner la bolsa en el bolsillo y sacar de nuevo la mano con una cajita de fósforos. El capataz prendió su pipa y le dio una chupada satisfactoria. Regresó al fuego. Ram Lal volvió a su lugar y miró las llamas con incredulidad. Por qué, se preguntó, ¿por qué la gran Shakti le había hecho esto? La serpiente había sido su herramienta, el instrumento traído a sus órdenes. Pero la había retenido, se había negado a usar su propio implemento de retribución. Se dio vuelta y le echó otro vistazo a la campera. En lo profundo del forro, justo en el borde, en el extremo del bolsillo izquierdo, algo se movió y se quedó quieto. Ram Lal cerró los ojos conmocionado. Un agujero, un agujero minúsculo en el forro, había deshecho todo su plan. Trabajó toda la tarde en un vértigo de indecisión y preocupación.

En el viaje de vuelta a Bangor, Big Billie Cameron se sentó adelante como siempre, pero viendo que hacía calor dobló la campera y la apoyó sobre sus rodillas. Enfrente de la estación Ram Lal lo vio tirar la campera todavía doblada al asiento de atrás de su auto e irse. Ram Lal alcanzó a Tommy Burns mientras el hombrecito esperaba su autobús.

—Decime —preguntó—. ¿El señor Cameron tiene familia?

—Sí —respondió inocentemente el trabajador—. Una mujer y dos hijos.

—¿Vive lejos de acá? —dijo Ram Lal—. Digo, va en auto.

—No muy lejos —dijo Burns—, en el barrio de Kilcooley. Ganaway Gardens, creo. ¿Vas a visitarlo?

—No, no —dijo Ram Lal—. Hasta el lunes. De vuelta en su cuarto, Ram Lal miró fijo a la imagen impasible de la diosa de la justicia.

—No quería lastimar a su mujer y a sus hijos —le dijo—. Ellos no me hicieron nada.

La diosa lejana le devolvió la mirada y no respondió.

Harkishan Ram Lal pasó el resto del fin de semana en agónica ansiedad. A la tarde caminó hasta el barrio residencial de Kilcooley y encontró Ganaway Gardens. Estaba justo al lado de Owenroe Gardens y en frente de Woburn Walk. En una esquina de Woburn Walk había una cabina telefónica. Esperó ahí una hora fingiendo que hacía una llamada mientras miraba la calle corta del otro lado. Pensó que había avistado a Big Billie Cameron en una de las ventanas y se fijó en la casa.

Vio a una adolescente salir de la casa y encontrarse con unos amigos. Por un momento, estuvo tentado a abordarla y contarle del demonio que dormía adentro de la campera de su padre, pero no se animó. Un poco antes del atardecer una mujer salió de la casa con una canasta para las compras. La siguió hasta el mercado de Clandeboyne, que abría hasta tarde para los que cobraban los sábados. La persona que él consideraba que era la señora Cameron entró en el supermercado Stewarts y el estudiante indio la siguió por las estanterías, tratando de reunir el coraje suficiente para acercarse y revelarles el peligro que había en su casa. De nuevo le falló el valor. Después de todo, podía haberse confundido de mujer, incluso de casa. En ese caso iban a pensar que era un loco.

Durmió mal esa noche, su mente atormentada con visiones de la víbora gariba saliendo de su escondite en la campera para reptar, silenciosa y mortífera, por la vivienda social.

El domingo fue de nuevo a Kilcooley e identificó con certeza la casa de la familia Cameron. Vio claramente a Big Billie en el patio. Al mediodía ya estaba llamando la atención en el lugar y supo que tenía que ir hasta la entrada y admitir lo que había hecho o bien irse y dejar todo en manos de la diosa. La idea de enfrentarse al terrible Cameron con las noticias acerca del peligro mortal que había acercado a sus hijos era demasiado. Volvió a Railway View Street.

El lunes a la mañana la familia Cameron se levantó a la seis menos cuarto; la mañana estaba luminosa y soleada. A las seis, los cuatro estaban desayunando en la pequeña cocina del fondo, el hijo, la hija y la mujer en bata, Big Billie en su uniforme de trabajo. Su campera estaba donde había estado todo el fin de semana, en un ropero del pasillo.

Justo después de la seis su hija Jenny se paró, metiéndose una tostada con mermelada en la boca.

—Me voy a lavar —dijo.

—Antes de irte, pásame la campera —dijo su padre, mientras comía un bol de cereales. La niña reapareció unos segundos más tarde con la campera, agarrándola del cuello. Se la ofreció a su padre. Él casi no levantó la vista.

—Colgala atrás de la puerta —dijo. La niña hizo lo que le ordenaron, pero la campera no tenía una presilla para colgarla y el gancho era de cromo liso, no un clavo oxidado. La campera quedó colgada por un momento y después se cayó al piso de la cocina. Su padre miró para arriba mientras ella se iba del cuarto.

—Jenny —gritó—, levantá la maldita cosa. Nadie en la casa de los Cameron discutía con el cabeza de la familia. Jenny volvió, levantó la campera y la colgó más firmemente. Cuando lo hizo, algo fino y oscuro se deslizó por sus pliegues y reptó hacia la esquina con un susurro seco sobre el linóleo. Miró horrorizada.

—Papá, ¿qué es eso en tu campera?

Big Billie Cameron pausó con una cucharada de cereal a medio comer en la boca. La señora Cameron se alejó de las hornallas. Bobby, de catorce años, dejó de enman-tecar una tostada y miró. La pequeña criatura yacía enroscada en la esquina, cerca de las filas de armarios, apretada, defensiva,

devolviéndole la mirada al mundo, con su pequeña lengua parpadeando.

—Que el señor nos libre, es una serpiente—, dijo la señora Cameron.

—No seas tonta, mujer ¿No sabés que no hay serpientes en Irlanda? Todo el mundo lo sabe —dijo su marido.

Dejó la cuchara.

—¿Qué es, Bobby?

Aunque era un tirano dentro y fuera de la casa, Big Billie tenía cierto respeto por los conocimientos de su joven hijo, que era buen estudiante y estaba aprendiendo muchas cosas raras. El chico miró la serpiente a través de sus anteojos de búho.

—Debe ser un gusano lento, papá —dijo—.

Trajeron unos al colegio el trimestre pasado para la clase de biología. Los trajeron para que los diseccionáramos. Del otro lado del mar.

—No parece un gusano —dijo su padre.

—En realidad no es un gusano —dijo Bobby—. Es un lagarto sin pies.

—¿Entonces por qué le dicen gusano? —preguntó su truculento padre.

—No sé —dijo Bobby.

—¿Entonces para qué cuernos vas al colegio?

—¿Muerde? —preguntó asustada la señora Cameron.

—No, para nada —dijo Bobby—. Es inofensivo.

—Matalo —dijo el viejo Cameron— y tiralo a la basura.

Su hijo se paró y se sacó una de sus pantuflas, que sostuvo como un matamoscas. Estaba avanzando, con los tobillos al aire, cuando su padre cambió de parecer. Big Billie levantó la nariz del plato con una sonrisa maliciosa.

—Esperá, esperá un segundo Bobby —dijo—. Tengo una idea. Mujer, pásame un frasco.

—¿Qué tipo de frasco? —preguntó la señora Cameron.

—¿Cómo puedo saber yo qué tipo de frasco? Un frasco con una tapa.

La señora Cameron suspiró, bordeó a la serpiente y abrió la alacena. Examinó su colección de frascos.

—Hay un frasco de mermelada con arvejas secas —dijo.

—Poné las arvejas en otro lado y dame el frasco —ordenó Cameron. Ella le pasó el frasco.

—¿Qué vas a hacer, papá? —preguntó Bobby.

—Hay un morochito en el trabajo. Un hereje. Viene de un lugar lleno de serpientes. Me voy a divertir con él. Un chistecito, viste. Pásame la manopla, Jenny.

—No necesitás una manopla —dijo Bobby—. No muerde.

—No voy a tocar esta cosa sucia —dijo Cameron.

—No es sucio —dijo Bobby—. Son criaturas muy limpias.

—Sos un tonto, a pesar de tu educación. ¿No dice el Buen Libro “sobre tu vientre caminarás, y polvo comerás todos los días de tu vida”? Sí, y más que polvo, seguro. No voy a tocarlo con la mano.

Jenny le pasó la manopla a su padre. Con el frasco de mermelada abierto en su mano izquierda y la mano derecha protegida por la manopla, Big Billie Cameron se inclinó sobre la víbora. Lentamente, su mano derecha descendió. Cuando cayó, fue veloz, pero la pequeña víbora fue más rápida. Sus diminutos colmillos mordieron inofensivamente el relleno de la manopla, justo en el centro de la palma. Cameron no se dio cuenta, pues el acto quedó oculto a su vista por sus propias manos. En un santiamén la serpiente estaba dentro del frasco con la tapa puesta. A través del vidrio la vieron retorcerse furiosamente.

—Los odio, inofensivos o no —dijo la señora Cameron—. Te agradecería que te lo lleves de la casa.

—Voy a hacer eso ya mismo —dijo su marido—. Ya estoy llegando tarde.

Puso el frasco de mermelada en su morral, que ya tenía su vianda, metió su pipa y la bolsa de tabaco en el bolsillo derecho de su campera y llevó ambas cosas al auto. Llegó a la estación cinco minutos tarde y se sorprendió al encontrar al estudiante indio mirándolo fijo.

—Supongo que no tiene visiones —pensó Big Billie mientras rodaban al sur, hacia Newtownards y Comber.

A media mañana todo el grupo estaba al tanto del chiste secreto de Big Billie, que amenazó con darle una paliza al que se lo revelara “al morochito”. No había necesidad: seguros de que el gusano lento era perfectamente inofensivo, a ellos también les parecía que era una buena broma. Solo

Ram Lal trabajaba sin saber, consumido por sus pensamientos y preocupaciones.

A la hora del almuerzo debería haber sospechado algo. La tensión era palpable. Los hombres se sentaron alrededor del fuego como siempre, pero la conversación era forzada y si no hubiera estado tan preocupado hubiera notado las sonrisas furtivas y las miradas lanzadas en su dirección. No se dio cuenta. Puso su vianda entre sus rodillas y la abrió. Enrollada entre los sándwiches y las manzanas, lista para atacar, estaba la víbora.

El grito del indio hizo eco en todo el claro, un poco antes del clamor de las risas de los trabajadores. En simultáneo con el grito, la vianda voló alto en el aire cuando la arrojó lejos con todas sus fuerzas. Todos los contenidos volaron en direcciones diferentes, aterrizando en el pasto crecido, la retama y el espinillo alrededor.

Ram Lal estaba de pie, gritando. Los del grupo se doblaban de risa, sobre todo Big Billie. No se había reído así en meses.

—Es una serpiente —gritó Ram Lal—, una serpiente venenosa. Váyanse de acá, todos. Es letal.

Las risas aumentaron; los hombres no podían contenerse. La reacción de la víctima del chiste superó todas las expectativas.

—Por favor, créanme. Es una serpiente, una serpiente mortífera.

Big Billie tenía la cara roja. Se enjuagó las lágrimas de los ojos sentado en el claro, en frente de Ram Lal, que estaba parado mirando con espanto alrededor.

—Morochito ignorante —jadeó—, ¿no sabés? No hay serpientes en Irlanda, ¿entendés? No hay.

Le dolían los costados de risa y se recostó sobre el pasto, con las manos atrás de la espalda para sostenerse. No vio los dos agujones que, como espinas diminutas, se clavaron en la vena interna de su muñeca derecha.

El chiste se terminó y los hombres hambrientos se dispusieron a comer sus almuerzos. Harkishan Ram Lal tomó asiento de mala gana, mirando a su alrededor constantemente, con su taza de té humeante, comiendo solo con la mano izquierda, lejos del pasto crecido. Después de comer volvieron a trabajar. La vieja desti-

lería estaba casi demolida; las montañas de basura y madera salvable yacían polvorientas bajo el sol de agosto.

A las tres y media Big Billie Cameron paró de trabajar, descansó sobre su pico y se pasó una mano por la frente. Lamió la hinchazón leve en la cara interna de su muñeca, y empezó a trabajar de nuevo. Cinco minutos después volvió a enderezarse.

—No me siento muy bien —le dijo a Patterson, que estaba al lado de él—. Voy a descansar un poco en la sombra.

Se sentó debajo de un árbol por un rato y sujetó su cabeza con sus manos. A las cuatro y cuarto, todavía agarrando su cabeza dolorida, tuvo una convulsión y se tambaleó hacia un costado. Pasaron varios minutos hasta que Tommy Burns se dio cuenta. Cruzó y se dirigió a Patterson.

—Big Billie está enfermo —anunció—, no me responde.

El grupo se dividió y se dirigió hacia el árbol bajo el que yacía el capataz. Sus ojos ciegos estaban fijos en el pasto a escasa distancia de su cara. Patterson se inclinó sobre él. Había vivido suficientes años como para reconocer a un muerto.

—Ram —dijo—, vos tenés formación médica ¿Qué pensás?

Ram Lal no necesitaba hacer un examen, pero lo hizo. Cuando se paró, no dijo nada, pero Patterson entendió.

—Quédense acá —dijo, tomando el control—. Voy a llamar a una ambulancia y a McQueen.

Caminó hasta la calle principal.

La ambulancia llegó primero, una hora y media más tarde. Dieron marcha atrás por el camino y dos hombres arrastraron a Cameron hacia una camilla. Se lo llevaron al Hospital General de Newtownards, que tenía la unidad de emergencias más cercana, donde el capataz fue ingresado como muerto en la llegada. McQueen, extremadamente preocupado llegó treinta minutos después de eso.

Dado que las circunstancias de la muerte eran desconocidas, había que realizar una autopsia y fue realizada por un patólogo de North Down en la morgue municipal de Newtownards, donde el cuerpo había sido transferido. Esa misma tarde el informe

del patólogo estaba en camino a la oficina del juez de instrucción de North Down, en Belfast.

El informe no decía nada extraordinario. El muerto había sido un hombre de cuarenta y un años, grande e inmensamente fuerte. En el cuerpo había muchos cortes menores y abrasiones, principalmente en las manos y en las muñecas, consistentes con el trabajo de peón de obra, que no guardaban relación alguna con la causa de la muerte. Esta última, sin dudas, había sido una hemorragia cerebral masiva, causada probablemente por extremo esfuerzo bajo el clima caluroso.

Con un informe de esas características, el juez de instrucción normalmente no hubiera iniciado una investigación, dado que podía expedir un certificado de defunción por causas naturales al registro civil de Bangor. Pero había algo que Harkishan Ram Lal no sabía.

Big Billie Cameron había sido un miembro prominente del consejo de la proscrita Fuerza Voluntaria del Ulster², la organización paramilitar de la línea dura del protestantismo, en Bangor. La computadora de Lurgan, en la que se archivan todas las muertes de la provincia del Ulster, incluso las más inocentes, arrojó este dato y alguien en Lurgan lo recogió y tomó el teléfono para llamar a la Gendarmería Real del Ulster en Castlereagh.

Alguien llamó a la oficina del juez de instrucción de Belfast y solicitó una investigación formal. En el Ulster no basta con que las muertes sean accidentales: también tienen que parecer accidentales. Al menos, para algunas personas. Esto trajo muchos problemas para McQueen, pues asistieron miembros de Hacienda. También dos hombres silenciosos de convicciones lealistas extremas, miembros del consejo de la FVU. Se sentaron en el fondo. Casi todos los compañeros de trabajo del fallecido se sentaron adelante, cerca de la señora Cameron.

Solo solicitaron que Patterson diera evidencia. Relató los eventos del lunes, interrogado por el forense, y como no hubo controversias no llamaron a ninguno de los otros trabajadores, ni siquiera a Ram Lal. El juez de instrucción leyó en voz alta el informe del patólogo y fue lo suficientemente claro. Cuando terminó, hizo un breve resumen antes de dar su veredicto.

—El reporte del patólogo es bastante inequívoco. Hemos escuchado del señor Patterson los eventos de esa hora de almuerzo, de la broma, tal vez algo tonta, que le gastaron al estudiante indio. Pareciera ser que el señor Cameron estaba tan divertido que se rió hasta quedar muy cerca de una apoplejía. El subsecuente trabajo pesado con picos y palas bajo el sol abrasador hizo el resto, provocando la ruptura de un vaso sanguíneo grande en el cerebro o, como informa el patólogo, una hemorragia cerebral. Esta corte ofrece sus condolencias a la señora Cameron y a sus hijos, y dictamina que el Señor Cameron murió por causas naturales.

Afuera, en el césped que se extendía frente a la municipalidad de Bangor, McQueen habló con sus peones.

—Voy a ser justo con ustedes, muchachos —dijo—. El trabajo sigue en pie, pero no puedo descontar impuestos y todo lo demás, con Hacienda respirándome en la nuca. El funeral es mañana, pueden tomarse el día. Los que quieran ir pueden presentarse el viernes.

Harkishan Ram Lal no fue al funeral. Cuando acontecía en el cementerio de Bangor, tomó un taxi a Comber y le pidió al conductor que esperara en la calle mientras caminaba por el sendero. El conductor era un hombre de Bangor y había oído de la muerte de Cameron.

—¿Vas a presentar tus respetos en el lugar, no? —preguntó.

—Algo así —dijo Ram Lal.

—¿Así lo hace tu gente? —preguntó el conductor.

—Podría decirse que sí —dijo Ram Lal.

—Bueno, está bien, no voy a decir que es mejor o peor que nuestra forma, al lado de la tumba —dijo el conductor, y se preparó para leer su periódico.

2. La Fuerza Voluntaria del Ulster es un grupo paramilitar leal a la Corona Británica en Irlanda del Norte. Nace en el año 1966 y toma el nombre de la UVF formada en el año 1912 por Edward Carson y James Craig. Su objetivo principal era luchar contra el IRA (Ejército Republicano Irlandés). En 2007 se comprometió a abandonar las armas. [N. del T.]

Harkishan Ram Lal caminó por el sendero hasta el claro y se paró donde había estado el fuego. Miró todo el pasto crecido, a la retama y al espinillo en el suelo arenoso.

—*Visha serp* —llamó a la serpiente escondida— ¡Oh, serpiente venenosa! ¿Podés oírme? Has hecho lo que debías; por eso te traje desde las colinas de Rajputana. Pero tenés que morir. Yo mismo te hubiera matado, si todo se hubiese desarrollado de acuerdo con mi plan, y arrojado tu cuerpo al río.

—¿Me oís, animal mortífero? Entonces escuchá esto. Tal vez vas a vivir un poco más, pero después morirás, como mueren todas las cosas. Y vas a morir solo, sin una hembra con la que aparearte, porque no hay serpientes en Irlanda.

La víbora gariba no lo oyó, o si lo oyó, no dio señales de haber comprendido lo que decía. En lo más profundo de su agujero en la arena cálida, bajo los pies de Ram Lal, estaba muy ocupada, totalmente absorta en la realización del trabajo que le había encargado la naturaleza.

En la base de la cola de las serpientes hay dos placas superpuestas que cierran la cloaca. La víbora tenía la cola erecta y sacudía el cuerpo siguiendo un ritmo primitivo. Las placas se habían separado y, uno a uno, envueltos en su saco transparente de pocos milímetros de longitud, pero tan mortíferos como sus antepasados, la serpiente, una hembra, estaba trayendo doce hijos al mundo.

Traducción de Eugenia Santana Goitía.



Frederick Forsyth (1938)

Escritor británico reconocido por sus novelas de suspenso y la apropiación que realiza de recursos propios del periodismo de investigación para la escritura de sus ficciones. En los años sesenta trabajó como reportero y durante veinte años fue espía del Servicio de Inteligencia Secreto. “No hay serpientes en Irlanda” debe su título a la tradicional leyenda de San Patricio, según la cual el patrono irlandés exterminó a todas las serpientes de su país, entre otras hazañas por las que es homenajeado cada 17 de marzo.

Javier Rodríguez Marcos

Felicidad

Tiende la ropa. Es todo
lo que hace (la cara colorada
por el frío de afuera; la manos, por el agua).

Diría que son felices, que se quieren, diría
que siempre ha sido así
(no lo sé a ciencia cierta,
tendría que aventurarlo).
Él es algo obsesivo, es verdad, se les oye
hablar —se les ve poco—
de lo mismo mil veces.
Todos tenemos nuestras obsesiones.

El niño estará bien con otros niños.
No se discute, a mí
también me aconsejaron
y he crecido sin traumas
Yo también fui un muchacho
diferente. Tiene que hacerse un hombre.

Cosas de esas, y ella
habla poco, no dice
más que hola
y adiós en la escalera.
Felizmente
cansada, tiende la ropa ahora, con las manos
heladas, ropa fría
de sus dos hombres, ropa
vacía sin su cuerpo.

Ella ha compuesto con su cobardía
esa canción que canta
mientras tiende la ropa.
Felicidad se llama, y trata de eso:
de los sueños perdidos,
de las palabras que ya nunca más
han vuelto a decir nada.

Solo en casa

El anuncio de visa
(y ella en Dublín, supongo)
se mezcla en tu cabeza
con frases, desperdicios
de la cena, papeles
¿te gusta conducir? No sabes
lo que Citroën puede hacer por ti.
Le dije
que jamás la perdiera usted de vista.
No la perdí de vista.
Entonces la miraba
demasiado. Vanessa,
la niña de cristal,
la llamaban “el monstruo”,
la niñas del colegio.
Dejó el colegio. Ahora
el anuncio de visa
se mezcla en tu cabeza
con anuncios de paz, discursos, guerra.
Los muertos por los suelos
de esta casa vacía,
su sangre, tu costumbre.
El mundo está bien hecho. Hay esperanza
y no es para nosotros.
Vuelvo a la tele, cierro
el libro, las ventanas, los cuadernos
cierro los grifos, cierro
la conciencia. Otra vez ese anuncio
(llovía en Dublín, me temo):
visa repsol, muchacho
¿hasta cuándo aguantarás sin ella?

página
138

Javier Rodríguez Marcos (1970)
Nació en Cáceres, España. Estudió Filología y participa en secciones culturales
de medios como *ABC* y *El País*. Es escritor de poesía y de literatura de viaje, autor
de los poemarios *Naufragios*, *Mientras arden* y *Frágil*. De su prosa se destacan
Los trabajos del viajero: tres lecturas de Cervantes y *Medio mundo*.



Literatura rusa

Edgardo Cozarinsky

Una trama de fijaciones, equívocos y mundos posibles nos ofrece la posibilidad de recrear el vínculo entre literatura y realidad vivida.

*El diálogo de dos fetos en el útero
sobre las cosas
de este mundo sería una metáfora de nuestra
ignorancia del más allá.*
Urn Burial, Sir Thomas Browne

I

En el baño del departamento de mi amigo Sergio el bidet está convertido en macetero. Hacia los lados caen unas hojas largas y delgadas, de un verde pálido surcado por una raya amarillenta; en el centro se elevan otras hojas, carnosas, firmes, de un verde oscuro. Hacía tiempo que no lo visitaba, o que no necesitaba visitar su baño, y el descubrimiento me sorprendió como una novedad.

—La planta de hojas finas, bastante lánguidas, se llama cinta; la más fuerte es una aspidistra —me informó. El bidet es ideal para mantener irrigada la tierra de manera controlada. Nada mata a una planta como el exceso de agua.

Mi silencio debe haber sido más elocuente que una pregunta porque Sergio no esperó mucho para dar una explicación.

—Desde que Celina se fue, en esta casa no entra más una mujer. Lo decidí y lo cumplo. Cuando la ocasión se presenta, para eso están los hoteles. Y en el único caso en que una se animó a insistir e insistir en que quería conocer “la guarida del tapir”, cuando se resignó a vestirse después de intentar lavarse ya había entendido que desterré la convivencia de mis proyectos de vida.

Sergio es novelista, yo soy traductor. Él es mujeriego, yo soy tímido. No recuerda qué mujer le puso de apodo “el tapir”, supongo que por alguna performance oral. Conmigo eran siempre ellas las que tomaban la iniciativa y con los años empezaron a escasear. Hoy estamos instalados, cada cual en su carácter, en esa edad que ya no puede aspirar a ser llamada madura pero se resiste a la vejez. Se me ocurrió que a Sergio, hombre de hábitos perezosos, para quien la ciudad se circunscribe a unos cuantos restaurantes y bares conocidos, le vendría bien asomarse a otro Buenos Aires, el que yo exploro con una curiosidad que los años no han gastado.

II

—Decir la “dama de pique” es un galicismo. Si hablamos castellano tenemos que elegir, según las barajas, entre la “reina de espadas” o la “dama de picas”.

La voz de Sergio se hacía pastosa después del tercer vodka pero su vocación lexicográfica no cejaba. Habíamos estado hablando de Pushkin en un ambiente muy lejano de su relato, de esas mesas de juego donde se apostaban fortunas y podían enloquecer nobles y oficiales de San Petersburgo.

—En la Argentina —continuó— hemos heredado tantos galicismos de los tiempos en que Buenos Aires era una metrópolis cosmopolita que no me extraña oír que digan pique por pica.

Preferí no acusar la estocada, que sentí dirigida a mí, lector que prefiere internarse en

las novelas del siglo XIX, y que del siglo pasado solo se le anima a algunas anteriores a 1940. Me limité a sugerir que un galicismo tal vez no estuviera del todo fuera de lugar al evocar una sociedad como la rusa de tiempos en que el francés era el idioma de conversación habitual.

Estábamos en el más plebeyo reducto —la palabra lleva inevitablemente, paradójicamente, a *ridotto*, los casinos privados de Venecia en tiempos de Casanova— de los juegos de azar: las altas, inmensas, ruidosas, encandiladoras salas de “maquinitas” —por un momento me sentí tentado de propinarle a Sergio la denominación hispana “tragaperras”, tanto más exótica que *slot machines* y *machines à sous*— del hipódromo de Palermo en Buenos Aires.

Eran las tres y media después de medianoche y un elenco numeroso y variopinto seguía hipnotizado en las pantallas la catarata vertiginosa de figuras que cada tantos segundos se detienen, anunciando una configuración rara vez ganadora. Hubo un tiempo, pensé, en que a Sergio le hubiese atraído buscar entre esos ludópatas la posibilidad de personajes de ficción. El ama de casa insomne, sin duda viuda, escatimando los restos de una pensión ante su juego preferido: el faraón que puede asomar de un sarcófago, uno solo de los varios propuestos al jugador en el recinto más recóndito de una pirámide, o los signos del zodiaco, centelleantes, engañosos, que una vez Sagitario, otra vez Piscis, pero no siempre ellos, anuncian con un timbre festivo el premio máximo. Los hombres, impecables algunos, como los viejos milongueros que no renuncian al traje oscuro y a las tres puntas inmaculadas del pañuelo que asoma del bolsillo superior a la izquierda del pecho, otros apenas vestidos para salir de sus casas, con algún detalle que delata el triunfo de la senectud, pantuflas en vez de zapatos, saco de piyama en vez de camisa.

Pero nunca pudo avanzar en la ficción. En esta visita, me confesó, lo desanimaron las historias humildes, tristonas, “de la vida real” —como reza, nunca se sabrá si con rédito convincente, la publicidad de las más insoportables películas actuales— que se podían urdir a partir de esas figuras

entrevistas. Acaso escondan peripecias y pasiones, pero estas permanecen vedadas, me dijo, inaccesibles para su imaginación literaria.

Se me había ocurrido distraerlo de la melancolía, disfrazada por momentos de agresividad, en que lo había sumido su condición de esposo abandonado haciéndole ver un Buenos Aires que no conocía. La indiferencia con que acompañó nuestra visita no le impidió alguna observación inesperada.

—Pensar que las carreras de caballos fueron la pasión del porteño durante décadas. *La fija* en sus dos ediciones, la celeste y la rosada, se vendía en todos los quioscos. Y las letras de tango... *Por una cabeza* todavía se escucha en Europa, la música solamente, nadie sabría de qué habla la letra aunque pudiesen entender las palabras...

—“Metejones que tengo con los pingos, / berretines de todos los domingos” —canturreé como para refrendar su recuerdo con otro tango.

—Y ahora vengo a enterarme de que son las maquinitas las que salvaron de la ruina al hipódromo que ya poca gente frecuentaba. Dicen que primero las instalaron a la entrada, luego en la confitería, más tarde construyeron este anexo: varios pisos, restaurantes... Parece que también hay unas salas chicas con ruletas, pero electrónicas —emitió una risa carraspeante—. Mirá adónde fue a parar la elegancia de los casinos...

Me pareció el momento apropiado para contradecir esa visión complacida de la decadencia porteña.

—No te ensañés con Buenos Aires. En Monte Carlo también han instalado maquinitas. Y en Baden-Baden llenaron con ellas la vieja estación del tren de trocha angosta, abandonada desde los años 70; ahora está iluminada con neones de color.

Estábamos ante el bar. Una rubia muy joven, de sonrisa cansada, retiró los vasos vacíos y nos interrogó con la mirada. Sergio vaciló un instante antes de pedir agua mineral. Yo no me opuse. Era la pausa que nos permitiría dentro de un rato volver al vodka.

—Si quiero buscar algo novelesco en la vida —intentó explicar Sergio— sé que no lo voy

a encontrar en estas réplicas a escala reducida de Las Vegas. Tengo la impresión de que existen, de que tiene que haber espacios privados, no diría secretos, donde pasan cosas más interesantes.

Un momento de silencio. Como una demorada réplica, extraje un nombre de mi memoria.

—¿Te acordás del cosaco Remizov?

El nombre despertó en Sergio una imagen borrosa, un compañero del colegio secundario, hosco, taciturno, no precisamente un amigo. De cosaco no tenía nada, pero el apellido de familia rusa, la altura, la corpulencia le habían merecido el mote que borró su nombre de pila. “Che, cosaco...” Nunca oímos que lo llamasen de otro modo. No esperé la respuesta de Sergio para hablar.

—El cosaco se fue a vivir a Alemania. Hace muchos años, apenas terminó el secundario, no se te ocurra que fue un exilado... Tenía allí unos tíos. ¿Sabés cómo se gana la vida desde hace décadas? Jugando al poker. En serio: es un profesional. Lo llaman para formar mesas, en cualquier lado. “Preséntese el viernes a las 20 hs. en la habitación 243 del hotel X en Los Angeles”. O en Beirut o en Marbella. Le pagan el pasaje en primera. La mesa dura de la noche del viernes al lunes a la mañana. Y él cobra por participar, si gana es el organizador quien guarda la ganancia, no sé si él va a porcentaje, pero siempre tiene un mínimo garantizado.

—Como una puta —comentó Sergio—, de esas que llamaban *call girls*.

—Como una puta —confirmé.

Nos distrajo la llegada de un grupo de turistas coreanos. Sin duda habían estado viendo bailar tango en alguna milonga hasta la hora del cierre y ahora coronaban la tan mentada noche porteña con una visita a estas salas de juego que no me resigno a llamar casino. Locuaces, risueños, estudiaban con curiosidad el recinto; algunos ya tenían en mano el billete de cien pesos que iban a introducir en El Príncipe Sapo o en Tesoros Submarinos; el guía que oficiaba de intérprete, en cambio, parecía a punto de dormirse de pie.

—¿Y? ¿Qué te parece? —pregunté—. No te imaginabas nada parecido a esto.

Lo sorprendí con la guardia baja: Sergio asintió. Comprobé que no me había equivocado al decidir pasearlo una noche por un Buenos Aires muy distinto del que había sido suyo.

III

Elegimos desayunar lejos del hipódromo y sus modestos juegos de azar, de su multitud insomne. Caminamos hasta las arcadas de la estación Pacífico. La primera luz de la mañana de verano ya llenaba el cielo pero dejaba en una sombra fresca la vereda del bar donde nos sentamos, respirando con fruición la ausencia de aire acondicionado, gozando del alivio de una brisa suave que mecía las copas de los plátanos. En una mesa vecina dos travestis disponían con entusiasmo de medialunas y café con leche; aunque mantenían el porte erguido que sin duda habían lucido horas antes, su maquillaje ya necesitaba refrescarse. Traté de no demorar en ellos una mirada curiosa.

—La elegancia de los casinos, dijiste —retomé el tema—... Hoy, aun en los verdaderos casinos, son pocos los jugadores de punto y banca, de baccarat. La ruleta domina. Es lo más popular, la gente juega de pie, apretujándose ante las mesas, a veces apuestan ellos mismos sin hacer intervenir al croupier. Es un juego fácil, pasivo. En cambio, en el casino Iguazú, el de las cataratas, parece que tienen éxito las mesas de black jack; por lo menos es algo menos vulgar: número limitado de jugadores, necesidad de calcular la apuesta...

—Ejercicio mínimo de la mente... El poker, o su versión indígena, el truco, exigen inteligencia, astucia. Sobre todo disimulo. Por eso no son juegos de casino. Son privados, aunque los jueguen en una mesa de café.

—¿Y el faro? Es lo que juegan en el cuento de Pushkin... Nunca lo oí nombrar.

—Creo recordar que era algo tan elemental que pasó de moda muy rápido.

Las travestis, renovada su energía por el desayuno, habían empezado a interesarse en nosotros. Éramos los únicos otros clientes, nos oían hablar de casinos y apuestas, nos veían instalados en esa edad

en que todo hombre ya se ha avenido a pagar, cualquiera sea el género de contrincante que le interese. Me pareció prudente poner fin a la excursión. Le informé a Sergio que por la esquina de Santa Fe pasan con frecuencia los taxis y a ella nos dirigimos.

IV

Ya dije que Sergio es novelista y yo soy traductor. Compartimos, eso sí, más que el gusto, una pasión por la literatura rusa. La frecuentamos desde nuestros años de estudiantes, y podría decir que los azares de la fortuna y los altibajos de la amistad lejos de disminuirla la han enriquecido.

Días más tarde yo ponía punto final a una traducción de Pushkin, dudando aún entre llamar “El caballero de hierro” o “El jinete de bronce” al poema cuyo título alude a la estatua de Pedro el Grande por Falconet: *Miedni vsádnik* (Медный всадник)... Consulté las versiones en otros idiomas: *The Iron Horseman*, *Le Chevalier d’airain*. Finalmente me decidí por *El jinete de bronce*, aunque los diccionarios tradujeran всадник por cobre, *copper*, *cuivre*.

La devoción por la literatura rusa me lleva a dedicar mis ocios a estas traducciones no solicitadas ni remuneradas. El placer que me procuran es recompensa suficiente. Me atrae en este momento la ambigua relación de los escritores rusos del siglo XIX con la ciudad de San Petersburgo; en ella me parece reconocer, salvadas distancias enormes, algo de la relación de algunos escritores argentinos con Buenos Aires.

Gogol, por ejemplo, deseaba habitar la brumosa capital del imperio y por ella abandonó su soleada Ucrania. Uno de sus relatos más famosos, “La Perspectiva Nevski”, resume el desencanto que muy pronto lo dominó. Más allá de la anécdota —sentimental o erótica, según se elija leerla—, la famosa avenida es presentada como un espejismo falaz: “Todo en la Perspectiva Nevsky respira engaño. Miente sin descanso, pero sobre todo a esa hora en que la noche descende con todo su peso y transfigura las fachadas blancas o amarillo pálido de los edificios, cuando toda la ciudad

se convierte en murmullo y resplandor, cuando infinidad de carruajes llegan por los puentes, los postillones gritan y azotan a sus caballos, y el mismo diablo enciende las lámparas solo para que veamos las cosas como no son”.

En esas líneas me parece escuchar un lejano, pretérito, eco de Martínez Estrada.

El mismo Pushkin empieza *El jinete de bronce* con una oda a Pedro el Grande, a su visión de una ciudad imperial, “ventana a Europa” que, lejos de Moscú y su historia amasada de religiosidad, herencias bizantinas y asiáticas, el “monarca taumaturgo” iba a hacer surgir de los pantanos del Báltico rompiendo las “aguas soberanas” del Neva. El poeta entrelaza ese tono heroico con un lirismo subjetivo: ama los “inviernos despiadados” de la ciudad tanto como la penumbra transparente de las breves noches de verano en que solo media hora separa el crepúsculo de la aurora, cuando él escribe en su cuarto sin encender la lámpara.

A continuación el poema se embarca en una narración fantasmagórica: una crecida apocalíptica del Neva, que invade y destruye la ciudad que desafió a la naturaleza. En medio de la hecatombe, un pobre diablo —personaje en el que reconozco una prefiguración de los excluidos y resentidos de Arlt, vástagos cimarrones de los “humillados y ofendidos” de Dostoievski—, lanza una imprecación ante la estatua del zar fundador; esta descende del enorme peñasco que le sirve de zócalo —como un prestigioso antecesor, *l’uomo di sasso*— y persigue hasta destruir al súbdito que osó desafiarlo.

Las inundaciones que cada primavera sumergen algunos barrios de Buenos Aires no tienen ese terror de juicio final, del “día de ira” convocado por Pushkin, nada que suscite el canónico *solvet saeculum in favilla*. El cielo bajo, plomizo, descarga sobre las orillas bajas del Plata infatigables torrentes. Todos los años las calles vuelven a inundarse, las alcantarillas crónicamente desbordadas por efusiones climáticas tan previsibles como rápidamente ignoradas por las autoridades hasta el próximo diluvio, olvidadas apenas quedan limpias las aceras y se ha rescatado el cuerpo de los transeúntes ahogados al intentar cruzar la

avenida Cabildo, del ama de casa electrocutada por un cable derribado ante su puerta en la calle Necochea.

Lo que me llevó a ese poema, y me hizo elegirlo para una traducción, fue —hubiese debido confesar: como en todo lo que me atrae— una disonancia, una grieta, una rajadura: la mezcla de admiración por la proeza de Pedro el Grande y el sentimiento de una venganza latente, tal vez inminente, de las fuerzas que esa proeza desafió. Como si Pushkin intuyese que bajo el Palacio de Invierno, bajo el Almirantazgo, bajo la columna de Alejandro y la misma Perspectiva Nevsky, laten los cuerpos de aquellos cientos de miles de súbditos, hoy mezclados con la cal, la arena y el barro de la argamasa, que perecieron al intentar afianzar en un subsuelo pantanoso los pilares sobre los iba a elevarse la nueva capital.

Y sí: la ciudad inspirada por las ideas de la ilustración se erigió sobre cadáveres.

Suelo admitir que disquisiciones como estas, que corresponden a mis preferencias literarias, siempre terminan llevándome muy lejos de Buenos Aires, donde las explosiones de violencia terminan disolviéndose en un caldo gordo de complicidades y sobornos sin grandeza.

La conversación del otro día con Sergio, el recuerdo —esto sí algo novelesco, algo no prometido por los tristes habitués del hipódromo— de la conversión de un compañero de nuestros años de colegio en profesional del poker, el ocaso de ciertos juegos y la popularidad ganada por otros, sometidos todos a leyes tan volubles como las que rigen la moda, me dejó una incógnita: el faro, el juego en el que gana y pierde el personaje de *La reina de espadas*.

En la *Encyclopédie des Jeux de Cartes* de Jean Boussac (1896) encontré una descripción y una posible genealogía. Se sabe que se jugaba al faro en Versalles durante Luis XIV, adonde habría llegado de Italia, derivado de otro juego cuyo nombre sugiere una genealogía novelesca: el lansquenete. ¿*Landknecht*? ¿Cómo los mercenarios del Sacro Imperio? En el tablero, que puede ser un simple paño con las figuras estampadas, aparecen las trece cartas de picas, base de las apuestas. El croupier o banquero

tiene en mano el mazo y descubre en cada vuelta dos cartas. La primera es el número ganador del banquero, la segunda el de los jugadores que apostaron a esa carta en el tablero.

Es un juego de puro azar, diría mi amigo; como la ruleta, no exige astucia ni disimulo por parte del jugador. La casualidad —pero con el paso del tiempo he aprendido a desconfiar de esta palabra—, me hizo releer anoche algunos cuentos de Bret Harte; por ellos me enteré de que aún se jugaba al faro —¿por última vez?— entre los buscadores de oro en el lejano Oeste. Un croupier nómada viajaba con los naipes, el paño y un ábaco para contabilizar apuestas y ganancias.

V

María Filipovna Lopokova, lejana sobrina de aquella pupila de Diaghilev que terminó casada con Maynard Keynes y padeciendo el snobismo de los Bloomsbury, deja pasar con serenidad sus días finales en una residencia geriátrica de Villa Ballester.

Algunos domingos la visito. No lo hago por altruismo. La memoria de María Filipovna, errática para fechas y nombres, es una inagotable reserva de usos y costumbres del *ancien régime* liquidado antes de su nacimiento y que solo conoció a través de la obstinada nostalgia de sus mayores. Recibe al visitante con el abundante pelo de un blanco amarillento recogido en formas complicadas por cantidad de horquillas; como vestido ha elegido una bata de seda ajada, sobre la que prende un broche pesado, de piedras difíciles de identificar; a sus ojos es posible que esta joya dudosa confiera cierta elegancia al atuendo de entrecasa.

Para mis trabajos de dilettante, mis lecturas preferidas se iluminan con los comentarios de la anciana. Un ejemplo: la tarde en que sometí a su erudición el color de las calzas del príncipe Ippolit —a las pocas páginas de abordar *Guerra y paz*, el lector es sorprendido por la descripción, en francés en el original, de esa prenda: “*couleur cuisse de nymphe effrayée*” — se echó a reír.

—¿Usted también? Me pregunto si ese viejo lleno de vueltas de Tolstoi se divertía sabiendo que creaba una incógnita para los lectores de tiempos futuros... No sé cuántos profesores se dedicaron a proponer hipótesis... ¿Cuál es el color del muslo de una ninfa asustada? —su risa se transformó en tos y recurrió al vaso de agua que siempre tenía a su alcance, y que solo después de su muerte Sergio iba a enterarse de que contenía vodka—. Recuerde que en la novela la frase está seguida por un “como él lo llamaba”, es decir que la afectación, el uso del francés, la fantasía o el capricho son predicados que Tolstoi atribuye al personaje del príncipe...

Se entenderá que recurriera a ella para saber si alguna vez había jugado al faro.

—Faraón, lo llamaban en mi familia. Según mi padre le decían faro en las tabernas, se había convertido en un juego para la servidumbre. O para los literatos, esto desde luego por culpa del cuento de Pushkin... Aquí mismo, en este asilo, hay un viejo príncipe que se cree Hermann, el personaje de “La reina de espadas”, y nombra incansablemente las tres cartas ganadoras. Tres, siete, as: тройка, семерка, туз! Siempre me tienta responderle con el resultado fatal que provoca la ruina y la locura de Hermann: en lugar del as como tercera carta ganadora —el secreto que le extrajo con violencia a la vieja condesa, provocando que se detuviera su frágil corazón—, aparece, venganza póstuma de ella, una dama de picas. Тройка, семерка, дама! anuncia, sereno, el croupier y Hermann, incrédulo, ve aparecer en el naípe el rostro sonriente, irónico, de la anciana dama que él arrojó a la muerte.

Hizo una pausa antes de agregar:

—Pero no tengo vocación de reina de espadas.

Volvió a reírse, esta vez sin carraspeo, lo que no le impidió recurrir a su fiel vaso de “agua”. Acaso —se me ocurrió en ese momento— no hubiera engaño alguno en su apelación: en ruso vodka, como la desinencia en ka lo indica, es un diminutivo: en este caso el de agua, вода; es decir: agüita... O como diría ella, *petite eau*.

—¿Lo quiere conocer?

VI

Me dispuse a encontrarme con uno de esos homúnculos del cine expresionista alemán, algún “sabio loco” de calva escoltada por mechones copiosos e enmarañados, mirada afebrada perdida en una lejanía amenazante, capa y esclavina heredadas del doctor Caligari. Pero el príncipe cuyo nombre no le permitió descifrar la articulación displicente de María Filipovna era un anciano atildado, su elegancia declarada por el desgaste de un traje de corte perfecto. También la camisa, de gusto inglés, lucía puños y cuello apenas raídos, solo lo necesario para demostrar el altivo descuido de quien no se preocupa por renovar el guardarropa que antaño estuvo a su alcance. Una condecoración que no pude identificar, pero supuse sin relación alguna con las republicanas *légions d'honneur* francesas, amenizaba la solapa gris oscuro.

Lo encontramos en un rincón casi solitario del jardín que alguna vez había sido un parque, reducido por loteos sucesivos. No estaba solo. Lo visitaba una joven, argentina por el acento, que a pesar de las palabras afectuosas con que María Filipovna me presentó no disimuló su desagrado ante la intrusión. Preferí no demorarme en su presencia, y al despedirme, sin haber llegado a oír en la voz del príncipe la mención de las tres cartas prometida por la anciana, le escuché en cambio una invitación a visitarlo.

—A mi edad la gente joven es una ventana a la vida —sentenció, sin que yo pudiese adivinar si era su vista menguante lo que me hacía tomarme por un joven o la dimensión generosa que a su edad confieren las pocas décadas que nos separaban.

Media hora más tarde, esperando el tren en la estación de Villa Ballester, vi llegar al andén a la joven que poco antes me había demostrado una marcada antipatía. Ahora sonreía. Respondí con cautela a este cambio de actitud.

—María Filipovna me explicó que usted es un traductor —empezó por decir, a modo de disculpa—. Por un momento temí que viniera a jugar a las cartas con el príncipe.

—Y usted cuida de que nadie le gane...

Se rió espontáneamente. Abrió el bolso que colgaba de su hombro y mostró un mazo de naipes y un paño donde estaban estampadas las cartas de picas.

—Le falta al ábaco —observé.

—El príncipe me tiene confianza, anoto los tantos en una libreta. Además, siempre le dejo ganar. Todos los naipes de mi mazo están marcados y le doy el gusto de creer que gana fortunas. No está al tanto del dinero. No estoy hablando de la inflación. Cree que jugamos en rublos, rublos de otros tiempos, desde luego. Hoy ganó veintitrés rublos y cuarenta kopeks. Se los pagué en pesos argentinos y miró los billetes distraídamente, curioso ante el rostro de Rivadavia en los de diez pesos: esperaba ver el de Nicolás II. “¿No será Pushkin?”, me preguntó, “tiene aire de negro”...

Llegó el tren, con ese estruendo de chatarra que amenaza renunciar a todo esfuerzo por proseguir su ruta. Elegimos un vagón donde había menos vidrios rotos que en otros. Antes de llegar a Retiro una hora más tarde ya había averiguado el nombre de la joven, Isabel, también que su relación con el príncipe derivaba de una abuela materna, argentina viuda de un hijo del general Wrangel, y que le divertía la ficción de jugar al faro todos los domingos con alguien cuya mente se había estacionado en un pasado impreciso pero lejano. El nombre de mi amigo Sergio le despertó una sonrisa pero ningún comentario.

Comprendí que no le desagradaba la compañía de un hombre de la edad de Sergio. O de la mía.

VII

Lo primero que me dijo Sergio cuando le conté mi visita al geriátrico de Villa Ballester y mi conversación con su amiga fue que no se llamaba Isabel. Sus padres, tradicionalistas, la bautizaron Pelagia y Zenaida; su patronímico sería Stepanovich y el apellido Dvorkin.

Tampoco era tan joven como parecía, me dijo. Discreto, no se exhibió sobre la relación que, me pareció evidente, habían tenido. La

mujer que había elegido llamarse Isabel, me dijo, había cumplido más de treinta años, aunque conservara un aire de adolescente aun no decidida a instalarse en la edad adulta. Es algo incongruente con su ocupación profesional de acompañante terapéutico, que para Sergio exige una autoridad explícita, mucha firmeza para tratar con los pacientes; sin embargo, Isabel le reveló que tenía a su cargo dos esquizofrénicos, a quienes visitaba regularmente en sus casas —las familias buscan evitar el oprobio social de tener un pariente internado en un asilo psiquiátrico, aun bajo el eufemismo de “institucionalizado”— o llevaba al cine tomando en cuenta sus preferencias: para uno de ellos la ciencia ficción resultaba sedante; el otro era menos previsible, su sonrisa beatífica perduraba horas después de ver por tercera o cuarta vez *Life of Pi*, pero las comedias musicales le producían un estado de agitación breve e intenso. Al enterarse de esta ocupación, Sergio halló menos excéntrico que Isabel disfrutase de la visita de domingo a Villa Ballester para jugar al faro con un anciano príncipe y permitirle ganar en todas las vueltas...

—Los esquizofrénicos enseñan muchas cosas —le había confiado Isabel—. Te hacen tomar conciencia de aspectos de tu conducta que no veías hasta que te los revela el contacto con ellos.

Sergio hizo una pausa en que su mirada pareció perderse en quién sabe qué introspección, antes de añadir:

—Confesó que está vagamente enamorada de sus dos pupilos... Después de escuchar esta revelación, no me resultó muy tranquilizador que me regalase algunos momentos de sensualidad.

La volví a ver a la semana siguiente. Me pareció curioso que, a pesar de su ascendencia rusa, ignorara tantas cosas que yo aprendí en los libros, sin haber buscado estudiarlas. No se trataba solo de literatura. Isabel, pues prefiero llamarla por el nombre con que se me presentó, se sorprendió, por ejemplo, cuando le conté que durante la guerra civil su bisabuelo, el tristemente célebre general Wrangel, llevó a cabo en Ucrania algunas de las más cruentas matanzas de judíos anteriores al Tercer

Reich. Esta felicidad en la ignorancia se extendía a muchos aspectos prácticos de la vida. En algún momento justificó la estrechez de su vida cotidiana diciendo que no llegó a heredar nada de la fortuna de su abuela, “que tenía acciones de unos pozos petroleros en el Mar Caspio”. ¿Los de Bakú, en Azerbaiyán? ¿No habían sido confiscados por el poder soviético?

María Filipovna y el príncipe murieron a pocas semanas de intervalo. Sergio se enteró por Isabel de las ceremonias fúnebres pero decidió omitirlas. Yo asistí a la de mi amiga, en mi imaginación un personaje que había empezado a delinearse. Me dirigí a la iglesia ortodoxa de Parque Lezama para despedirla —la metáfora ridícula no me molestó— y me sorprendió encontrarme con una asistencia numerosa, gente de edad avanzada y efusiva fidelidad. Oí hablar mucho ruso a su alrededor, pero también alemán. Me enteré de que la tradicional comunidad alemana de Villa Ballester, que contribuía al mantenimiento del asilo, extendía su amistad a los residentes de otro origen. Se me ocurrió que ese “otro origen” no debía ir mucho más allá de los viejos rusos, tal vez los únicos con quienes *die alte Deutsche* guardasen alguna afinidad...

Una primera impresión de teatralidad tardó en disiparse sin que pudiese precisar la causa: ¿era el decorado de la iglesia, la posición de espectadores ante la iconostasis que guardaban los asistentes, las generosas, renovadas bocanadas de incienso que el pope enviaba agitando su botafumeiro? ¿Eran las vestimentas, pasadas de moda con tal recato que nadie se atrevería ante ellas a pronunciar la palabra *vintage*? También las caras parecían haber sido elegidas en una agencia de casting. Ajenas a la variedad, que parece inagotable, de las que se cruzan cotidianamente en la ciudad, lucían, todas, algo ajado, como si la experiencia hubiese impreso en ellas marcas indelebles, indiferentes al alivio que dispensan las banalizadas terapias de apoyo, menos aún a la cirugía cosmética que impera en el limbo televisivo.

Isabel se mantuvo a un lado de los asistentes sin mezclarse con ellos. Observé que al salir no saludó ni fue saludada; habría supuesto

que no debían faltar familiares o amistades en la ceremonia.

—Siento como que estuve en una asamblea de fantasmas —comentó con un suspiro de alivio, respirando hondo en la vereda de la calle Brasil—. Tanta gente que se parece a personas que conocí de niña, y tal vez sean las mismas...

Le propuse almorzar en el restaurante vecino pero prefirió alejarse, cambiar de barrio. Caminaba con la mirada fija en un punto distante, sin duda interior, y entendí que era mejor no hablar. Nos alejamos del Parque Lezama, al principio sin rumbo, finalmente terminamos en el bodegón de San Juan y Sarandí, donde me conocen y me recomiendan buen vino fuera de las extravagancias exportables de las nuevas bodegas mendocinas. A Isabel le costó un momento aflojar la tensión. No la apuré con preguntas, esperé en silencio, no sabía si confidencias, que no me interesaban, más bien algún atisbo de ese mundo de ficción, la literatura rusa, cuya modesta encarnación, involuntaria, que no se sospechaba tal, veía en la mujer ensimismada, ensombrecida, cuya mirada parecía perdida en un punto sin duda interior. Finalmente esa mujer habló.

—Toda esa gente me odia. O peor: me desprecian.

Fue lo único que dijo. Comió en silencio, yo no me atreví a preguntarle qué encubrían sus palabras, y nos separamos sin prometer que nos volveríamos a ver.

VIII

Sergio, una vez más, iba a llenar esos huecos de misterio, no sé si con informaciones fidedignas o con esbozos de ficción.

—Todos esos viejos rusos saben que ella vio pintar a su padre, que conoce los secretos de familia.

Un chisporroteo de curiosidad, débil al principio pero que pronto sentí prometedor, se encendió en mi mente.

—En todas las familias hay secretos... —apunté.

Sentía que empezaba a tomar forma en mí esa especie de curiosidad que alienta en

un individuo formado o deformado, como se prefiera, por la pasión de las letras; una curiosidad que puede ocupar el lugar de pasiones más viscerales, más exaltadas. El relato no tardó en llegar.

—Todos estos hijos y nietos de exilados, todos estos nostálgicos del imperio, que lloran la pérdida de las grandes propiedades rurales de sus antepasados, y algunos se presentan con un título de nobleza, son en realidad nietos de almaceneros de Zelenograd, de escribientes de oficinas públicas de Vyborgskiy, de ferroviarios del Transiberiano. El padre de Isabel nunca se engañó sobre su propio talento, bastante modesto, pero tenía mucha astucia e ideó un plan para satisfacer esas ilusiones de grandeza. Copiaba los retratos de nobles pintados por los artistas cortesanos menos conocidos del siglo XIX, uniformes militares y condecoraciones para los hombres, toda una marea de encajes y puntillas para las mujeres, y en el lugar del rostro original copiaba una fotografía del cliente. El resultado nunca decepcionó. “Qué parecido a tu bisabuelo...”, “La sangre de tus antepasados está visible en tus facciones...”. Porque, además, la transcripción de los apellidos del alfabeto cirílico al latino permitía piruetas: algún Boronsky se transformaba en Vronsky, un Golinsky se animó nada menos que a Galitzin...

Sergio parecía entusiasmado por su relato. Me contagió: una avalancha de asociaciones me asaltó la imaginación. Mis traducciones literarias, que buscan palabras en un idioma para reemplazar las de otro, ¿no son acaso imposturas, intentos —declarados, sí, pero igualmente falsificaciones— que pegan el rostro de un idioma sobre el cuerpo de otro? Y los esquizofrénicos que acompaña habitualmente Isabel, ¿con qué grado de adaptación a su psicopatía ella les habla y actúa —sí, actúa— para establecer un contacto? ¿No es acaso también una ficción aceptada, consentida? Las imposturas de su padre tenían una relación redituable con las ilusiones que buscaban satisfacer. La complicidad que el pintor establecía con sus clientes delegaba a estos la mentira y guardaba para sí la verdad de la superchería...

Todo lo relacionado con esa mujer, que ya no podía sino pensarla como Pelagia Zenaida, me llevaba a asomarme a una novela no escrita...

IX

Hay mañanas en que al despertar me parece que emergo de una profundidad insondable, de una oscuridad sin alivio, y al entrever con párpados apenas despegados la luz, y reconocer en esa luz un espacio y objetos conocidos, suspiro aliviado: “un día más” pienso o murmuro, como si aquella oscuridad profunda de la que vuelvo a una vida opaca fuera la de la muerte, una muerte que se pudiera visitar, de la que se pudiese volver. Y son muertos, mis muertos, muchos de los que encuentro en los sueños, sueños que olvido inmediatamente, en el instante mismo en que busco retenerlos con palabras e imágenes que se escurren como arena entre los dedos.

Duermo solo. Desde el principio de mi relación con Isabel estuvimos de acuerdo en que cada uno conservaba su departamento, sus horas y sus costumbres, que nos encontrábamos para lo que llamamos, con una sonrisa pudorosa, “las horas del amor”. Pronto descubrimos que el lecho común, para un hombre de mi edad y que no lo practicó más allá de sus años juveniles, y aún en ellos sin frecuencia, es una incomodidad donde se unen la timidez y la vanidad: no quiero exponer a la mujer que se despierte a mi lado el mal aliento que acumulé durante la noche, ni el mal humor que me acompaña hasta una buena media hora después de despertarme.

Una noche, sin embargo, me venció el cansancio en el departamento de Isabel y me quedé dormido a su lado. Más tarde sentí el calor de su cuerpo junto al mío y sin despertarme pasé un brazo sobre su espalda; en algún momento, creo, le besé la nuca separando los mechones de pelo que la cubrían, y que también besé; ella se estrechó contra mí y repetimos los gestos de pocas horas antes.

Cuando me desperté estaba solo en la cama. El sol ya inundaba el cuarto vecino e Isabel no respondió a mi llamado: sin duda ya

había partido hacia el esquizofrénico del día. Una imagen del sueño recién borrado persistía en mi memoria, como si resistiera a desaparecer con el resto de la anécdota de la que era parte, donde acaso tuviera sentido: un hombre reía mientras quemaba varios billetes en la llama de una vela, lo acompañaba la risa de otros hombres y no sé qué me sugería que la escena ocurría en una taberna, y que esa taberna estaba en Rusia; algo del hombre me hacía pensarlo como un mujik, ebrio, los ojos brillantes con la exaltación del alcohol y de su desafío.

—Ah, ya te pasó el sueño —comentó Sergio cuando se lo conté—. Lo va a ir desarrollando noche a noche, si no te cuidás.

Le escuché contar, sin creerle mucho, que Isabel, o en este caso tal vez debiera decir Pelagia Zenaida, tenía la capacidad de transmitir, más bien de imprimir un sueño en el hombre que dormía con ella. Me pareció una leyenda más de las que rodeaban a nuestra amiga, y la archivé hasta que la semana siguiente Isabel me pidió que la dejase dormir en mi departamento; acepté: era tarde, nos habíamos demorado en un estreno de teatro, que como todos los estrenos empezó mucho más tarde de lo anunciado, y luego en un restaurant. A la mañana siguiente, al despertarme, también me encontré solo en la cama, también había guardado del sueño la imagen del mujik que reía mientras hacía arder varios billetes sobre una vela; pero esta vez reconocí su rostro: era el mío. Cuando se lo conté Sergio fue más explícito.

—¿A qué jugaban en la taberna? Quiero decir: ¿en qué juego ganaste el dinero que quemabas? Es tradición que el dinero ganado en el juego no sirve para nada bueno, que hay que gastarlo rápido... En francés dicen *flamber*, pero es solo una metáfora... Pero de ahí a quemarlo, eso es cosa de mujiks borrachos. Me pregunto si... Pero no terminó la frase, y preferí no pedirle que la terminara. A mí ya se me había formado la imagen de un antepasado de Isabel, un abuelo o quizá más lejos aún, alguien desterrado de su memoria por exorcismo y que sin embargo seguía latiendo sin nombre, tenaz, como para que ella lo inoculase, como un miedo atávico, a los hombres que la penetraban.

X

Decidí ponerla a prueba. En mi visita siguiente a su departamento revisé su biblioteca con aire distraído y comprobé que no había en ella ningún volumen de Leskov. Esa noche, durante la cena, comenté que había decidido interrumpir por un tiempo mis traducciones de Pushkin para intentar otros autores, Leskov por ejemplo, de quien solo circula en español la *Lady Macbeth de Mtsensk*; le conté que en uno de sus cuentos, “El ángel clausurado”, un grupo de “viejos creyentes” quiere rescatar un ícono milagroso de la iglesia “nueva” adonde ha sido llevado y sustituirlo por una réplica; para realizarla, recorre toda Rusia buscando al pintor capaz de copiarlo.

Me escuchó sin demostrar que la anécdota evocase ningún recuerdo incómodo. Tampoco cuando inventé que en otro cuento, cuyo título declaré no recordar, unos mujiks ebrios, en un concurso de altivo desprendimiento, a ver a quién le importa menos esa riqueza, o de desprecio por la fortuna impresa en una hoja de papel, ya que la única auténtica es la posesión de la tierra, quemaran los billetes con que han vuelto de la feria del pueblo vecino. Esta vez reaccionó. —¿Estás seguro de recordar bien el argumento? Decís que vuelven de una feria, pero si quemar dinero no debe ser el de la venta de sus cosechas sino el que han ganado en el juego. El producto del trabajo es sagrado; el del juego, impuro. No se toca dinero con la mano derecha, con la que te persignas. Se lo toca con la izquierda, la que usas para limpiarte el trasero.

Esa noche me pidió que volviese a casa después del café: estaba muy cansada, había tenido un día difícil, un nuevo paciente con quien aun no había descubierto la manera de comunicarse. Me dio un rápido beso en la mejilla, apenas un roce, y cerró la puerta apenas estuve afuera.

Pasaron varios días sin que me llamase, sin que contestara los mensajes que le dejaba en su número fijo, ya que prefería que no la llamase al celular. Esta ausencia me resultó benéfica, me hizo reflexionar. ¿Qué había buscado yo en ella? ¿La vanidad del hombre mayor que es aceptado por una mujer

joven? Más bien, satisfacer mi curiosidad literaria: había visto en ella, como antes en María Filipovna, la posibilidad de consultar un archivo viviente de usos y costumbres, de anécdotas e informaciones sobre ese territorio enigmático que tanto me atraía, la literatura rusa. No era material de primera mano, pero era el único accesible para mí. Lo demás, su belleza menguante, la ternura consentida, eran beneficios colaterales.

Me sentí cínico y me descubrí satisfecho de serlo. Era algo nuevo para mí. Corolario: la tentación de llamarla, muy presente en los primeros días, se fue desvaneciendo.

Unas dos semanas después de nuestro último encuentro, nos cruzamos —miserias de la vida actual— en un supermercado y fingimos, con la mayor delicadeza mutua, no vernos. Volví a casa con una sensación inédita de liviandad. Esa noche decidí lanzarme a escribir, a vencer el miedo que durante años me maniató y confinó al refugio de la traducción. Y lo que iba a escribir era una versión, una parodia seria, un *refacimento* de *La reina de espadas* o *La dama de pique*, como mi pedante amigo me hubiese reprochado que la llamase. Y sabía quién iba a ser el modelo de la vieja condesa, aunque no fuese una anciana ni tuviese título nobiliario.

Esa noche no soñé con los mujiks y su dinero quemado. La vi a ella —en fin: con la certeza inapelable de los sueños, supe que era ella— viejísima, casi irreconocible, con el pelo de un color gris sucio cubierto por una cofia de encajes que me parecieron apolillados. Me pareció, también, que había trozos de tierra adheridos a su cofia, a su piel. Me sonreía, desdentada, pero su voz era firme.

—Tres, siete, as.

Luego, en un susurro:

—Тройка, семерка, туз!

Y finalmente, con una risotada sardónica:

—Тройка, семерка, дама!

A la mañana siguiente ya había redactado el primer capítulo.



Edgardo Cozarinsky (1939)

Escritor, dramaturgo y cineasta nacido en Buenos Aires. Premiado por sus obras literarias y cinematográficas.

Realizó films como ... (*Puntos suspensivos*), del año 1971, y, una década después, *La Guerre d'un seul homme*. Exiliado en París, hasta los años ochenta se dedicó al cine y recién en 1985 retomó su actividad literaria con *Vudú urbano*, obra que combina la ficción, el ensayo, el documental y la primera persona.

El presente relato fue escrito especialmente para este número de la revista *La Biblioteca*.

La voluntad salvaje

Marina Tsvetáieva

Amo los juegos
en los que todos son arrogantes y malos.
Que los enemigos sean los tigres
¡y las águilas!

Que la voz altiva cante:
“¡Acá la perdición y allá la cárcel!”
Que la noche combata conmigo,
¡la noche sola!

Corro, — las mandíbulas detrás,
río, — con la correa en la mano...
Que el huracán
¡me despedace!

¡Que todos los enemigos — sean héroes!
¡Que el festín acabe en guerra!
Que en el mundo queden solo dos:
¡Yo y el mundo!

Traducción de Natalia Litvinova.



Marina Tsvetáieva (1892-1941)

Fue una reconocida poeta rusa. Su padre, Iván Tsvetáiev, fue el fundador del Museo Pushkin. En 1922, después de la Revolución Rusa, debió exiliarse, primero en Praga y luego en París, y regresó a Rusia recién en 1939. Su obra, apasionada e intransigente, permaneció inédita hasta después de la Segunda Guerra Mundial.

La rata

Elena Shvartz

El mundo se terminó: sollozó, suspiró,
y ahora silencio
Y sin embargo
pasa corriendo una rata.
El murmullo de las chimeneas lejanas,
el aullido que se aproxima,
por la avenida Nevsky corre una rata
No. Su fantasma.

Traducción de Natalia Litvinova.

página
151



Elena Shvartz (1948-2010)
Poeta y escritora rusa. Empezó a escribir siendo estudiante en la Universidad de Tartu. En los setenta y los ochenta sus poemas circularon en los *samizdat* de Leningrado (publicaciones clandestinas y disidentes de la U.R.S.S.) y Shvartz se volvió una figura renombrada en el *underground* ruso.

El vínculo roto: violencia en las salas de parto

Mercedes Campiglia

El parto, ese acto esencial, se vuelve cruel cuando los cuidados que lo rodean son pervertidos por el poder de los médicos y la desidia de la burocracia hospitalaria. Así lo afirma esta investigación realizada en hospitales públicos, que confirma que el maltrato al cuerpo de la mujer reproduce las desigualdades convenidas en las sociedad patriarcales.

Nunca me voy a olvidar la primera vez que entré como alumna a una sala de parto, casi me desmayo de lo que vi. Vi una escena terrible, una mujer a los gritos, atada de piernas, prácticamente desnuda, con 20 alumnos alrededor, sangre por todos lados, toda la intervención posible. Nadie le hablaba, solamente le daban entre todos a los gritos indicaciones, amenazas de que no gritara porque al bebé le iba a pasar algo (...) Yo me acuerdo de haberme encontrado cerrando las piernas.

Miriam Liliana Olaizola, Partera del Hospital Italiano

En el ámbito de la atención del parto el concepto de violencia se instituyó recientemente a partir de la tipificación en algunas legislaciones del ejercicio de ciertas prácticas médicas como modalidades de lo que se denominó “violencia obstétrica”. Venezuela fue el primer país en dar este salto en el 2007, trayendo a la luz un problema antiguo que vivía en las sombras. Argentina, por su parte, incorporó a la violencia obstétrica en el artículo 6 de la ley 26.486 sancionada en el 2009 (Belli, 2013).

En 2015, como iniciativa de la sociedad civil organizada a través del colectivo Las Casildas, se creó el primer Observatorio de Violencia Obstétrica (OVO) en el país con el objetivo de visibilizar esta modalidad de violencia de género que pareciera pasar mayormente inadvertida. A través de una encuesta en línea, el Observatorio ha recogido la experiencia de atención de cerca de 3.000 mujeres aunque, según reporta Ester Azzola, responsable del

diseño de la herramienta y el análisis estadístico de la información, las quejas en las redes no se han traducido en un incremento del número de denuncias formales que siguen siendo escasas.

La legitimidad de la que goza el saber médico mantiene su práctica alejada del escrutinio público aun cuando la posición hegemónica de la biomedicina, que fija una asimetría en las relaciones entre personal de salud y pacientes, se traduce frecuentemente en prácticas de sometimiento. El abuso de poder al interior de las instituciones encargadas de la atención de los partos opera en el marco de una estructura jerárquica y vertical que articula las relaciones al interior del aparato biomédico.

La violencia desnuda

Guadalupe García, miembro del programa de Antropología y Salud de la Universidad de Buenos Aires, a partir de un extenso trabajo etnográfico en un hospital público ubicado unos kilómetros al sur de la capital, da cuenta del “maltrato feroz” del que las mujeres son objeto en la atención obstétrica que brinda un sistema de salud que “reproduce las desigualdades sociales”. Las mujeres son dejadas “solas, en una camilla sin sábanas, con una chata y sin explicarles lo que se está haciendo o esperando”, explica García tratando de dar cuenta del “desafecto” que en sus propios términos caracteriza a la atención que brindan los profesionales de la salud a las mujeres en el sector público.



Su etnografía revela escenas de descarnado ejercicio de la violencia: una mujer atada de pies y manos durante el parto porque el personal considera que se mueve “demasiado”, otra a la que se le “finaliza un aborto en curso con la mano y sin anestesia”. Estampas que dan cuenta, afirma la investigadora, de una desigualdad profunda y un racismo fuertemente arraigado. Si bien la discriminación por raza y clase forman parte del tejido social, resulta necesario preguntarse qué es lo que posibilita que en el ámbito obstétrico se ejerza un grado tan brutal de violencia sin ninguna clase de pudor ni censura.

Para violentar de esta manera se requiere un paso previo, el extrañamiento respecto de ese otro sobre el que se ha de intervenir, su construcción como alguien radicalmente diferente y potencialmente peligroso. García encontró en su trabajo de campo médicos que llamaban “*casihumans*” a las mujeres a las que atendían o que consideraban que esa clase de mujeres tenían “umbrales distintos de tolerancia al dolor” o vínculos diferentes con sus hijos que hacían que la muerte de uno de ellos les resultara menos dolorosa que al resto. Desdibujar la

subjetividad del otro, su humanidad, posibilita el ejercicio desnudo de la violencia.

Alicia Benítez, jefa de la Unidad de Asistencia Neonatal Integrada del Hospital Materno Infantil Ramón Sardá, tratando de dar cuenta de por qué las violaciones de los derechos de las pacientes ocurren con tanta frecuencia en el sector público, comenta: “Algunos médicos subestiman a las personas que no son como ellos, que no piensan como ellos, que no tienen el mismo nivel cultural, el mismo color de piel (...) La situación social argentina es jodida y nosotros somos parte de eso”. Del mismo fenómeno da cuenta el relato de Silvana Rodríguez, partera del Hospital Municipal de Morón, cuando refiere las inquietudes del personal al interior de la institución al plantearse la iniciativa de dejar pasar a un familiar de la parturienta a la sala de parto en el marco de la implementación de la ley de parto humanizado: “Una de las compañeras pedía custodia policial (...) tenían miedo de que les pegaran”. Las diferencias socioculturales entre el personal sanitario y el colectivo al que el sistema de salud pública asiste permiten trazar fronteras que son adicionalmente reforzadas por el



dispositivo autoritario que caracteriza al ejercicio de la medicina y establecen una distancia que pareciera insalvable entre ambos grupos.

La violencia obstétrica no es de naturaleza distinta a la que se ejerce en otros ámbitos de la sociedad, responde a los mismos principios: la injusticia social, la marginación y el prejuicio: “En Argentina estamos insertos en una sociedad violenta y esa violencia se filtra a distintas situaciones; el parto es solo una de ellas”, afirma Julieta Saulo, una de las creadoras de OVO. Lo que resulta interesante analizar es el hecho de que la violencia circule tan fluidamente, sin freno ni censura, en el ámbito de la atención del nacimiento. Para que esto sea posible el dispositivo hospitalario, a través de una serie de prácticas rutinarias estandarizadas de procesamiento de los cuerpos, pone entre paréntesis la subjetividad de los actores. A este conjunto de prácticas reificadoras que inicia por la uniformación, la restricción de alimentos, el aislamiento, el confinamiento a la cama... y concluye con la hiper-medicalización, le llamaremos “violencia velada”.

La violencia velada

La biomedicina es hoy en día la principal encargada de la atención de los nacimientos debido, en gran medida, a que su intervención en el terreno de la asistencia del parto se ha relacionado históricamente con una reducción significativa en el índice de muertes maternas y neonatales. Si bien la eficacia biomédica resulta indiscutible, en el ejercicio de la medicina se ponen en juego, de forma velada, fuerzas de campos diversos que dialogan con el principio científico-terapéutico de la disciplina; la medicina no se trata solo de curar. La medicina a la vez que cura, domestica, sanciona, integra o excluye a los sujetos de los colectivos en los que se inscriben (Menéndez, 1994).

En el análisis de las prácticas médicas puede observarse un sinnúmero de intervenciones que son llevadas a cabo de forma cotidiana aun cuando está demostrado por las mismas instancias de regulación del ejercicio de la profesión que, lejos de procurar salud, generan enfermedad. Ejemplo de ello son el uso generalizado de oxitocina sintética durante el trabajo de parto, el corte en los genitales en el momento del nacimiento



(episiotomía), el uso de posiciones contraindicadas por la Organización Mundial de la Salud para el pujo, la separación de la madre y el bebé, los elevados índices de nacimientos por cesárea. “Es una bola de nieve. Empezás haciendo algo chiquitito y terminás haciendo desastres. He visto todo tipo de complicaciones producto de la intervención” (Miriam Olaizola, obstétrica del Hospital Italiano). “Nosotros apurando un proceso completamente natural y fisiológico lo que hacemos en realidad es buscar la complicación. Terminás en la distocia en el 80% de los casos por una práctica innecesaria” (Carina Cisnes, obstétrica de la Maternidad Estela de Carlotto).

La híper-medicalización del parto es hoy en día emblemática del quehacer biomédico. “La formación cuando yo estudié hace 20 años, y hoy sigue siendo más o menos igual, era la intervención. Vos eras una muy buena partera si sabías conducir con oxitocina, si eras rápida para hacer el trabajo de parto, el expulsivo dirigido, para hacer una buena episiotomía, una buena sutura. No había otra forma. Yo en toda mi carrera no vi un solo parto natural. Y yo hacía lo mismo, reproducía lo que me habían enseñado”

(Olaizola). Puesto que no media justificación clínica para la intervención sistemática y estandarizada de los nacimientos, misma que se asocia frecuentemente con un mayor índice de complicaciones, se puede deducir que su finalidad es otra, la de pasivizar los cuerpos y desdibujar las subjetividades.

Cuando Scheper-Hughes y Burgois llaman la atención hacia el “continuum de violencia” que puede observarse en tiempos de paz, hacen referencia a “pequeñas guerras y genocidios invisibles” que ocurren en espacios sociales. Entre los ámbitos que los autores identifican como escenarios típicos del ejercicio de este tipo de violencia, ocupan un rol protagónico clínicas, salas de emergencias, guardias de hospitales, maternidades (Scheper-Hughes, 2003). El concepto “continuum de violencia” es usado por los autores para describir a todas las expresiones sociales de exclusión, deshumanización, despersonalización y cosificación que normalizan el ejercicio de la violencia.

Los profesionales de la salud que realizan prácticas de intervención injustificada no necesariamente las identifican como una modalidad de violencia velada: “Ahora me siento bastante mal de cómo trabajaba pero

antes no conocía otra manera entonces no tenía punto de comparación. Para mí estaba perfecto lo que estaba haciendo. (...) Yo dentro de la intervención siempre traté de que fuera de una manera respetada, pero el hecho de hacer intervenciones innecesarias es una manera de no respetar al otro también. Yo no era consciente de eso. Me metí en el sistema, me enseñaron así” (Cisnes).

La intervención desmedida en la atención se transmite en la formación, pasa de una generación a la siguiente amparada por la justificación del desbordamiento de los hospitales públicos. La sobrecarga de trabajo se señala como responsable principal del desconocimiento de las guías de práctica clínica que son secundarizadas al priorizar un principio de eficacia productiva. El personal de hospitales que dan curso a una demanda abundante de pacientes establece, por ejemplo, criterios de “cortesía” como el de entregar las salas “despejadas” al siguiente turno acelerando artificialmente los nacimientos, práctica que nada tiene que ver con el cuidado de la salud de las mujeres.

Interesantemente, García, tras su observación etnográfica de la dinámica al interior de una institución de salud pública de gran volumen, asegura que dicha sobrecarga no existe. Afirma que a los obstetras se los encuentra más frecuentemente charlando en el “estar médico” que en las salas de parto: “Al parto ni los residentes lo querían atender”. El interés por entregar despejada la guardia que lleva a la medicalización innecesaria del proceso no responde entonces a la sobrecarga de trabajo pero da cuenta de dos cosas: Un principio de productividad que se imprime en la dinámica médica, ser “una guardia resolutiva” es bien valorado, y la concepción de que el parto es un trabajo que los profesionales de la salud deben realizar y no una tarea que cada mujer puede hacer. A las mujeres “hay que hacerles el parto” y cumplir de este modo con la encomienda del sistema de salud y de la sociedad.

Otro dato interesante que desmiente la idea de que la hiper-medicalización sea la respuesta institucional ante la sobrecarga de trabajo es el hecho de que los más altos

índices de intervención no se presentan en los hospitales públicos sino en las clínicas privadas que dan atención a un porcentaje mínimo de la población. La biomedicina es, además de un recurso terapéutico, un agente de control social que imprime normas, consignas y patrones de conducta a los sujetos a través de técnicas de procesamiento de sus cuerpos. Se imponen a través de la violencia obstétrica modalidades específicas del vínculo con la femineidad, con la sexualidad, con la maternidad. El sistema de salud ejerce cotidiana y veladamente violencia al reproducir e imprimir a los cuerpos las asimetrías de las relaciones de poder que revelan su faceta más brutal en la atención de los grupos marginales.

El vínculo roto

Hay que tener cuidado cuando se aborda la violencia porque, como Žižek advierte: “El horror sobrecogedor de los actos violentos y la empatía con las víctimas funcionan sin excepción como señuelo que nos impide pensar” (Žižek, 2009:12). Tendemos a construir una mirada polarizada que construye víctimas y verdugos invisibilizando la complejidad del fenómeno. En tanto señalemos al personal de salud como



Mercedes Campiglia es psicóloga social y magíster en psicoanálisis. Su área de investigación y trabajo es la medicalización del nacimiento y la difusión del parto respetado. Coordina la Asociación “Experiencia. Mi parto” con sede en México.

perpetrador del acto violento, no como pieza de un mecanismo complejo, la reflexión en torno al tema resultará estéril.

Roberto Castro, investigador especializado en el tema, en su más reciente trabajo sobre violencia obstétrica señala como núcleo del problema al “carácter desvinculante” que opera en el habitus médico y que lleva a los profesionales a tomar distancia emocional de sus pacientes (Castro, 2014: 179). Si el desmontaje del vínculo posibilita el ejercicio de la violencia, es posible que el análisis de la naturaleza de las relaciones al interior del mundo médico ayude a arrojar luz sobre el tema.

En el ámbito de la atención pública, por ejemplo, las manifestaciones violentas suelen ser más cotidianas y descarnadas que en el sector privado y es probable que ello responda a la naturaleza de los intercambios que ocurren en esta esfera. Sujetos con un pobre compromiso social trazan una suerte de frontera entre lo público y lo privado. Mientras limitan el despliegue de la subjetividad a la esfera privada, construyen imaginariamente el espacio público como un área de deambulación por la que transitar sin establecer amarres ni alianzas. Mientras el médico da seguimiento a su paciente privada, encuentra a su paciente pública de manera coyuntural y desprovista de identidad. Cuanto menor sea el lazo que ligue al profesional con aquella a la que asiste, más fácil será que le despoje de su condición de sujeto para limitarse a actuar sobre su cuerpo.

La violencia internalizada

Hasta ahora se ha abordado el tema de la violencia obstétrica desde la perspectiva de lo que ocurre con el personal de salud pero resulta necesario observar también lo que concierne a la mujer que asiste a atender su parto en la institución. *El modelo médico hegemónico* (Menéndez, 1994) ha establecido que el papel que le corresponde a la mujer asumir durante el nacimiento es el de la sumisión y la obediencia. El rol activo en la escena es atribuido a los profesionales de la salud por lo que la mujer llega al hospital, las más de las veces, esperando poner su

cuerpo en manos de los especialistas para que sean ellos quienes se encarguen de llevar a buen puerto el nacimiento. Bajo este supuesto, las intervenciones son entendidas como señal de atención: “A veces que les hagan cosas es interpretado como un signo de que las están valorando porque han tenido un abandono impresionante”, observa Mariana Areso, presidenta de la Asociación Civil Doulas Comunitarias que trabaja en el Hospital Municipal de Morón. Silvana Rodríguez, partera de la misma institución, agrega: “Si no las medican sienten que no fueron cuidadas”.

El condicionamiento cultural hace que las mujeres perciban a las intervenciones como modalidades de cuidado por lo que no solo las aceptan sino que las valoran e incluso las demandan. Salvo algunos señalamientos puntuales de grupos de clase media familiarizados con el discurso de la defensa de los derechos reproductivos, las quejas de las mujeres en cuanto a la atención de los nacimientos rara vez se orientan a la práctica desmedida de intervenciones. Resulta complejo que la demanda por una atención humanizada surja espontáneamente cuando la población, generalmente, no está siquiera consciente de que aquello que percibe como “cuidado” puede ser en realidad una modalidad de violencia. ¿Pero deja de ser violencia por pasar inadvertida, por haberse naturalizado a punta de repetición? La respuesta a la pregunta parece clara cuando se coloca la discusión en el ámbito de los derechos. Las mujeres tienen derecho “al parto natural, respetuoso de los tiempos biológicos y psicológicos, evitando prácticas invasivas y suministro de medicación que no estén justificados por el estado de salud de la parturienta o de la persona por nacer” (Ley 25.929, Art. 2).

Las mujeres no están obligadas a tener un parto libre de intervenciones pero deben saber que tienen derecho a ello y conocer las ventajas y desventajas de los diferentes modelos de atención del nacimiento para poder tomar así decisiones libres e informadas sobre lo que quieren hacer con sus cuerpos. Diferenciar las prácticas de cuidado de las modalidades de sometimiento les permite dialogar de forma más horizontal

con los profesionales que las asisten. Es por eso que Rosemberg, directora de la maternidad Carlotto, afirma que: “Este tipo de parto requiere una previa, si no las mujeres lo pueden sentir como abandono”.

“La gente dentro de las instituciones debe cambiar pero también las personas que se asisten en las instituciones deben cambiar. Si nosotros no podemos fortalecer a las personas para que se sientan ciudadanos con derechos es muy difícil que ellos vengan a exigir lo que les corresponde. Nosotros sentimos que les tenemos que dar lo que ellos ni siquiera se habían imaginado que debían recibir. Entonces la posibilidad de no hacerlo es alta” (Benítez).

La reconstrucción del tejido

Si bien la formación médica es desvinculante, como Castro apunta, existen experiencias de profesionales que formados en un esquema rígido jerárquico, investidos por el manto del saber hegemónico de la biomedicina, inmersos en la sociedad de mercado que coloca a la salud en el ámbito de las mercancías y obligados a atender enormes volúmenes de pacientes, logran desmarcarse de la práctica hegemónica de la medicina. Entender qué posibilitó el cambio en las experiencias puntuales de estos actores

podría ser la clave para desmontar el ejercicio sistemático de la violencia al interior del sistema de salud.

El restablecimiento de los vínculos rotos no es otra cosa que un intento por tejer la red social que sostiene al sujeto en el colectivo, la red que le vincula con los pares y con los diferentes. Diferentes rutas pueden trazarse para la vinculación pero que esta se produzca es el paso imprescindible para desmontar el ejercicio sistemático de violencia. Para abordar seriamente el problema de la violencia obstétrica no basta con elaborar modelos en los que se describan lineamientos de atención, no basta con concientizar a las mujeres acerca de la importancia de defender su derecho a parir con dignidad, no basta con sensibilizar al personal de salud; es necesario tejer redes. Es necesario abrir ámbitos de diálogo y encuentro. Es necesario, en suma, restablecer el vínculo roto para que pueda inscribirse así la subjetividad de los diversos actores que participan de la escena del nacimiento en la institución.

Antes no había posibilidad de pensar para mí en tener un parto. Pensaba que lo mejor era tener una cesárea. Y cuando conocí el parto sin intervención, en otro ambiente, acompañada, como que dije: Bueno, por ahí yo también puedo parir (Carina Cisnes, obstétrica Maternidad Estela de Carlotto).

Referencias bibliográficas

- Belli, Laura (2013), “La violencia obstétrica, otra forma de violación de los derechos humanos” en *Revista Redbioética / UNESCO*, Año 4, nro. 1, Vol. 7. Pp 25-34, http://www.unesco.org.uy/shs/red-bioetica/fileadmin/shs/redbioetica/Revista_7/Art2-BelliR7.pdf [consultado el 14 de septiembre de 2016].
- Bleichmar, Silvia (2004), “Límites y excesos del concepto de subjetividad en psicoanálisis” en *Revista Topía*, Número “De qué hablamos cuando hablemos de subjetividad, Buenos Aires, Argentina.
- Boletín Oficial (1 de octubre de 2015) “Decreto 2035/2015”, Argentina, http://www.infojusnoticias.gov.ar/upload_archivos/10026_100091_dec20352015.pdf [consultado el 6 de septiembre de 2016].
- Bordelois, Ivonne (2009), *A la escucha del cuerpo. Puentes entre la salud y las palabras*, Libros del Zorzal, Buenos Aires, Argentina.
- Castro, R. (2014), “Génesis y práctica del habitus médico autoritario en México”, *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 76, nro. 2, abril-junio 2014, UNAM y CRIM, México, http://www.scielo.org.mx/scielo.php?pid=S0188-25032014000200001&script=sci_arttext [consultado el 10 de febrero de 2015].
- Castro, R. (2014b), “25 años de investigación sobre violencia obstétrica en México”, *Revista Conamed*, vol. 19, nro. 1, enero-marzo 2014, UNAM y CRIM, pp. 37-42, México, <http://132.248.9.34/hevila/RevistaCONAMED/2014/vol19/no1/6.pdf> [consultado el 10 de febrero de 2015].
- García, Guadalupe (2013) “Rutinas médicas y estandarización: reflexiones etnográficas sobre la institucionalización de la prevención de la transmisión madre-hijo del VIH en un centro obstétrico del sur de la ciudad de Buenos Aires”, *Cuadernos de Antropología Social*, nro. 37, pp. 85-108, <http://www.scielo.org.ar/pdf/cas/n37/n37a06.pdf> [consultado el 13 de septiembre de 2016].

- Goffman, Erving (1992), *Internados*, Amorrortu editores, Buenos Aires, Argentina.
- Illich, Iván (2011), *Némesis médica*, en *Obras Reunidas, Vol I*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Larguía, Miguel, González, María Aurelia, Solana, Claudio, Basualdo, María Natalia, Di Pietrantonio, Evangelina, Bianculli, Pablo y Esandi, María Eugenia (2011), *Maternidad segura y centrada en la familia (MSCF). Conceptualización e implementación del modelo*, Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF), http://www.unicef.org/argentina/spanish/GUIA_MSCF.pdf [consultado el 1 de septiembre de 2016].
- Menéndez, E. y Di Pardo, R (1994), *De algunos alcoholismos y algunos saberes. Atención primaria y procesos de alcoholización*, CIESAS, México.
- Menéndez, Eduardo (2009), *De sujetos, saberes y estructuras. Introducción al enfoque relacional en el estudio de la salud colectiva*, Lugar Editorial, Buenos Aires.
- Ministerio de Justicia y Derechos Humanos. Presidencia de la Nación (2004), Salud Pública, “Ley 25.929”, <http://servicios.infoleg.gob.ar/infolegInternet/anexos/95000-99999/98805/norma.htm> [consultado el 6 de septiembre de 2016].
- Odent, Michel (2011), *El nacimiento en la era del plástico*, Ed. Creavida, Buenos Aires.
- Organización Mundial de la Salud (1996), “Cuidados en el parto normal: una guía práctica”, Departamento de Investigación y Salud Reproductiva, Ginebra, http://whqlibdoc.who.int/hq/1996/WHO_FRH_MSM_96.24_spa.pdf [consultado el 10 de febrero de 2015].
- Ramos, Silvina, Romero, Mariana, Ortiz, Zulma y Brizuela Vanessa (2015), “Maternidad Segura y centrada en la familia: la cultura organizacional de maternidades de la provincia de Buenos Aires, Archivos Argentinos de Pediatría, vol. 113, nro. 6, diciembre de 2015, Buenos Aires, http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0325-00752015000600010 [consultado el 1 de septiembre de 2016].
- Scheper-Hughes, Nancy y Burgois, Philippe (2003), *Violence in war and peace. An anthology*, Blackwell Publishing, Estados Unidos.
- Valdés, Verónica (2005), “Aportes de las doulas a la obstetricia moderna” en *Revista chilena de obstetricia y ginecología*, v. 70 nro. 2, Santiago, Chile, http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0717-75262005000200010 [consultado el 10 de febrero de 2015].
- Žižek, Slavoj (2009), *Sobre la violencia: seis reflexiones marginales*, Paidós ibérica, España.



Lola Kiejja. Foto Anne Chapman, 1966.

Sin título

Domenico Brancale

Tensos hasta la incandescencia
más allá de la piel sobre los tejidos del alma.
Irreversibles desde aquí donde estamos. La sangre no nos llega.
Piedra contra piedra. Ocurre. Otra nada más.
Era el inicio del acto de crear,
esa llama del amanecer que aún dura.
“Todo lo que arde amó al fuego”.

Debemos saberlo. Un gesto desconocido puede todo.

Traducción de Alberto Manguel.

página
161



Domenico Brancale (1976)
Nació en Sant’Arcangelo, Italia. Es poeta, traductor y curador de arte, publicó los libros de poesía *Cani e porci*, *O jacc di ‘ll uòcchie* y *Canti affilati*. Trabajó en la primera traducción alemana de la poesía de Albino Pierro, *Messer in der Sonne*. Es el fundador de la publicación sobre poesía y arte *A Camásce*.

De nombres, consignas y combates

Matías Soich

Nuestro lenguaje se vuelve violento cuando busca nombrar nuestras elecciones sexuales y experiencias de género. Como si se tratara de una intimación, la lengua se endurece frente a la diversidad; paradójicamente, es también el medio por el cual pueden crearse, expresarse y prolongarse los vocabularios de resistencia y lucha.

La Sandra Saravia, en Córdoba, un día entró a la comisaría segunda, que estaba en reconstrucción. Y entonces estaba como extraña, me pasan por un lado y yo escuchaba los gritos de alguien y los tumbos de cuando un cuerpo golpea contra el piso o contra las paredes. La estaban pateando un par de botones. Llego al calabozo y las chicas se estaban riendo, yo les pregunto “¿qué pasa?”. “No, la Sandra Saravia, que no quiere decir su nombre para que la pasen al calabozo”. Y se hace silencio, y hago como zoom con el oído y era... Se escuchaban los botones que decían: “¡Dale puto! ¿Cómo te llamas?” “Sandra, Sandra Saravia”. “Dale puto, decí tu nombre”. “¡Sandra Saravia, Sandra Saravia!”. Se loopeó el acto, no sé, por veinte minutos. Y la trajeron cansados ellos de golpearla, nunca cansada ella de decir que era Sandra Saravia y no el nombre que decía su DNI.

Marlene Wayar

I

En esta historia, que Marlene cuenta para la campaña “Reconocer es Reparar” destinada a la aprobación de la ley de reparación histórica para personas travestis y trans víctimas de violencia institucional, la violencia de los abusos y golpes físicos va unida a la violencia verbal de la intimación y la orden. Los policías le exigen a Sandra Saravia que diga un nombre: el nombre registral, que no responde a su identidad de género. ¿Cuál es la relación entre estas dos formas de violencia?

En la introducción de *Excitable Speech*,¹ Judith Butler define la vulnerabilidad lingüística como la inevitable condición de que todo sujeto se constituye por la interpelación de un otr*, en una relación inmanente con el poder subjetivador del lenguaje. Incluso desde antes de nacer, no tenemos forma de escapar al nombrar de l*s otr*s, que nos da existencia y legibilidad social. El nombre —y este es solo una pieza en la máquina del lenguaje— es condición de definición y reconocimiento, de pregunta y respuesta, de libertad y obediencia.

Por eso mismo, el lenguaje que nos nombra puede producir todas sus violencias: la injuria, el insulto, la amenaza, el silenciamiento. Un nombre para “ponernos en nuestro lugar”, aun si este no es en absoluto un lugar, aun si se trata del lugar del destierro social, de la no-existencia.² Para Butler, el poder de la injuria reside justamente en su capacidad de *hacernos perder el contexto*. Su objetivo es que perdamos el sentido de nuestra ubicación, arrancarnos a un lugar para fijarnos a otro. Dice Lohana Berkins sobre el androcentrismo del lenguaje: “Cuando unx dice ‘él’ está nombrando también todo un contexto”.³ Una disputa real de espacios —sociales,

1. Butler, J., *Excitable Speech. A Politics of the Performative*, Nueva York, Routledge, 1997. Existe una traducción de la introducción en *Feminaria*, Año XVI, Nº 30/31, abril 2007, pp. 1-19.

2. Butler, J., *op. cit.*, p. 4.

3. Berkins, L., “Nosotres y el lenguaje”, *Página/12*, suplemento SOY, 19/04/2013.

afectivos, simbólicos, en cualquier caso, de consecuencias siempre concretas, vitales o mortales— librada en y a través de las palabras.

Debido a ese mismo poder de subjetivación, Butler señala en la vulnerabilidad lingüística una doble condición: es posibilidad de violencia, de constitución del otr* como subordinad* pero, en virtud de la misma propiedad, también es posibilidad de respuesta a la violencia, de denuncia, reapropiación y resistencia. La *agencia lingüística* es posible *a partir*—y no a pesar— de los límites que nos nombran. “El lenguaje jerarquiza y genera una subjetividad sobre todo lo que nombra (...) Cuando yo me presento como ‘Lohana Berkins, travesti’, me estoy nombrando porque sé que nadie más me va a nombrar. Es mi forma de poner el lenguaje androcéntrico en tensión, de hacerlo un poco más inclusivo”.⁴

Al igual que el poder, el lenguaje pertenece al dominio de esas cosas que lo infiltran todo sin por eso volverse obsoletas, obvias o cancelables. Si es tan inevitable es precisamente por sus efectos a la vez subjetivadores y políticos. Para Deleuze y Guattari el lenguaje no es en primer lugar una facultad destinada a informar, sino a transmitir órdenes y consignas.⁵ El orden representativo y descriptivo del lenguaje solo existiría en función de la *consigna*, con su carácter práctico y político (sea conservador o revolucionario). Una definición del diccionario, por ejemplo, es ante todo una consigna que nos dice cómo *debemos* entender. Las consignas dominantes sobre la sexualidad y el género que circulan en nuestra sociedad son claras: serás únicamente o bien varón o bien mujer; serás únicamente lo que te dijeron que eras; serás heterosexual; tu placer será objeto...

Cuando los policías golpean a Sandra exigiendo que pronuncie un nombre, le exigen pues que acate una consigna. *Dale puto, cómo te llamás* es en sí mismo una consigna, cuya violencia precede y acompaña la violencia de los golpes. En este sentido el nombrar, el dirigir la palabra,

siempre supone un espacio de reconocimiento, aun cuando este aparezca solo como antesala de la tortura y la aniquilación en nombre de un orden represivo. El golpeador, el violador, el femicida, el travestida, tienen siempre listo un nombre (*puta, puto*) en función del cual fuerzan la sumisión a la consigna.

II

Las posibilidades de resistencia, reapropiación y respuesta a la violencia también se abren en y a través del lenguaje. No hay resistencia sin creación.

El artículo 12 de nuestra Ley de Identidad de Género establece que debe respetarse la identidad de género y el nombre de pila adoptados por todas las personas, aun si difieren de lo consignado en el documento de identidad, para toda citación, registro, llamado o gestión, en ámbitos públicos y privados.⁶ Aquí el discurso activista se plasma en la norma para responder a la violencia de la imposición de un nombre no deseado —situación cotidiana para las personas trans en lugares como escuelas, salas de espera, consultorios, bancos y oficinas—. La Ley de Identidad de Género es una auténtica contra-consigna estatal, que abre la posibilidad de enfrentar la consigna sexo-genérica por la que se busca “poner en su lugar” a quienes desafían el binario de género. Contra el borramiento, *la afirmación de un contexto propio* desde el cual construir identidad: en Argentina, lo que cada persona siente y dice de sí misma es ley. No se trata de un juego de palabras, sino de la descripción objetiva de un cambio social y discursivo.

Tomar la palabra para contar la propia historia y plantear los propios problemas, en los términos, con los medios y para los fines del propio colectivo, son otras tantas formas de combatir la violencia desde la agencia lingüística. A pesar de múltiples obstáculos, en forma creciente hay personas trans generando y participando de encuentros,

4. *Ibidem*.

5. Deleuze, G. y Guattari, F., *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*, Valencia, Pre-textos, 2006, pp. 81 y ss.

6. Ley 26.743 de Identidad de Género, *Boletín Oficial de la República Argentina* Nº 32.404, 24/05/2012.

paneles, medios alternativos y comunitarios, instituciones, grupos de investigación y todo tipo de escenarios de producción discursiva, en los que traen a primer plano la agenda pendiente de cuestiones y derechos: cuerpo, salud, educación, cultura, casa, trabajo. Desde allí, una y otra vez interpela a la violencia de la interpelación, reclamando los *contextos existenciales* que la injuria pretende borrar. Así ocurre en el relato de Marlene: “cansados ellos de golpearla, nunca cansada ella de decir que era Sandra Saravia”.

Insistimos, no es casual que los golpes vayan acompañados de una consigna que exige un nombre. Lohana Berkins supo reconocer la potencia política del nombrar, su agencia lingüística, para agitarla como bandera colectiva del travestismo: “*definirnos* como travestis, no como gay, no como transexual, es un acto político, propio de nuestro movimiento (...) es un modo de vida, es *dar un nombre* a lo que quiere ser ‘encajado’ en un orden que impugnamos (...) *necesitamos decirnos* travestis, pelear por nuestro reconocimiento, apoyarnos en nuestra identidad, impedir todo tipo de borramiento”.⁷ Contra-consigna activista y militante: frente a la imposición de un nombre y un lugar —*puto*, la esquina, una vida breve—, una *gesta del nombre propio* —soy Lohana Berkins, travesti—.⁸

En este sentido, es significativo que la justificación de la violenta represión estatal en el Encuentro Nacional de Mujeres en Rosario, así como la polémica que los medios masivos intentan generar alrededor del movimiento Ni Una Menos, se centren en la demonización de las pintadas callejeras. Como otros colectivos y movimientos, el de mujeres, travestis y trans utiliza las pintadas, el

graffiti y el estencil para tomar y reclamar la palabra, responder a y formular consignas. Cuando en nombre de los derechos de la propiedad privada se apela a la figura del vandalismo para demonizar la palabra, se está trayendo inadvertidamente a primer plano la cuestión de la agencia lingüística y sus superficies de inscripción. La pregunta que se tapa bajo un manto de indignación es la de *quién escribe, sobre qué y con qué*. Asimetría apabullante: los varones patriarcales escriben en la arena pública, dominada por grandes medios androcéntricos en sus lineamientos y conducción; y escriben sobre los cuerpos de mujeres, travestis y trans con golpes, fuego y acero, imprimiendo sobre ellas consignas violentas e indelebles. Las mujeres, travestis y trans, en cambio, deben luchar contra agentes de subordinación e invisibilización, incluso en los medios alternativos. La superficie más amigable de la arena pública es para ellas la cal de las paredes. La indignación ante la palabra pintada pasa por alto que el aerosol sobre la cal responde directamente al fuego sobre la carne.

III

La lucha contra la violencia —patriarcal, transfóbica, capitalista, neoliberal— no puede darse sin la palabra. No se trata de la única arma en esta lucha, que se da también en y con los cuerpos, los afectos, las sensibilidades, los tiempos y los espacios. Pero sucede que todas estas cosas no pueden volverse comunes sin lenguaje; y la lucha contra la violencia no puede ser algo aislado e individual. La lucha por la palabra es, entonces, irrenunciable.

(Decimos *lucha* y *armas* contra la violencia. ¿Es esto una contradicción, una recaída? Siguiendo a ciertos pensadores, creo que hay una “violencia” inherente a la vida, a sus roces, sus choques, a los encuentros que nos constituyen. Los dinamismos de esta violencia, que podemos llamar ontológica, nada tienen que ver con lo que podemos llamar la violencia ética, aquella que se utiliza para excluir, oprimir, subordinar y aniquilar a l*s otr*s, en nombre

7. Berkins, L., “Los existenciaros trans”, en A. M. Fernández y W. Siqueira Pérez (eds.) *La diferencia desquiciada. Géneros y diversidades sexuales*, Buenos Aires, Biblos, p. 92. El subrayado es mío.

8. *La gesta del nombre propio. Informe sobre la situación de la comunidad travesti en la Argentina* es el título del libro editado por Lohana Berkins y Josefina Fernández en 2005 bajo el sello editorial de Madres de Plaza de Mayo. Se trató del primer informe extensivo sobre la situación de este colectivo. En su última canción, *Traviarca*, Susy Shocky Aldana Bello celebran la potencia de Lohana para crear nombres: “La diablada tiene un nuevo nombre/ ella lo bautizó todo a prepo”.

de un orden de consignas micro y macro fascistas.⁹ El criterio de demarcación es spinozista: hay una violencia *de* la vida, cuyo movimiento envuelve las alzas y caídas de nuestra potencia para actuar; y hay una violencia *contra* la vida, que busca poner fin a toda potencia revolucionaria. Debemos luchar pues contra esa violencia, porque la vida *es* combate y lucha contra todo lo que la oprime).

El lenguaje es arena fundamental de ese combate. La supresión del contexto vital mediante la imposición de una consigna (*dale puto, cómo te llamás*) es una de sus caras y ante ella se alzan contra-consignas, bajo la forma múltiple de todo tipo de intervenciones discursivas: leyes, canciones, artículos, libros, clases, conferencias, crónicas, cánticos, pintadas. En la lucha de las grandes mayorías y minorías excluidas de sus derechos, la palabra cambia de manos y cobra nuevos sentidos para trastocar el orden.

Sin embargo, en nuestro contexto actual, el recrudecimiento de los femicidios y travesticidios desnuda el punto ciego en el que el patriarcado elimina, junto con la vida, toda posibilidad de palabra y agencia. Hace pocos días, en Misiones, asesinaron a la travesti Evelyn Rojas. Los medios desoyen la Ley de Identidad de Género y mencionan a la víctima en masculino, por su nombre registral, o agregando que “se hacía llamar Evelyn”.¹⁰ Una misma violencia: a Sandra Saravia le pegan exigiendo un nombre; a Evelyn se lo imponen incluso tras la muerte. Nuestra consigna urgente exige justicia para las muertas y vida digna para las vivas.



Matías Soich nació en la ciudad de Buenos Aires. Licenciado en Filosofía por la UBA, actualmente es becario doctoral del Conicet, docente en la cátedra Análisis de los Lenguajes de los Medios Masivos de Comunicación de la Facultad de Filosofía y Letras UBA y bibliotecario voluntario en el Bachillerato Popular Trans Mocha Celis.

9. Me baso aquí en lo que Deleuze, en *Crítica y clínica*, ha llamado la diferencia entre *lucha-entre* y *lucha-contra*.

10. “Misiones: asesinaron a golpes a una travesti y buscan a su pareja por el crimen”, *Clarín.com*, 28/10/2016; “Asesinato del travesti: cuando asesinaron a Evelyn estaba semidesnuda y en total estado de indefensión”, *Misiones Online*, 28/10/2016.

A sala de hombres por no tener el documento

Alma Fernández

Cada vez que el poder se vuelve represivo y normativo, en especial cuando se trata de ilegalizar lo que excede a sus disposiciones, representaciones y conocimientos, condena a los cuerpos no convencionales a una violencia que afecta todos los aspectos de sus vidas. Alma Fernández cuenta aquí, de primera mano, la trayectoria de Carla Saracho, en las noches del barrio de Flores.

• Cómo no hablar de violencia, si de violencia hablamos todos los días? De violencia hablamos, claro que sí, desde nuestras palabras agresivas, cargadas de odios y represión, que nunca sintieron un poco de amor de parte de las personas y de la sociedad. De violencia hablamos todos los días, para que no nos sigan matando, para que esos calabozos que tanto nos desean no nos sigan llamando. De violencia hablamos hoy y todos los días hasta que logremos una sociedad más justa e igualitaria para todas. De violencia hablo, hoy y todos los días hasta que la sociedad entienda que sin oportunidades morimos a los treinta y cinco años y solo el uno por ciento de mi colectivo llega a los sesenta. La prostitución a la que nos empujan es una madama de mal corazón, que va dejando al pasar un tendal de alcohólicas y drogadictas incurables. Cuántas veces con lo único que pudimos pagar un alquiler o llevar un plato de comida a nuestras bocas fue con nuestros cuerpos, fue con nuestras vidas.

Hoy me pasó a mí. Hablar de esto es como abrir mi corazón para ir a buscar ese pedacito, ese recuerdo llamado de muy mala manera “dolor”. Cómo no darme cuenta de que te quería tanto y de que esta vida nos arrebató incluso eso. Eras lo único que me importaba, fue por vos que muchas veces dejé de sentir esta soledad que me persigue, ensañada conmigo.

Luchar contra un Estado que toda nuestra vida nos expulsó de todas partes hasta volvernos ilegales, incluso hasta en las prácticas, esas prácticas malditas que lo

único que hacen día a día es quitarnos la poca dignidad que nos queda. Matándonos, alejándonos, juzgándonos hasta obligarnos a vivir una vida de represión violenta, inmerecida, innecesaria. Hasta cuándo seguiremos sobreviviendo camaleónicamente para así intentar ser felices, o simplemente vivir, como mi amiga Carla que vivió simplemente para morir olvidada.

Cuando llegué a Buenos Aires llegué como todas. “Pobre marica de catorce años y soñadora”, me dijo. “¿Quién te paró aquí?, ¿cómo te llamás?, ¿vos sabés quién manda aquí?, ¿por qué viniste a Flores?, ¿de dónde sos?, ¿vos sabés que aquí se paga la plaza?”. “Me llamo Alma, soy tucumana, me trajo la Débora Britos, yo no pago plaza”.

Nos empujamos a los gritos con tironeo de cabellos, cachetazos, patrullero, sin documentos las dos a la comisaría y que no se diga más nada y calladitas.

Lo que se vino después fueron hermosos días de cumbia y copeteo entre clientes, robos y delincuencia para sobrevivir y ser felices también.

Carla Saracho, alias “Carlita de Flores” —tal como figuraba en las actas contravencionales de la comisaría— era de Mariano Acosta, localidad de Merlo, de mamá paraguaya y papá chaqueño. Habían llegado en el año noventa y siete desde Paraguay corridos por el hambre y las ganas de salir adelante. El padre realizaba trabajos de albañilería, hasta que en el año dos mil tuvo un accidente. Desde entonces la mamá de Carlita vio todos los días por ella y sus hermanitos, que eran cinco en total. Carlita

era una de las mayores en su casa y, como en toda familia atravesada por la necesidad, los hijos más grandes tienen que ver por el bienestar de los más chiquitos.

Así como si nada nada te toca crecer y empezar a tener responsabilidades. Qué invisibles, crueles, hasta violentos, pueden ser el capitalismo y este sistema binario que tanto nos flagelan pretendiendo invisibilizar algo que jamás se podrá tapar. Tan arraigada está la cultura heterosexual a la institución familiar que vuelve ciegos de odio a nuestros padres, hermanos y parientes.

Carlita, no fuiste la excepción. Arrojada a los quince años de tu casa, a causa de la ignorancia y las desigualdades de las clases sociales, por el simple hecho de ser diferente, el único camino que elegiste fue el mismo que elegimos todas: prostituirte. Noche, drogas y alcohol, momentos de clientes mal disfrazados de Romeos. Siempre decíamos que esos no eran príncipes, esos eran ratitas, porque ni a ratas llegaban. Cuántas navidades paradas prostituyéndonos a las doce de la noche en la zona roja, cuántas travestis al igual que nosotras andan caminando solas por la zona como si fuera cualquier otro día, buscando algo para olvidar y desear que ese día se pase rápido, al mismo tiempo que en las casas de la ciudad todo el mundo se abraza, sonríe y festeja. Esos momentos también nos los merecemos, yo lo creo y también lo sueño.

Fue un día de verano en la ribera de Quilmes cuando descubriste que se venía la noche. Los días que siguieron fueron ir al médico que inmediatamente te dio

tu tratamiento. Lo tomabas siempre. El problema fue pagar el lugar donde vivías y esa mujer maldita que te veía temblar y no le importaba. Esa fiebre maldita que te ardía por todas las espaldas, que tan bien disimulabas como que no tenías nada, para que las otras trans no dijeran: “está picada”, “el bicho” o “estás muy flaca”. El problema fueron los clientes y la droga que traían en sus bolsillos, porque hasta esa suerte tenía la marica: mucho chongo, mucho chongo con droga.

Había comenzado el otoño, al igual que las hojas secas vos te estabas secando. Bajar tan rápido de peso se nota y más en la mirada maliciosa de las maricas. Fuimos al Muñiz, no había cama en la sala de hombres, había una en la sala de mujeres pero como no tenías hecho el cambio registral en el documento no podías entrar, porque “las otras internas se quejan”. Eso nos dijeron.

Esa semana fue todo muy duro. Teníamos que pagar la quincena del hotel y todo lo que necesitabas para curarte. No me iba a conformar con verte padecer triste y apagada, con esos ojos intentando sobrevivir, incluso a esto. Recorrer la zona roja buscando colaboración en esas amigas que tanto querías y que tan ausentes estuvieron a la hora de tu ocaso.

Necesitábamos juntar 800 pesos para gastos en materiales descartables, para que te puedan atender. Moví cielo y tierra para poder juntarlos. Salí a trabajar un lunes, llegué a 200. Salí un martes, llegué a 500. El miércoles con todas las pilas, apenas llego a la zona, la brigada de investigaciones me



Alma Fernández nació en Tucumán. Es activista travesti y egresada del Bachillerato Popular Trans Mocha Celis. Actualmente es estudiante de la carrera de Periodismo de la Universidad Nacional de Avellaneda, municipio donde impulsó el cupo laboral trans. Ha escrito notas para diarios y medios virtuales.

manda a la fiscalía por no tener documentos. Te voy a ver un jueves, yo vestida de prostituta, y vos agonizando sola en una punta de la sala, al lado de un baño húmedo que tenía las ventanas rotas por donde entraba un viento que no te hacía bien. Pero claro, eso no le importaba a nadie. Total somos putos, nacimos para sufrir.

Llego a mi casa a alistarme para bajar a la parada tempranito. Salgo del baño a la pieza y del lado de afuera siento tus pasos, esos pasos molestos y cortamambos que tenías cuando arrastrabas los pies. Eso me pareció tan habitual que fui corriendo a abrir la puerta pensando que estabas vos. No había nadie, “qué tonta soy”, pensé, “me confundí, cierto que la Carlita está internada”, dije y seguí en lo mío.

Esa noche fue un éxito: junté para todo lo que te hacía falta. Salí corriendo, me tomé un taxi, me fui sin dormir para poder hablar con el médico que te atendía. Cuando llegué la cama estaba vacía y tus cosas amontonadas en un rincón. Justo en el momento en que junté para todo lo que te hacía falta, pero no llegué, nunca me lo perdoné. Yo tenía que haber llegado a tiempo.

Lo que vino después fue tristeza, y las mismas travestis diciéndome: “la vida sigue, no llores, no muestres debilidad, ya se te va pasar”. El mismo silencio reflejado en mis pares es el que escuché de una sociedad que históricamente no habla de nosotras, invisibilizándonos hasta en el trato cotidiano, agrediéndonos con palabras cargadas de odio y silencio, que el colectivo travesti y trans tanto supo resignificar, y lo seguirá haciendo.



La violencia simbólica del dinero.

IncurSIONES literarias y sociológicas

Ariel Wilkis

En la literatura latinoamericana el tema del dinero aparece como un emblema o talismán que altera conductas y corrompe biografías. El dinero aparece con frecuencia en las obras de Arlt, Vargas Llosa y García Márquez, y encuentra en la de Borges una fuerza casi mágica. En el cuento “El Zahir” es el símbolo de lo universal en todos nosotros, visible en nuestro mundo bajo una infinidad de máscaras diversas.

Las sospechas literarias del dinero

En un artículo que publicó en 2011 la revista venezolana *Nueva Sociedad*, Gonzalo Garcés identificaba una estructura narrativa recurrente en la literatura latinoamericana: al compararla con la literatura europea y la estadounidense, encontraba que la referencia al dinero era escasa. Veía allí un síntoma claro (y negativo) de la relación entre una cultura literaria y un objeto específico. Si fuera de la región el dinero trazaba un capítulo en la literatura (*El mercader de Venecia*, de William Shakespeare; *Rojo y negro* de Stendhal; *Madame Bovary* de Gustave Flaubert; *El mercado* de Émile Zola; *El jugador* de Fiódor Dostoyevski, entre otros), en nuestros países era apenas un pie de página.

El síntoma se medía no solo por la cantidad de textos. También era de nivel cualitativo o, para decirlo con precisión, narrativo. En las obras mencionadas nunca se cuestionaba al dinero, en cambio, la literatura latinoamericana mostraba una visión más crítica.

Garcés encuentra que Roberto Arlt, Mario Vargas Llosa, Gabriel García Márquez y Roberto Bolaño coinciden en el estupor y la desconfianza que manifiestan frente al hecho monetario. Si para Borges detrás del dinero tal vez estaba Dios, la narrativa posterior solo lo concibe bajo el trasfondo de la desconfianza.

A esta conclusión también arribó Esther Whitfield en *Cuban currency* (2008), su trabajo sobre los significados del dinero en la literatura cubana de la década del

noventa. Esta producción, agrupada bajo la etiqueta del *nuevo boom cubano*, tomaba el dólar como figura de la corrupción, la disrupción, los juegos de poder y el contacto desigual entre cubanos y extranjeros. Entre los textos analizados se encuentra “Money”, de Rolando Menéndez, un cuento que narra la legalización de la moneda estadounidense durante el denominado “período especial”, cuyo curso legal no se acompañó de un trayecto moral: el dólar siguió circulando bajo la estela de la desconfianza; sospechosamente. Los personajes de *Te di la vida entera*, de Zoé Valdés, confunden las palabras dólar y dolor, señala Whitfield.

En obras como *Los siete locos*, *El coronel no tiene quien le escriba*, *Conversación en La Catedral*, 2066, “Money” o *Te di la vida entera*, el dinero es narrado —de manera paradójica, dada la variedad de estilos y escritores— a partir del “monorritmo escritural” de la decadencia y la corrupción. Siempre asoma el síntoma de la sospecha: no importa si la narración se sitúa en la Buenos Aires de los años treinta, el Perú de los cincuenta; en la Colombia durante la década del sesenta, La Habana de los noventa o en una desfiguración futurista: más allá del tiempo y el espacio, la narrativa latinoamericana retorna una y otra vez sobre el dinero *sospechado*.

En su *Ficciones de dinero. Argentina 1890-2001*, Alejandra Laera propone un linaje en la literatura argentina; su lectura profundiza en la productividad literaria del dinero en obras de fines del siglo XIX y del XX. Siguiendo los pasos

de Ricardo Piglia, Laera muestra cómo el dinero habilita la ficción y la ficción del dinero produce una operación para captar temporalidades y espacialidades contemporáneas. Entre otras ficciones que el dinero habilita está la de la sospecha. *Historia del dinero* (2013) de Alan Pauls podría entrar en este linaje. El dinero, en esta novela, ata trágicamente la historia nacional con una biografía familiar.

El dinero como violencia simbólica

Esta construcción literaria abreva de tradiciones y concepciones que ven al dinero como un mal, un elemento que distorsiona las virtudes humanas, que disuelve los lazos sociales, etcétera. La socióloga Viviana Zelizer refiere al dinero como un “ácido social” (Zelizer, 1994). Por mi parte, propuse pensar en “las sospechas del dinero” argumentando que el dinero es aquello que otorga independencia: siempre se puede convertir en otra cosa. Marcel Mauss lo pensaba como un poder. Georg Simmel reflexionaba: el dinero es un medio de medios, no tiene fin su capacidad de transformarse. Creo que gran parte de las sospechas vienen de ahí: es un poder que no se puede controlar completamente y eso genera sospechas.

Los imaginarios negativos del dinero no están alojados únicamente en tradiciones literarias, son movilizados constantemente para disputar posiciones sociales.

El dinero *sospechado* muestra cómo el dinero que circula en el mundo popular carga con estigmas y prejuicios; cómo el dinero lejos de ser neutral es un transporte de formas de violencia simbólica muy recurrentes. Estas sospechas son cruciales para definir una posición subalterna. Cuando aparece el dinero, aparece la sospecha: ¿de dónde proviene?, ¿qué se hace con él?

En la última década y media, la agenda de varios gobiernos latinoamericanos giró en torno a una propuesta de integración social basada en la ampliación del consumo. Este despliegue fue acompañado por crecientes oportunidades de crédito al consumo y también de la emergencia y expansión

de múltiples mercados informales. Estos procesos dieron forma a una nueva “infraestructura monetaria” del mundo popular. La hipótesis propuesta puede formularse del modo siguiente: cuando más el mundo popular se estructura monetariamente, más está expuesto a ser juzgado a través del dinero *sospechado*.

El régimen de opiniones y sentimientos del dinero que se despliega junto a una nueva infraestructura monetaria del mundo popular toma la forma de una posición absoluta. Una representación discontinua que separa, por un lado, actos y personas morales, por otro lado, actos y personas inmorales. Se ha querido mostrar cómo el dinero *sospechado* es un nervio de la violencia simbólica hacia las clases populares.

a) Las sospechas del dinero en los programas sociales

Las hijas de Mary empezaban a cobrar unas becas para que sus hijos fueran a la escuela. Este dinero se sumaba a otro tipo de transferencia condicionada provista por el Estado. La centralidad creciente del dinero público como parte de las políticas de asistencia lo convirtió en un transporte privilegiado de prejuicios y estigmas sobre estos sectores. Martín Hornes (2013) muestra cómo en Argentina los sectores políticos, miembros de las clases medias pero también de las clases populares convirtieron este dinero en un artefacto de evaluación moral sobre los pobres, que empezaron a ser juzgados moralmente a través de él. Bajo esta pieza de dinero, se transportan tanto la autoridad de juzgar como de condenar. Autoridad que asume una parte de la sociedad en relación a los pobres y el dinero que reciben por parte del Estado. Desde este punto de vista, el derecho a tener o no una protección social monetaria por parte de los más necesitados pasa a convertirse en tema de discusión y quienes opinan lo hacen con la potestad de juzgar los usos del dinero. Los juzgadores se convierten así en emprendedores morales (Becker, 2009) a través del dinero público, y este se vuelve dinero *sospechado*.

b) Las sospechas del dinero del consumo

Así como Mary anhelaba comprar una nueva heladera con el plástico de su comadre, sus hijos compraban zapatillas o ropa con las tarjetas de las casas de instrumentaria y algunos de sus vecinos pagaban créditos personales de las tantas agencias que abrieron cerca de Villa Olimpia en los últimos años. Muchos de ellos aprovechaban la oportunidad que una tienda les brindaba para adquirir muebles o electrodomésticos a plazos, bajo condiciones acordes a sus posibilidades de pago. Todos participaban de las nuevas conexiones entre la oferta del crédito y el consumo de las clases populares.

La nueva infraestructura monetaria ha sido dinamizada tanto por las políticas públicas orientadas a mejorar los ingresos de los sectores de menos recursos como por las estrategias de las empresas para incorporar nuevos clientes luego de la crisis económica y social del 2001. Esta incorporación al consumo estuvo marcada también por sospechas en torno al dinero. Pablo Figueiro (2013) analizó las percepciones negativas sobre el uso de teléfonos celulares o ropa deportiva de marca por parte de los jóvenes de las barriadas populares del Gran Buenos Aires. La sospecha sobre este dinero, argumenta Figueiro, asoma a través del prisma moral de la irracionalidad que supone que personas con escasos recursos destinen sus ingresos a estos bienes.

c) Las sospechas del dinero de los mercados populares

La vida económica de Mary se insertaba en el mercado popular de La Salada. Esta dinámica no se basa únicamente en causas locales. Mary obtenía su ganancia de lo que algunos han denominado “globalización popular desde abajo” (Lins Ribeiro, 2012). Los mercados populares constituyen nodos de densas redes comerciales por los que circulan productos (muchos de ellos, falsificaciones) con China como principal, pero no único, centro de produc-

ción. Roxana Pinheiro Machado (2011) desglosó las cadenas globales de personas y bienes que anudan lugares y etnias entre China, Paraguay y Brasil. Sus conclusiones parecen proyectarse también hacia la feria gigante del conurbano sur (y a otras que se despliegan por Latinoamérica). En La Salada conviven bienes importados con los producidos localmente en talleres informales y clandestinos (Gago, 2012).

El tránsito de Mary por La Salada se conectaba con esta dinámica transnacional y con una jerarquía monetaria que se emplea para interpretar el mundo popular, también transnacional. La Unión Europea calificó a la feria como “el mercado ilegal más grande de América Latina”. Los medios locales contribuyeron a esta definición. “Inmensa feria de lo trucho”, “Feria de productos ilegales más grande de Latinoamérica”, “Megaferia de productos truchos”, “Pequeño polo de desarrollo ilegal”, “Centro de ventas de mercadería falsificada más grande del país”, “Meca de lo trucho”, “El shopping de los pobres”, “La Ciudad del Este del conurbano”: así adjetivaban los diarios y los noticieros argentinos, sin prestar importancia a cómo contribuyen a construir una visión parcializada del mundo popular. Estas categorías de clasificación y percepción condenan formas innobles y desjerarquizadas de participación en el mundo de la economía. Bajo estas categorías, las ganancias que se obtienen en estos mercados son siempre sospechosas.

Bajo la forma de litigios morales, el dinero presupone una lucha simbólica sobre el mundo popular. El dinero *sospechado* recoge una relación desigual de esta lucha: aquella capaz de representar el mundo popular desde la mirada parcial que acentúa la violencia simbólica. Esta pieza de dinero es crucial para definir una posición subalterna frente a las maneras dominantes de definir virtudes como el prestigio, el esfuerzo, el mérito o la justicia.

Borges y la sociología del dinero

Borges ilumina una construcción literaria del dinero que ayuda a ir más allá del registro



Feria La Salada.

de la sospecha. En “El Zahir” encontramos una narrativa embelesada por el dinero. Con una contundencia extrema, Borges hace decir a sus personajes: “Quizá detrás de la moneda esté Dios”. La forma que asoma depende de mitos y creencias; lejos de tornarse indiferente y neutra, el *zahir* es una moneda de fe. En las páginas del cuento resuena el eco de cierta sociología que pretendió ver que todo poder, incluso el monetario, tiene un origen religioso. Émile Durkheim y varios de sus discípulos (Marcel Mauss, François Simiand) contribuyeron a crear un programa de sociología que descifra el mundo económico a partir de sus componentes religiosos. El sociólogo alemán Georg Simmel, que provenía de una tradición diferente, también compartió esta intuición. Para todos ellos, como para Borges, el dinero no es un dato objetivo, sino una cuestión de fe.¹

El personaje de Borges (que también se llama Borges) recibe una madrugada de 1949 una moneda: el Zahir. Una “moneda común” de 20 centavos. Al instante piensa que tiene un principio de fiebre. Luego caminará sin rumbo por la ciudad aunque

volviendo al almacén donde le dieron el Zahir. Borges (el personaje) camina y piensa, y piensa cada vez más en una sola cosa: en el Zahir. Piensa en las propiedades del dinero: “Pensé que no hay nada más material que el dinero, ya que cualquier moneda (una moneda de 20 centavos digamos) es, en rigor, un repertorio de futuros posibles. El dinero es abstracto, repetí, el dinero es tiempo futuro. Puede ser una tarde en las afueras, puede ser música de Brahms, pueden ser mapas, puede ser ajedrez... es tiempo imprevisible... una moneda simboliza nuestro libre albedrío...”.

Sin embargo, el Zahir gobierna cada vez más los pensamientos de Borges. Se va convirtiendo en lo opuesto a una moneda de futuros posibles ilimitados: se va convirtiendo en una moneda recuerdo; solo se piensa en ella.

Para olvidarla, Borges tenía una fórmula. Se repetía: “el Zahir es una moneda común, no difiere de las otras, todas pasan de mano en mano, iguales, infinitas, inofensivas”. Pero el Zahir, vemos, asoma como una moneda diferente que no puede disponerse a libre albedrío y que no es neutra. Se la recuerda cada vez más. Circula y deja rastros en quien la toca: no puede dejar de pensarse en ella.

Aquí asoma una idea crucial: hay un desborde con relación a la representación oficial del dinero (el dinero organizando

1. Me interesa en estas páginas moverme a través de las afinidades entre cierta sociología del dinero y la construcción literaria de Borges. Para una crítica literaria de “El Zahir” remito a Laera (2014).

transacciones económicas, neutro, como un medio que todo lo puede lograr). Sin ese desborde se pierde la construcción literaria del hecho monetario que propone Borges.

El personaje Borges encuentra en un libro las razones de su mal: el Zahir es una superstición. Es una creencia islámica. Y es uno de los 99 nombres de Dios. Dicen los testimonios: “construido de tal suerte que quien lo miraba una vez no pensaba en otra cosa”. A Borges no le queda otra: gastar el Zahir. Pero sabemos que ya no es una moneda cualquiera, por lo tanto no se lo gasta como cualquier moneda. Se lo gasta como hicieron los sufíes. Quienes repiten el nombre de Dios para perderse en él. “Yo anhelo recorrer esa senda. Quizás acabe por gastar el Zahir a fuerza de pensarlo y repensarlo, quizás detrás de la moneda este Dios”.

El Zahir de Borges produce una alteración sobre las ideas que tenemos sobre el dinero. El Zahir está despojado de funciones, despojado de transparencia, despojado de objetividad, despojado de racionalidad. La moneda encanta al mundo. Agrega un plus de sentido, un desborde de experiencias que Borges atribuye al hecho de que detrás esté Dios.

En *Sobre el origen de la noción de moneda* (1914), Marcel Mauss argumenta que esta no es definida por su cualidad física sino por un acto de confianza, una creencia, una fe. Los bienes considerados como monedas están ligados a lo sagrado, asociados a quien posee poder mágico. Los talismanes que representan ese poder se encuentran en el origen de la moneda. El poder de compra de la moneda indica la creencia y la obediencia a una autoridad. Su valor reside en esta obediencia. Sin obediencia y creencia no tiene valor de compra. La moneda es una autoridad moral.

Al igual que en Borges, el dinero circula desbordando sentidos. No solo organiza las transacciones económicas sino que circula afirmando o no una autoridad moral, la puesta a prueba de un poder sobre los hombres.

Este encuentro entre Borges y Mauss brinda ciertas ideas para pensar más allá de las tradiciones de la sospecha y de las formas de violencia simbólica que asume

contemporáneamente. Tanto Borges como Mauss inscriben al dinero en una existencia “desperfecta” (Maurer, 2006): las representaciones sobre el dinero no capturan todas las cosas que produce en la vida social. La construcción literaria de Borges y la sociológica de Mauss abren esta puerta que complejiza el rol del dinero. Ambos nos invitan a explorar más allá del monocorde ritmo de las sospechas y descubrir los excesos de sentidos y experiencias que pone en juego el dinero en la vida social.



Ariel Wilkis (1976) es doctor en Sociología por la UBA y la EHESS (Francia). Es docente e investigador del CONICET y codirector del IDAES (UNSAM). Sus áreas de investigación son la sociología económica y la sociología del dinero. Ha publicado recientemente *El laberinto de las finanzas. Nuevos estudios sociales de la economía* (2015, junto a Alexandre Roig) y *Las sospechas del dinero. Moral y economía en la vida popular* (2013).

Bibliografía

- Becker, Howard (2009 [1963]), *Outsiders. Hacia una sociología de la desviación*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Figueiro, Pablo (2013), *Lógicas sociales del consumo. El gasto improductivo en un asentamiento del partido de San Martín*, Buenos Aires, UNSAM/edita.
- Gago, Verónica (2012), “La Salada: ¿un caso de globalización desde abajo?”, *Revista Nueva Sociedad*, nro. 241, Venezuela.
- Garcés, Gonzalo (2011), “Una pasión gastada”, *Revista Nueva Sociedad* (Venezuela), nro. 230.
- Girón, Ignacio (2011), *La Salada: radiografía de la feria más polémica de Latinoamérica*, Buenos Aires, Ediciones B.
- Hacher, Sebastián (2011), *Sangre Salada*, Buenos Aires, Marea Editorial.
- Hornes, Martín (2012), “El dinero en femenino. Las construcciones sociales del género y su incidencia en las prácticas económicas de los hogares receptores de programas de transferencias monetarias condicionadas”, ponencia de las VI Jornadas de Estudios Sociales de la Economía, Centro de Estudios Sociales de la Economía, Universidad Nacional de San Martín, Buenos Aires.
- Laera, Alejandra (2014), *Ficciones del dinero. Argentina, 1890-2001*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Lins Ribeiro, Gustavo (2012), “Globalization from Below and the Non Hegemonic World-System”, en Mathews, Gordon y Lins Ribeiro, Gustavo, Carlos Alba Vega y *Globalization from Below: The World's Other Economy*, Londres, Routledge.
- Maurer, Bill (2006), “The Anthropology of Money”, *Annual Review of Anthropology*, vol. 35.
- Mauss, Marcel (1971), “Los orígenes de la noción de moneda”, *Obras completas II*, Barcelona, Barral Editores.
- Oliven, Ruben (2001), “De Olho no Dinheiro nos Estados Unidos”, *Estudos Históricos* (Río de Janeiro), vol. 15.
- (1997), “O Dinheiro na Música Popular Brasileira”, *Latin American Music Review*, vol. 18, nro. 1.
- Pinheiro Machado, Roxana (2011), *Made in China: (in)formalidade, Pirataria, e Redes Sociais na Rota China-paraguai-brasil*, San Pablo, Hucitec.
- Simmel, Georg (1996), *Philosophie de l'argent*, París, Presses Universitaires de France.
- Wilks, Ariel (2013), *Las sospechas del dinero. Moral y economía en la vida popular*. Editorial Paidós, Buenos Aires.
- Wilks, Ariel (2015), “Sociología moral del dinero en el mundo popular”, *Estudios Sociológicos* vol. XXXIII, nro. 99, septiembre-diciembre, pp. 553-578.
- Whitfield, Esther (2008), *Cuban Currency: The Dollar and “Special Period”*, Minnesota, University of Minnesota Press.
- Zelizer, Viviana (1994), *The Social Meaning of Money: Pin Money, Paychecks, Poor Relief, and Other Currencies*, Nueva Jersey, Princeton University Press.

Popol-Vuh

(Fragmento)

Anónimo

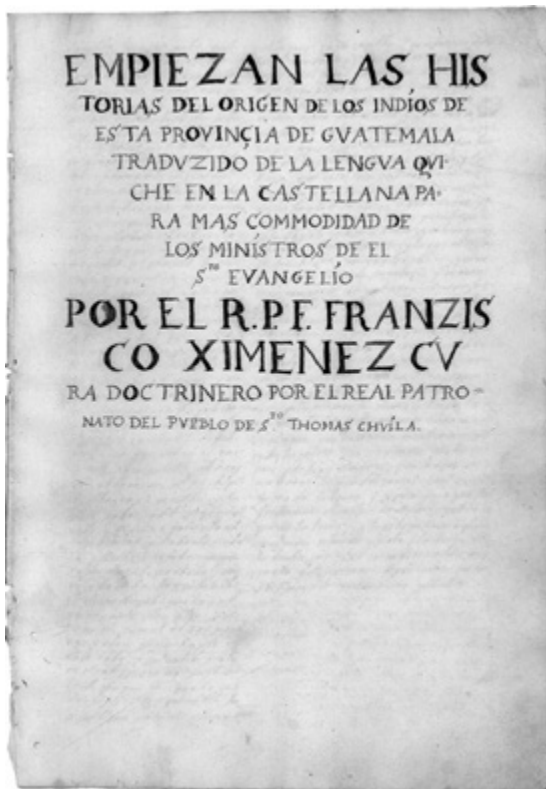
El Popol-Vuh o “libro de la comunidad” es un compendio de mitos y relatos legendarios e históricos del pueblo quiché, los mayas de la región de Guatemala, una suerte de libro de los orígenes del mundo y de las cosas del mundo. En el fragmento que ofrecemos, la violencia es vista como creativa, ritual y purgatoria, parte integral de la mecánica vital del universo.

[Cap. 30]

Sin embargo, una fracción (de las tribus) sacó (por fricción) el fuego de la madera. Serpiente de la Fertilidad de la Mansión de los Murciélagos, [era el] nombre de dios de los Cackchequel; su imagen: solamente un murciélago. Cuando obtuvieron la madera (friccionable) la frotaron (todos) juntos hasta que el fuego hubo prendido. Los Cackchequel no pidieron fuego, no se dieron por sometidos.

Todas las demás tribus se sometieron cuando dieron la parte inferior de su horcajadura, la parte inferior de su axila, para ser abierta; esa era la abertura de la cual había hablado Pluvioso; entonces se sacrificó a todas las tribus ante su rostro, entonces se arrancó el corazón por la horcajadura, por la axila. No se había enseñado aún esta operación antes de que lo fuese por

página
176



El Popol-Vuh. Portada y preámbulo de la primera versión traducida del texto que se conoce hasta la actualidad, realizada en el siglo XVIII por el fraile dominico Francisco Ximénez siguiendo un formato de dos columnas, donde se aprecia en paralelo el texto en quiché y español.

un oráculo de Pluvioso. Murieron por la fuerza, [por] la dominación de Brujo del Envoltorio, Brujo Nocturno, Guarda-Botín, Brujo Lunar.

De Lugar de la Abundancia-Barranco había venido la costumbre de no comer. Guardaban ayuno perpetuo, pero observaban el alba, espían la salida del sol, se alternaban para ver la gran estrella llamada Luna-Sol, la primera antes del sol cuando nace el día. La magnífica Luna-Sol estaba siempre encima de sus rostros al salir el sol, cuando estaban en el llamado Lugar de la Abundancia-Barranco, de donde vinieron los dioses. No fue, pues, aquí en donde recibieron su fuerza, su poder; sino allá [fue en donde] se dobló, se humilló a las tribus grandes, a las tribus pequeñas, cuando se las sacrificó ante Pluvioso, cuando se le dio a este la sangre, la savia, la horcajadura, la axila, de todos aquellos hombres. Por eso en Lugar de la Abundancia [les] llegaron la fuerza, la gran ciencia, que hubo en ellos, en la oscuridad, en la noche, y [que hubo también] en lo que ellos hicieron. Vinieron

pues, se desprendieron de allá adonde dejaron el sol levante. “No [es] aquí nuestra casa. Vamos a ver adónde la plantaremos”, dijo entonces Pluvioso. En verdad, habló a Brujo del Envoltorio, Brujo Nocturno, Guarda-Botín, Brujo Lunar. “Ante toda gracia. En seguida sangrad vuestras orejas, picad vuestros codos, sacrificaos; tal será vuestra acción de gracias a la faz de los dioses”. “Muy bien”, respondieron, sangrándose las orejas. En seguida comenzaron su canto de su venida de Lugar de la Abundancia; sus corazones lloraron cuando vinieron, cuando se desterraron de Lugar de la Abundancia, abandonándolo. “¡Ah! No veremos aquí el alba, el nacimiento del día, cuando se alumbre la superficie de la tierra”, dijeron. Partieron, pero dejaron (gente) en el camino; hubo hombres dejados allá dormidos. Cada tribu se levantaba siempre para ver la estrella señal del día. Esta señal del alba estaba en sus corazones cuando vinieron del Oriente, y con rostro igual fueron a una gran distancia de allí, se nos dice ahora.



Biblioteca Nacional
Mariano Moreno

— Mayo 2017 —